

VOL. 3 N° 29 OCTUBRE 1955

# Más allá



REVISTA MENSUAL  
de fantasía científica



**20 centímetros**  
**capaces**  
**de matar**  
**a un hombre**

Esta reproducción de la cabeza de una piraña, el pequeño y temible asesino de los ríos del trópico sudamericano, nos la muestra tan feroz como lo es en la realidad. La cámara fotográfica ha conseguido captar a la perfección sus fuertes quijadas y los agudos dientes, capaces de dejar marcas en el acero. La piraña jamás pasa de los treinta centímetros de longitud, y la que aparece aquí sólo tiene veinte. Si el cardumen es más o menos grande, no es nada raro que lleguen a matar al hombre que le toque la desgracia de ponerse al alcance de su boca.

REVISTA MENSUAL  
DE AVENTURAS  
ASIONANTES EN  
MUNDO DE LA  
AGIA CIENTIFICA



### NUESTRA PORTADA

Después del descanso en Aldebarán III, surge una sorpresa inesperada.

## sumario

Redacción y Administ.:  
Editorial Abril S. R.  
L., Av. Alem 884,  
Bs. As., Rep. Argentina

### novela (conclusión)

MUNDO DE OCASION, por FREDERICK POHL y  
y C. M. KORNBLUTH

Las pasiones, deseos y preferencias bajo el control de las agencias de propaganda.... 102

### cuentos:

BIENAVENTURADOS LOS ASESINOS, por IVAN  
JORGENSEN

Una humanidad convulsionada rehusa el camino de la salvación..... 4

INOCENTE MAQUIAVELO REFORZADO, por  
HÉCTOR OESTERHELD

Una insignificante modificación de silueta, y el negocio está hecho..... 42

CUCO, por MARTÍN JORDÁN

¿Misionero, polizonte o invasor?..... 62

DULCIE & DECORUM, por DAMON KNIGHT

¿Lograrán las máquinas dominar las mentes humanas? ..... 76

### aventuras de la mente:

UNA ESTACION EN EL ESPACIO por WILLY LEY

La conclusión de ESPACIO SIN FRONTERAS, ilustrado por CHESLEY BONESTELL..... 30

ANTI-KTHON, por WILLY LEY..... 61

MAS ALLA DE LA ENERGIA ATOMICA ..... 92

### novedades cósmicas:

ESPACIOTEST ..... 74

CORRESPONDENCIA: Projectiles dirigidos y respuestas científicas..... 94

SIN APELACION ..... 164

## cada vez...

Para este mes de octubre se anuncia la inauguración de la primera exposición de la Asociación Argentina Interplanetaria en la Casa de Mendoza, Florida 713, Buenos Aires. Maquetas de estaciones espaciales y de espacionaves, modelos de cohetes, gráficos, fotografías, etc., pondrán al alcance del público de la capital una síntesis visual del estado actual de la ciencia astronáutica. Será una exposición estrictamente científica, pero al mismo tiempo será un atisbo sereno y convincente sobre las posibilidades humanas de conquistar el Universo.

La Asociación Argentina Interplanetaria es una vieja amiga de MAS ALLA; y esta amistad entre un centro de investigaciones científicas y la más ambiciosa y dinámica revista de fantasía es un símbolo de la unión, espiritualmente necesaria e inevitable, entre ciencia y fantasía. Unión, no confusión: ni MAS ALLA desea ser tomada por una revista exclusivamente científica ni la A. A. I. desea que se le considere una asociación de soñadores. Pero existe una zona, una "tierra de ambos" en que se verifica la

identificación, la fusión, la simbiosis de la seriedad científica y de la emoción literaria, en que la precisión de las fórmulas es arrastrada por el ímpetu de lo imaginario, y las alas de la fantasía se cargan con el peso de lo experimental.

Una de las profundas diferencias entre los profetas del pasado y los profetas de hoy es que estos últimos tienen mayores probabilidades de ver realizados sus sueños. Leonardo, Julio Verne y H. G. Welles podían describir sus proyectos y esbozar sus "inventos" sin el temor (o la esperanza) de verlos materializados en el curso de su propia vida. Ahora, por el contrario, la proyección más descabellada de la fantasía corre el riesgo de ser no sólo alcanzada sino superada por las conquistas de la técnica en un plazo admirablemente reducido. La imaginación del hombre común ha sido sacudida recientemente por una serie de acontecimientos: la declaración oficial del Gobierno de Estados Unidos que es inminente el lanzamiento de un satélite artificial; la construcción, ya terminada o en curso, de centrales de

energía, submarinos, barcos y aviones atómicos; la reunión en Ginebra de hombres de ciencia, dedicada al estudio de las aplicaciones industriales de la energía atómica; el Congreso Mundial de Astronáutica en Copenhague; etc. Todas manifestaciones, en el plano estrictamente práctico y científico, del ritmo cada vez más rápido con el cual el presente está alcanzando el porvenir, la técnica está alcanzando la fantasía, las fuerzas elementales de la naturaleza están siendo dominadas por el hombre, el infinito se abre ante sus intrépidos exploradores.

Ya hemos entrado de lleno a la era atómica, la época en que asistiremos a transformaciones sustanciales de todos los aspectos de la vida. Las noticias que traen los periódicos lo confirman todos los días, con una insistencia que, si es pasmosa para algunos, es entusiasmante para los más.

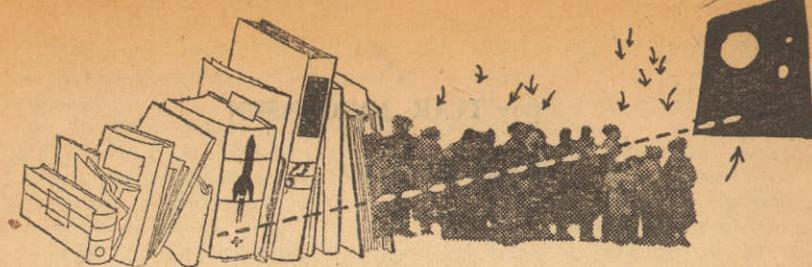
Los incrédulos son cada vez menos numerosos; la evidencia es cada vez más contundente; las perspectivas cada vez más embriagadoras, y nuestros lectores cada vez tienen mayores pre-

tensiones y más refinado espíritu crítico. La sensación de la vinculación directa entre lo que se imagina libremente en las páginas de la revista y la realidad del porvenir es cada vez más clara, para los capaces de ver más allá de su horizonte inmediato.

En el ritmo acelerado de esta máxima aventura, la ciencia se inspira en la fantasía, como la fantasía se inspira en la ciencia, en un diálogo dramático y sublime hacia las insondables alturas de la perfectibilidad humana. ✦

### SEÑALAMOS A LOS LECTORES:

- La ilustración de las págs. 34-35, por Ch. Bonestell, que reproduce la estación Espacial de Von Braun, descrita por W. Ley. En el próximo número se inicia la publicación de "La conquista de la Luna" (también ilustrada por Bonestell) que, después de "La conquista del espacio" y "Espacio sin fronteras", completa la *Trilogía del infinito*.
- El cuento de autor argentino "Inocente Maquiavelo Reforzado", chispeante, gracioso y dotado de la descarrada elegancia de la picardía criolla.



por IVAR JORGENSEN

ilustrado por ALVARÁ

# BIENAVENTURADOS LOS ASESINOS

*Esta es la historia de un mundo transformado, en el que el gran mandamiento ha sido cambiado por Tú matarás; en el que la dulzura es desconocida; en el que la ley por la que viven los hombres dice: Bienaventurados los asesinos.*

A UN estaba oscuro cuando alguien me despertó tirándome de los pelos. Eché mano a mi clava, dispuesto a matar a cualquiera que fuese, y entonces oí a Hilly que me decía:

—Levántate, Dan. Levántate y ven afuera.

Hilly estaba mirando a través de un desgarrón de la tienda, y alcancé a distinguir su cara contra la débil luz que ya comenzaba a aparecer por sobre las colinas próximas.

Me arrastré fuera de mi saco de dormir y tomando mi clava y la piel

con que me cubría, salí por la abertura. Me deslicé silenciosamente, porque no quería que mi padre y mi madre se despertaran. Una vez afuera, me puse la piel y le dije a Hilly:

—No vuelvas a hacer eso de tirar me del pelo para despertarme; es muy peligroso. Podría haberte aplastado la cabeza.

—Hablas con demasiada jactancia para un muchacho que aún no ha matado a nadie.

Eso me dió mucha rabia y sentí deseos de pegarle.

—Tengo diecisiete años —le contesté—, y pronto mataré a alguien; no te preocupes.

No le pegué, porque ya tendré tiempo para ello. Algún día me casaré con Hilly, y entonces podré pegarle, pues una esposa jamás se atreve a alzarle la mano a su marido.

—¿Para qué me despertaste? —le pregunté.

—Pensé que quizá querías ir conmigo a buscar grasa del asador. Y, además, tengo novedades.

Me acordé de la grasa asada y sentí hambre.

—Muy bien —dije, y juntos marchamos hacia el asador, procurando hacer el menor ruido posible, para no despertar a los demás.

La noche anterior habían cocinado un animal, de modo que había grandes trozos de grasa tostada y hasta pedazotes de carne asada alrededor del fuego. Me alegré de que Hilly me hubiese despertado bastante temprano para adelantarnos a los demás jóvenes en llegar al asador.

Empezamos a comer. No hablamos mucho hasta que hubimos concluído. El asado estaba muy bueno, y nos devoramos casi todo lo que estaba tirado por allí. Cuando me sentí bien lleno, dije:

—¿Y cuáles son esas noticias?

—Vamos a marcharnos muy pronto —dijo dándose importancia.

—¿Cómo lo sabes?

—Vamos a ir a un lugar que está al lado de un río.

—¡Cómo lo sabes, te pregunto!

—Anoche, muy tarde, volvió un explorador y habló con el jefe. Yo los oí. Le habló de ese lugar junto a un gran río, con montones de pasto para nuestros animales.

Cuando Hilly mencionó a los animales, sentí sed y dije:

—Quiero leche.

—¿Te atreverías? —preguntó, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Claro que sí. Yo no tengo miedo a nada.

Se quedó dudando un momento. Luego repuso:

—Muy bien. Pues iré contigo. Pero prepárate para correr, ¿eh?

Yo estaba un poco asustado, pero no quería que Hilly se diera cuenta. La leche es para los niños que las madres llevan cargados a sus espaldas, y si alguno de nosotros, los jóvenes, es sorprendido tomándola, se lo castiga severamente. Esa es la ley. El joven que la quebranta es a veces golpeado hasta quedar tullido, y anda cojeando el resto de su vida.

Fuimos con el mayor sigilo, hacia el lugar donde estaba paciendo el ganado. Vimos al pastor durmiendo recostado contra un árbol. Eso era realmente una estupidez de su parte, porque si no despertaba antes de que el grupo empezara a salir de sus tiendas, lo matarían. Malo para él, pero bueno para nosotros, pues pasamos a su lado sin que se diera cuenta, encontramos una vaca con ubres llenas y, prendiéndonos a ellas, empezamos a tomar leche. Estaba tan rica, que tuve que apartar a Hilly a tirones para que no se indigestara. Volvimos muy callados a las tiendas. Me alegré de que el pastor no se hubiese despertado. Tuve esperanzas de que siguiera durmiendo, pues así podría yo ver cómo los guardias lo mataban. Cuando sea grande, voy a ser guardia. Son los hombres más grandes y fuertes del grupo; tienen muchos privilegios; para ellos se separa la primera comida, y cuando quieren casarse, pueden hacerlo con las mejores mujeres. Tienen casi tantos privilegios como los exploradores.

Estos, desde luego, tienen más privilegios que nadie, excepto el jefe. Sólo los exploradores pueden tomar una mujer sin casarse con ella. Quizá yo, cuando sea grande, sea explorador en lugar de guardia. No porque me importen mucho las mujeres, no, sino

porque ellos son los más bravos del grupo. Marchan siempre a la vanguardia, y pueden andar por donde quieren. Podrían ir hasta una ciudad, si se les ocurriera; pero creo que ni siquiera un explorador se arriesgaría yendo a una ciudad.

Hilly y yo no teníamos hambre, de modo que nos sentamos del lado de las tiendas más próximas al ganado, para poder ver cómo mataban al pastor, si no se despertaba a tiempo.

—¿El explorador le dijo al jefe si tendríamos que pelear con algún otro grupo, para ir a vivir a ese nuevo lugar? —le preguntó Hilly.

—Le dijo que el lugar estaba desierto, pero que hay un grupo acampado en el camino por donde tenemos que ir. Quizá tengamos que luchar para pasarlo.

—Eso me gustaría.

Hilly se reclinó contra mí.

—Quisiera que mataras a alguien para que pudiésemos casarnos. Entonces podríamos dormir en la misma tienda.

Yo también lo deseaba. No estaría nada mal ser el amo de mi propia tienda, lejos de mi padre y mi madre; tener hijos míos, para decirles lo que debían hacer, y mandarlos de un lado a otro, como hacía mi padre conmigo. Sin embargo, no quise que Hilly se diera cuenta de lo que yo sentía.

—Ya mataré a algún hombre —dije—; quizá cuando encontremos a una de esas tribus en el camino.

Hilly es muy inconstante. Cuando yo dije eso, se echó a reír y repuso: —Y quizá tú resultes muerto y yo me case con alguien que no sea tan tonto y sepa apartarse a tiempo del camino de un garrote.

Eso me dió tanta rabia que estuve a punto de pegarle; pero, justo en ese momento, el pastor se despertó. Me sentí tan defraudado que olvidé las palabras de Hilly.

—No vale la pena que nos quede

mos por aquí —le dije—. Me voy a la tienda.

**L**A gente ya se estaba despertando; y, mientras recorríamos la hilera de tiendas, el jefe salió de la suya, desperezándose y bostezando. Era, desde luego, el hombre más grande del grupo, pues de lo contrario no habría sido el jefe. Había matado a muchos enemigos, y todo el mundo lo respetaba. El explorador salió detrás de su jefe. Quizá habían estado hablando toda la noche, en lugar de dormir. También el explorador era un hombre muy grande, y el cuchillo que llevaba en el cinturón resplandecía a la luz de la mañana. Sólo los exploradores llevan cuchillos, porque son muy pocos. Los únicos cuchillos que tienen los grupos son los que alguien va a buscar en las ciudades, y entrar en una ciudad es una muerte casi segura. Una vez vi a un hombre que había ido a una ciudad. Fué con permiso del jefe, para conseguir cuchillos, y trajo tres. Estaba muy orgulloso porque había ido a una ciudad y vuelto con vida. Pero poco después empezaron a salirle grandes llagas por todo el cuerpo, y dos días más tarde murió, entre grandes dolores.

Las mujeres estaban sirviendo ya la comida, mientras las madres iban con cubos hacia donde estaba el ganado, a buscar leche para los pequeños. Mi padre y mi madre salieron de la tienda, y fuimos juntos a buscar la comida. Yo no tenía hambre, pero comí, porque no quería que pensarán que quizá había comido antes.

Después de que el grupo se hubo alimentado, el jefe golpeó en la barra de acero colgada frente a su tienda, y todos se reunieron a su alrededor, para oír lo que él tenía que decir. Hablaba con voz muy fuerte.

—Tengo noticias de que hay una tierra de pastoreo, muy buena, a unos diez días hacia el sur, y como se acerca

el tiempo frío, creo conveniente que vayamos allí. Este tiempo es muy bueno para viajar, porque ninguno de los del grupo está enfermo o tullido. De modo que nos pondremos en marcha tan pronto como sean empaquetadas las tiendas.

Todo el mundo estaba muy contento de levantar el campamento, porque el pasto estaba empezando a escasear, y muy pronto haría demasiado frío para que nos sintiéramos cómodos. A veces, el grupo tenía que pasar todo un invierno en un país frío; entonces, para los cazadores, era muy difícil encontrar alimento, y a menudo nos veíamos obligados a comer algunos de nuestros propios animales.

Mi madre y yo empezamos a desarmar la tienda, mientras mi padre iba a buscar un caballo. Cuando lo trajo, la cargamos sobre él, junto con nuestras pieles. Todo el grupo estaba muy atareado, y eso me causaba gran excitación. Cuando estuvimos listos, corrí hacia donde se hallaban enfardando sus enseres los padres de Hilly. Le dije a ésta que, cuando partiéramos, podía ella marchar a mi lado. Con esto le hacía un gran favor, y me dió mucha rabia que ni siquiera me lo agradeciese; pero decidí no pegarle delante de todos: aguardaría hasta que estuviera solo con ella, en alguna parte.

Toda la gente había preparado ya su equipaje. Estábamos listos para marchar. Los exploradores partieron primero. Un poco después los seguimos nosotros, con el jefe a la cabeza del grupo, y los guardias a ambos lados. Las mujeres conducían los caballos. Detrás de todos venían los pastores, guiando el ganado. Todos los hombres llevaban sus cachiporras, porque nadie sabía cuándo podíamos ser atacados por otro grupo oculto donde los exploradores no alcanzaran a verlo.

No había mucho peligro de que esto ocurriera, sin embargo, porque el terreno era bastante llano, y tan uniforme que podíamos ver a nuestros tres exploradores desplegarse delante de nosotros. Durante mucho tiempo tuvimos cuatro de éstos, pero uno de ellos fué muerto cuando algunos hombres de otro grupo trataron de robar una noche nuestro ganado, matando también a los pastores. Esa había sido una gran pérdida para nosotros.

Hilly y yo marchábamos detrás del grupo, en el espacio que mediaba entre éste y el rebaño. Yo llevaba mi cachiporra y le dije a mi compañera que no tuviese miedo, porque si éramos atacados yo la protegería.

Me sentía muy a gusto andando junto con el grupo, siguiendo el camino de piedras de hoyo en hoyo. Era

## Virus y bacterias

**¿D**ÓNDE termina la materia inerte y dónde empieza la vida? Esta pregunta no ha sido contestada todavía por la ciencia. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, nuevas ideas y nuevos descubrimientos nos van acercando paulatinamente a la respuesta. En los momentos actuales buena parte de los esfuerzos están concentrados sobre las relaciones entre virus y bacterias. No hace mucho tiempo algunos investigadores rusos anunciaron que habían logrado convertir en virus ciertos tipos de bacterias, y viceversa. La noticia ha sido ahora confirmada en Hamburgo, en el Departamento de Virus del Instituto Tropical. Todo esto conducirá indudablemente a la mejor comprensión de estas formas elementales y de su significado en el problema del origen de la vida.

muy raro lo que pasaba con los caminos. Seguían su curso durante un buen trecho, llanos y uniformes, aunque cubiertos de hierba y arbustos en su mayor parte y de piedra y lodo en muchos lugares.

Luego llegábamos a los agujeros, que eran lo suficientemente grandes como para que todo el grupo se ocultara en ellos, con la piedra del camino rota y deshecha, y sus trozos dispersos a gran distancia de donde había estado. . . , o debían haber estado en un principio.

LO que les había ocurrido a los camineros era para mí un gran misterio. A menudo sentí deseos de preguntarle a mi padre o al jefe, o quizá a alguno de los hombres más viejos del grupo, pero nunca me atrevía. A ninguno de ellos le gustaba que los jóvenes les hicieran preguntas, y tal vez ni siquiera supiesen la verdad sobre los caminos.

Llegamos entonces a un hoyo y el grupo se desvió para no rodearlo. Era uno de los más grandes y tardaríamos bastante en pasar a su lado hasta donde proseguía el camino.

Hilly debía haber estado leyendo mis pensamientos, porque preguntó: —¿Cómo crees que aparecieron aquí?

—¿Qué?

—Los hoyos.

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—No pueden haber venido de la nada.

—Quizá hubo una vez un gran viento que rompió el camino en pedazos.

Hilly pensó un momento en lo que yo acababa de decirle.

—Hubo alguna vez un viento tan fuerte como para hacer algo así? —preguntó luego.

—Creo que sí. He oído hablar de vientos que llegan como un gran tubo, muy negro, a través del campo, y rom-

pen todo aquello contra lo que golpean.

—Bueno, puede ser. Pero si fué así, ¿por qué ese viento no rompió todo el camino? ¿Por qué lo rompió solamente en partes?

—Cállate —le dije—. Hablas demasiado.

—Sólo te hice una pregunta.

—Tú no tienes que hacer preguntas. Las mujeres deben estar calladas y trabajar. . . , como mi madre.

Hilly se calló porque sabía que yo tenía razón. No me gusta que esté parlotando todo el tiempo y además yo no sabía la respuesta a su pregunta, y no me gusta que las mujeres hagan preguntas que no puedo contestar.

Seguimos andando un rato en silencio, y de pronto estuve a punto de caer. No porque hubiese tropezado, sino porque alguien acababa de golpearme. Recuperé el equilibrio y me volví para encontrarme con un muchachón grandote y pesado que gruñía:

—¿Por qué no miras por dónde caminas?

Era Le Roy, un muchacho mayor y más corpulento que yo, que me odia porque quiere casarse con Hilly y tenerla como su mujer. Yo alcé mi garrote y repliqué:

—¿A qué viene eso de empujarme? Sonriendo con una mueca, Le Roy dijo:

—¡Vamos! ¡Adelante! ¡Pégame si te atreves!

Con mucho gusto le hubiese deshecho el cráneo. El estaba dispuesto a correr el riesgo, sin embargo, porque al pegarle yo habría quebrantado la ley. Cualquier hombre que le pegue a otro de su mismo grupo es muerto inmediatamente. Esto se debe a que no tienen que haber luchas dentro de un grupo, las cuales sólo sirven para debilitarlo de tal modo que puede ser fácilmente derrotado en un combate. Se les puede pegar a las mujeres, por supuesto, pero eso no es peligroso para

la seguridad del grupo, porque ellas jamás devuelven el golpe, de modo que no hay pelea y el grupo no es debilitado.

Cuando me vió bajar el garrote, Le Roy se acercó más a mí y murmuró a mi oído:

—Alguna vez voy a matarte, Dan.

—No te atreverías —repliqué sorprendido—. Eso es contra la ley.

—Haré que parezca un accidente —susurró—. Ya he pensado en un modo.

Y se alejó con una sonrisa, fanfarrón y orgulloso, volviéndose para mirar a Hilly. Le clavó atrevidamente los ojos en las piernas, y se reía con sorna. Sentí unos deseos más terribles que nunca de revolver mi garrote y matar de una buena vez a Le Roy. Pero no lo hice, porque no me atrevía a violar la ley.

—Dijo que te mataría —susurró Hilly con un estremecimiento de temor en su voz.

—Eso no tiene importancia.

—¿Por qué no se lo dices al Líder?

—Yo. . . , ¿hablar con el Líder por eso? ¿Estás loca?

—A un explorador, entonces. O a un guardia.

—No me creerían. Además, no tendrían interés en el asunto hasta que Le Roy no hiciera lo que dijo. Pero no pueden matarlo nada más que por haber dicho algo.

—Pero tengo miedo. Dijo que haría que pareciera un accidente, y Le Roy no habla en vano.

Tuve deseos de pegarle por eso, porque quería decir que pensaba que Le Roy era más vivo que yo. Pero tampoco entonces le pegué, pensando que podría caerse y lastimarse, y entonces yo tendría que llevarla.

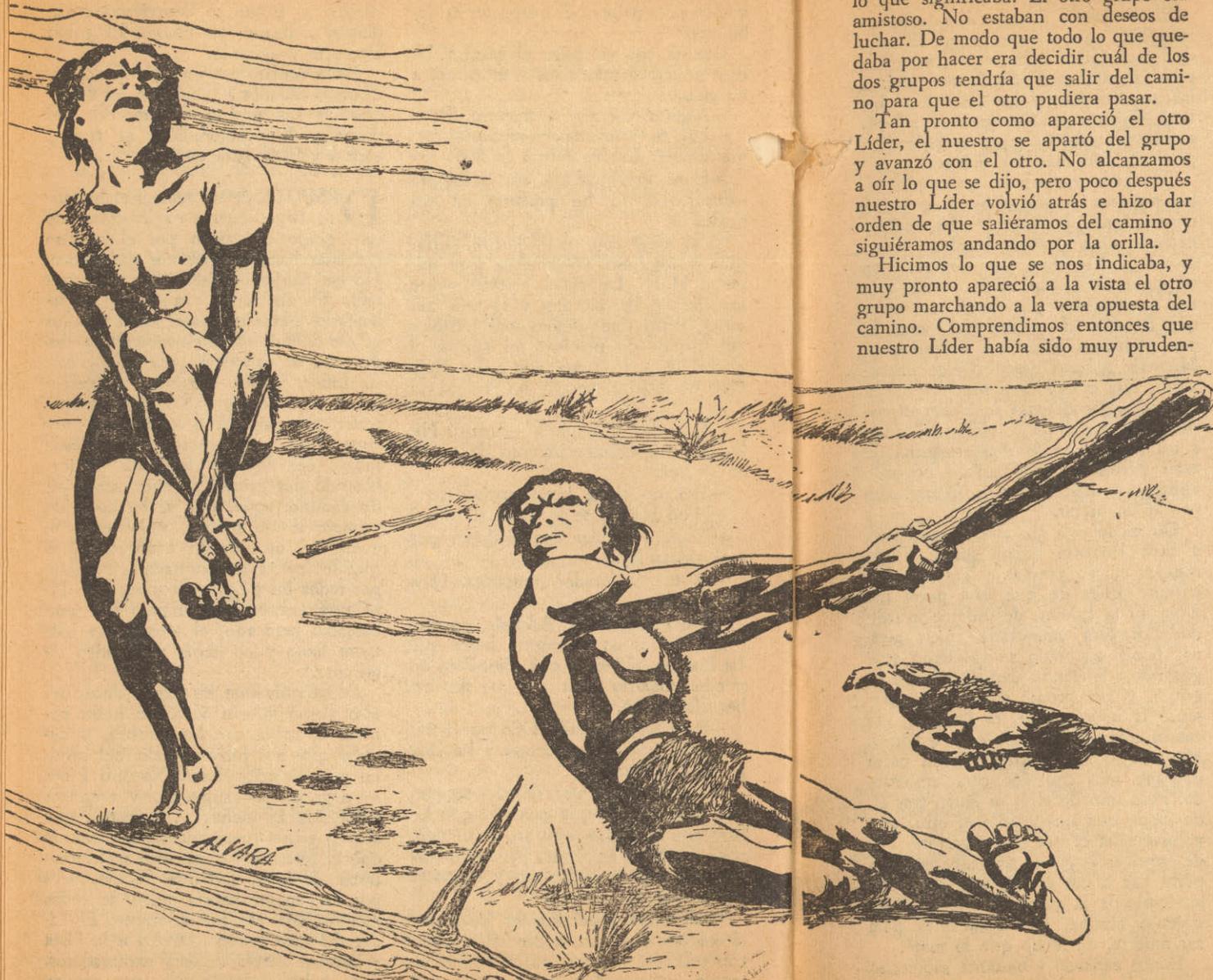
Caminamos y caminamos hasta que el sol estuvo directamente sobre nuestras cabezas, y recién entonces nos vimos en dificultades. Estábamos en una

parte llana y uniforme del camino cuando los tres Exploradores que marchaban al frente se detuvieron a un tiempo y alzaron las manos. El grupo hizo alto y aguardó.

Nada ocurrió por un rato. Todos estábamos callados e inmóviles, los Guardias en sus posiciones alrededor del grupo y los exploradores al frente alertas y listos para cualquier cosa.

DESPUES de un momento bastante largo, cuatro exploradores de otro grupo avanzaron por el camino del lado hacia el que nos dirigíamos. No los habíamos visto porque la ruta tenía allí un recodo y un grupo de árboles los había ocultado. Al divisarnos se detuvieron instantáneamente y dos de ellos se volvieron para hablar con su Líder. Todos seguimos aguardando, y al cabo los exploradores reaparecieron y empezaron a moverse muy lentamente hacia nosotros. Esto, desde luego, era lo que indicaba la ley. Cuando dos grupos se encuentran en un camino, aquel que se ha detenido primero no se mueve, y los exploradores del otro deben avanzar. Claro que la ley es quebrantada a menudo por todos los grupos. El nuestro lo hizo una vez cuando preparó una emboscada, pero aquí el terreno era bastante llano y no había posibilidad de tal cosa.

Se suponía que los exploradores del otro grupo debían acercarse hasta ponerse al habla con los nuestros y decirles que nos hicieran salir del camino para dejarlos pasar. Nuestro Líder se negaría, por supuesto, y entonces empezaría la lucha. . . , a menos que el otro grupo fuera mucho más grande que el nuestro. En ese caso podríamos tratar de huir, si había tiempo, pero por lo general habría pelea de todos modos. Esta vez fué diferente. El Líder del otro grupo apareció a la vista y avanzó detrás de sus exploradores. Esto había ocurrido sólo una vez en



muchísimo tiempo. Yo jamás lo había visto antes, pero sabía, sin embargo, lo que significaba. El otro grupo era amistoso. No estaban con deseos de luchar. De modo que todo lo que quedaba por hacer era decidir cuál de los dos grupos tendría que salir del camino para que el otro pudiera pasar.

Tan pronto como apareció el otro Líder, el nuestro se apartó del grupo y avanzó con el otro. No alcanzamos a oír lo que se dijo, pero poco después nuestro Líder volvió atrás e hizo dar orden de que saliéramos del camino y siguiéramos andando por la orilla.

Hicimos lo que se nos indicaba, y muy pronto apareció a la vista el otro grupo marchando a la vera opuesta del camino. Comprendimos entonces que nuestro Líder había sido muy pruden-

te, pues los otros nos doblaban casi en número.

Pero Hilly estaba preocupada.

—Si el otro grupo es tan grande, ¿por qué no quiere pelear con nosotros?

Su pregunta me hizo encolerizar.

—¿Acaso estás poniendo en duda la prudencia y sabiduría de nuestro Líder?

—Yo no pongo en duda nada. Sólo que me parece raro que con todos esos guardias y hombres que tienen, nos dejen pasar de largo.

—Es mejor que te calles la boca, pues alguien te puede oír y serás castigada. Te lo tendrías bien merecido, por otra parte. Nadie debe oponerse a lo que hace el Líder.

—Tú... no se lo dirás a nadie, ¿verdad?

Después de pensarlo un momento le dije que no, pero le recomendé que jamás volviera a decir algo así; que cualquier cosa que hiciera el Líder estaba bien.

Seguí pensando en esto mientras nos cruzábamos con el otro grupo y volvíamos al camino: pensando en lo listos y prudentes que eran los Líderes, y en que siempre tenían razón.

Y mientras así pensaba, parte del otro grupo —una parte que había quedado tras él en el camino— nos tendió una emboscada ocultándose en unos árboles y nos encontramos de pronto en grandes apuros.

**N**UESTROS exploradores deben haber estado durmiendo. Probablemente pensaron que todo marchaba a las mil maravillas porque habíamos pasado junto a los hombres del otro grupo y se mostraron amistosos y cordiales. Como quiera que fuese, no vieron la parte que estaba oculta detrás de los árboles, y que de pronto se precipitó violentamente contra nosotros.

Le grité a Hilly que retrocediera y se quedara junto con el ganado, hacia

donde iban ya todas las demás mujeres. Luego no tuve tiempo de preocuparme más por ella porque los hombres del otro grupo ya me estaban rodeando.

Este era el primer combate en el que tomaba parte, y me pareció magnífico. Las marcas de nuestros enemigos eran manchones de barro a un lado de la cara. Nuestra marca era mejor y más permanente: el pelo de un lado de la cabeza más corto que el otro. Se hacía esto para que ambos bandos pudieran ser reconocidos durante un combate y no matáramos hombres de nuestro propio grupo.

Al ver un cara embarrada lanzarse al ataque hice girar mi garrote y lo descargué contra la parte de atrás de su cabeza. Cayó de cara al suelo arañando la tierra con una mano mientras se llevaba la otra al lugar donde había recibido el golpe. Le aplasté los dedos cuando volví a descargar por segunda vez mi garrote, y le rompí el cráneo, después de lo cual se quedó inmóvil.

A mi alrededor no se oían más que gruñidos, aullidos y rugidos. La pelea era muy movida, y yo estaba contento porque ya había matado a mi hombre y ahora podría casarme con Hilly. Pero antes era necesario hacer algunas otras cosas, de modo que seguí luchando, revoleando mi garrote y tratando de golpear a alguien.

Erré varias veces, y entonces recibí en el hombro un fuerte golpe que me hizo caer al suelo. El dolor era terrible, y cuando rodé sobre mí mismo alcé los ojos, vi un cara embarrada que levantaba precisamente su garrote sobre mi cabeza para dejarlo caer con toda su alma. Volví a rodar, de modo que mi cráneo no estuviera en el lugar en que era descargado el garrote... y lo seguí. Hice girar en seguida mi porra en un círculo bajo y alcancé a golpear al cara embarrada en el tobillo. El otro soltó su arma y empezó a aullar agarrándose el pie, y mientras estaba bai-

lando sobre una pierna yo me levanté y le aplasté el cráneo, de modo que fueron dos.

Sin embargo, las cosas no marchaban muy bien para nuestro grupo. El resto de los enemigos había vuelto sobre sus pasos y estaban atacando por atrás a los que llevaban el ganado y los caballos. Algunos se detuvieron a golpear a nuestras mujeres, que se defendían peleando con manos y dientes.

Los cara embarrada avanzaron sobre nosotros en una sólida línea y fuimos obligados a retroceder del camino, dejando unos cuantos hombres muertos sobre el terreno. Otro hombre y yo conseguimos apartarnos de nuestro grupo, perseguidos por varios enemigos que trataban de matarnos, y todo lo que podíamos hacer era defendernos. Mientras peleaba descubrí algo importante: que cuando son muchos contra uno la mejor defensa es lanzar el garrote contra rodillas y tobillos. Cuando a un hombre se le rompe alguna de estas partes, está demasiado ocupado aullando y agarrándose la pierna para pensar en matar.

De modo que eso fué lo que hice, y tuve bastante buena suerte. Pude romper cuatro piernas y matar a un hombre antes de que una porra me diera en la cabeza, dejándome aturdido. Los cara embarrada cuyas piernas había quebrado se volvieron renegando y lanzando alaridos junto a su grupo, y tan pronto como se le presentó la oportunidad, el hombre que estaba conmigo también echó a correr. Me pareció muy cobarde de su parte dejarme solo con dos cara embarrada. Pero uno de ellos se lanzó tras él, de modo que quedé sólo el otro, que ya revoleaba contra mí su garrote. Pude esquivar el golpe, sin embargo, y la porra fué a dar contra una roca, soltándosele de la mano. Eso lo dejó sin defensa alguna, en condiciones para ser muerto, de modo que lo maté.

Estaba cansado y bastante satisfecho

por los cráneos que había partido y todas las piernas rotas por mi garrote, y me quedé allí un minuto, para recobrar el aliento. Eso fué un error, sin embargo, porque algo me golpeó fuertemente en la cabeza, que pareció quebrarse en cuatro pedazos. Por un segundo sentí un dolor terrible y luego no supe nada más. Fué tal como si me hubiese quedado dormido... o muerto.

**V**OLVI gradualmente a la vida con un dolor muy grande en la cabeza. Alcanzaba a oír los ruidos de la lucha, pero estaba muy lejos de allí. También podía oír chillar a las mujeres. Pero cuando abrí los ojos dejé de prestar atención a todos los ruidos, porque había alguien muy cerca de mí. Eso significaba peligro, de modo que golpeé a quienquiera que fuese.

Mi puño dió contra algo suave. Se oyó un grito y recién entonces vi a Hilly arrojada a mi lado, apretándose el estómago.

—¿Por qué me pegaste de ese modo? —exclamó furiosa.

—No sabía que eras tú. ¿Por qué no estás con las mujeres?

Vi entonces que la piel con que se cubría estaba desgarrada, y apenas si podía sostener algunos girones alrededor de su camisa. Estaba casi desnuda.

—Un hombre me agarró —dijo—, pero yo lo mordí y salí corriendo. Nuestro grupo fué vencido. La mayoría de los hombres fueron muertos y el resto está siendo perseguido y matado.

—¡Eso es imposible! Nuestro grupo no puede haber sido vencido. ¡Pealemos demasiado bien!

—Me gustaría saber cómo llamas a eso, entonces. ¡Ve y dile a todos los muertos que hemos vencido, y verás lo que te contestan!

Me senté, y la cabeza me dolía terriblemente. Miré hacia el camino y me di cuenta de que era cierto lo que Hilly decía. La mayoría de nuestros

hombres estaban muertos, el ganado ya había sido arreado y las mujeres eran perseguidas en todas direcciones.

Tuve que mirar por sobre un reborde de rocas para ver lo que pasaba, y entonces Hilly me explicó:

—Te arrastré hasta aquí después de salvarte la vida.

—¿De salvarme la vida?

—Sí. Maté a un hombre.

—¿Mataste a un cara embarrada?

—No. Era Le Roy. Cuando los cara embarrada empezaron a perseguir a las mujeres, corrí hasta donde te había visto peleando. Justamente cuando yo llegaba, Le Roy te derribó de un golpe. Antes de que pudiera matarte, yo agorré una roca y rápidamente le partí el cráneo.

—¡Eso es imposible! —exclamé—. Le Roy no iba a matar a uno de su propio grupo durante un combate.

—Bueno, como quiera que sea, tuvo toda la intención de hacerlo antes de que yo lo matara. ¿No recuerdas lo que dijo?

—Sí, claro que lo recuerdo. Pero es difícil creer que realmente quisiera hacerlo —de pronto se me ocurrió algo—. ¡Tú lo mataste! ¡Eso significa que ahora el Líder ordenará que te maten a til

—¿Qué Líder? El que tenemos está muerto. Era un estúpido, de modo que fué muerto, y como él, todo el resto de los hombres.

—¡No hables así de nuestro Líder! ¡Era un hombre inteligente!

—Bueno, tal vez. Pero prefiero ser estúpida y estar viva que ser inteligente como él y estar muerta.

No me gustaba que hablara de ese modo, pero lo cierto es que tenía razón. Además, la cabeza me dolía demasiado como para pensar en eso.

—¿Qué haremos ahora? —dije—. ¿Qué haremos sin un grupo al que volver?

—Yo diría que tenemos que salir de aquí lo más rápido que podamos, pero no soy más que una mujer, de modo

que tú tienes que decidir. Quizá quieras volver allí y ser muerto.

—Claro que yo tomaré la decisión —repuse—. Y lo haré sin necesidad de tu ayuda. Saldremos de aquí lo más rápido posible. Pero, ¿adónde iremos?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Jamás he estado en ninguna parte... excepto con el grupo.

—Tienes que conseguir una piel —dije yo—. No puedes andar de ese modo.

Mas allá del reborde rocoso vi el cuerpo de Le Roy de espaldas en el suelo.

—Puedes usar la de él —le indiqué a Hilly.

Arrastrándome sobre manos y rodillas llegué hasta donde estaba tendido y traté de arrancarle la piel, pero temí que los hombres del otro grupo que aún andaban por el camino miraran de casualidad hacia donde estábamos, de modo que tironeando de Le Roy lo llevé detrás de las rocas. Lo despojamos de su piel, y Hilly se la puso.

—Todavía tengo que sostenerla —dijo—. Es demasiado grande.

—Por lo menos te cubre —repuse.

Me miró de una manera muy rara.

—Pareces terriblemente ansioso de que esté cubierta. ¿Soy tan horrible?

—Todas las mujeres deben estar cubiertas —le dije severamente.

—Supongo que tienes razón —suspiró, alzándose de hombros, y no tuvimos más tiempo de hablar del asunto porque precisamente en ese momento Le Roy gimió, y llevándose las manos a la cabeza se sentó.

Ambos lo miramos fijamente, y luego me volví hacia Hilly.

—¡Tú dijiste que lo habías matado!

—Eso me pareció, al menos.

—Siempre pasa lo mismo con las mujeres. Nunca se puede confiar en que hagan las cosas bien.

Pero por otra parte, matar es trabajo de hombres, de modo que no podía censurarla demasiado.

—Bueno —dije—, a mí no me parece que esté muy muerto.

Tratando de disculparse, Hilly repuso:

—Yo le pegué con la piedra lo más fuerte que pude. Debe tener el cráneo más duro que todo el grupo.

Le Roy volvió a quejarse. Luego abrió los ojos.

—¡Cómo me duele la cabeza! —gimió balanceándose de atrás para adelante. Entonces se miró y olvidó por completo su cabeza—. ¡Alguien me robó mi piel! —chilló—. Y al echar una ojeada a su alrededor vió a Hilly—. ¡Tú la tienes! Pero... ¿por qué me la robaste?

—Porque la necesitaba —repuso Hilly—.

Estaba desnuda.

—Bueno, ahora lo estoy yo. ¡Devuélvemela!

—Creíamos que estabas muerto.

—¿Parezco muerto, acaso? ¡Dame mi piel!

—Cállate la boca o te oirán desde el camino —dije yo—. Entonces sí que estarás muerto.

—¡Quiero mi piel! —insistió Le Roy con voz plañidera. Estaba tratando de cubrirse con las manos y agarrarse al mismo tiempo la cabeza, de tal modo que no hacía bien nada.

—Tú trataste de matarme, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver eso con que yo no tenga piel para cubrirme?

Yo levanté mi porra, amenazador.

—Debería matarte. Entonces ya no la necesitarás.

—Tú no te atreverías a matar a uno de tu propio grupo, ¿no?

—¿Por qué no? ¡Bien que te lo mereces!

Hilly intervino entonces para decir:

—Así no vamos a ninguna parte... con ustedes dos peleando —estaba irritada y parecía a punto de echarse a llorar—. ¡Toma, te daré tu vieja piel! —exclamó, y empezó a quitársela.

Yo no quería que se quedara completamente desnuda delante de Le Roy, y dije:

—Yo te traeré una —salí arrastrándome de detrás del reborde rocoso, y traje a uno de los cara embarrada muertos. Le saqué la piel y se la di a Le Roy—. ¿Estás conforme ahora?

Le Roy le dió la espalda a Hilly y se puso la piel. Estaba muy irritado, y no hacía más que decir:

—¿Acaso se piensan que yo no tengo derecho a esto? Una piel para cubrirse no es mucho pedir, ¿verdad? —luego se volvió para agregar—: Yo me voy de nuevo con el grupo.

Hablaba con voz malhumorada, como si pensara que su compañía no era deseada. Y tenía razón. No lo era, y mucho me hubiera alegrado verlo ir

hacia el camino y ser muerto. Pero entonces se metió Hilly.

—El grupo ya no está más.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Se marcharon, acaso?

—No. Ya no pueden ir a ninguna parte. Están todos muertos. Mira tú mismo.

LE ROY miró por sobre las rocas y vió a todos los hombres muertos en el camino y a los cara embarrada persiguiendo a nuestras mujeres y llevándose nuestro ganado.

—¡Tenemos que detenerlos —exclamó.

—Ve tú a detenerlos —le contesté—. Yo te espero aquí.

Revolé su garrote y frunciendo el ceño dijo:

—¡Eres un cobarde, Dan! ¡Tienes miedo!

—No, yo no soy cobarde, pero tampoco soy un tonto.

—¿Quiéren dejarse de perder el tiempo? —intervino Hilly—. Ya no tenemos más grupo al que volver. Estamos completamente solos. Vamos a decidir de una vez qué hacemos.

Tenía razón, pero yo iba a decir precisamente lo mismo.

—Muy bien. De nada vale que nos quedemos aquí, de modo que vamos hacia ese lado —y señalé hacia atrás, en dirección contraria a la tomada por el numeroso grupo de los cara embarrada.

—¿A dónde lleva ese camino? —preguntó Roy.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—No me parece muy cuerdo ir sin saber a dónde se va.

—¿Conoces acaso algún lugar al que podamos ir?

—No.

—Muy bien, pues. Entonces no hables tanto.

Hilly señaló hacia un punto y dijo:

—Yo creo que deberíamos ir hacia ese lado. Hay allí algunas colinas don-

## Vejez y senilidad

EL auge tomado últimamente por la gerontología (estudio de los fenómenos vinculados con el envejecimiento) está dando ya sus frutos, en lo que a nuevos conceptos se refiere. Se ha señalado que la senilidad no es un proceso normal asociado con el transcurrir de los años, y que no se produce en los animales verdaderamente salvajes. Según algunos investigadores el fenómeno está asociado directamente con la domesticidad; y desde este punto de vista, el hombre es un animal autodomesticado. La gran importancia que los hombres de ciencia dan actualmente a este problema, ha movido a la Fundación Ciba a apoyar y fomentar tales trabajos, mediante premios, becas y un considerable presupuesto general.

podremos ocultarnos hasta que decidamos lo que haremos.

Yo ya había visto las colinas y pensado lo mismo, de modo que esa era todavía mi decisión y no me irrité con Hilly por sugerirla.

—De acuerdo —dije—. Nos pondremos en marcha ahora mismo y veremos hasta dónde podremos llegar antes de que oscurezca.

—Tengo hambre —murmuró Le Roy—. ¿Qué vamos a comer?

—Quizá encontremos algo —repuso Hilly. Se había alzado la piel de Le Roy hasta los hombros, asegurándola con unas ramas fuertes y flexibles de un arbusto, de modo que podía caminar sin tener que sostenerla. La tomé de la mano para que no cayera si tropezaba con una roca o cualquier otra cosa, y nos pusimos en marcha.

El reborde rocoso nos ocultaba de la vista del grupo de los cara embarrada, y seguiría protegiéndonos hasta que estuviésemos lo suficientemente lejos como para que no pudieran apesarnos. Pero de todos modos andábamos con cuidado, caminando rápidamente y mirando a cada momento hacia atrás.

Finalmente nos detuvimos para descansar, y Le Roy dijo:

—Quisiera que hubiésemos cortado una pierna a uno de esos cara embarrada muertos para traerla con nosotros. Tal vez no encontremos nada para comer.

—¡Oh, eso es horrible! —exclamó Hilly—. ¡Hace... años y años que la gente no se come entre sí! ¡Es una cosa terrible!

—Si uno está lo suficientemente hambriento como para eso, no es algo tan malo —repuso Le Roy—. Y yo estoy bastante hambriento —al decir esto miraba las piernas de Hilly, pero no creo que pensara en comérsela, precisamente.

—Es una sensación rara, ¿verdad? —dijo Hilly.

—¿Cuál sensación? —pregunté.

—Estar completamente solos. Huir de algo y no saber a dónde vamos. Deberíamos tener miedo.

—¿Tienes miedo, acaso?

—No... creo que no. A veces pensaba cómo sería marcharse uno solo.

—Eso habría sido una tontería —repuso Le Roy—. Cualquiera que se alejara del grupo por su cuenta sería muerto por los hombres de otro grupo.

—¿Crees que seremos muertos, Dan? —preguntó Hilly, mirándome.

—Yo te protegeré. Nos ocultaremos y trataremos de apartarnos del camino de cualquier otro grupo.

—¿Y si encontráramos a un Explorador?

Eso me asustó un poco, pero no quería que se diera cuenta.

—Yo puedo matar a cualquier Explorador que encontremos.

Le Roy lanzó una carcajada.

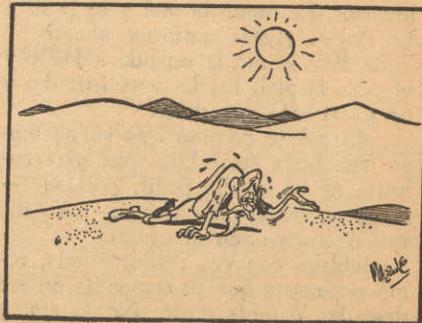
—Si vieras a un Explorador, saldrías corriendo como una mujer.

Yo agarré mi garrote y empecé a revolverlo contra él, pero Hilly me tomó del brazo y dijo:

—¡No debemos pelear entre nosotros! Ya conoces la ley. Todavía formamos parte del grupo.

Comprendía que tenía razón, pero aún estaba rabioso con Le Roy.

—¿Por qué no te marchas? —dije—. ¿Por qué no te vas solo y empiezas un nuevo grupo?



¡H<sub>2</sub>O! ¡H<sub>2</sub>O!

El no me contestó, y siguió aferrando su garrote y mirándome con el ceño fruncido. Entonces Hilly dijo:

—Seguiremos los tres juntos. ¿De qué vale que huyamos de otros grupos si vamos a matarnos entre nosotros? Eso no es nada razonable.

—Bueno, de acuerdo, pero mejor que Le Roy se cuide de lo que dice.

Empezamos a caminar nuevamente y a media tarde llegamos a un arroyuelo. El agua estaba muy buena y calmó nuestra sed, pero de nada sirvió a nuestra hambre, de modo que seguimos andando. Le Roy se quejaba continuamente, y si no hubiera sido por lo que Hilly había dicho de obedecer a la ley, lo habría matado y terminado de una vez con sus lamentos.

Poco antes del amanecer tuvimos un poco de suerte cuando un conejo enorme saltó de detrás de una roca y se sentó a mirarnos. Le Roy le arrojó su garrote, pero le erró por varios pies. El conejo corrió un trecho y se detuvo, y yo aproveché para tirarle con el mío. Le habría pegado, pero tenía el hombro dolorido y eso me hizo fallar la puntería.

Entonces Hilly levantó una roca y se la arrojó, pegándole justamente en la cabeza. Eso era tener una suerte terrible, porque todo el mundo sabe que una mujer simplemente no puede tirar derecho. Y por otra parte, una roca es más fácil de arrojar que un garrote.

DE todos modos, allí teníamos el conejo. Nadie estaba con ganas de ponerse a encender fuego, de modo que lo deshicimos en trozos y lo comimos crudo. Estaba muy bueno.

Cuando Le Roy terminó su parte se frotó el estómago y dijo:

—Ahora tengo sed otra vez.

Eso era lo desagradable de Le Roy. Siempre se estaba quejando. Nunca quedaba satisfecho, y eso me disgustaba bastante.

Después de comer empezamos a caminar nuevamente en dirección a unos árboles que alcanzamos a divisar delante de nosotros, y llegamos a ellos cuando ya había oscurecido. Mientras Le Roy andaba dando vueltas entre los arbustos, le dije a Hilly:

—Tendré que quedarme despierto toda la noche. Si no lo hago, Le Roy puede acercarse sin que lo oiga y matarme.

—Y no me preocuparía de eso —contestó Hilly—. Ahora las cosas han cambiado. Somos el único grupo que Le Roy tiene, y se moriría de miedo si tuviera que andar solo por aquí.

Quizá eso fuera cierto, y quizá no, pero yo no estaba dispuesto a correr el riesgo. Cuando Le Roy volvió, le dije:

—Tú vete al otro lado del monte y duerme allí.

El me miró con el ceño frunido y repuso:

—¿Por qué tengo que irme tan lejos?

—Porque no quiero que andes por aquí, eso es todo.

—Supongo que puedo quedarme por aquí, si se me ocurre.

Yo tomé mi garrote al tiempo que le decía:

—Haz la prueba y verás lo que te ocurre.

El miró el garrote y luego a mí, y murmuró:

—No creas que me asustas. Yo tam-

### La parálisis y el cáncer

SE ha descubierto que tres tipos distintos de poliomiéлитis humana destruyen completamente dos tipos de tumores cancerosos. O sea que para salvarse del cáncer lo mejor es una buena parálisis infantil. Claro que es peor el remedio...

poco quiero dormir cerca de ti. Probablemente me matarían tan pronto como cerrara los ojos —miró a Hilly y preguntó—: Y ella, ¿dónde va a dormir?

—Eso es asunto suyo.

Poniendo mala cara se internó en el monte, y yo me senté con la espalda contra un árbol.

—No te vas a quedar realmente despierto toda la noche, ¿verdad? —dijo Hilly.

—Claro que sí, ¿O crees acaso que quiero ser muerto?

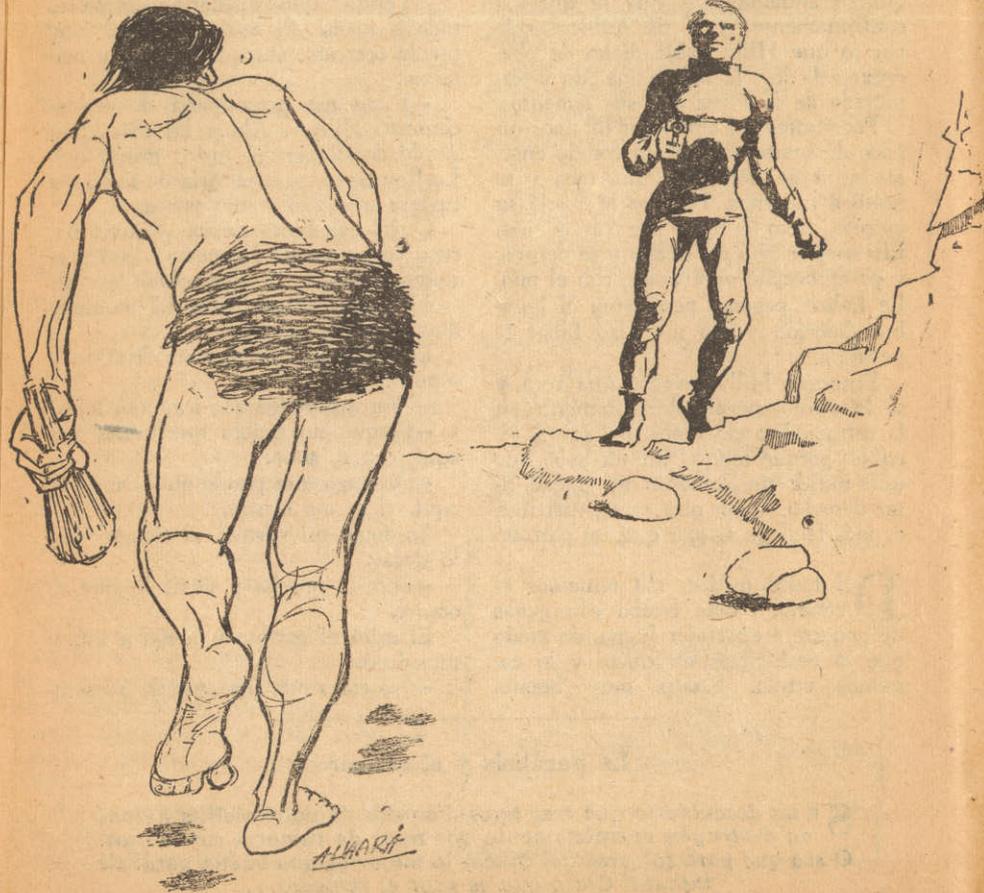
—Es una tontería.

—¿Es una tontería desear seguir vi-

Ella se encogió de hombros y mirando a su alrededor encontró un hueco cubierto de pasto tierno, donde se tendió.

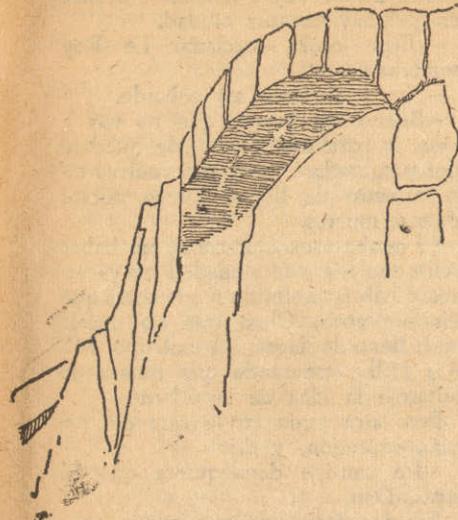
—Yo voy a dormir —dijo.

Seguí sentado largo rato contra el árbol, prestando atención por si oía los pasos de Le Roy. Estaba seguro de que antes de mucho vendría dispuesto a matarme, pero todo se mantenía tranquilo. Dos veces estuve a punto de



dormirme pero pude despabilarme a tiempo.

Entonces empecé a preocuparme de que Hilly estuviera tendida allí sin



pieles para dormir. Si se enfermaba por pescarse un enfriamiento quizá yo tuviera que llevarla cargada, y eso no me hacía gracia. De modo que me levanté y me acerqué a ella para decirle:

—¿No tienes frío, tendida allí sin nada para abrigarte?

—No —contestó ella—. Estoy lo más bien.

—Tú puedes creer que estás bien, pero quizá te pesques un enfriamiento cuando te duermes.

—Yo soy el que puede juzgar mejor eso, de modo que voy a tenderme a tu lado para mantenerte abrigada. Me tendí en la hierba junto a ella, y aunque no quería admitirlo tenía frío, porque al cabo de un rato se acercó más a mí. Entonces la rodeé con mis brazos para que pudiera recibir el calor de mi cuerpo.

Se durmió en seguida, mientras yo hacía todo lo posible por mantenerme despierto. Debía estar muy cansado, sin

embargo, porque pasado algún tiempo oí pasos y me di cuenta de que Le Roy había venido a matarme. Pero el sueño acababa de vencerme y no pude despertarme lo suficiente como para evitarlo. Después de eso, lo primero que oí fué la voz de Hilly:

—¿Ustedes dos piensan seguir durmiendo todo el día?

Abrí los ojos y me encontré tendido en el suelo, todo entrelazado con Le Roy. Me levanté de un salto, muy irritado, y pregunté:

—¿De dónde salió éste?

—Vino a dormir con nosotros. Tenía frío, supongo, lo mismo que tú.

—Yo no tenía frío. ¡Sólo quería mantenerte abrigada a ti!

Bueno, eso no tiene mayor importancia, ¿verdad? La cuestión es que todos estuvimos abrigados.

Le Roy gruñó, y abrió los ojos y dijo:

—¿De dónde sacaste ese conejo?

Estaba mirando un conejo gordo que Hilly sostenía de las orejas. Era de esperar que Le Roy lo viese primero. Todo lo que le interesaba era comer y dormir.

—Acabo de matarlo —contestó Hilly—. Y encontré un arroyito más allá del monte.

—¿Por qué no me despertaste? —demandé yo.

Pero Hilly pareció no haberme oído. Tenía un aspecto preocupado.

—Y encontré algo más, también —agregó.

—¿Qué?

—Vengan conmigo y véanlo ustedes mismos. Después será mejor que comamos y nos vayamos en seguida de este lugar.

Le Roy se levantó y ambos seguimos a Hilly a través del bosquecillo hasta el otro lado. No tuvo necesidad de señalar aquello de que estaba hablando. Podíamos verlo perfectamente más allá de la llanura cubierta de rocas y pequeños arbustos.

—Una ciudad.

Nos quedamos largo rato inmóviles, mirando. Era la primera oportunidad que cualquiera de nosotros tenía de ver una ciudad. Nadie de nuestro grupo había visto jamás alguna, a excepción de los Exploradores y quizá del Líder. Cuando los Exploradores encontraban una, siempre le hacían dar al grupo un gran rodeo lejos de ella, porque eso era parte de la ley: que ningún miembro del grupo se aproximase jamás a una ciudad.

ERA realmente un lugar de extraño aspecto. Como una pila muy grande de piedras rotas. Me hacía pensar que alguien había traído un montón de piedras rotas de los caminos para ponerlas en un solo lugar. Pero no podía ser, sin embargo, porque muchas de las piedras de la ciudad eran demasiado grandes para haber sido traídas desde los caminos.

—Es mejor que nos vayamos de aquí —dijo Le Roy.

—Hay algo más —indicó Hilly, señalando hacia un costado de la ciudad que daba a una extensión llana y abierta. Había allí tres cosas, que ninguno de nosotros había visto jamás. Se parecían un poco a hombres, pero estoy seguro de que no lo eran. Estaban colgados de una especie de armazón.

—¿Qué son? —preguntó Le Roy.

—Cómo quieres que lo sepa —repuse yo—. Están demasiado lejos para verlos.

—Prefiero no enterarme. Todo lo que quiero es marcharme hacia el otro lado lo más rápidamente posible.

Eso demostraba qué cobarde era realmente Le Roy, y yo no podía permitir que Hilly pensara lo mismo de mí, de modo que dije:

—Pues bien, yo no. Quiero ver qué son esas cosas, y voy a ir hasta allí.

Hilly abrió mucho los ojos para mirarme. Nunca había visto una expresi-

sión como ésa en su cara. Me gustó, y para que no la cambiara agregué:

—Y otra cosa. Yo no creo que las ciudades sean tan peligrosas como los Líderes dicen. Voy a ir hasta allí para ver qué hay en una ciudad.

—¿Eres loco? —exclamó Le Roy asombrado.

—No, y tampoco soy cobarde.

—Bueno, me parece que no voy a poder ir para protegerte. Me quedaré aquí y aguardaré hasta que vuelvas todo cubierto de llagas. Luego miraré cómo te mueres.

Yo estaba asustado. Deseé no haber dicho que iría a la ciudad. Pero ya estaba y habría preferido morir antes que echarme atrás. Claro que no quería morir lleno de llagas, sin embargo. Miré a Hilly, esperando que tratara de quitarme la idea de la cabeza.

Pero aun tenía en la cara esa extraña expresión, y dijo:

—Iré contigo dondequiera que tú vayas, Dan.

Era por cierto una gran ayuda, pensé. Ese es el inconveniente con las mujeres: nunca se puede contar con ellas para que hagan precisamente lo que uno espera. Traté de imaginar alguna manera de retroceder, pero no pude, de modo que dije:

—Vamos, pues. Andando.

Salí del bosquecillo y empecé a caminar a través de la llanura. Tenía la esperanza de que Hilly perdiera el ánimo, pero allí estaba, a mi lado, mirándome como si no hubiera otra cosa que pudiese hacerla más feliz. Me convencí entonces de que las mujeres no tienen simplemente el sentido de asustarse.

Le Roy se quedó donde estaba. Al mirar hacia atrás lo vi sentarse contra un árbol. Me volví entonces y grité:

—Te morirás de hambre cuando no tengas a Hilly para que te mate conmigo.

No me contestó. Siguió sentado tranquilamente allí. Le Roy es de esa

clase de tipos que no tienen la menor vergüenza.

Hilly y yo caminamos durante largo rato y muy pronto las cosas que colgaban de los palos estuvieron lo suficientemente cerca como para que las viéramos bien.

—Parecen realmente hombres —dijo Hilly.

—Sin embargo no lo son. ¿Dónde viste alguna vez un hombre con una cabeza tan redonda... o tan grande?

—Pero tienen brazos y piernas.

Estábamos muy próximos ya y empezamos a caminar más despacio. Nada ocurrió. Esas cosas no saltaron para perseguirnos. No hicieron absolutamente nada. Seguían colgadas allí, simplemente, y entonces me pude dar cuenta que no tenían vida.

—Son hombres —susurró Hilly.

—Llevan puestas unas pieles muy extrañas. Alguien los colgó aquí, y murieron.

Sus pieles eran de un material extraño, y estaban desgarradas y hechas jirones por el viento y la lluvia, después de haber estado colgados allí tanto tiempo. Tenían las cabezas cubiertas con unos grandes globos.

—¿Para qué tendrían que usar esa clase de pieles? —pregunté.

—Quizá sean de un grupo del que no sabemos nada, y se hicieron esas pieles para asustar a cualquiera que encuentren de otros grupos.

—Tal vez sea como tú dices —comenté—. Pero no les sirvió de nada. Algún grupo los apesó y los colgó para que murieran allí.

—Hay grupos que son muy crue-

les y hacen cosas como ésta. He oído al Líder y a los Exploradores hablar de ellos. Los Exploradores siempre tratan de evitarlos porque no matan simplemente y terminan en seguida, sino que lo hacen despacio, y de una manera horrible.

—Me gustaría encontrar algunos hombres de ese grupo. Los colgaría igual que hicieron con éstos.

Yo estaba teniendo la mano de Hilly y la sentí apretarse. Miré a mi compañera, que me dijo:

—Dan, ¿por qué los grupos están siempre peleando? ¿Por qué no hacen más que matarse entre sí a cada momento?

Era la pregunta más tonta que había oído en mi vida, y no parecía en absoluto digna de Hilly.

—¿Qué otra cosa se puede hacer? —repuse—. Si no matáramos a los hombres de los otros grupos, ellos nos matarían a nosotros. Ya lo sabes.

—Sí, pero ¿qué pasaría si alguna vez en lugar de luchar, los hombres de dos grupos distintos se sentaran y empezaran a hablar?

—¿Hablar? ¿De qué se podría hablar?

—Oh, no sé. Matarse todo el tiempo parece tan... inútil.

—Lo que pasa es que tú estás cansada —dije—, porque de otro modo no pensarías semejantes tonterías. Quizá será mejor que volvamos al monte y no vayamos a la ciudad hasta mañana.

—No, vamos ahora mismo. Termine-  
mos de una vez con esto.

—Muy bien, si realmente lo quieres, vamos.

### Remedio difícil

UN psicólogo de Chicago, el doctor Wálter C. Alvarez, que dice ser de estado casado, expresó que los maridos pueden mejorar en mucho el nerviosismo de sus esposas, ayudándolas por la noche en el trabajo de la cocina. Muy bien, pero... ¿quién cura después al marido?

—Tú eres el que quería ir.

—Andando, entonces.

**E**MPEZAMOS a caminar nuevamente, cada vez más despacio, pero la ciudad parecía aproximarse con terrible rapidez. Yo apretaba con fuerza la mano de Hilly, y al llegar a las primeras piedras marchábamos en puntas de pie.

—¿Sientes algo? —preguntó Hilly.

—¿Sentir qué?

—No sé. Pensé que quizá sentiríamos lo que causa las llagas.

Me pareció que empezaba a dolerme un poco el brazo izquierdo, y luego a picarme una mejilla. Acercándome a una piedra la toqué con cautela.

—No parece nada diferente de las piedras del camino —dije.

—Hilly estaba mirando hacia el interior de la ciudad.

—Muchas de ellas son distintas, sin embargo. Mira ésas brillantes.

—Una ciudad es realmente un extraño lugar.

—De todos modos, no veo nada peligroso en ella.

Seguimos andando entre las rocas. Había lugares abiertos por los cuales podíamos caminar libremente. Marchábamos con mucha lentitud, pero nadie trató de detenernos, y no parecía haber ningún peligro. De modo que continuamos adelante, y bien pronto nos habíamos internado bastante en la ciudad.

—Sea lo que sea que le hace daño a la gente, no le hace completamente nada a los conejos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hay uno sentado sobre esa piedra. Si hubiera algo peligroso, no andaría por aquí un conejo.

Miré hacia donde me indicaba Hilly y lo vi sentado sobre una piedra, con sus ojos fijos en nosotros.

—Tengo hambre —dije.

Hilly tomó una pequeña piedra y

le apuntó cuidadosamente. Pero yo la detuve.

—Déjame a mí. El hombre es el que tiene que conseguir la comida.

—Le vas a errar —contestó Hilly. Y arrojando la piedra dejó al conejo tendido largo a largo.

Yo le saqué la piel y nos sentamos sobre una piedra a comerlo. No hablamos durante un rato, y a nuestro alrededor todo estaba muy tranquilo. Habíamos comido ya más de la mitad, cuando Hilly se detuvo bruscamente y alzó la cabeza.

—Creo que anda alguien por allí. Dejé de comer y escuché yo también.

—No oigo a nadie. ¿Dónde?

—Detrás de nosotros. Del lado de donde vinimos.

Hilly estaba asustada y yo mismo no me sentía muy animoso. Escuché con atención y entonces lo oí yo también. Alguien estaba caminando. Y lo hacía como si tratara de no ser notado. Dejé mi comida, porque ya no sentía más hambre. ¿Quién podía estar siguiéndonos en una ciudad donde nunca venía nadie?

—Entonces recordé.

—Es Le Roy —dije.

Hilly no estaba muy convencida.

—Bueno... , puede ser.



—Se asustó de estar solo y nos siguió. Trepé arriba de la gran piedra y grité:

—¡Le Roy! ¡Ven aquí! ¡Déjate ya de arrastrarte detrás de nosotros!

Por un momento todo estuvo en silencio. Luego volvimos a oír los pasos acercándose cada vez más, y vimos quién era.

No era Le Roy, sino un hombre alto, de pelo amarillo, cubierto de extrañas pieles, que llevaba en la mano una cosa muy corta, que no podía ser cuchillo, garrote o nada de que yo hubiese visto antes.

Pasó a través de un espacio abierto en las rocas y se quedó mirándonos, sosteniendo la cosa delante de él. Yo agarré mi garrote y me lancé al ataque, resolviendo que sería mejor que lo matara pronto, antes de que vinieran más hombres de su grupo y ayudarlo.

Pero no lo maté. Ni siquiera pude llegar hasta él, porque algo terrible y extraño ocurrió. Hizo un movimiento con la cosa que tenía en la mano y un fuego azul salió de uno de sus extremos. Se oyó un ruido como el de una culebra al arrastrarse, y una gran piedra que estaba a mi lado se puso azul y roja y empezó a derretirse. El calor que hizo derretir a la piedra debe haber venido de la mano. Esa era la única explicación posible.

La piedra chirrió como carne al asarse y yo salté hacia un lado al sentir que me quemaba el brazo. Dejé caer mi garrote y dando media vuelta agarré a Hilly de la mano para salir corriendo.

No sabíamos a donde íbamos, pero no nos importaba, porque los dos estábamos tan asustados que ya no podíamos pensar absolutamente en nada. Sólo queríamos alejarnos del hombre y de esa cosa extraña que había encendido la roca.

Mientras corríamos eché una mirada hacia atrás y vi que el hombre estaba

siguiéndonos. Pero no corría. Caminaba lentamente, sin tratar de apresarnos y sin preocuparse tampoco de que huéramos o no. Esto me asustó más aún, porque significaba que debía haber otros de su grupo por allí y él sabía evidentemente que los otros nos apresarian y matarían.

No podíamos hacer otra cosa más que correr, sin embargo, y eso fué lo que hicimos, precipitándonos por el sendero abierto entre las rocas destruidas. Luego, de pronto, las rocas se terminaron y salimos a un gran espacio abierto que era lo más terrible que yo había visto en mi vida. Íbamos tan rápido que no podíamos detenernos, y antes de que pudiéramos darnos cuenta estábamos en este espacio en medio de todo un grupo de gente que vestía unas pieles iguales a las del hombre de pelo amarillo.

Y había algo más. Una gran cosa brillante, con puertas, en medio del espacio abierto. Yo no sabía qué podría ser eso ni me importaba tampoco. Lo único que sabía era que habíamos sido atrapados y que nos iban a matar, y que yo ni siquiera tenía un garrote para defenderme.

Seguí apretando la mano de Hilly y me volví para correr nuevamente hacia las rocas, pero los hombres del grupo eran muy rápidos y antes de que pudiéramos alejarnos nos rodearon para detenernos.

Yo luché con los puños y los pies y vi que Hilly estaba haciendo lo mismo. Mordió a uno de los hombres que estaban tratando de agarrarla, y éste dió un salto y se llevó la mano a la boca. Pero las otras la retuvieron, aun cuando se retorció y peleó con tanta fuerza que la piel se le salió.

Había cuatro hombres teniéndome, y me pregunté por qué no me mataban. Entonces me di cuenta. Este debía ser uno de los grupos de que había oído hablar, que mataban lentamente por divertirse y a quienes les

gustaba dejar tullidos a los hombres de otros grupos. Yo no quería quedar tullido, de modo que seguí peleando, pero muy pronto consiguieron echarnos por tierra de tal modo que no podíamos movernos.

NO trataron de matarnos. Simplemente nos mantenían allí, y luego salieron de la cosa con puerta trás personas, dos hombres y una mujer, que se acercaron hasta donde estábamos nosotros. También el explorador apareció de entre las rocas y nos miró con una mueca.

—Así que salió bien —dijo—. Sabía perfectamente que algunos de ellos volverían a la escena del crimen. ¡Por Dios! ¡Realmente, son animales!

—Me avergüenza que digas eso, Rex —intervino la mujer—. Son seres humanos.

El hombre del pelo amarillo la miró frunciendo el ceño.

Ya viste lo que les hicieron a los compañeros de la unidad avanzada...

—¿Cómo sabes que estos dos tenían que ver con eso? —La mujer parecía ser el Líder, o por lo menos procedía como lo haría uno. Miró a los hombres que sostenían a Hilly y exclamó: ¡Por amor de Dios! ¡Pónganle alguna ropa a esa chiquilla! ¿Qué clase de espectáculo es éste?

—Quizá tú quieras hacer la prueba —dijo uno de los hombres—. Ella misma se desnudó forcejeando, y si la soltáramos clavaría los dientes en alguno de nosotros y no lo soltaría.

La mujer se acercó a Hilly y se arrojó a su lado, sonriendo.

—No vamos a hacerte ningún daño, querida. Sólo deseamos hacerte algunas preguntas. ¿Puedes comprender lo que te digo?

—Vamos, mátennos de una vez —contestó Hilly.

—Pero si no vamos a matarlos. ¿Por qué deberíamos hacer tal cosa?

—¿De qué grupo son ustedes?

—¿De qué grupo? Yo no...

—¿Qué están haciendo aquí, en una ciudad? Deberían saber que las ciudades están prohibidas por la ley.

Me sentí orgulloso de Hilly. A pesar de la muerte que nos aguardaba, no tenía miedo. La mujer Líder alzó la vista y uno de los hombres dijo:

—La radiación, probablemente. Han aprendido a mantenerse alejados de las zonas contaminadas.

La mujer Líder había cubierto a Hilly con la piel, y poniéndole una mano sobre la cabeza, dijo:

—Esta ciudad ya no está contaminada. Es decir...

—¿A ustedes no les salen llagas? —preguntó Hilly.

—Exacto. Todo el veneno del aire que causa las llagas ha desaparecido. Lo mismo pasó ya en la mayoría de las ciudades. Por eso pudimos volver, y queremos ser amigos de ustedes.

—Eso es una tontería.

—¿Por qué una tontería, querida?

—Porque los grupos jamás son amigos entre sí. Los hombres siempre pelean y se matan unos a otros.

—¿No te parece que eso es mucho más tonto aún?

—¿Cómo van ustedes a matarnos?

—Nosotros no vamos a matarlos. Queremos darles algo para comer. Queremos ser sus amigos. Si estos hombres los sueltan, ¿prometen ustedes no ponerse a pelear o echar a correr?

—Se volvió y me miró a mí también al decir esto.

—Lucharé tan pronto como pueda agarrar una roca o un garrote —dijo yo—. Mataré a alguno de ustedes, si puedo, antes de que nos maten a nosotros.

Uno de los hombres lanzó una carcajada.

—¿Seres humanos, dijiste?

La mujer Líder se mordió el labio.

—Por lo menos son sinceros en sus intenciones. Llévenlos a la nave. Allí

les daremos de comer, y quizá se tranquilicen.

Los hombres que nos estaban teniendo nos levantaron y llevaron hacia la cosa con puertas. La mujer Líder la había llamado "nave", de modo que supongo que eso es lo que era. Nos hicieron atravesar una puerta y seguir por una larga senda brillante, donde abrieron otra puerta para entrar en un lugar muy pequeño, sin otra salida que aquella por donde habíamos venido.

—Me temo que tendrán que quedarse en esta habitación hasta que podamos llegar a alguna especie de entendimiento —dijo la mujer Líder—. Y ahora, si me prometen no pelear conmigo, les haré traer algo para comer. Y los tres nos sentaremos a conversar.

Uno de los hombres intervino entonces:

—¡Lorna! ¡No puedes quedarte aquí con estos salvajes! ¡Te harán pedazos! La mujer Líder nos miró con una sonrisa.

—Ustedes dos deben tener bastante hambre. ¿No querrían sentarse a comer?

Habíamos comido el conejo —o por lo menos una parte—, pero yo aún tenía hambre. Me volví hacia Hilly.

—Creo que deberías comer algo —le dije.

Hilly miró fijamente a la mujer Líder, y luego dijo:

—Muy bien. No trataremos de matar a nadie.

—¡Magnífico! Pero, ¿por qué no me

llaman Lorna? Ese es mi nombre—. Se volvió a los hombres—. Manden algo para comer. Y pueden marcharse. Estoy perfectamente segura.

A los hombres no les gustó eso, pero por la manera de conducirse ante ella se veía bien claro que Lorna era realmente el Líder. Salieron todos y muy pronto un hombre volvió con un montón de comida, de muchas clases diferentes en platos brillantes. Probamos algunos de ellos mientras Lorna se sentaba y nos observaba, sonriendo, y luego comimos hasta que no pudimos más.

Una vez que estuvimos satisfechos, Lorna nos dijo:

—Por favor, cuéntenme algo de ustedes. ¿Qué estaban haciendo aquí los dos, completamente solos? ¿Dónde están sus padres?

Yo no pensaba contarle nada, pero Hilly contestó:

—Fueron muertos por los hombres del otro grupo... del último con el que luchamos —Y en seguida siguió contándole a Lorna todo lo que había pasado.

Lorna estuvo pensando un momento, y luego preguntó:

—¿Alguno de ustedes sabe por qué esta ciudad se encuentra... de este modo... en ruinas? ¿Sabe alguno de ustedes lo que ocurrió?

Hilly movió negativamente la cabeza, y Lorna nos explicó:

—Bueno, hace mucho, mucho tiempo, éste era un hermoso lugar, muy grande, donde vivía la gente —los an-

## El detective radioarsénico

AL radioarsénico se le han descubierto aptitudes detectivescas para la localización de tumores cerebrales. Una vez inyectado en las venas del paciente, se fija de tres a diez veces más en los tumores del cerebro que en el tejido normal. Para ver dibujarse los contornos del tumor, basta entonces, con un contador de escintilación, recoger los positrones emitidos en la desintegración del radioarsénico.

tepasados de ustedes y los míos—. Pero empezaron a luchar entre ellos, una nación le hizo la guerra a la otra, e inventaron armas tan terribles que la civilización fué completamente destruída en una guerra final.

—¿Civilización? Nunca oí hablar de eso —dije yo.

—La forma en que vivía la gente... la cultura que tenía.

Tampoco sabía lo que era cultura, pero no dije nada, y Lorna continuó:

—Habían unas pocas personas que se dieron cuenta de que esta gran guerra se aproximaba. Sabían lo que ocurriría: que después de la guerra toda la tierra quedaría envenenada de tal modo que nadie podría vivir en ella. Algunas de las bombas que fabricaron hicieron tales cosas en el aire que la gente moría instantáneamente, o bien les salían unas llagas espantosas en el cuerpo que les causaban una muerte lenta y horrible.

—¿Por eso la gente de los grupos que vienen a las ciudades mueren de las llagas?

—Exactamente. El veneno se mantuvo en el aire durante cientos y cientos de años.

—¿Entonces por qué no murió toda la gente?

—Eso es precisamente lo más extraño que hemos descubierto: que es imposible matar a toda la gente. Después de que terminó la guerra algunos individuos deben haber sobrevivido al veneno y la aniquilación. Empezaron a multiplicarse nuevamente y siguieron con la vida..., pero sin el conocimiento o quizá siquiera el recuerdo de cómo era la Tierra antes de la guerra.

—¿De dónde vinieron ustedes? —preguntó Hilly.

—Esta gente de que les hablé antes, que previeron lo que ocurriría con la guerra, tenían medios de viajar por el espacio. La nave en que estamos ahora vino directamente de la Luna,

donde estas personas se fueron para escapar a la destrucción de la gran guerra. Allí construyeron lugares donde vivir, bajo cúpulas de cristal, y allí aguardaron hasta que los venenos se disiparon de la Tierra. Fué una espera extremadamente larga, pero ahora la contaminación casi ha desaparecido.

Yo había visto la luna montones de veces, pero pensé que esa mujer estaba mintiendo. Nadie podía vivir allí. Y en caso de que así fuese, ¿cómo hicieron para venir hasta aquí? Era disparatado.

—Enviamos una nave de avanzada para probar las radiaciones. Al ver que no volvían vinimos para investigar y los encontramos colgados allí, en la pradera —Lorna nos miró fijamente—. El pueblo de ustedes no los mató, ¿verdad?

—No —contestó Hilly—. Fué algún otro grupo. No sabemos quién.

—Probablemente nosotros habríamos hecho lo mismo —dije yo.

—¿Por qué? —preguntó Lorna, volviéndose hacia mí.

—¿Y por qué no? Los grupos siempre se matan entre sí. Simplemente no es cuerdo hacer cualquier otra cosa. —Me pareció que era una estupidez preguntar eso.

Lorna se quedó largo rato mirando hacia la pared.

**E**L veneno que nosotros conocíamos se ha disipado, pero hemos encontrado, en cambio, otro de una clase mucho más terrible. Los preceptos mismos de la vida han sido invertidos. *Bienaventurados los débiles, ha sido cambiado por bienaventurados los asesinos.* Este nuevo veneno puede demorar más tiempo aún en ser extirpado —No parecía estar hablando con nosotros. Luego volvió a mirarnos y dijo:— ¿Querrían ustedes venir conmigo y aprender una nueva clase de vida? ¿Ver las grandes ciudades de la

luna bajo las inmensas cúpulas plásticas?

—¿Qué clase de vida? —preguntó Hilly.

—La única buena, hija mía. Aquella en que la gente ayuda a su vecino en lugar de matarlo. En la que todos viven juntos y en paz.

—Creo que me gustaría eso —dijo Hilly gravemente.

No podía creer lo que acababa de oír. ¿Hilly diciendo eso? ¿Tragándose todas esas mentiras? Estaba tan sorprendido que no se me ocurría nada que decir.

—Ustedes dos deben estar bastante cansados —dijo Lorna sonriendo. Luego nos miró dudosamente—. ¿Son ustedes... casados?

—No —contesté—, pero yo ya maté a mi hombre, de modo que podemos casarnos.

—¿Mataste, tú?

—Sí, y más de uno en el combate de ayer.

—Pero ahora vas a aprender que matar es malo —dijo ella suavemente. Yo no pensaba hacer nada de eso, pero no contesté nada.

—Vengan conmigo —dijo Lorna. Abrió la puerta del lugar en que estábamos y la seguimos afuera —Por este pasillo. Las habitaciones de ustedes están una frente a otra. Por estas puertas.

Abrió una puerta, por la que entró Hilly, y la cerró tras ella. Luego abrió otra para que entrara yo.

—Allí está tu cama —me dijo—. Puedes dormir todo el tiempo que quieras.

Yo me tendí en la cama, pero no tenía intención de dormir. Sólo estaba aguardando. Me quedé dormido, sin embargo, y cuando desperté salí al pasillo. Todo estaba muy silencioso. Me deslicé hasta la habitación de Hilly y la desperté.

—Salgamos de aquí antes de que esta gente nos mate —dije.

Hilly se restregó los ojos y contestó: —No nos van a matar. Nos van a llevar a la luna, donde podremos ver las grandes ciudades.

—Eso es mentira. Todo lo que ella nos dijo no son más que mentiras. Levántate y salgamos de aquí.

—No quiero ir, Dan.

¡No podía creer a mis oídos! Hilly quería quedarse con esa gente. Eso me dió mucha rabia y sentí deseos de pegarle. Pero no lo hice. En cambio dije:

—Muy bien. Si quieres quedarte aquí y escuchar las mentiras que van a contarte, y probablemente ser muerta al final, allá tú. Yo voy a salir de este lugar lo más pronto posible, si puedo.

Hilly apoyó la mano sobre mi brazo y me pareció que iba a ponerse a llorar.

—¡Por favor, Dan! ¡Estoy segura de que no mienten! De que Lorna dice la verdad: que hay lugares donde la gente no anda matándose entre sí a cada momento..., donde todos viven juntos y en paz, y son amigos.

—Pero tú misma dijiste que no se puede hacer otra cosa más que matar a la gente de otros grupos, porque de lo contrario nos matarían a nosotros. —Ya sé que dije eso..., pero después de hablar con Lorna..., de escuchar todo lo que dijo..., no estoy tan segura.

—Muy bien. Si no quieres venir, no puedo obligarte. Adiós.

—¿Te... marchas?

—Sí..., me vuelvo al lugar de donde soy.

Estaba oscuro ahora y todo se hallaba en silencio. Había un hombre junto a la entrada, evidentemente un guardia. Cerca de allí, sobre una mesa, se veía una cosa larga y delgada de metal, con una especie de flor dentro de ella. Saqué la flor y golpeé al hombre con la cosa de metal.

Salí al espacio libre y no había na-

die por allí para detenerme. Me metí entre las rocas, y allí me sentí más seguro. O por lo menos eso me pareció. Pero mientras me deslizaba para alejarme de la nave, miré hacia atrás y vi la sombra de algo que se movía. Habrían encontrado al guardia y estaban detrás de mí. Aún tenía al garrote con que le había pegado, de modo que me agaché detrás de una piedra y aguardé. Al ver acercarse a la sombra levanté el garrote, y ya estaba a punto de dejarlo caer, cuando la sombra gritó:

—¡Dan... Dan..., no!

Era Hilly.

Dejé caer el garrote y ella se echó en mis brazos. Estaba llorando.

—Dan, no podía quedarme allí sin ti. Tuve miedo, y me di cuenta de que tenía que venir contigo.

Nos besamos. Se suponía que yo no debía besarla hasta que estuviéramos casados, pero de todos modos lo hice.

—No llores —le dije en voz baja—. Todo saldrá lo más bien. ¿Sabes qué voy a hacer?

—¿Qué?

—Tenemos que ir a prevenir a toda la gente para que esté alerta contra este nuevo grupo que ha venido de la luna.

—No se me ocurre ningún otro lugar. Pero cualquier grupo al que vayamos nos matará.

—Creo que no... cuando oigan lo que tenemos que contarles. Les hablaremos de esa extraña cosa que derrite las rocas. Creo que quizá entonces todos los grupos se unirán. Después de todo, ésta es nuestra tierra. Si lo que ellos dicen es cierto, eso significa que huyeron de aquí y ahora quieren volver, de modo que tendremos que luchar.

—Muy bien, Dan —contestó Hilly—. Haré cualquier cosa que tú digas. Si te parece que hay que matar a esta gente extraña, te ayudaré.

Yo sabía que tenía razón, pero el hecho de que Hilly estuviera de acuerdo conmigo, me hizo sentir más fuerte y valiente. Derrotaremos a esta nueva gente. Los mataremos a todos. ✦

### Moisés y el condensador

SEGÚN la Biblia (capítulo XXV del Exodo), Jehová le dijo a Moisés, al darle instrucciones para la construcción del tabernáculo: "Harás un arca de madera de setim..., y la cubrirás de oro puro; por dentro y por fuera la cubrirás; y harás sobre ella una cornisa de oro alrededor." ¿Hace falta mejor descripción de un condensador eléctrico en que las chapas de oro juegan el papel de placas conductoras, y la madera de setim el de material aislante? Esto es lo que se pregunta un ingeniero francés, que acaba de publicar un serio trabajo, donde sostiene que Moisés fabricó este condensador para guardar la electricidad atmosférica, recogida por un pararrayos especial (la cornisa de oro), y para meter en cintura, mediante oportunas descargas eléctricas, a los que manifestaran demasiados humos.

¡llegó otra vez la Colección NEBULAE!

"SCIENCE FICTION"



con 3 nuevos títulos:

Robert Heinlein

**LOS NEGROS FOSOS DE LA LUNA**

Arthur C. Clarke

**LAS ARENAS DE MARTE**

Antonio Ribera

**EL MISTERIO DE LOS HOMBRES PECES**

que se añaden a los ya aparecidos:

R. A. Heinlein - TITAN INVADE LA TIERRA

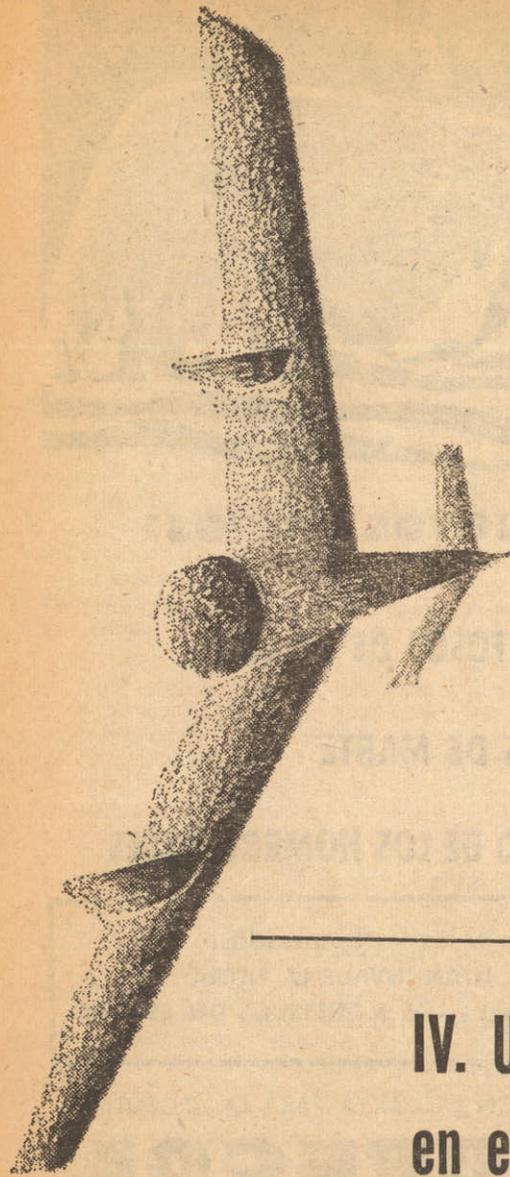
y A. E. Van Vogt - LOS MONSTRUOS DEL ESPACIO

DISTRIBUCION EXCLUSIVA PARA LA ARGENTINA

**LIBRECOL**

HUMBERTO 1º 545 - Bs. As. - T. E. 30 - 4232

EN TODAS LAS LIBRERIAS \$ 18.-

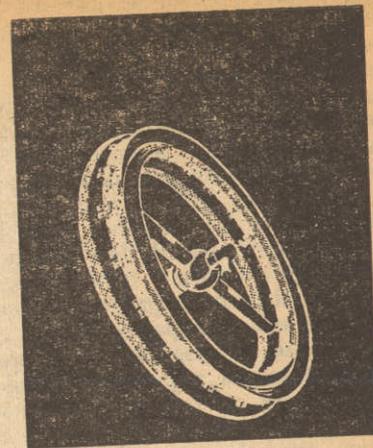


# espacio sin fronteras

## IV. Una estación en el espacio

por WILLY LEY

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)



**C**UANDO el hombre establezca por primera vez su residencia en el espacio, lo hará dentro de un anillo rotatorio, que girará en torno de la Tierra de la misma manera que gira la Luna. La vida será ardua y complicada dentro del nuevo satélite; en cierto sentido, bastante semejante a la que se realiza dentro de un submarino moderno.

Esta avanzada en el cielo, que hoy en día reconocemos como el primer paso inevitable para la conquista del Universo, constituirá una comunidad capaz de abastecerse a sí misma, y dentro de la cual se satisfarán todas las necesidades humanas, desde la del aire hasta la de la gravedad.

La idea no es completamente nueva. A decir verdad, cuando, hace como medio siglo, el concepto de viaje espacial surgió brumosamente desde el terreno de la fantasía para convertirse en tema de discusión científica, la importancia de la estación espacial se perfiló nítida-

mente. En una novela escrita en 1897 por un tal Kurd Lasswitz, doctor en filosofía, profesor de matemáticas y consejero privado de alguna corte de menor importancia de Alemania, ya se exponía el tema con bastante detalle. El autor explicaba con mucho cuidado la teoría astronómica del viaje espacial y la necesidad de una estación intermedia para tales viajes. Sin embargo, lo más que pudo hacer Lasswitz fué presentar sus puntos de vista. Ni siquiera podía especificar los métodos mediante los cuales se construiría la estación, ya que la falta de conocimientos técnicos lo inhibía en todo sentido. Piénsese solamente que en esa época todavía no se había inventado el aeroplano.

Lasswitz fué seguido diez años más tarde por otro profesor de matemáticas, un ruso de apellido Ziolkovsky, quien también llegó a la conclusión de que las estaciones espaciales constituirían una necesidad imprescindible. En 1922,

todavía otro profesor de matemáticas, Herman Oberth, renovó la idea, esta vez como un proyecto real para los ingenieros del futuro. Proponía una altura de mil kilómetros sobre el nivel del mar, como órbita para la estación espacial; destacaba la importancia de ésta para propósitos astronómicos y para la observación de la Tierra; pero, si bien discutió las funciones probables de la estación espacial, dejó al futuro la tarea de diseñarla y darle forma.

Quizá el lector se pregunte en qué difiere la estación espacial descrita en este libro de las otras que se postularon previamente. La respuesta es simple: debido a los extraordinarios adelantos tecnológicos de los últimos años, la estación espacial que se describe aquí puede ser construída.

Al desarrollar su proyecto, Von Braun comienza con el método de llevar las partes prefabricadas de la estación a la órbita; detalle que sus precursores no tuvieron en cuenta. En su diseño de estación espacial no hay ninguna pieza de maquinaria ni estructural que sea más pesada que la capacidad de carga de la nave cohete que tendrá que transportarlas. Además estas partes prefabricadas pueden encajar fácilmente en los compartimientos de carga. Digamos de paso que éste es el primer proyecto que tiene en cuenta la recuperación y reutilización de las secciones, o etapas, primera y segunda del cohete, lo cual significa importantes economías en toda la operación.

Insistimos: esto ya es el plano del proyecto, no para el futuro, sino para el presente. Se podría empezar a trabajar en él mañana mismo.

**C**ONSIDERANDO la estación espacial sólo como una máquina para vivir en el espacio, la primera exigencia que debe cumplir es ser hermética. Esto parece tan evidente como afirmar que un submarino debe estar cerrado herméticamente. Pero un ve-

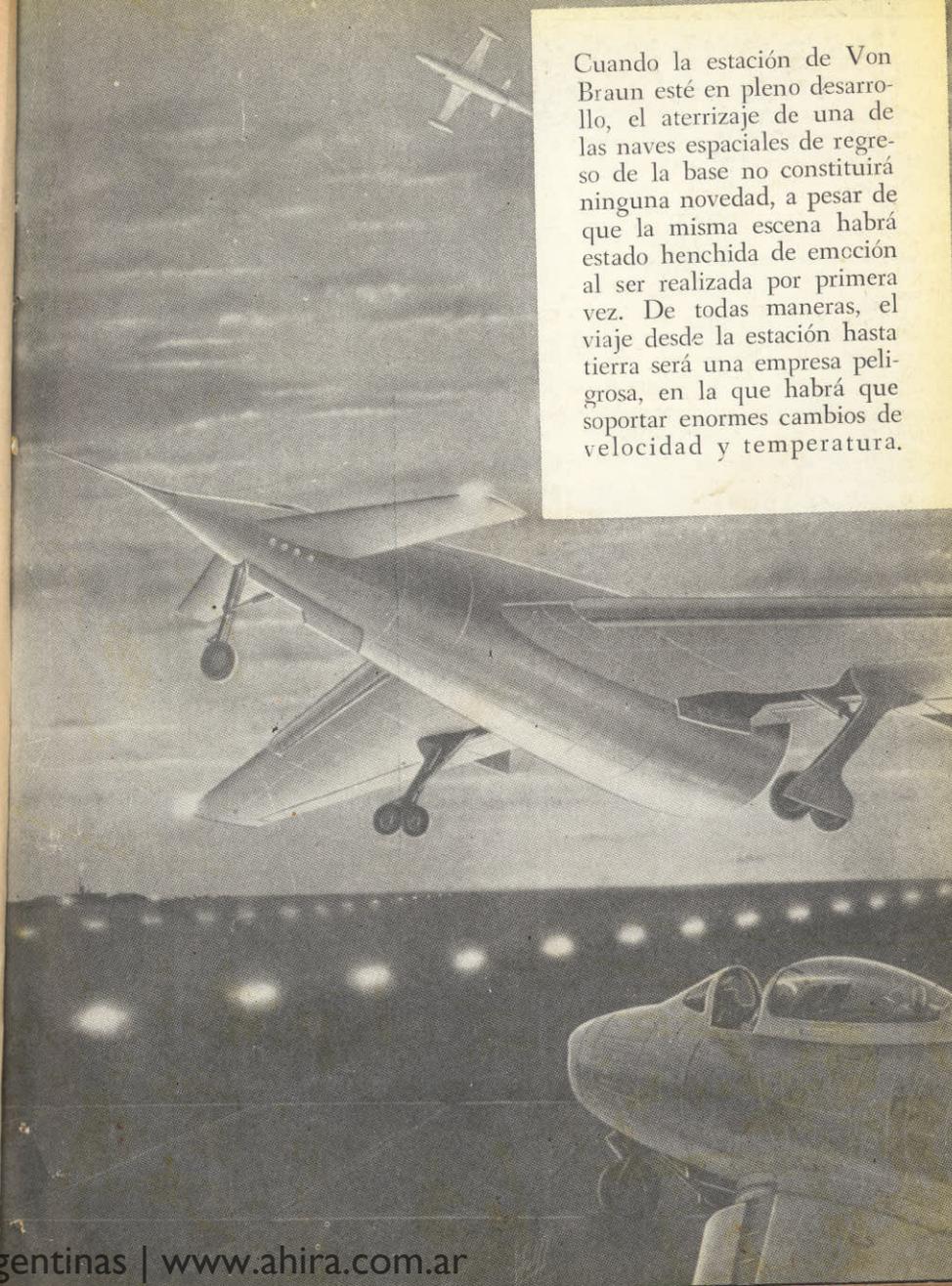
hículo que viaje por debajo del agua puede reabastecerse de oxígeno saliendo a la superficie o utilizando un tubo Schnorchel. En cambio, la provisión de oxígeno para la estación espacial está casi 2.000 kilómetros por debajo de ésta, y tendrán que llevarse todas las moléculas de aire desde la Tierra, inicialmente y en sucesivos y periódicos reabastecimientos. Debido a esta circunstancia tenemos que prestar atención a algo que en general pasa inadvertido: es el hecho de que el aire también tiene peso.

El volumen total de la estación espacial es de alrededor de 18.400 metros cúbicos. Un metro cúbico de aire pesa 1,3 kilogramos; de manera que el aire que se requiere para llenar la estación espacial pesa unas 24 toneladas. En realidad la cifra será un poco menor, dado que las maquinarias, equipo, moblaje, etcétera, ocuparán alguna parte de ese volumen; pero es interesante notar que la provisión original de aire agotará aproximadamente la capacidad de carga de una nave cohete.

En el corte de la estación espacial que aparece en las ilustraciones se cuentan cuarenta personas; podemos, pues, suponer que la tripulación total será ochenta. Ahora bien, como cada hombre utiliza alrededor de un kilogramo y medio de oxígeno por día, cada veinticuatro horas habrá que reponer unos 120 kilogramos. Debido a los problemas de peso, la manera más práctica de llevar la provisión será en forma líquida.

El oxígeno líquido tiene su punto de ebullición a 192 grados centígrados bajo cero, y para evitar la evaporación debe ser transportado en recipientes especialmente aislados. Por suerte, el peso de estos recipientes es lo suficientemente bajo como para que sirvan en la práctica. La provisión diaria de oxígeno pesará en realidad sólo 225 kilogramos, de los cua-

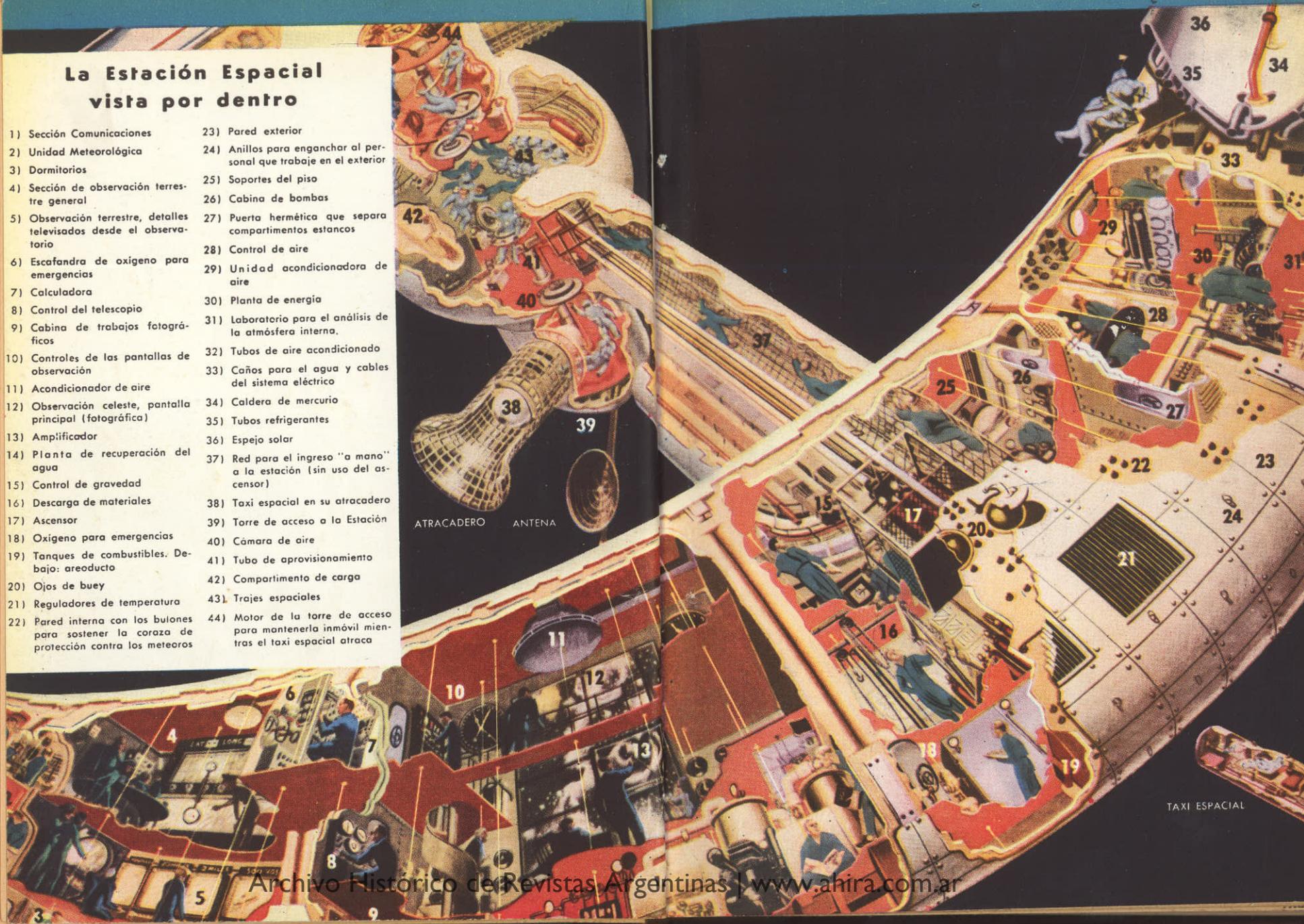
(Continúa en la pág. 37)



Cuando la estación de Von Braun esté en pleno desarrollo, el aterrizaje de una de las naves espaciales de regreso de la base no constituirá ninguna novedad, a pesar de que la misma escena habrá estado henchida de emoción al ser realizada por primera vez. De todas maneras, el viaje desde la estación hasta tierra será una empresa peligrosa, en la que habrá que soportar enormes cambios de velocidad y temperatura.

## La Estación Espacial vista por dentro

- |   |  |
|---|--|
| 1) Sección Comunicaciones   | 23) Pared exterior   |
| 2) Unidad Meteorológica   | 24) Anillos para enganchar al personal que trabaje en el exterior                        |
| 3) Dormitorios  | 25) Soportes del piso  |
| 4) Sección de observación terrestre general   | 26) Cabina de bombas   |
| 5) Observación terrestre, detalles televisados desde el observatorio                        | 27) Puerta hermética que separa compartimentos estancos                                  |
| 6) Escafandra de oxígeno para emergencias   | 28) Control de aire  |
| 7) Calculadora  | 29) Unidad acondicionadora de aire   |
| 8) Control del telescopio   | 30) Planta de energía  |
| 9) Cabina de trabajos fotográficos  | 31) Laboratorio para el análisis de la atmósfera interna.                                |
| 10) Controles de las pantallas de observación   | 32) Tubos de aire acondicionado  |
| 11) Acondicionador de aire  | 33) Caños para el agua y cables del sistema eléctrico                                    |
| 12) Observación celeste, pantalla principal (fotográfica)                                   | 34) Caldera de mercurio  |
| 13) Amplificador  | 35) Tubos refrigerantes  |
| 14) Planta de recuperación del agua   | 36) Espejo solar   |
| 15) Control de gravedad   | 37) Red para el ingreso "a mano" a la estación (sin uso del ascensor)                    |
| 16) Descarga de materiales  | 38) Taxi espacial en su atracadero   |
| 17) Ascensor  | 39) Torre de acceso a la Estación  |
| 18) Oxígeno para emergencias  | 40) Cámara de aire   |
| 19) Tanques de combustibles. Debajo: areoducto  | 41) Tubo de aprovisionamiento  |
| 20) Ojos de buey  | 42) Compartimento de carga   |
| 21) Reguladores de temperatura  | 43) Trajes espaciales  |
| 22) Pared interna con los bulones para sostener la coraza de protección contra los meteoros | 44) Motor de la torre de acceso para mantenerla inmóvil mientras el taxi espacial atraca |



- 1) Sec
- 2) Uni
- 3) Do
- 4) Sec
- tre
- 5) Ob
- tele
- tor
- 6) Esc
- em
- 7) Co
- 8) Co
- 9) Ca
- fica
- 10) Co
- ob
- 11) Ac
- 12) Ob
- pri
- 13) An
- 14) Pl
- ag
- 15) Co
- 16) De
- 17) As
- 18) Ox
- 19) Ta
- ba
- 20) Oj
- 21) Re
- 22) Pa
- pa
- pr



El planeta Marte, nuestro vecino en el espacio, visto desde su luna más lejana, Deimos. Deimos, que tiene un diámetro de alrededor de ocho kilómetros, tarda 30 horas y 18 minutos en dar una vuelta completa alrededor del planeta. Dado que Marte necesita poco más de uno de nuestros días para rotar en torno de sí mismo, Deimos permanece mucho tiempo suspendido encima de la misma región marciana. Un observador colocado en Deimos podría inspeccionar un punto determinado del planeta mayor durante 60 horas consecutivas. Esto hará de ella, así como también de Phobos (la otra luna), una estación espacial natural de enorme valor para los exploradores del futuro.

(Continuación de la pág. 32)

les la mitad hay que atribuirlos al recipiente. El oxígeno comprimido, en cambio, hay que transportarlo en recipientes de acero, capaces de resistir la presión que aquél ejerce. Si quisiéramos transportar en forma comprimida los 120 kilogramos que se necesitan por día, nos encontraríamos con una carga seis veces mayor (1.350 kilogramos), el 90 por ciento de la cual estaría constituida nada más que por los cilindros. Con oxígeno líquido, una sola nave cohete será capaz de transportar el oxígeno necesario para que los habitantes de la estación espacial puedan vivir cuatro meses. Claro que, en la práctica, toda nave espacial de reabastecimiento tendrá que llevar también cierta cuota de oxígeno consigo. Pero el método de transportar el oxígeno en forma líquida es evidentemente el más deseable.

Las 24 toneladas de aire dentro de la estación espacial no tendrán la misma composición que el aire que respiramos en la Tierra. En la Tierra, la atmósfera tiene: 21 por ciento de oxígeno; 78 por ciento de nitrógeno; 1 por ciento de argón, y otras impurezas. Hay una razón importante para que la atmósfera de la estación espacial tenga otra composición, y es la posibilidad de que algún meteorito agujereee las paredes de la estación espacial. La consecuencia de este suceso sería una rápida disminución de la presión en la sección directamente afectada. Aun si los hombres sobrevivieran al accidente, siempre quedarían efectos posteriores, peligrosos. Por ejemplo: la tripulación de esa zona podría sufrir de la "enfermedad de los buzos", si no se tomaran precauciones. Este achaque repentino y a menudo peligroso ha sido objeto de mucha preocupación en el pasado, pero sólo recientemente se ha logrado averiguar sus verdaderos motivos.

El nitrógeno del aire, que se inhala

conjuntamente con el oxígeno, no contribuye en nada al bienestar del cuerpo. Se disuelve en la corriente sanguínea, y cuanto más alta es la presión del aire, como, por ejemplo, en un traje de buzo, mayor es la disolución. Mientras el nitrógeno permanece disuelto, no se experimentan efectos dañinos. Pero si la presión disminuye bruscamente, el nitrógeno forma inmediatamente burbujas en la sangre, con resultados frecuentemente nefastos.

En cuanto los hombres de ciencia encontraron la causa de los ataques a menudo funestos que sufrían los buzos cuando eran elevados bruscamente a la superficie, comenzaron a buscar algún gas que fuera adecuado para diluir el oxígeno puro y que no se disolviera en la misma proporción que el nitrógeno dentro de la sangre. La respuesta fué: helio. Si bien éste también se disuelve en la sangre, lo hace en proporciones mucho menores, siendo cinco veces menos soluble que el nitrógeno. Por tanto, la formación de burbujas dentro de la sangre, como resultado de una descomposición brusca, dentro de una atmósfera de helio y oxígeno, es tan benigna que puede prácticamente despreciarse.

Además de la protección que ofrece al personal de la estación, la utilización de helio en vez de nitrógeno permite una considerable reducción en peso. Como ya hemos mencionado, la estación necesita 24 toneladas de aire. En una atmósfera de oxígeno y nitrógeno, alrededor de 4 toneladas y media representarían la cantidad de oxígeno, mientras que las diecinueve y media restantes serían de nitrógeno. El helio, utilizado en la misma relación de volumen, sólo pesaría un poco menos de tres toneladas, ejerciendo, sin embargo, la misma presión que una cantidad de nitrógeno siete veces más pesada. Podrían ahorrarse así alrededor de 16 toneladas de carga.

Una vez que la estación espacial

fuese llenada de aire, sería posible producir cierta cantidad de oxígeno dentro de la misma estación.

El hombre, al respirar aire, asimila el oxígeno y produce anhídrido carbónico. Las plantas hacen lo mismo; pero, con ayuda de la luz solar, también producen oxígeno en un proceso llamado de fotosíntesis. En este proceso se desprenden dos átomos de oxígeno unidos a uno de carbono (CO<sub>2</sub>). La planta utiliza el carbono para hacer, por ejemplo, almidón, y deja escapar el oxígeno. Todas las plantas verdes hacen lo mismo, algunas mejor que otras. J. Myers, hace menos de tres años, indicó que ciertas algas, llamadas *chlorella*, son capaces de producir hasta cincuenta veces su propio volumen en oxígeno, al ser iluminadas por la luz solar.

Si hay algo que abunde en la estación espacial, es indudablemente la luz solar. Teóricamente sería muy sencillo, aprovechándola, satisfacer las necesidades de oxígeno de la tripulación. Tanques chatos, de unos dos centímetros y medio de espesor y veintitrés metros cuadrados de superficie, con una proporción de un litro de algas por cuatro de agua, es todo lo que se necesita. Este método biológico de volver a obtener el oxígeno tendrá también la ventaja de eliminar al mismo tiempo el anhídrido carbónico del ambiente.

Pero, aun utilizando este método, la estación espacial tendrá todavía que tener reservas de oxígeno. Sin embargo, mientras los tanques y las *chlorella* permanezcan en buen estado, no habrá necesidad de enviar con regularidad oxígeno a la estación espacial.

El problema siguiente es el del agua, y las cifras para el abastecimiento necesario son similares a las del aire. Si contamos dos litros por hombre por día, para una tripulación de ochenta, eso significa que se requerirán 160 litros diarios, con una reserva de alme-

dor de 160 kilos. Esto es más que los 120 kilos de oxígeno que se requieren por día; pero los recipientes para llevar agua pesan mucho menos que los de oxígeno, equilibrándose así la diferencia. En total, el peso del agua y de los recipientes, para el consumo de cada día, alcanza a unos 225 kilogramos.

Podemos también evitarnos el peso de los recipientes, transportando el agua en forma de hielo. Los grandes panes sólo necesitarán alguna lona que los envuelva para poder manejarlos mejor; y sólo una cantidad despreciable se estropeará durante el viaje. Si se lleva el agua congelada, esto aliviará además considerablemente el sistema de refrigeración.

Si la cifra de dos litros por persona y por día parece demasiado baja, es porque sólo estamos contando la que se utiliza para beber. La que se emplea en otros menesteres, como lavar o afeitarse, saldrá de lo que podemos llamar un "proceso cíclico cerrado". El proceso funciona de la siguiente manera: los dos litros de agua que un hombre toma por día no quedan dentro de su cuerpo. A la temperatura ordinaria, alrededor de la mitad de ese agua es eliminada en forma de descarga líquida natural. La otra mitad vuelve a la atmósfera a través de la transpiración y la respiración. Estos dos litros de vapor de agua, o más si la temperatura es alta, se retirarán de la atmósfera de la estación espacial, para ser licuados nuevamente. El sistema de aire acondicionado realiza esta función, y la purificación del agua se hace por medio de una planta recuperadora de agua. Así obtenemos una bonificación a nuestra ración diaria de agua, que puede ser agregada a la reserva general.

Las cifras de comida son análogas a las del agua, pero con dos diferencias fundamentales: 1ª, no hay recuperación; 2ª, no hay ninguna necesidad de

acumular una provisión tan grande desde un principio.

Toda la comida que se transporta a la estación deberá sufrir un proceso adecuado al siguiente propósito: reducir al mínimo la cantidad de residuo. Llevar vegetales frescos en lugar de congelados sería un gasto inútil. Lo mismo puede decirse de la carne. Por ejemplo: las costillas de cerdo o de vaca se enviarán a la estación sin el hueso. La mayor parte de la comida irá congelada o precocinada ya que en esas condiciones el peso de los recipientes se reduce al mínimo.

Sin embargo, a pesar de todas las precauciones, quedarán muchísimos residuos: envolturas, papeles, equipo roto, suciedad y polvo extraído de la atmósfera por los acondicionadores de aire, a lo que hay que agregar el residuo de las cloacas. En conjunto, el peso total de lo que hay que eliminar por día será de alrededor de 225 kilogramos.

En tierra, la eliminación de tal cantidad no plantea ningún problema. Pero en el espacio sucede todo lo contrario. No se pueden arrojar simplemente los desperdicios (aun cuando buena parte de ellos se dispersarían inmediatamente), pues se produciría una nube de micrometeoritos que arruinarían todas las observaciones. La manera más fácil y barata de desprenderse de los residuos es transportarlos nuevamente a Tierra en una nave cohete. Aun cuando sólo llegara una nave cohete por semana, el material de desperdicio no excedería de dos toneladas, lo cual sería despreciable desde el punto de vista de lo que pudiera afectar a la facilidad de maniobra.

Podríamos desembarazarnos de los residuos todavía de otra manera, aunque un poco más cara. Bastaría meterlos en un recipiente de aluminio, no aerodinámico (digamos cúbico), que tuviera un pequeño motorcito a reac-

ción. Luego, se lo lanzaría al espacio en dirección opuesta a la que lleva la estación espacial. Por lo pronto, al perder velocidad abandonaría la órbita y caería hacia la Tierra; y al llegar a unos 100 kilómetros de altura, la fricción lo volatilizaría como si fuera un meteorito cualquiera.

Pero, aunque el método es muy limpio, implica el gasto de un kilo de combustible cada tres de desperdicios, además del motor a reacción.

Si se analiza cuidadosamente el problema del aprovisionamiento, se puede llegar fácilmente al número de cohetes que deberán efectuar el servicio entre la Tierra y la Estación. Al principio, durante la construcción, habrá que proceder lo más aceleradamente posible, y es probable que se necesite una nave cohete cada cuatro horas. Aquí las dificultades más grandes se encontrarán por el lado de la recuperación de la segunda y tercera etapas.

Tal vez al principio no sea factible tener en operación más de diez o doce cohetes. El punto importante, sin embargo, es que no será necesario aumentar el número de naves de abastecimiento una vez que la estación haya sido construída. Más aún: con un cohete cada tres días habrá más que suficiente para llevar todas las provisiones necesarias y realizar las rotaciones de tripulación que se consideren convenientes. Para realizar un servicio de esta naturaleza no se necesitarán más de cuatro naves espaciales (incluidas las de reserva), número considerablemente menor que el que se utilizará para construir la estación espacial.

Si bien ya podemos hacer el cálculo de la cantidad de oxígeno, comida y agua que consumirá la estación, lo mismo no puede decirse del equipo, instrumental y comodidades de que se dispondrá a bordo. Hay todavía muchos problemas a resolver, pues no

debe olvidarse que, para tener todo listo, se requeriría un mínimo de diez años. Durante dichos diez años, nuevos descubrimientos habrán de realizarse: nuevos refrigerantes, bombas más pequeñas y potentes, aparatos electrónicos capaces de hacer maravillas. Por estas razones sólo puede darse actualmente un esquema general de lo que sería la estación espacial. Dicho esquema se puede examinar en la ilustración que acompaña al texto (págs. 34-35.)

El establecimiento y manejo subsiguiente de la estación espacial es indudablemente un proyecto de gran envergadura. Pero también lo fué la obtención de la bomba atómica, y en

su época, el canal de Panamá o el de Suez. Y a diferencia de estos proyectos anteriores, el de la estación espacial no exige nuevos descubrimientos fundamentales. Sabemos que está al alcance de la ingeniería de nuestros días. Lo único que falta es trabajar con fervor. Y hay algo más, que jamás deberá olvidarse: la estación espacial es, o será, el primer paso hacia la exploración del espacio. Se dice que todo primer paso es difícil; y, como éste es particularmente largo, habrá que pensar que es especialmente difícil; pero, una vez dado, las dificultades desaparecerán con extraordinaria rapidez, y el sistema solar se abrirá de una vez por todas a la humanidad. ✦

### Para proteger a los pulmones

Los gases de escape de los automóviles contienen hidrocarburos y óxido de carbono, substancias ambas muy nocivas para el organismo. Para hacerlas desaparecer se ha inventado un aparato muy sencillo, llamado oxicat (abreviatura, de oxidación catalítica). El dispositivo consiste en gran número de barras de porcelana, sostenidas por dos placas laterales del mismo material. Las barras están recubiertas de un compuesto de platino y aluminio, que tiene la virtud, por su sola presencia, de promover la combustión entre los gases de escape y el oxígeno del aire. Una importante aplicación de este artefacto es el empleo de motores a explosión, en locales cerrados.

# ¿QUIERE AVANZAR EN SU TRABAJO Y GANAR MAS?

## MUY IMPORTANTE:

★ Las E. I. han ayudado a más de 6 millones de hombres y mujeres a capacitarse en su propia casa para mejores empleos.

★ Entre los cursos que ofrecen las E. I. hay uno que le puede ayudar a usted a triunfar.

★ El sistema de enseñanza de las E. I. es claro, directo y sólido. Le proporciona los fundamentos y teorías aplicados a la práctica.

★ Estudiando en casa con el sistema de las E. I. usted recibe instrucción individual y avanza tan rápido como quiere, sin alumnos más "duros" que lo atrasan ni vacaciones que interrumpen sus estudios si no las quiere, pues las E. I. funcionan todo el año sin interrupción.

## He aquí cómo hacerlo:

Inscribese en uno de nuestros famosos cursos por correspondencia y prepárese sólidamente para poder aprovechar las nuevas y mejor remuneradas oportunidades que de continuo se le presentan a las personas bien capacitadas. Envíenos su dirección y recibirá de inmediato informes completos de gran interés.

## NUESTRO PROGRAMA COMPRENDE:

COMERCIO Y BANCA: 30 cursos.	INGENIERIA ELECTRICA, REFRIGERACION, ACONDICIONAMIENTO DE AIRES: 11 cursos.
DIBUJO LINEAL, MECANICO, ARQUITECTONICO, TEXTIL: 10 cursos.	QUIMICA: 3 cursos.
INDUSTRIA TEXTIL: 10 cursos.	RADIO: 7 cursos.
INGENIERIA CIVIL, ARQUITECTURA, CONSTRUCCIONES, AGRIMENSURA: 22 cursos.	MOTORES Y AUTOMOVILISMO: 9 cursos.
INGENIERIA MECANICA Y VAPOR: 22 cursos.	IDIOMA INGLES: Un curso práctico con discos.

## ESCUELAS INTERNACIONALES

de la América del Sud S. A.  
Av. de Mayo 1370 - T. E. 38-0672 - Buenos Aires

Me interesa el estudio de:

**GRATIS**  
y sin compromiso solicite detalles.

Nombre.....

Domicilio.....

Localidad..... F.C.N.....

Provincia.....

M.A. 10-55

# inocente maquiavelo reforzado

por HECTOR OESTERHELD

ilustró ORNAY

EN una de esas nubes luminosas de propaganda, tan de moda en los últimos tiempos, centelleaba con letras de oro, entre los dos cipreses, el nombre famoso: "Inocente Maquiavelo, Reforzado"... "Inocente Maquiavelo, Reforzado", en letras de oro sobre dos círculos iguales y rosados...

Detrás del arbusto, agachado para pasar inadvertido a las parejas que salían del parque, Jacobus Rándom revisó por última vez los diales de su pistola atómica. Aquél era su primer asesinato, y Rándom estaba dispuesto a hacerlo bien...

El sendero quedó solitario. El lento rumor de los pasos de la última pareja se apagó, esfumándose en el suave susurro de la brisa. Jacobus Rándom quedó solo. Tan solo que un pensamiento le inquietó: "¿Y si no viene? ¿Y si me equivoqué, y no es éste el lugar?"

Pero no; no había por qué preocuparse; era temprano todavía; apenas un poco más de las ocho y media. Bien claro le habían dicho los detectives: "La persona que a usted le interesa ha sido oída citándose telefónicamente con una dama. Dijo que la esperaba

*Advertimos a los lectores serios, a los que no quieran leer nada alegre, nada inquietante, nada atrevido, que pasen por alto y muy de prisa, ¡porque quemar!, las páginas de este cuento, desde las cuales un escritor argentino desafía a los lectores de MAS ALLA.*

*Léalo y háganos conocer su opinión aunque sea para insultarnos. Lo esperamos todo.*



en el parque, entre los dos cipreses, a las nueve. . . .”

Porque todo había empezado con aquel nombre. . . . Por aquel nombre estaba Jacobus Rándom allí, en el parque, acechando a un hombre. . . .

Hubo la sombra fugaz de un murciélago sobre la nube luminosa, y Jacobus Rándom, sin proponérselo, se encontró viviendo otra vez la increíble serie de acontecimientos que lo trajeron al parque y pusieron una pistola atómica en su mano. . . .

**T**RES meses atrás, Jacobus Rándom estaba en su despacho de presidente de la “One-Two Company”, una de las dos principales fábricas de corpiños del planeta; su gran despacho blanco de plástico imitando mármol, con el escritorio reproducción exacta del Partenón, el famoso templo de la Acrópolis de Atenas. . . . ¿o de Roma? Quizá ni el decorador lo sabía. La culpa la tenía esa condenada moda que quería revivir en pleno siglo XXII la arquitectura clásica.

Era temprano todavía, y apenas si Jacobus Rándom se había instalado en su silla curul, copia exacta de la usada por un senador romano del siglo I, cuando la puerta se abrió y entró miss Gertrud, la secretaria. Con su andar rápido de empleada diligente y alerta, se plantó delante de Jacobus Rándom. Éste no pudo menos de comparar la delgada y flácida figura de la secretaria con el cálido y rozagante retratograma de Carolyn Cónrad en “sweater” rojo, situado en la pared de enfrente. El mismo Jacobus lo había colgado allí para tener siempre presente, en aquella figura en relieve que respiraba serena y parpadeaba de cuando en cuando, la mórbida perfección de la que casi fuera su modelo.

Jacobus Rándom suspiró. La comparación con la desmayada anatomía de miss Gertrud destacaba aun más las formas del retratograma, tan sabiamen-

te moldeadas por el rojo tejido. . . . “Y pensar”, suspiró Jacobus, “que Carolyn pudo ser la modelo para el Inocente Maquiavelo. . . .”

Pero ya miss Gertrud se hacía oír:

—El señor Hítler Müller desea verlo, señor Rándom. . . .

—¿El señor Hítler Müller? —Jacobus se estremeció. Aquél era el inventor que había venido a proponerle, un año atrás, una novedad en corpiños; una novedad tan estúpida que Rándom tuvo que reírse cuando el hombre le dijo: “Hasta ahora, y desde que se crearon los corpiños, las dos partes han sido del mismo color. Mi idea, señor Rándom, es hacer ambas partes de colores bien distintos, contrastantes. . . .”

Sí, él, Jacobus, el genio de la One-Two Company, se había reído del inventor. Y éste había ido con su creación a la Bipolaris Incorporated, la empresa rival, y Einstein Rógers, el presidente, lo había recibido con los brazos abiertos: lanzaron el “Bi-Bi” (Bipolaris Bicolor), y causaron sensación. Las ventas de la One-Two, a pesar de toda la propaganda hecha a su último modelo, el Inocente Maquiavelo, de satén y encaje, en una audaz vuelta a lo antiguo, habían caído a menos de la mitad. . . .

—Dígale que espere, miss Gertrud — Jacobus habló con aire indiferente: le interesaba saber qué traía Müller, pero quiso disimular.

La secretaria se marchó, y Jacobus paseó la mirada por la habitación. Desde su retratograma y su “sweater”, Carolyn Cónrad seguía respirando y parpadeando. . . . Con un esfuerzo, Jacobus apartó los ojos de ella y miró hacia un panel liso, de suave tinte azulado. Oprimió un botón en el borde del escritorio. Un trazo luminoso se encendió en la pared. El trazo serpenteó, dibujando lentamente una curva irregular: era el gráfico que representaba las ganancias de la One-Two. . . . Cuando apareció el primer pico impor-

tante Jacobus suspiró. Aquel ascenso representaba su primer gran acierto desde que había reemplazado a su padre en la dirección de la firma. El éxito lo debía el “Cojín de Seda”, el primer corpiño de seda que hubo en el mundo, luego de dos siglos de reinado absoluto del material plástico. Jacobus había tenido ocasión de anticiparse a la evolución del público hacia las “viejas modas”. El segundo pico importante correspondía al lanzamiento del Inocente Maquiavelo, para confeccionar el cual había tenido que redescubrir los procedimientos para hacer encajes. El triunfo había sido fulminante. Pero fulminante era también la caída del pico: la curva bajaba y bajaba en línea recta, hasta niveles jamás alcanzados de tan bajos. Aquélla era la caída causada por el Bi-Bi, el corpiño bicolor inventado por el condenado Müller. . . .

La curva, ya en rojo, se quedó titilando a un nivel bajísimo, próximo al suelo. Con un puñetazo de fastidio, Jacobus apretó el botón y la apagó.

—Hay que idear un nuevo modelo — se dijo, poniéndose de pie —; algo que supere al Bi-Bi. . . .

Como siempre que se ponía de pie para pensar, sus pasos lo llevaron ante el retratograma de Carolyn. . . .

Carolyn Cónrad, la rotunda modelo que, por una simple discusión al firmar el contrato con la One-Two, había hecho pedazos el documento y se había ido con Einstein Rógers, el de la Bipolaris. . . .

Jacobus suspiró y tocó el marco del retratograma. Lentamente, la imagen alzó los brazos y cruzó las manos detrás de la nuca, en voluptuoso movimiento. . . . Y así se quedó, con el “sweater” más lleno que nunca y mostrando el broche de oro prendido en el cuello. El broche imitaba una mariposa, y en él se disimulaba el dispositivo electrónico que, cuando se pronunciaba cierta combinación de palabras, hacía

abrirse en dos no sólo el broche sino el “sweater” todo. Otra combinación de palabras hacía el efecto contrario, cerrando broche y “sweater”, en forma instantánea. Era la versión electrónica del primitivo cierre relámpago.

—Carolyn. . . . — volvió a suspirar Jacobus, estremeciéndose al mirar aquel broche mágico que a la vez era candado y promesa, sello y puerta. — Carolyn, la mujer ideal para un fabricante de corpiños. . . ., la mujer opulenta que no necesita usarlos. . . . Carolyn. . . . — otro suspiro de Jacobus. Pero no pudo seguir suspirando porque la puerta se abrió de nuevo. Y otra vez se encontró ante la desdichadamente vacía blusa de miss Gertrud.

—El señor Hítler Müller insiste en verlo, señor Rándom. . . . Dice que si no lo quiere atender se va ahora mismo a ver al señor Einstein Rógers.

—Hágalo pasar. . . .

**U**N momento después entraba un hombre alto y desgarbado, de espesas cejas rubias y rostro apergaminado; los ojos, bajo aquella cornisa de cejas, parecían mirar desde el fondo de un telescopio.

Hombre habituado a tratar con los capitanes de industria, fué directamente al grano:

—Espero que esta vez me hará caso. No debería ayudarlo; pero a mí me interesa que haya dos compañías rivales que se peleen, y no una sola. Así que cómpreme la idea, pues si tengo que venderla a la Bipolaris, la One-Two desaparecerá de la circulación. . . .

—Bien. . . . — del otro lado del Partenón, Jacobus trató de conservar la calma. —Si me dice de qué se trata. . . .

—Se trata. . . . —Hítler Müller se inclinó sobre el frontispicio del templo — de aprovechar el SA 1760. . . . Está totalmente en desuso desde hace más de cincuenta años, y podremos comprarlo por nada. . . .

—Un momento. . . . — Jacobus, como

buen especialista, no sabía de nada que no fuera un corpiño — ¿Qué es eso del SA 1760?

—SA 1760 significa “satélite artificial, número 1760” — explicó pacientemente el inventor —. Es uno de los más grandes que se instalaron jamás, y me consta que nadie lo ha reclamado desde que la Cosmarina dejó de usarlo... Con él en nuestro poder...

Un decepcionado suspiro de Jacobus lo interrumpió.

—Creí que me ofrecería algo interesante — sus dedos tamborilearon sobre el techo del Partenón —, ¡y algo más original! ¿No sabe usted que la propaganda de satélites artificiales está ya en completa decadencia? Desde que salieron las nubes luminosas, mucho más baratas y atractivas, los saté...

Ahora fué Hitler Müller el que interrumpió, con un bufido en lugar de suspiro.

—Debo de tener cara de idiota o de fabricante de corpiños — gruñó —. Para usar un satélite artificial como propaganda, yo no me molestaría en hablarle, señor Rándom. Lo que yo me propongo hacer con el SA 1760 es algo muy distinto...; tan distinto que debe quedar entre nosotros como un secreto sagrado...

Aquí el inventor hizo una pausa, que no era necesaria, porque ya Jacobus estaba medio subido al Partenón, brillantes de ansiedad los ojos.

—Después de largas y pacientes investigaciones — continuó Müller —, he realizado un descubrimiento sensacional: el isótopo número 15 del carbono.

—¿El qué?

—El isótopo número 15 del carbono... No entraré en detalles porque ya veo que tendría que repetirle varias veces cada palabra. Bástele saber que se trata de un carbono diferente del común, y que es asimilado por el organismo humano, con un efecto sorprendente. Imagínese que con sólo respirarlo, y sin variar para nada...

tación, un hombre podría engordar veinte o treinta kilos en pocos días. Pero lo más interesante es que el engordamiento se hace en forma selectiva: unas partes del cuerpo engordan más que otras...

Jacobus dejó el techo del Partenón y volvió a la silla.

—Sepa, señor Hitler Müller — dijo con aire cansado — que la caridad no me interesa gran cosa. Si quiere usted engordar a la raza humana, ofrezca entonces su descubrimiento al Patriarca y no...

—Corto de visión, como todo fabricante de corpiños — el inventor meneó la cabeza con aire de reprobación —. ¿No se le ocurre pensar que, gracias a mi descubrimiento, la raza humana podría ser engordada en unas pocas semanas, sin que nadie lo advirtiera ni lo pudiera evitar? Por si le interesa saber, el engordamiento selectivo de la especie humana dará a los hombres un desarrollo anormal en la región abdominal, y a las mujeres, (escuche bien, señor Rándom), un crecimiento muy pronunciado en la región pectoral... Las razones de esta diferente reacción según los sexos, no está descubierta todavía; ha de ser sin duda cuestión de hormonas... Pero ya sé que a usted no le preocupa el substrato científico de un negocio. Lo que a usted le interesa es el negocio en sí. Pues bien, ¿calcula usted, señor Rándom, el fabuloso negocio que puede hacer el fabricante de corpiños que sepa con la debida anticipación que dicho engordamiento selectivo se va a producir?

—No llego a verlo, señor Müller — algo mareado, Jacobus parpadeaba como si tuviera una basura en un ojo.

—¡No llega a verlo!... ¡Y ha llegado a ser presidente de una empresa como ésta! Por Zeus, ¿es usted miope? ¿Se lo tengo que dar por escrito? — ahora fué Hitler Müller el que se acostó sobre el techo del Partenón, en un colé-

de Jacobus —. ¡Imagínese, señor Rándom — continuó a gritos — que usted me compra mi descubrimiento! ¡Imagínese que entonces yo, financiado por usted, desde luego, instalo en un satélite artificial (el SA 1760, por ejemplo) una planta automática para producir el isótopo 15 del carbono...! ¡Imagínese que todo el I 15 C, así producido, es entregado a la atmósfera, hasta saturarla...! ¡Imagínese que, entretanto, usted ha puesto todas sus fábricas a fabricar corpiños de medida gigante...! ¿Le cuesta mucho imaginar el negocio que eso representará? ¿Le cuesta mucho imaginar que su compañía monopolizará tranquilamente, y sin violar ninguna ley comercial, toda la industria? ¿Le cuesta mucho imaginar que en sus manos estará la ruina de todas las otras compañías, en especial la Bipolaris; pues, una vez producido el engordamiento selectivo, todos sus “stocks” de medidas normales serán invendibles? — Hitler Müller se enderezó, mientras el maxilar inferior de Jacobus colgaba sin fuerza —. Pero ya veo que usted no puede imaginárselo. Iré a hablar con Einstein...

—¡No! ¡Usted no habla con nadie desde ahora! — saltó Jacobus, con los ojos húmedos y las manos temblorosas de emoción —. ¿Cuánto vale su descubrimiento?

—Cincuenta millones; más un millón por la instalación de la planta en el SA; más cinco millones como indemnización por el engordamiento de mi abdomen. Total: cincuenta y seis millones.

—¡Es mucho dinero!

—Voy a ver a Einstein Ro...

—¡Usted no va nada! Pero comprenda, señor Müller, que eso es una suma galáctica... Hágame una rebaja...

Tras un largo estira y afloja, el inventor consintió en reducir su indemnización a tres millones. Fué todo lo que Jacobus pudo conseguir.

Por fin se estrecharon la mano. Esa

misma tarde, Müller se encargaría de la compra del SA y de un TI (taxi interplanetario) usado, para ir y venir al SA. La planta productora del I 15 C debería estar regando la atmósfera dentro de un mes... Para ese tiempo, las fábricas de Jacobus ya tendrían acumulado un “stock” de corpiños gigantes como para moldear las siluetas de toda una generación.

Cuando el inventor se marchó doblando cuidadosamente el cheque, Jacobus volvió a mirar el retratograma desde donde, lánguida pero llena de salud, le sonreía Carolyn, con la prometedor mariposa de oro brillándole en el cuello.

—Einstein Róger quebrará, Carolyn... Y entonces tendrás que firmar contrato conmigo... ¡Conmigo, Carolyn! ¡Carolyn, la que no los necesita!

**T**ODO anduvo como sobre carriles atómicos. En menos de una semana el TI y el SA estuvieron comprados. Una semana más, y ya Hitler Müller, luego de un sinfín de viajes, tenía en el SA todo lo necesario para producir el I 15 C. Claro que pudo haberlo hecho en la quinta parte del tiempo, si hubiera contado con ayudantes; pero, como el secreto era fundamental, el inventor tuvo que arreglárselas solo, haciendo tanto de chófer como de director técnico.

Desde luego, Jacobus Rándom no se durmió: sus fábricas hirvieron de actividad noche y día. Tuvo que triplicar los obreros robots; pero eso no resultó problema. Sí lo fué conseguir depósitos para acumular tanta mercadería en un planeta ya casi desprovisto de espacios aprovechables. Rándom se las arregló alquilando los silos submarinos construídos por Australia para almacenar su producción de lana antes de que el lanón, el último plástico a base de aluminio, desplazase del mercado al venerable producto ovino.

Por supuesto, Einstein Róger, el

presidente de la Bipolaris, no tardó en hacerse presente en el despacho de Jacobus.

—¡Esto sí que es algo inesperado! —dijo Jacobus, todo sonrisas, levantándose para recibirlo.

Róger se tomó su tiempo para contestar: se sentó sobre un ala del Partenón y, encendiendo un cigarrillo, miró al retratograma. Carolyn estaba ahora de perfil, luciendo mejor que nunca el "sweater" rojo.

—¿Nunca te resignaste, eh, Jacobus? —dijo por fin Róger.

—Te confieso que no, Einstein... Pero no te guardo rencor: no pierdo las esperanzas de traerla para la One-Two...

Róger sonrió con aire de superioridad. Esa mañana, las ventas del Bi-Bi habían decuplicado las del Inocente Maquiavelo... Sin embargo, el aplomo de Róger era sólo ficticio. Se había enterado de la fabulosa producción de las fábricas de Rándom, y ardía en deseos de saber a qué se debía la producción en masa de modelos invendibles por lo grandes. ¿Estaría Rándom haciendo un suicidio comercial? ¿O el mal estado de sus negocios le había trastornado los sesos? No obstante, parecía tan contento...

—No me engañas, zorrino —dijo de pronto, mirándolo con fijeza—. ¿Qué te traes entre los huesos del cráneo?

—Nada. ¿Por qué? —Jacobus parecía el retratograma de la inocencia.

—¡Basta de tapujos! ¿Qué te propones?

—Einstein, Einstein... ¿Desde cuándo nos consultamos los proyectos? ¿Acaso me anunciaste algo cuando lanzaste el bicolor?

—¿Confíasas entonces que estás tramando algo?

—Siempre, querido Einstein, nosotros dos hemos estado tramándonos algo... Lo único que puedo adelantarte es que Carolyn vendrá a mí... ¡y dentro de muy poco!

—¡Eso nunca! —bramó Róger, lanzando un puntapié al Partenón. Pero el plástico era pétreo, y el presidente de la Bipolaris quedó saltando en un pie y mascullando palabrotas que enrojecerían a un cosmarinero.

Dos días antes del plazo señalado, Hitler Müller anunció que todo estaba listo.

—Cuando el sol de mañana caliente la cupla de arranque, amigo Jacobus, el SA empezará a lanzar hacia la atmósfera un chorro continuo de I 15 C...

—¡Magnífico! —Jacobus se frotó las manos. El también estaba listo ya, con los silos submarinos atiborrados de mercadería hasta el tope. Pero, como era característico en él cuando se veía en vísperas de algún gran éxito, una profunda desazón lo embargó—. ¿Está seguro, amigo Hitler, de que el I 15 C no fallará?

—Absolutamente seguro. Ya le he mostrado a usted las fotos de los monos tratados.

—Sí... —Jacobus se estremeció al recordarlas—. ¿Seguro también de que no habrá efectos nocivos?

—Seguro también: el engordamiento selectivo será tal cual le predije. Habrá, desde luego, un engordamiento general del cuerpo, pero será insignificante comparado con el desarrollo que tendrán las partes que nos interesan.

—¿Cuándo comenzarán a sentirse los efectos?

—Ya le he dicho que no puedo dar fecha. Como usted sabe, la atmósfera es loca, y uno no puede predecir cuándo se habrá operado la distribución general del I 15 C... Pero, ¿por qué tanta pregunta? ¿Asustado?

—No. He gastado ya demasiados millones para asustarme... Y, además, tengo otras razones para no echarme atrás... Dos poderosas razones —agregó mirando el retratograma, con ojos entornados.

**D**URANTE los primeros días de la puesta en marcha de la planta productora del I 15 C, Jacobus Rándom no se preocupó demasiado. Pero al comenzar la segunda semana, empezó a buscar signos reveladores de que las previsiones de Hitler Müller se cumplieran. Todos los días, apenas ocupaba su puesto detrás del Partenón, llamaba a miss Gertrud.

La chata secretaria se plantaba delante de él, aguardando órdenes. Y Jacobus la sometía a un silencioso escrutinio. No advirtiendo novedad alguna, la despedía, con gran sorpresa de la cuarentona muchacha. Al décimo día de no advertir cambio alguno, llamó por teléfono al inventor.

Pero Hitler Müller se ocupaba ya en otras cosas...

—Sepa, señor Rándom —gruñó Müller en el aparato — que el I 15 C no me interesa más. Todas las semanas iré al SA 1760, para renovar la carga de la planta, como está estipulado en el contrato; pero ahí termina toda mi misión. Ya le he dicho que no puede saberse cuándo empezará el efecto, y ahora déjeme en paz, que estoy muy ocupado con mi nuevo invento: unas hormigas mecánicas que le cortan a uno la barba mientras duerme... Pero esto no tiene nada que ver con usted.

Jacobus tuvo que tragarse su impaciencia y seguir esperando los acontecimientos. Al duodécimo día hubo un cambio en miss Gertrud, pero no el que él esperaba: la secretaria apareció con un "sweater" rojo, y con el rostro rejuvenecido por un maquillaje carísimo. Jacobus se sorprendió; pero, al verla ruborizarse bajo su escrutadora mirada, comprendió lo que ocurría: miss Gertrud interpretaba a su modo el silencioso examen de cada mañana. Claro que su nuevo arreglo no podía resultar más desastroso: invitaba a la comparación con el glorioso retratograma de Carolyn; comparación nada

favorable, por cierto, para el desinflado "sweater" de la secretaria.

Ya empezaba Jacobus a preocuparse y a preguntarse si no habría sido víctima de una colosal estafa, cuando, una mañana, al vestirse, tuvo dificultades con el cinturón: debió correrlo un agujero... Esperanzado, voló a la oficina y, una vez detrás del Partenón, llamó a miss Gertrud.

Esta apareció con una expresión nueva en los ojos: ya no era la suya, la mirada atenta pero opaca y algo resignada de una empleada toda cumplimiento del deber: ahora había calor y luz en sus pupilas, que ardían seguras de sí mismas, desafiantes casi. No le fué difícil a Jacobus encontrar la causa: de un día para otro, el "sweater" de miss Gertrud había cobrado un inesperado interés...

Para la tarde tuvo la confirmación: las ventas del "Inocente Maquiavelo" acusaron un acentuado repunte, sobre todo en los números mayores. Desde luego, las cifras del Bi-Bi fueron muy superiores; pero Jacobus no se preocupó.

—Es el canto del cisne de la Bipolaris —se dijo satisfecho—. Ya veremos sus cifras dentro de unos días... ¡Carolyn, Carolyn!... ¡Qué poco tiempo nos separa!

Una vez iniciado, el engordamiento selectivo, como lo llamaba Hitler Müller, se desencadenó con increíble rapidez: a las cuarenta y ocho horas, miss Gertrud podía mirar por encima del hombro el retratograma de Carolyn. Jacobus decidió duplicarle el sueldo, dados sus méritos sobrados, y hubiera decidido algo más si su propia persona no hubiera comenzado a preocuparle. Porque no sólo su abdomen alcanzó un diámetro increíble: también las caderas se le ensancharon, a tal punto que empezó a tener dificultades para sentarse en la silla curul, detrás del Partenón...

Llamó a Hitler Müller; pero éste lo mandó a paseo.

—¡Ya le he dicho que no me moleste! ¿No está vendiendo ya, en un día, más "Inocentes Maquiavelos", tamaño gigante, que antes en todo un año? ¿Por qué se queja? ¿Por un simple efecto secundario no del todo previsible?

Fué todo lo que pudo sacar de él.

**E**NTRETANTO, como no podía dejar de suceder, también el público todo se había percatado del portentoso fenómeno que dilataba a las mujeres por arriba y a los hombres por abajo. Los diarios lo tomaron al principio con mucha alegría y espíritu; verdaderamente, un paseo por la calle en aquellos días era como para levantar el espíritu de cualquiera.

Como dijo Müller, las ventas de la One-Two llegaron a cifras supergalácticas. Era la única marca que tenía tamañas medidas, y, además, las clientas tenían que comprar cada pocos días un número mayor...

Einstein Róger llamó a Jacobus.

Este se limitó a levantar apenas el tubo y a escuchar desde lejos el torrente de improperios. Volvió a dejar el tubo, y el silencio volvió a reinar en el despacho, presidido siempre por la incomparable Carolyn; la incomparable Carolyn que, desde hacía unos días, ya no era tan incomparable...

Aunque no había pantalón que le anduviera bien, y a pesar de que ya había tenido que abandonar la silla curul, fiel compañera de tantos desvelos, Jacobus Rándom se consideró

el más feliz y genial de los capitanes de industria. Los atiborrados silos submarinos iban en rápido camino de agotamiento, y ya se discutía en Wall Street si el fenomenal Jacobus abriría una cadena de bancos para administrar sus fabulosas ganancias, o si invertiría parte de ellas en la compra del sistema planetario de Próxima Centauri.

Einstein Róger volvió a llamar. Pero ahora había un tono muy distinto en su voz.

—Te vendo la Bipolaris, querido Jacobus, con todas las máquinas y todo el "stock". No puedo soportar el esfuerzo de readaptar mis fábricas a la producción de semejantes medidas. Te confieso que había hecho caso a un sabio que predijo la reducción paulatina de la función mamífera en la especie humana, y que todo mi "stock" se inclinaba hacia las medidas chicas.

—No pretenderás que considere como "stock" toda esa mercadería invendible que tienes... —Jacobus, en el pináculo de la gloria, sintió piedad por el vencido rival. Era conmovedor oírlo confesarse así—. Pero, en fin, comprendo que no estabas obligado a tener la intuición genial que tuve yo de que se estaba operando un cambio en la atmósfera...

—Claro, claro, querido Jacobus... Hasta los sabios se han sorprendido del cambio. Nadie puede imaginarse de dónde ha salido ese famoso I 15 G. Has estado genial, Jacobus —al desdichado Einstein, en pleno tobogán financiero, no le importaba ya un servilismo más o menos...

—¿Cuánto pides por la Bipolaris?

### ¡Piedra libre para la bomba!

**U**N meteorólogo japonés asegura que, con la observación atenta de cuatro fenómenos, puede detectarse cualquier explosión atómica. Ellos son: anomalías en la presión atmosférica; cambio del nivel del mar, si la explosión es submarina; modificación de la electricidad atmosférica y radioactividad de la lluvia.

—Por ser tú... , trescientos cincuenta trillones.

—Bien. Pongamos quince trillones. ¿Te parece bien?

Hubo un ruido como de burbujas en el auricular del teléfono. Por fin, la voz de Einstein Róger volvió a articular:

—Sí, querido Jacobus; me parece bien... Te llevas la mejor fábrica del mundo... , ¡después de la One-Two, desde luego!

Jacobus Rándom se sonrió a sí mismo: ¡aquél sí que era un triunfo!; ¡un triunfo por "knock-out", y de un solo golpe!

Esa misma tarde firmaron el contrato, sobre el techo del Partenón. Cuando la ahora ondulante miss Gertrud secó las firmas, un Jacobus condescendiente miró a un envejecido Einstein.

—Ya te he comprado la Bipolaris —dijo con voz sorprendentemente suave—. Ouisiera comprarte algo más...

—¿Algo más, todavía? —hubo angustia de perro apaleado en la mirada del ex presidente de la Bipolaris.

—Sí, algo más todavía... : ¡El contrato de Carolyn!

—¿El contrato de Carolyn? ¡Nunca!

—Creo que diez trillones es un buen precio —Jacobus aparentó no haber oído la explosión de Einstein—. ¡Ni por una cantante de ópera, en pleno Siglo Loco, se pagó tanto!

—El contrato de Carolyn no está en venta.

—Veinte trillones.

—¡El contrato de Carolyn no está en venta!

—¡Cien trillones!

Einstein hizo un ruido parecido a un sollozo. Luego hubo un silencio; luego un bufido, y en seguida un improperio...

—¿Qué dices? —saltó Jacobus.

—¡Que eres el canalla más recanalla que jamás encanalleció el mundo!

¡Que prefiero trabajar de ascensorista en el Pléyade Building, que tiene cinco mil pisos, antes que ceder a Carolyn! ¡Aunque haya perdido la Bipolaris, seguiré siendo toda la vida un fabricante de corpiños de alma! ¡Y Carolyn es el ideal de un fabricante de corpiños! ¡Nunca, nunca renunciaré a él!

Hubo un estampido: Einstein Róger acababa de marcharse cerrando la puerta con violencia terrible.

Perplejo, Jacobus se quedó con la boca abierta. No sabía por qué, pero una sensación rara, penosa casi, había reemplazado a la triunfal embriaguez de momentos antes.

—¡Este Einstein es un imbécil! —gruñó en voz alta. Pero eso no mejoró las cosas: algo, allá muy adentro, le decía que acababa de recibir una lección.

Y va no volvió a gozar de la victoria. No sólo por la discusión con Einstein, sino también por las noticias que empezaron a llegarle.

**E**L engordamiento selectivo había continuado, y pronto surgieron las primeras dificultades: las minas de columbio del Mont Blanc paralizaron sus trabajos, porque las galerías resultaron demasiado estrechas para los ensanchados mineros; a ellas les siguieron otras; y en cuestión de horas, toda la industria extractiva del planeta quedó parada.

Fué el primer golpe. Al otro día hubo otros, tanto o más graves.

El comercio interplanetario quedó súbitamente interrumpido; los cosmarineros no pudieron entrar más por las escotillas de sus cosmonaves, y la Tierra se encontró de pronto privada de toda importación, como si hubiera sido sometida al más inflexible de los bloqueos. Los submarinos dejaron de navegar. Pronto, los ómnibus aéreos dejaron de correr: era inútil agrandar las puertas, porque, de todos modos, los

asientos no podían ser ya utilizados. Todo el intercambio cesó, como si el I 15 C, en lugar de ser un engordante selectivo, hubiera sido un anestésico de terrible eficacia paralizante.

Los arriba apuntados fueron indudablemente los perjuicios más generales e importantes ocasionados por el I 15 C. Hubo muchos otros de consecuencias menores aunque muy molestas en unos casos e irritables en otros.

Así, por ejemplo, el problema que se planteó a los cines de barrio. (El cine es un curioso caso de supervivencia: a pesar de los siglos transcurridos desde su invención, nada ha podido relegarlo definitivamente; es lo que los sociólogos llaman una "comodidad fósil".) Los empresarios, no pudiendo acomodar en las butacas a los dilatados espectadores, los reemplazaron por bancos y aumentaron el precio de las entradas, para compensar el gasto y para resarcirse del perjuicio ocasionado por el menor número de espectadores que podían admitir. Este aumento, para una población ya en plena crisis, fué decisivo: nadie pisó más una sala de cine. Algo análogo ocurrió en las peluquerías: inútiles por chicos los cómodos y aparatosos sillones, y no pudiendo reemplazarlos en un momento de quebranto industrial, dejaron de tener su atractivo mayor: ¿qué peluquero puede entretener con su charla a un cliente que debe malsentarse en un incómodo banco?

Las fábricas de automotores y cosmonaves fueron rápidamente readaptadas para producir según las nuevas medidas "standard" del ser humano. Pero se encontraron sin materias primas, porque readaptar las minas resultó mucho más difícil: los expertos calcularon en tres meses el tiempo necesario para ensancharlas y hacerlas otra vez laborables; un lapso semejante, agravado por el cese de la importación desde otros planetas, bastaba y sobraba para

la desorganización completa de toda la estructura económica del planeta.

Engordadas multitudes de desocupados se dejaron arrastrar por las veredas rodantes; hubo rumores de movimientos políticos y, por primera vez en dos siglos, se habló de formar cuerpos regionales de policía. El I 15 C ya no era un anestésico: ahora resultaba un veneno poderosísimo, letal... El sistema del Patriarcado vaciló hasta en los cimientos...

No sólo a la especie humana afectó el engordamiento: la naturaleza toda sufrió una conmoción como quizá no la hubo desde que el clima del Mesozoico perdiera su suavidad; los animales habituados a vivir en cuevas se encontraron con que debían pasarse fuera la mayor parte del tiempo; a medida que engordaban, las cuevas les quedaban chicas; desde los ratones hasta las lombrices pasaron las de Caín. Pero mayor fué el desastre para los pájaros: su instinto no se adaptó a la nueva situación, y siguieron haciendo nidos como para pájaros normales, más bien flacos; pronto el peso de las engordadas aves superó la resistencia de los nidos, y ya no hubo paz ni tranquilidad entre las frondas. Un gorrión hembra, por ejemplo, aparte de no haber ya en el nido, no sabía si en el momento menos pensado, el nido cedería y se vendría abajo; resultado de todo fué que los pájaros dejaron de poner huevos, y el cielo perdió el encanto de los píos y los trinos...

Toda la ciencia de la Tierra se abocó al estudio del nuevo elemento aparecido en la atmósfera. Fué rápidamente detectado por el Servicio de Centinelas. Había cierta tensión entre los terrestres y los habitantes de Churchill, el tercer planeta de Antares, descubierta por un inglés, y se ejercía estrechísima vigilancia sobre la Tierra. Como no se sabía cómo podía ser un ataque churchillano se vigilaba todo, hasta la

composición química de la atmósfera; y así fué descubierto el I 15 C apenas apareció. Mil conjeturas se hicieron para explicarlo, pero todas estuvieron muy lejos de la verdad: ¿quién hubiera podido imaginar que un terrestre fuera capaz de semejante sabotaje a su propio planeta? ¿Y quién podía suponer que la fuente productora estaba allí, en ese melancólico y oxidado anillo de satélites artificiales en desuso, que giraban y giraban en torno de la Tierra?

Abrumado por el desastre general, Jacobus, multitrillonario, se encontró más pobres que nunca: ¿de qué le valían sus trillones si no podía llamar siquiera a un TI para correr en busca de Carolyn, desaparecida desde el momento en que Einstein Rógers echó candado a sus fábricas y se marchó con rumbo desconocido?

Desde luego, también la One-Two sufrió la crisis general: llegó el momento en que el público comprador perdió poder adquisitivo, y se generalizó la antiestética y anticivilizada costumbre de no usar nada. Por otra parte, aquellas opulencias que tanto habían entusiasmado al principio, perdieron atractivo en un mundo de hombres abrumados por la crisis y agobiados por sus abdoñenes y sus caderas siempre en franco tren de expansión. La coquetería femenina no fué una de las víctimas menores del I 15 C. Llegó así el día en que también las ventas de la One-Two cayeron a cero.

—¿Quién hubiera podido imaginar tamaña catástrofe? — se preguntaba desolado, Jacobus, que se pasaba los días en el helado silencio de sus marmóreas oficinas—. ¿Quién podía prever que unos cuantos centímetros de más resultarían peores que la peor de las pestes?

Fuó en uno de esos días cuando sufrió la peor sacudida... ¡Como que, luego de infundirle la más loca esperanza, lo enterró en el más negro abismo del desencanto!

Sonó el teléfono, y corrió a atender. Una voz femenina habló del otro lado:

—¿La One-Two? Deseo hacerles un pedido... Anote: un Inocente Maquiavelo de la medida más chica que tengan.

—¿Un Inocente Maquiavelo de la medida más chica? — atónito, Jacobus no pudo creer en lo que oía. Una loca esperanza le aceleró el corazón: ¿estaría empezando a ceder el engordamiento selectivo? ¿Quién sería aquella maravilla de mujer que necesitaba el número más chico del Inocente Maquiavelo?

—Sí, el número más chico — insistía.

—Este... encantado, señorita... ¡Yo mismo se lo llevaré en seguida! ¿Cuál es la dirección?

—Calle 503, número 35.201, Nueva York... Es para el Museo Moderno de Antigüedades.

Totalmente "knock-out", Jacobus cayó sobre una silla.

**P**ARA colmo de males, Hitler Müller había desaparecido: ni por teléfono, ni yendo personalmente a sus laboratorios, pudo Jacobus localizarlo. Arrepentido, sin duda, por la catástrofe mundial que había ocasionado, el inventor había preferido desaparecer de la escena.

Pero Jacobus era un hombre tenaz, y tenía trillones para tirar. Contrató un pesado cuerpo de engordados detectives, y ofreció un suculento premio a quien le trajese al inventor. Por supuesto, a ninguno dijo la razón de su interés por aquel individuo de apellido vulgar y de nombre más vulgar todavía.

Aunque engordados, los detectives eran gente capaz: en dos días localizaron a Hitler Müller y lo trajeron al despacho de Jacobus. Hubo que forcejear un poco para hacerle franquear la puerta, pues el I 15 C había cumplido una magnífica acción engordante en su descubridor; y por fin estuvieron

otra vez frente a frente los causantes de todo aquel cataclismo.

Jacobus esperó a que los dejaran solos, y entonces avanzó con los puños apretados.

—¿Puede saberse por qué se escondió? —bramó tembloroso el enorme abdomen por la ira.

Hítler Müller, perdida por completo la arrogancia, ocultó la cabeza entre las manos.

—Porque no pude seguir cumpliendo el contrato —dijo con voz quebrantada.

—¡Cómo que no ha cumplido! ¡Ha cumplido y demasiado bien!

—No, señor Rándom, no... Según nuestro arreglo, yo me comprometí a renovar cada semana la carga de la planta automática productora del I 15 C...

—¿Y bien?

—Pues... como usted sabe, ya nadie puede subir a una cosmonave: las escotillas resultan demasiado estrechas... Yo también he sido víctima: hace diez días que no puedo subir al TI para viajar hasta el SA. Por eso me escondí: ¡Porque la planta instalada en el SA 1760, falta de carga, ha dejado de funcionar hace ya tres días! ¿Me perdona, señor Rándom?

Los ojos de Jacobus se agrandaron.

—Lo que usted dice ¿significa que la atmósfera ya no recibirá más I 15 C?

—Así es. No es culpa mía si...

—¡Cállese! Y límitese usted a contestarme.

—Entonces, ¿el engordamiento selectivo se detendrá?

—Por supuesto —Hítler Müller se encogió aún más—. No sólo se detendrá, sino que pronto empezará a ceder. Lentamente los cuerpos volverán a la normalidad... ¿Me perdona por ello, señor Rándom? No es culpa mía si...

—¡Cállese, le digo! ¿Cuándo volverá todo a la normalidad?

—Ya, una vez, le dije que la atmósfera es loca... Pero el desengorda-



miento no ha de llevar mucho tiempo: desaparecido del aire el I 15 C, ya no habrá razón para que continúe la actual dilatación de los organismos...

Jacobus se sentó en el Partenón, sin medir el riesgo de aplastarlo. Y una sonrisa maligna empezó a torcerle el rostro...

—Si todo vuelve a la normalidad — se dijo —, todo el “stok” de Bi-Bi, que compré por una biccca a Einstein, volverá a tener valor... Jacobus, Jacobus, ¡siempre dije que no hay en el mundo un genio como tú!

**P**OR esta vez, las previsiones de Hitler se cumplieron en todas sus partes: llegó el día en que un sonido inusitado despertó a Jacobus.

—¡Trinos de pájaros! —exclamó, sentándose en el lecho—. ¡El desengordamiento ha comenzado!

Rápidamente, como si cada organismo fuera un globo que se desinfla, los distintos diámetros de cada ser fueron retornando a sus medidas de antes. Agilizados, más llenos de bríos que nunca, los hombres volvieron a tripular las cosmonaves y los submarinos, a trabajar en minas y fábricas, a recrear los ojos en las todavía opulentas pero otra vez atractivas matronas que iban y venían por las calles. La coquetería femenina recobró su imperio, y nuevamente comenzó la demanda de corpiños.

Del cero absoluto, las ventas de la One-Two se remontaron otra vez a cumbres siderales: dueño absoluto de la plaza, nuevamente inundó el mundo con el Inocente Maquiavelo. Claro que ahora la demanda era por números más chicos.

Si antes, al crecer las medidas, la fortuna de Jacobus se había multiplicado con ritmo de fiebre, ahora resultó algo incalculable. Llegó a decirse que tenía más trillones que el mismo Patriarca. Sin embargo, todo aquel triunfo no lo envaneció. Jacobus no había al-

canzado el objetivo supremo que lo impulsara a trastornar de tal manera el ancho de la humanidad toda: Carolyn Cónrad, otra vez incomparable en el soberbio “sweater” rojo del retratograma, seguía tan inalcanzable para él como el primer día. Ni siquiera los mismos detectives que le trajeran a Müller supieron encontrarla. Einstein Rógers, al llevársela, no había dejado rastro alguno tras sí.

Como sucede a todo vencedor que no llega al triunfo completo, la melancolía hizo presa en Jacobus; una melancolía que día a día se agravaba ante el espectáculo cada vez más desdichado que ofrecía el cada vez más desinflado “sweater” rojo de miss Gertrud, ya a kilómetros de distancia del invariable encanto del retratograma de Carolyn. Una mañana, sin que nadie lo hubiera llamado, se presentó Hitler Müller en el despacho de Jacobus. Aunque gordo todavía, a las claras se veía que pronto volvería a la flacura de antaño.

—Ya puedo entrar otra vez en el TI — dijo a Jacobus —. ¿Vuelvo a poner en marcha la planta productora del I 15 C?

—¡No, animal! — saltó Jacobus, presa de un violento temblor—. ¡Ya no hace falta! ¡He ganado ya más dinero que el que nunca podré contar!

—Como usted guste, señor Rándom. Se lo preguntaba porque tenemos un contrato...

—Podemos darlo por terminado. Y para que vea cuán satisfecho he quedado — Jacobus se repantigó con placer en su silla de curul. Todavía no se había habituado a la idea de que podía sentarse en ella cuantas veces quisiera —; para que vea hasta qué punto soy agradecido, aquí tiene, Hitler, otros cincuenta millones, como premio... ¿Qué le parece?

—¡Me parecen muy bien! — el inventor parpadeó emocionado—. ¡Otra vez podré ocuparme de mis hormigas afeitadoras! — Tan agradecido se sintió

el buen Hitler que agregó: — Voy a retribuirle el favor, señor Rándom. Le daré un dato que pensaba guardarme, y que a usted hará ganar aún más dinero. Como pronto podrá comprobarlo, al volver los tejidos humanos a sus dimensiones de antes, perderán parte de su primitiva firmeza; habrá un aflojamiento general de carnes...

—No veo en qué consiste la importancia del dato. Es un detalle que...

—Es un detalle que para usted representará otra fortuna, señor Rándom. ¡Haga trabajar esos sesos! — el inventor miró a Jacobus con lástima—. Todo lo que tiene que hacer usted es lanzar al mercado un nuevo modelo, un “Inocente Maquiavelo Reforzado”, para hacer frente al relajamiento general de los tejidos.

Jacobus se reanimó; aunque saturado de trillones, no podía ser indiferente a la perspectiva de otro fabuloso negocio.

—Entiendo... Adaptaré los Bi-Bi que le compré a Einstein... Presiento que las medidas chicas serán las más solicitadas.

—Así es — Hitler sonreía beatífico—. Y como una última demostración de aprecio, le calcularé qué refuerzo deberá poner al nuevo “Inocente Maquiavelo”...

Aquí, el inventor sacó una regla de cálculos y se entregó a una serie de complicadas operaciones. Por fin concluyó:

—Bastará con cuatro ballenitas por mitad. Con eso quedará perfectamente compensado el mayor peso causado por el relajamiento de los tejidos.

**A**SI nació el “Inocente Maquiavelo Reforzado”, que, en honor de la verdad histórica, debió llamarse, con más propiedad, Bi-Bi Reforzado. Pero la vanidad comercial tiene sus exigencias.

El favor con que el público lo re-

cibió fué inmenso. Nueva cosecha de trillones para Jacobus, y un motivo más de orgullo para su ya envanecido espíritu.

—Si tuviera a Carolyn, mi dicha sería perfecta — se decía una mañana apoyado de codos en el Partenón, y mirando con ojos entornados el triunfal retratograma de Carolyn—. Hasta que no esté conmigo, no se habrá realizado en su totalidad mi ideal de fabricante de corpiños... ¡Carolyn, la mujer perfecta! ¿Dónde estás?

La puerta se abrió, y entró miss Gertrud, otra vez embolsada en una blusa negra, deplorablemente vacía.

—Una señorita desea verlo — dijo con voz agria. Desde que sus diámetros habían vuelto a las esmirriadas proporciones de siempre, su carácter se había resecado aún más—. No quiso dar el nombre.

—Hágala pasar.

Miss Gertrud se hizo a un lado, y los ojos de Jacobus se redondearon en un desmesurado esfuerzo por escapar de las órbitas. ¡Allí, en la puerta, sonriéndole y hundada en un fabuloso “sweater” rojo, que más parecía un engarce que una prenda de vestir, estaba Carolyn!, ¡Carolyn Cónrad!, ¡el sueño de un fabricante de corpiños hecho mujer!

—¡Carolyn! — Jacobus saltó de la silla curul y contorneó el Partenón—. ¡Carolyn!

Miss Gertrud se retiró con el rostro convertido en una máscara helada. Pero Jacobus ni lo advirtió: sólo tenía ojos para aquel “sweater” que lo atraía como una llama a una mariposa, y para aquella mariposa de oro que lo quemaba como una llama.

—Me separé de Einstein — la voz de Carolyn era cálida, como correspondía a una voz que surgía de semejante pecho—. El pobre está muy venido a menos últimamente... Recordé el contrato que una vez me ofreció usted,

Jacobus, y por eso me tiene aquí. ¿Sigue en pie la oferta?

—Sí... — apenas si Jacobus pudo articular, poniendo sus manos temblorosas en contacto con aquella lana de increíble suavidad y atrayendo a Carolyn hacia sí—. Sí, la oferta sigue en pie, Carolyn — agregó con voz ronca—. ¡Si supieras cuánto he deseado este momento! ¡Ha sido el ideal de toda mi vida!

Carolyn sonrió, su boca casi tocando la de Jacobus. Pero éste no la besó; se inclinó hacia el cuello, hacia la mariposa de oro: el cierre electrónico que tantas veces soñara partido en dos en sus noches febriles.

—¿Cómo se abre? — susurró.

—Las palabras son “sésamo, ábrete” — una languidez creciente aterciopeló la voz de la muchacha.

—¡Sésamo, ábrete! — hubo una arista de urgencia en el tono de Jacobus.

La mariposa de oro se partió, y, como si una mano invisible hubiera corrido un invisible cierre relámpago, el “sweater” rojo se abrió con lentitud de telón.

Avido, Jacobus bajó los ojos...

Y retrocedió un paso, como si hubiera recibido un impacto en medio del pecho.

—Pero... ¿y esto?

—Deberías reconocerlo... Es un “Inocente Maquiavelo Reforzado” — repuso Carolyn, avanzando.

—¡No te acerques! — abiertos por el horror, los ojos de Jacobus seguían polarizados en aquel producto de sus fábricas—. ¿Qué te ha ocurrido? — agregó, buscando el apoyo del Partenón—. ¡Tú nunca usabas nada antes, como no fuera cuando posabas para los avisos!

—Te olvidas de que también yo he respirado el I 15 C — la voz de Carolyn se hizo cortante —; de que también yo he pasado por el engordamiento selectivo y por el desengordamiento... — aquí un sollozo la obligó a hacer

una pausa—. ¡Ya nunca volveré a ser como antes! ¡Ya no podré prescindir nunca del “Inocente Maquiavelo Reforzado!” — otro sollozo y, en seguida, en reacción furiosa, un imperioso “¡Sésamo, ciérrate!”

Como tocado por una varita mágica, volvió a correrse el rojo telón del “sweater”. Sin mirar siquiera al abrumado Jacobus, derrumbado a medias sobre el partenón, Carolyn dió media vuelta y buscó la puerta. Pero, antes de llegar a ésta, se detuvo ante su retratograma. Durante un instante lo miró, y luego, echando el puño hacia atrás, lo deshizo con un violento “swing” a la mandíbula. Una nube de gas rosado quedó flotando en el marco, desde donde aquella imagen perfecta reinara durante tanto tiempo en el despacho del presidente de la One-Two.

Tan aturdido estaba Jacobus, que ni la oyó salir. Durante un rato larguísimo quedó como un púgil del bárbaro Siglo Loco, caído contra las cuerdas. Y no era para menos. Que Carolyn Conrad, la mujer de sus sueños de fabricante de corpiños, usara ahora un “Inocente Maquiavelo Reforzado”, representaba la peor burla que jamás podría jugarle el destino... Porque él, Jacobus Rándom, en su esfuerzo por enriquecerse y por conquistar aquella ampulosa y sólida belleza, había sido su destructor directo; él, por hacer caso de las sugerencias de Hitler Müller, había aflojado lo que antes estaba firme, había hecho ceder lo que antes jamás necesitara de sostenes...

¡Hitler Müller! El nombre del culpable, del destructor del ideal de toda su vida de fabricante de corpiños, relampagueó en su cerebro como una nube luminosa de propaganda. Rándom se inclinó sobre el Partenón; sacó de un cajón una bruñida pistola atómica; la guardó en el bolsillo, y llamó por teléfono al jefe de sus detectives.

—Quiero que me averigüen cuándo podré encontrar a Hitler Müller en un lugar solitario — ordenó.

Diez minutos después los detectives le contestaron:

—La persona que a usted le interesa ha sido oída citándose telefónicamente con una dama. Dijo que la esperaría en el parque, entre los dos cipreses, a las nueve.

Jacobus Rándom colgó el teléfono. Por la fuerza de la costumbre, su mirada buscó el retratograma desde donde, y durante tanto tiempo, las divinas redondeces de Carolyn lo estimularan a la acción; pero sólo encontró una nube rosada flotando dentro del marco. Apretados con fuerza los labios, se levantó y marchó hacia la puerta. Así como, hasta hacía apenas unos minutos, los firmes cantos de la modelo habían sido el norte de su vida, los dos polos hacia los cuales tendieran todos sus esfuerzos, la idea de matar a Hitler Müller, el culpable de que cediera la firmeza de aquellos cantos, se había convertido ahora en una obsesión, en una obligación imperiosa, ineludible.

LA nube de propaganda, colgada allá entre los dos cipreses, seguía centelleando la marca que señoreaba en el mundo: “Inocente Maquiavelo, Reforzado... Inocente Maquiavelo, Reforzado...”

Un gallo lejano, uno de esos infalibles gallos perfeccionados por la genética para dar la hora con exactitud de observatorio astronómico, cacareó las nueve en algún corral municipal. Automáticamente los dedos de Jacobus se cerraron en torno a la culata de la pistola.

La hora había llegado... y también la víctima: avanzando con paso firme, ágil, paso de enamorado impaciente, desembocó por un sendero el descubridor del I 15 C.

Jacobus sacó la pistola y oprimió un botón; sintió un suave calor en el mango, revelador de que el arma estaba lista para ser disparada. La levantó y apuntó hacia Hitler Müller, ya apenas a una decena de pasos.

Pero en seguida bajó el letal instrumento. Una ampulosa figura había surgido de un sendero lateral y se adelantaba al encuentro del inventor. No hubo palabras de saludo: apenas si un murmullo y, en seguida, un apasionado abrazo que decía bien a las claras la prisa de Hitler.

Jacobus, desconcertado, contempló desde su escondite las enlazadas figuras... hasta que, alzándose de hombros, volvió a levantar la pistola. Total, ninguno de los dos sentiría nada; es más: las últimas sensaciones con que se despedirían del mundo no podrían ser más agradables.

Pero tampoco ahora pudo apretar el disparador. En la semiluz que llegaba de la nube de propaganda, se oyó la voz urgente de Hitler Müller:

—¡Sésamo, ábrete!

Durante un instante, Jacobus quedó sin poder respirar. ¡La dama que se había citado con el inventor era Carolyn! Aquello era el colmo de la ironía por parte del destino... Aunque ¿Carolyn, era realmente Carolyn? Jacobus se contestó que no. Porque Carolyn, cuando se puso por necesidad un “Inocente Maquiavelo Reforzado”, había dejado de ser Carolyn.

Ya no dudó más, y volvió a apuntar. Pero tampoco ahora llegó a disparar. Una voz habló detrás de él:

—Yo que tú, no lo haría.

Se volvió, y se encontró cara a cara con Einstein Röger, el vencido rival, el ex presidente de la Bipolaris, que le sonreía con desdeñosa expresión de lástima.

—Yo que tú, no lo haría — repitió Einstein—. Porque te enviarían al Desintegrador...

Aturdido, Jacobus se quedó mirándolo.

—Compré a uno de tus detectives —siguió Einstein—, y él me dijo que te encontraría aquí, a punto de matar a alguien... Entonces, me vine de un vuelo, para evitar que te perdieras.

—¿Desde cuándo tanta generosidad?

—No es generosidad, Jacobus. Es sólo refinamiento... Porque, si vas a parar al Desintegrador, yo me pierdo la ocasión de vengarme; la ocasión de pagarte con la ruina ¡la ruina en que tú me zambulliste!

—¿Arruinarme, tú a mí? —Jacobus no pudo contener una sonrisa despectiva.

—Sí, yo a ti, Jacobus... con el nuevo invento de Hitler Müller.

La sonrisa se borró en el rostro de Jacobus.

—¿El nuevo invento de Hitler Müller?

Einstein Róger hizo una pausa, paladeando la victoria, y luego aclaró:

—Un modelo de corpiño totalmente transparente...: un corpiño invisible.

—¡Vaya una novedad! —Jacobus respiró aliviado—. ¡Ya en la segunda mitad del Siglo Loco se usaron corpiños transparentes de plástico!

—¡Déjame concluir! —Einstein lo miró con lástima infinita—. El invento de Hitler Müller es algo mucho más serio. El ha convertido el corpiño transparente en un dispositivo electrónico que se ilumina a voluntad de la interesada, pudiendo colorearse con toda una gama de delicadísimas tonalidades. ¿Te imaginas el uso que la coquetería

femenina puede hacer de semejante artificio? Si hubo un tiempo en que las damas realizaban milagros con un simple abanico, calcula los estragos que podrán hacer manejando con la sabiduría inherente al sexo las infinitas posibilidades del Vía Láctea...

—¿El Vía Láctea?

—Sí... Así he resuelto bautizar el nuevo corpiño luminoso.

Jacobus Rándom no dijo nada. Se sorprendía al notar la poca impresión que le causaba la revelación de Einstein. Súbitamente comprendió que tocó aquello había dejado de interesarle. Ya nunca le preocuparían ni Hitler Müller y su Vía Láctea, ni todos los corpiños del mundo. Comprendió que, rota la ilusión que le impulsara a luchar, ya nada le importaba en la vida.

Hizo un despectivo saludo a Einstein, y salió del parque, con paso firme, resuelto.

Se detuvo unas tres cuerdas más allá, donde un electrobar titilaba su muestra en la oscuridad; uno de esos electrobares donde el mozo le pone a uno un casco con electrodos que inducen al cerebro de uno toda clase de pensamientos estimulantes.

Jacobus Rándom sabía qué clase de pensamientos le serían inducidos; sabía que, apenas le pusieran el casco, vería otra vez a la incomparable Carolyn, tal como era cuando le tomaron el retratograma, con su "sweater" rojo y su mariposa de oro que esperaba el "sésamo, ábrete."

Sabía todo eso, pero entró en el bar. ♦

### Isótopos y relojes

Los primeros relojes de los llamados "luminosos", tenían los cuadrantes pintados con una pintura que contenía radio. Actualmente, el radio ha sido desplazado por el radioestroncio, 90, de período de 20 años, y cuyo manipuleo es mucho menos peligroso.

# antikhton

por Willy Ley

En los últimos tiempos he tenido oportunidad de ver que muchas revistas de historietas hacen actuar a sus héroes sobre un planeta situado en la misma órbita que la Tierra, pero de tal manera que el Sol siempre se encuentra entre ambos planetas, impidiendo por consiguiente que nosotros descubramos dicho planeta y que los habitantes de éste nos descubran a nosotros.

Por lo pronto, la idea de un planeta situado en la órbita terrestre y en constante oposición con la Tierra, no es precisamente nueva. Fué inventada hace más de dos mil años por los filósofos pitagóricos, que tenían una urgente necesidad filosófica de que hubiera otro planeta en el sistema solar.

Hay que señalar que ellos habían inventado algo que llamaban el "fuego central", del cual el Sol no era más que un simple reflejo. Ahora bien, si se contaban los cuerpos del Universo (sistema solar, para nosotros), se tenían el "fuego central", el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno; ocho en total. Agregando la Tierra se lograban nueve. Pero para Pitágoras el número nueve no era de los

simpáticos. Tenían que existir diez cuerpos, y la manera de llenar esta necesidad era postular la existencia de una "Contratierra" o *Antikhton*. Ni siquiera hay que mencionar el hecho de que ninguna otra escuela filosófica manifestó la menor curiosidad por esta importante innovación.

Pero de cualquier manera la idea tiene su atractivo.

Como contraargumento se podría objetar que Marte no tiene su opuesto, ni Venus, ni ninguno de los demás planetas. Si existieran, los podríamos ver. Hay que admitir, sin embargo, que este razonamiento no tendría carácter de una prueba lógica. Los anillos de Saturno son bien reales, aunque no haya ningún otro planeta con anillos. De manera que es necesario atacar el problema desde un ángulo distinto.

Si hubiera un planeta como el antiguo *Antikhton*, jamás podríamos verlo. Pero esto no significa que no pudiéramos detectar su presencia. Aun cuando siempre escondido tras el brillo solar, los efectos de su campo gravitatorio se harían notar sobre la órbita de Venus; pues Venus se desviaría inevitablemente de la órbita que recorre en la actualidad. Además, el comportamiento de Venus nos permitiría calcular la masa del planeta desconocido, especialmente debido a que conoceríamos su distancia al Sol (la misma que la nuestra).

Pero Venus no muestra tales "perturbaciones". En consecuencia podemos dar por sentado que *Antikhton* no existe.





# CUCO

*Hay muchas maneras de arreglar un nido, y frecuentemente lo hace más de un cuco.*

por MARTIN JORDAN



ilustrado por ORNAY

El navío estelar *Dédalo*, regresando de Vega IV, radió anunciando su presencia, cuando todavía estaba a unos quince días de la órbita de Plutón. Al aterrizar en Port Atlantic, se había reunido una multitud de varios miles de curiosos. Las misiones enviadas a Vega eran siempre las más grandes. Si

el *Dédalo* había cumplido su cometido, la tripulación de aquel navío estaría entre los representantes de la raza humana que más habían viajado.

El *Dédalo* se materializó como sur-

giendo del espacio, en la frontera del sistema solar. A partir de ese momento, la dirección *espacial* fué cambiada por propulsores químicos, y la velocidad fué finalmente derrotada por el campo de atracción. El navío fué suavemente absorbido del cielo por la fuerza magnética del puerto espacial; finalmente, descansó como un dirigible gigantesco y antiguo.

Era un día límpido, sereno y claro. La multitud, que se mantenía a cincuenta pasos de distancia del puesto policial, miraba la mole de metal que había cruzado el espacio. Durante un tiempo no sucedió nada. Después se oyó un suspiro de interés, semejante a un trueno, cuando un automóvil atravesó la multitud, desde la dirección del Centro Astronáutico, y se detuvo frente al portalón de popa. Se oyeron gritos ensordecedores cuando se abrió el portalón y surgió una figura uniformada en colores gris y plata. El rugido de bienvenida aumentó mientras la figura se dirigía al automóvil, donde fué recibida por el ocupante del mismo; y el coche se alejó.

El portalón de la nave se cerró. El hombre con el uniforme gris y plata no miró a la multitud, sino al frente, y tampoco sonrió. Algunos percibieron sus ojos, que estaban profundamente hundidos e inyectados en sangre, sin conferir ninguna animación a su semblante. El hombre parecía presa de una profunda emoción.

La entrada del Centro Astronáutico Cyrus J. Wéber, el capitán del navío espacial, descendió del automóvil, con su acompañante, el general Vóglar. Abriéndose paso entre la respetuosa y admiradora muchedumbre, los dos buscaron la entrada y subieron en el ascensor.

—Bueno, Cyrus — ambos estaban ya cómodamente sentados en profundos sillones, y el capitán bebía un whisky

doble —. Recibimos sus señales. Lamento mucho la multitud. Usted solicitó que no hubiera "bienvenida"; pero, si nos hubiéramos opuesto, la gente se habría sublevado. Eso habría significado derramamientos de sangre. ¿Realizó usted lo que pensaba?

Wéber se pasó la mano por la frente, y dijo:

—Así es.

—¿Vega IV?

—Vega IV.

—Hable, pues. ¿Es de un tipo terrenal? ¿Hay formas de vida?

El capitán lanzó al general aquella mirada suya, curiosamente fatigada y dolorosa.

—Sí, es un planeta de tipo terrenal. Período sideral: cero setenta y cinco de un año terrestre. Velocidad orbital: veintiocho kilómetros por segundo. Período de rotación: veinte horas terrenales, tres minutos y algunos segundos. Densidad: siete y dos décimos, tomando el agua por unidad. Radio promedio: seis mil quinientos kilómetros. Masa: un noveno de la terrestre. Atmósfera: tipo terrenal, alto contenido de oxígeno — su voz vaciló —. Hay..., formas humanas..., humanoides.

—¿Humanoides? — el general pareció sorprendido.

—Déme otro whisky — dijo Wéber.

—Hable. Tómese el tiempo que quiera.

Wéber apretó entre sus dedos el vaso que el general le tendía. Murmuró:

—Humanoides..., lo cual no me gusta. *Humanos* sería todavía peor. Nunca se hará nada allá donde aparezca la palabra humano — sus ojos parecían suplicar a Vóglar —. ¡Diablos!..., es peor que..., la imaginación...

Vóglar esperó con las manos apoyadas en las rodillas. Después de un largo minuto, Wéber vació su vaso de whisky.

—Lo cierto es que ha habido seis muertos — dijo —: tres oficiales, dos técnicos y un psicoanalista civil.

—¿Alguna agresión?

—Suicidios.

—¿El psicoanalista se suicidó?

Los labios de Wéber sonrieron.

—Es interesante el hecho de que un contacto prolongado con el mal pueda llevar a un conejito freudiano al suicidio. Naturalmente, Máttock cree que la civilización se basa en las inhibiciones humanas. El sabía lo que es, teóricamente, la psiquis inhibida. Pero el contacto con ella lo mató.

El general no dijo nada.

—Ciento cuarenta y cuatro entre oficiales y hombres — prosiguió Wéber, indicando la pared, en dirección al navío —, y todos necesitan tratamiento psiquiátrico.

—¿Quiere usted decir que...?

—¿Puede usted dar la orden de desembarco, y hacerlos descender en el sanatorio mental más cercano?

El general abrió la boca para hablar. La cerró nuevamente y tomó el teléfono. Mientras daba instrucciones, Wéber terminó su tercer whisky. Cuando el general cortó la comunicación y se volvió hacia Wéber, parecía sobresaltado. Wéber estaba completamente dormido.

Cinco minutos después, Wéber se despertó y dijo:

—Perdón. Ha sido la reacción natural de compartir con otro la responsabilidad. Ya le contaré...

—¿No quiere usted descansar primero?

—Escuche. Ya he dicho que la vida que encontramos en Vega IV era humanoide. Son gente. Su aspecto es exactamente como el nuestro: tipos terrestres, occidentales, como cualquier Smith, o Jones, o Robinson. Algunos de los hombres usan brillante en el pelo. Las mujeres llevan pintados los labios. ¿Conoce usted a Milton?

—¿Milton? — preguntó el general, tartamudeando.

—El autor de *El Paraíso Perdido*. El Satanás de Milton dice las palabras más terribles que jamás se hayan escrito: "Mal, conviértete en mi bien".

—¡Hum! — dijo el general.

—Pues sepa usted que ése es el principio dirigente de Vega IV.

—¿En qué sentido?

—Pensemos en nosotros, los terrenales. Tenemos cosas muy curiosas, que se arrastran en nuestro inconsciente, ¿verdad? Vamos a los psicoanalistas para que nos liberen de ellas. Cuando las descubrimos, nos parecen demasiado feas para que estén en lo consciente. Las vemos tal como son, y nos curamos.

—¿Entonces?

—Los veganos también tienen cosas que se arrastran en su inconsciente. Se liberan de ellas de la misma manera. Pero el inconveniente es que esas cosas ¡son virtudes! — Wéber hizo una mueca —. La tolerancia, la bondad, la honestidad... son consideradas atavismos inexplicables. Pagan a los psicoanalistas para que los liberen de ellos.

—¡Por Dios! — Vóglar respiró con fuerza —, ¿qué clase de gente...?

—Una gente — dijo Wéber — cuya ligera diversión consiste en ver cómo se cocina lentamente un niño vivo... Gente cuyas costumbres sexuales convierten a Nerón en un santo; y cuya política hubiera aterrado a los cartagineses. Gente con un sentido social semejante al de los antiguos bandidos; con una moral como la de los criminales más locos.

Vóglar se echó para atrás en la silla. —Y ellos... ¿qué clase de recepción...?

—Nos pusieron presos; a cada hombre por separado. Nos analizaron con sus sistemas psíquicos. Después nos dejaron en libertad.

—Pero eso es increíble. Si son tan

malos como usted dice, indudablemente...

—Ese es el asunto — dijo Wébster, encogiéndose de hombros—. Nos pusieron en libertad y nos dejaron partir. Los suicidios ocurrieron durante el regreso.

—Pero, realmente, ¿por qué se mataron esos hombres?

—Ya lo he dicho — contestó Wébster fatigadamente—. Fué por la experiencia de enfrentar directamente al mal.

—Es casi... increíble.

—Aterrizamos en una especie de campo cultivado. Allí trabajaban esclavos encadenados. Los vigilantes nos condujeron hasta una cabaña. Querían hacernos honores. Tomaron docenas de animales vivos y... y...

—Prosigan.

—Les arrancaron los ojos, para divertirnos — dijo Wébster salvajemente—. Una delicadeza exquisita. Después empezaron a torturar a un esclavo. Todo para divertirnos. Los atacamos; pero ellos eran superiores en número. Nos vencieron y nos llevaron a una ciudad...

—¿Tienen ciudades?

—Son ciudades fundadas sobre un horror tal que...

—¿Qué...

—Que no puedo hablar de ello — dijo Wébster, encogiéndose de hombros.

Vögler lo miró; vió que estaba temblando, y dijo con suavidad:

—Hábleme de las costumbres sociales, de generalidades.

—Naturalmente, llevábamos a bordo un sociólogo. Era un hombre gordo; pero ahora su flacura es sorprendente. Esa gente no sobrepasa nuestro nivel técnico. Están en el período de la máquina de combustión interna y de la cruda fisión atómica. Su ley social es el despotismo...

Sonó el teléfono. Vögler escuchó, y dijo a Wébster:

—La tripulación desciende. La multitud los aclama.

—Es el despotismo basado en la psicología — prosiguió Wébster—. Técnicamente están atrasados, pero sólo en ingeniería y en mecánica sus poderes mentales son infinitamente superiores a los nuestros. En realidad no necesitan perfeccionar sus aparatos mecánicos.

—No entiendo.

—Tienen la telepatía y el hipnotismo muy avanzados, incluyendo la pérdida de la memoria, y poseen una habilidad tal para la propaganda y el manejo de las técnicas cerebrales que... no hay nada imposible para ellos.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, podrían habernos dormido y haber arrancado a nuestros cerebros todos los detalles sobre la técnica de la navegación.

—¿Y lo hicieron?

—Nos hicieron dormir.

El general se sintió angustiado.

—Entonces, ¿cree usted que...?

—No lo sé — contestó Wébster.

Nuevamente sonó el teléfono. Vögler hizo aparecer un rostro en la pantalla televisora.

—Es su primer oficial de a bordo — dijo.

El primer oficial se llamaba Spángler. Miró con ojos ansiosos desde la pantalla y gritó:

—Capitán Wébster, había un polizón entre la tripulación. Temo que se haya perdido entre la multitud.

—¿Qué?...

Wébster se levantó y se precipitó hacia el ascensor. El general lo siguió. Al salir vió el navío y la multitud que vitoreaba.

—No tenemos tiempo que perder — dijo Wébster—. Establezca un cordón policial alrededor del puerto. Ningún hombre, mujer o niño debe salir de aquí.

DOS semanas después, se realizaba una reunión en el salón de con-

ferencias del Centro Astronáutico. Rodeaban la mesa doce hombres: Vögler, Wébster y un grupo de militares y de expertos civiles. La habitación tenía una ventana que ocupaba prácticamente toda una pared. Esta ventana se abría sobre el puerto espacial.

El estado del puerto habría sorprendido a cualquier recién venido. Lo que normalmente parecía un tablero con piezas y espacios vacíos, era ahora semejante a un campo militar, con filas de casetas, galpones comedores y salas sanitarias. Millares de personas, con ropas civiles de todo tipo, miraban, caminaban, descansaban, charlaban. Las mujeres colgaban ropas en cuerdas tendidas entre las casetas. Los niños jugaban bulliciosamente.

Los hombres que rodeaban la mesa en el salón de conferencias, olvidando aquella escena ya familiar, escuchaban a Vögler, que leía el siguiente informe:

“El Dedalo” señaló su aproximación al Sol, a mil cien horas, el doce de mayo. El mensaje informó del éxito en alcanzar el objetivo, pero indicó que habían ocurrido bajas. Si esto existía no se podía dar bienvenida oficial. A las mil horas, el dieciocho de mayo, aterrizó el navío. Veinte minutos después, me presentó sus informes el capitán, en el centro Astronáutico. Quince minutos más tarde, empezó a desembarcar la tripulación del “Dédalo”. A la hora diez cincuenta y nueve, el comandante Spángler, primer oficial de a bordo, informó que se había escapado un polizón.

“Desdichadamente nadie había visto

el rostro de ese individuo. El único que vió algo fué el tripulante Trávers, que había desembarcado ya y se dirigía a tomar un auto que había de conducirlo al Centro, junto con otros miembros de la tripulación. En el puerto creyó reconocer un rostro amigo entre la multitud. Al descender se apresuró a entrar en contacto con aquel amigo; pero el amigo desapareció. En cambio alcanzó a vislumbrar una figura que entonces surgió del portalón de la nave y se perdió entre la multitud.

“En noventa segundos se ordenó cerrar todas las salidas, y el control se tomó en otros cincuenta segundos.

“Una investigación del navío dió como resultado el descubrimiento del escondite del polizón: la casilla de la hélice. Esa casilla es rara vez visitada por los tripulantes, excepto cuando se les ordena hacerlo. El freno que hay en la casilla, se usa sólo en caso de caída. En realidad, nadie había visitado la casilla durante el viaje de regreso. A causa de esto el capitán Wébster debía ser acusado de descuido de las leyes espaciales. Pero yo no prestaré oídos a la acusación, así que eso no importa. Wébster estaba aturdido como sólo puede estarlo un aviador espacial... y lo mismo puede decirse de toda la tripulación. Todos han sufrido una experiencia terrible. Los que no hayan visitado Vega IV, no saben hasta qué punto la experiencia ha sido terrible. A veces faltan las palabras. Sólo podemos sentir la profunda herida mental recibida por esos hombres.

“Una vez que fueron vigiladas todas

### Recauchutaje quirúrgico

EN el Congreso de Cirugía de París, un médico francés anunció un método para reanimar el corazón del paciente que sufra un síncope en la mesa de operaciones. El quid de la cuestión consiste en proceder rápidamente: primero se detienen las palpitaciones con una descarga eléctrica; luego se masajea el corazón, y todo se concluye con una inyección de adrenalina.

las salidas del puerto, tuvimos que enfrentar la siguiente situación: una cantidad de gente (exactamente cinco mil ochocientas noventa y seis personas) quedaron en nuestras manos. El testimonio del tripulante Trávers, respecto al polizón, era insuficiente. La visión que había tenido cuando el hombre escapó por el portalón, había sido muy fugaz. Lo único que Trávers pudo afirmar es que se trataba de un hombre sin sombrero, vistiendo un uniforme indescriptible, probablemente gris o verde oscuro. El testimonio descartaba a las mujeres y a los niños; pero no quisimos arriesgarnos. Nos comunicamos con Washington y conseguimos que se declarara la ley marcial; declaramos que el puerto era un área cerrada, trajimos el cuerpo de construcciones del ejército, el cuerpo de investigación y el de abastos, bajo el mando del general Mark Wéyland...

Un oficial de pelo negro, con aire digno, se irguió al oír su nombre, y después prosiguió escarbándose los dientes.

“Se construyeron en veinticuatro horas viviendas para los internados. Todos los hombres, mujeres y niños fueron examinados; se registró el contenido de los bolsillos, de las carteras y de las billeteras, y se controlaron todos los datos referentes a los parientes y amigos en el exterior. En cinco mil ochocientos noventa y un casos la gente fué identificada. Quedan cinco personas: cinco hombres: cinco pájaros en el nido...”

Vóglar oprimió un botón. La habitación se oscureció ligeramente, y una pantalla que se tendía sobre una de las paredes cobró vida. Apareció en ella un hombre alto, delgado, sentado tranquilamente en un lugar semejante a la celda de una cárcel. Vóglar, mirando a la pantalla, expresó:

—Este dice que se llama Aylmer Tolley y que es de nacionalidad americana.

La figura se desvaneció. Se presentó otra. Esta vez se trataba de un viejo vagabundo, vistiendo un desastrado traje gris.

—Se llama Abel Regin..., nacido en Canadá, según dice.

Otro contacto. Otra celda de prisión. Apareció un hombre gordo, calvo, mal vestido, mirando provocativamente desde la pantalla.

—Péter Métérnich, americano.

El cuarto personaje era el más notable: un hombre de mediana estatura, vistiendo un traje gris, bastante nuevo; la cara bien afeitada; los ojos eran inteligentes, casi agradables.

—Este dice que es Olwyn Kobe, americano.

Finalmente apareció un hombre enorme, con aspecto de oso, con grandes bigotes, y dientes grandes y manchados, que enseñaba desde la pantalla.

—Y éste dice que era empleado en la venta de soda. Se llama Vladimiro Vronski, y es americano.

La última figura se desvaneció de la pantalla.

—Eso es todo —dijo Vóglar—. Eso es lo que nos queda de los seis mil examinados. Entre toda esa gente, estos cinco son los únicos cuya identidad no pudo ser comprobada. Se trata de parias, que roban para vivir, pero no tiene entradas en la cárcel; que trabajan casualmente por un día o dos, pero que ningún patrón llega a conocer; que duermen donde los sorprende la noche, aunque ningún hotelero o posadero los conoce...

—Lo que sugiere es esto —intervino el elegante general Wéyland, que se sacó el palillo de dientes de la boca, lo metió en el bolsillo y miró a los hombres que rodeaban la mesa:— una de esas cinco personas es un extranjero, un hombre proveniente del cuarto planeta del sistema vegal. Ya sabemos lo que el capitán del “Dédalo” piensa sobre los veganos. Yo estoy de acuerdo con él: si uno de esos hombres es un

vegano, debe tratarse de un ser muy desagradable. Pero hay dos puntos escabrosos.

Primero: ¿Cómo es posible que un humanoide vegano actúe y tenga la apariencia física de un americano normal, amén de hablar el idioma? Segundo: aun cuando uno de esos hombres sea de Vega IV, ¿qué daño puede hacer aquí? ¡Un hombre solo, contra un planeta!

Wébster se levantó, excitado y temblando.

—Puedo contestar eso —dijo rápidamente—. Fuimos a Vega IV y nos permitieron regresar. Ahora sé por qué lo hicieron: para que el polizón pudiera venir aquí. Recuerden que nos encarcelaron a todos. Nos estudiaron como sólo puede estudiar el carácter humano una raza cuyos estudios psicológicos son muy avanzados. Tuvieron tiempo de copiar nuestras ropas. De cuanto a la segunda cuestión, la de qué daño puede hacer un hombre solo contra un planeta..., puedo responder con otro interrogante: ¿Qué puede hacer un microbio de la fiebre tifoidea contra una población entera? Ese vegano es infinitamente hábil, del mismo modo que el microbio de la tifoidea es infinitamente mortífero. Todavía nadie sabe lo que sacaron de nuestras mentes cuando estábamos en su planeta. Dentro de lo que podemos suponer, quizás posean ya el secreto de nuestra dirección espacial. Y, dentro de lo que puedo suponer, ese único extranjero, que parece encontrarse entre los cinco vegabundos, ha sido enviado aquí para facilitar el camino de la invasión...

—Eso es ir demasiado lejos —interrumpió Wáyland—. Un hombre solo...

—Olvida usted que ya los conocemos —interrumpió Wébster—. Creo que son capaces de cualquier cosa. Si me dicen ustedes que un vegano se ha presentado en la fábrica de aviones espaciales más cercana, que ha hipnoti-

zado completamente a todo el personal, que se ha aprendido de memoria todos los datos sobre el último modelo, y que se ha ido por donde entró, lo creeré inmediatamente.

—¿Y cómo podría este superhombre regresar hasta su planeta?

—Según cree Wébster —interrumpió Vóglar—, partirá como polizón en el próximo navío, y después, hipnóticamente, forzará a la tripulación a cambiar de ruta en dirección a Vega IV.

Wéyland dió un salto.

—¡Es imposible!

—Pero supongámoslo —dijo Vóglar—. Tenemos cinco pájaros en un nido. Uno de ellos es el cuco que buscamos. Pero se trata de un cuco que es también camaleón..., y camaleón tan perfecto, que despista todas las pruebas conocidas...

—No sé a qué se refiere usted si pretende pruebas extraordinarias —dijo a este punto el jefe psicoanalista, un coronel de pelo trigueño, llamado Smith—. En mi opinión debemos atenernos a la rutina..., y al sentido común. Tenemos que ponernos en la posición del desconocido. Supongamos que debemos adoptar una personalidad terrenal. El proyecto es difícil, y no hay que dificultarlo más aún escogiendo una personalidad complicada. *Se escoge una personalidad normal: una personalidad sana.* Quiero decir una personalidad conforme con los usos habituales: moderadamente ajustada e integrada socialmente, de costumbres heterosexuales, sin intereses metafísicos; una personalidad equilibrada entre el altruismo y el individualismo. Supongamos, en todo caso, que uno de nuestros cinco pájaros es el cuco. Pero consideremos también el único medio de información que ha tenido ese cuco: la tripulación del “Dédalo”. Evidentemente la tripulación ha sido analizada. Sin duda la personalidad de los tripulantes ha sido desnudada. Pero,

¿cuáles son los rasgos de esa personalidad?...: la salud, la normalidad.

—¿Entonces, qué? —preguntó Vögler.

—¿No comprende?... El más normal de esos individuos debe de ser el cuco. En verdad carecemos de los conocimientos psíquicos de los veganos, pero tenemos las drogas para sacar la verdad, y el psicoanálisis. Denme tres días...

**P**ERO el examen de los prisioneros duró una semana. Entretanto, los millares de personas restantes habían sido enviados a sus casas, con regalos oficiales y toda clase de disculpas. El inmenso pueblo recientemente construido, fué demolido. Los expertos volvieron a reunirse en conferencia.

—No podemos hacer más — dijo el coronel Smith —. He nombrado diez psicoanalistas para los cinco individuos. Los médicos y los pacientes están ya exhaustos. Y creo que todos estarán de acuerdo en que el informe..., no es decisivo.

Consultó un legajo de papeles, y comenzó a leer:

“Primero: Aylmer Tolley. Este individuo tiene tendencias maniaco-depresivas, un complejo de culpabilidad... No lo ha confesado pero sería raro que no hubiera intentado suicidarse más de una vez en el pasado.

“Segundo: Abel Regin. Desarrollo retardado. Edad mental, unos once años. Analfabetismo parcial. Además ideas paranoicas sobre su propia grandeza.

“Tercero: Péter Mèternich. Desviacionista pronunciado. Sin sentido moral. Casi sin sentido social. Analfabeto moral, si así puede decirse.

“Cuarto: Vladimiro Vronsky. Sería normal..., si no fuera por sus tendencias criminales, por lo menos con parte de su ser. En otras palabras, es un esquizofrénico. Su equilibrio social es inestable y puede quebrarse en un

quier momento. Si esto ocurre se convertirá en un completo histérico.

“Quinto y último: Olwyn Kobe. Un sujeto difícil. Lo que un lego llamaría personalidad incolora. No puede decirse mucho sobre él”...

—¿Entonces ése es nuestro hombre! — dijo Wébster.

—Yo no me atrevería a afirmarlo...

—Pero usted dijo que el más normal de los prisioneros tenía que ser...

—Sé lo que dije. Pero tal vez me apresuré demasiado. El asunto es más complejo de lo que yo creía.

—¿Describiría usted a Kobe como personalidad normal?

—Casi demasiado normal.

—Entonces...

El coronel tendió la mano.

—Confieso — dijo — que me apresuré al sugerir ese método. Ahora que hemos realizado la prueba, comprendo que mi teoría era muy frágil, y reconozco el peligro de seguirla. La libertad de un hombre, probablemente su vida, está en juego.

—Pero quizás todo el planeta corre peligro si... — Wébster había alzado la voz hasta gritar.

—No necesita enojarse, capitán — interrumpió Vögler —. Comprendo el punto de vista del coronel Smith. Aunque estemos bajo la ley marcial, no debemos cometer una injusticia. La verdad es que no tenemos una prueba bastante decisiva. Mucho me temo que tengamos que abandonar todo el proyecto y...

—¿Se han enloquecido todos?

—Está usted fatigado, capitán — dijo Vögler.

—De acuerdo — asintió Wéyland —, pero el resto de nosotros no puede condenar a un hombre sin pruebas suficientes.

—Pero... — tartamudeó Wébster, mirando enloquecido alrededor de la mesa, donde sólo vio caras hostiles —. ¿No comprenden?... Están dejando

infinitamente maligno. Es mejor fusilar a los cinco, antes de correr tal riesgo.

—Usted ha descrito a Vega IV como un planeta cruel — dijo Vögler —. Me parece que ha traído usted consigo un poco de la crueldad que reina allí.

Por un momento, Wébster miró sin aliento los rostros hostiles. Contuvo el aliento. Con voz tranquila dijo:

—Yo nunca he visto a esos prisioneros, fuera de la pantalla. ¿Hay aquí alguien más que no haya visitado las celdas?

—Todos entrevistamos a los prisioneros antes de la reunión — contestó Vögler —; con excepción de usted. Usted llegó tarde.

Wébster miró fijamente.

—Post-hipnosis — murmuró.

—¿Qué?

—Digo que se trata de un caso de Post-hipnosis. Todos ustedes están bajo la influencia del extraño.

Súbitamente dió un salto hacia la puerta. Vögler se le cruzó en el camino. Ambos lucharon por apoderarse del picaporte, como si fueran niños, hasta que Wébster se irguió al sentir el contacto de un arma en las costillas. Sus ojos se dirigieron a Wéyland.

—¡Atrás! — ordenó Wéyland, agitando su revólver.

—¡Oigan! — exclamó el coronel Smith —. No hay que perder la cabeza. Usted está inquieto, Wébster, y todos lo entendemos así. Pero debemos tener humanidad. Piense en esos cinco hombres... Reconozcamos, si usted quiere, que uno de ellos es el extraño. La semana anterior, yo tenía una teoría: creía que el más normal de los cinco prisioneros debía de ser nuestro hombre. Pero usted mismo nos ha dicho que el extraño es infinitamente hábil. Por lo tanto tiene que haber previsto mi teoría. Podría habernos hecho que matáramos, por ejemplo, a Olwyn Kobe, y dejáramos en libertad al verdadero extraño. Felizmente nosotros somos también hábiles. Kobe podría ser ino-

cente... El extraño podría ser uno de los otros cuatro.

—O podemos extrapolar — interrumpió Wéyland —. Podemos suponer que ese razonamiento fué a su vez previsto... Y eso haría que Kobe fuera el extraño, en definitiva. Además podemos suponer también que esa conclusión fué nuevamente prevista..., lo cual haría... — se encogió de hombros —. ¡Estamos en el tipo de lógica cerrada que se conoce como regreso continuo!

—Así es — dijo Vögler —. Estamos otra vez en el principio. Todos saben que yo no puedo autorizar el asesinato de cuatro inocentes, para matar a un culpable.

El arma de Wéyland todavía amenazaba a Wébster. El capitán astronauta estaba muy pálido.

—Alguien dijo que hay cosas que no pueden expresarse en palabras — manifestó —. Oigan: he visto cosas de tanta obscenidad, de tal magnitud de pesadilla que... — el capitán se interrumpió, con el rostro contraído, vertiendo lágrimas; se sentó bruscamente, y escondió la cabeza entre los brazos, mientras sus hombros se agitaban bajo el uniforme gris.

—¡Pobre hombre! — dijo Vögler, y tendió la mano buscando el teléfono —. Bueno, creo que podemos poner en libertad a los cinco prisioneros.

Después de una rápida conversación se volvió hacia los otros.

—Ya estaban en libertad. Alguien los soltó.

—¿Quién? — preguntó Wéyland.

—Lo ignoro. El sargento es responsable, y pagará las consecuencias.

—Quizás se compadeció de ellos — dijo Smith.

—¡No tenía derecho a compadecerse — rugió Vögler —, sin haber recibido oportunas órdenes!

**E**L quintuple ser avanzó por la calle Cuarenta y Dos, sobre sus diez

piernas. Estaba cansado: había pasado muchos trabajos.

Primero había tenido las dificultades del desembarco, que implicaban la necesidad de forzar a los hombres a un instantáneo olvido de lo ocurrido en el espacio. El intento había fracasado. El ser tuvo forzosamente que contentarse con una alteración de la memoria... y dejar que el oficial Spán gler desembarcara con el recuerdo de un solo polizón en lugar de cinco.

En segundo lugar realizó el esfuerzo de instalar la compasión en once rudos militares terrestres. Pero esto, había sido más fácil que obtener el olvido en el oficial del espacio... y mucho más fácil que la tercera y aparentemente simple tarea de persuadir al sargento de guardia para que abriera las celdas.

El ser marchaba en una línea conducida por el Ejecutor. Detrás de éste, el Telépata examinaba los cráneos de los pensamientos, probando los pensamientos como pastillas sobre la lengua. El Sugestionador marchaba por un sendero que la multitud cedía inconscientemente. El Semántico Mnemónico miraba las vidrieras. Por último, como alguien en incorregible distracción, el Computador soñaba en el camino...

El Ejecutor, departamento volitivo del ser, miraba a la ciudad con curiosidad, notando los objetos que poblaban el planeta; mirando el despliegue técnico, los artefactos con ruedas que corrían, las señales luminosas que relampagueaban en el cielo... Meditó sobre el plan concebido por el Computador: sumergirse diez días en la corriente cívica planetaria, y hacer una

fortuna; en otros veinte días, entrar en la política, en cincuenta días, apoderarse del Estado, en cien días, de la Nación, en doscientos días, del planeta, en dos años...

Pero primero había que tantear, adaptarse a esta ciudad ruidosa y populosa, tan distinta a las del planeta lejano...

El Ejecutor vió, al otro lado de la calle, una señal que anunciaba cosas para comer. Era necesario comer. Detrás de él, obedientemente, se detuvo el Sugestionador, y empezó a cantar con apagada voz de barítono, y a tender el sombrero a la gente que pasaba. Con impulso irresistible, todos los transeúntes dejaron caer algo en el sombrero. En dos minutos quedó lleno hasta el borde, con monedas, con billetes...

El Ejecutor atravesó la calle...

**E**L agente que dirigía el tránsito ordenó que se abriera paso para la ambulancia.

—El tipo era un sonso — dijo —. Es como si nunca hubiera visto un policía en su vida. Le hice señas para que retrocediera y no me hizo caso.

—Quizás era italiano — dijo un paseante —. ¿Saben por qué? Cuando ellos hacen señas de "váyanse", quieren decir "vengan".

—Ese tipo no hará más señas — dijo el policía —. Nunca más.

Llegó una segunda ambulancia.

—En la calle hay otro — dijo alguien —: un vagabundo muerto.

Pero había en realidad cinco vagabundos muertos en la calle. ✦

### ¡Cuidado al respirar!

**S**E calcula que en el Gran Buenos Aires los caños de escape de los vehículos y las chimeneas de las fábricas vierten cotidianamente en la atmósfera 4.000 toneladas de hidrocarburos y 22.500 toneladas de óxido de carbono; substancias, ambas, nocivas para el organismo.

## Novelas publicadas en MAS ALLA

Algunos números atrasados de MÁS ALLÁ están disponibles al precio de \$ 6.— cada uno. En ellos se han publicado, entre otras, las siguientes novelas:

	Números
EL DIA DE LOS TRIFIDOS, por John Wyndham	1
HIJO DE MARTE, por Cyril Judd.....	2 y 3
EL HOMBRE QUE VENDIO LA LUNA, por Robert A. Heinlein .....	6
LAS ISLA DEL DRAGON, por Jack Williamson	9, 10 y 11
LAS CAVERNAS DE ACERO, por Isaac Asimov	12, 13 y 14
EL TRIANGULO DE CUATRO LADOS, por William F. Temple.....	17
LOS SEÑORES DEL TIEMPO, por Wilson Tucker	18 y 19
AMOS DE TITERES, por Robert A. Heinlein....	21
GUIJARRO EN EL CIELO, por Isaac Asimov....	26 y 27

**Más allá**

AV. ALEM 834 — BUENOS AIRES

Deseo adquirir los siguientes números de MÁS ALLÁ. Adjunto cheque o giro postal por m\$N 6.— el ejemplar.

1 - 2 - 3 - 4 - 5 - 6 - 7 - 8 - 9 - 10 - 11 - 12 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17 - 18 - 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 24 - 25 - 26 - 27.

(Sírvese señalar con un círculo los ejemplares solicitados)

Nombre .....

Dirección .....

Localidad .....

(ESCRIBIR CLARO)

# Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 91 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



- Pregunta N° 1:
- Pregunta N° 2:
- Pregunta N° 3:
- Pregunta N° 4:
- Pregunta N° 5:
- Pregunta N° 6:
- Pregunta N° 7:

**1** ¿Cuál de las siguientes capas atmosféricas está más lejos de la superficie terrestre?

- A) Troposfera.
- B) Ionosfera.
- C) Estratosfera.

**2** Según los modernos estudios matemáticos sobre la teoría de los juegos, para no perder al póker conviene:

- A) Apostar solamente cuando uno tiene mucho juego.
- B) Apostar solamente cuando uno tiene poco juego.
- C) Apostar la mayoría de las veces que uno tiene mucho juego, y algunas veces teniendo poco.

**3** ¿A cuál de las siguientes constelaciones pertenece la estrella Betelgeuse?

- A) Cruz.
- B) Orión.
- C) Toro.
- D) Cisne.
- E) León.



**4** Los símbolos actuales que se utilizan para escribir los idiomas europeos, provienen fundamentalmente de:

- A) Símbolos rúnicos.
- B) Símbolos chinos.
- C) Símbolos etruscos.
- D) Jeroglíficos egipcios.



**5** El número de estrellas que componen la Vía Láctea es del orden de:

- A) Cien mil.
- B) Un millón.
- C) Mil millones.
- D) Cien mil millones.
- E) Un billón.



**6** Los rayos beta, emitidos por algunos elementos radiactivos, están constituidos por:

- A) Protones.
- B) Núcleos de helio.
- C) Fotones.
- D) Electrones.
- E) Neutrones.

**7** La palabra "enzima" designa:

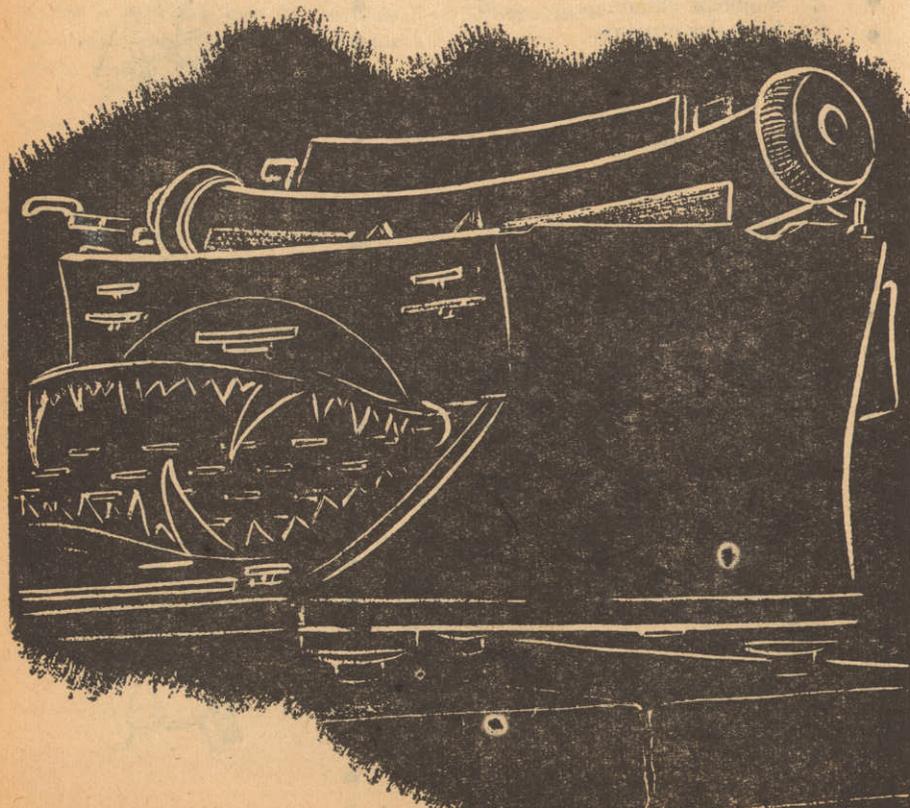
- A) La vitamina C.
- B) Un hongo con propiedades antibióticas.
- C) Un virus.
- D) Los agentes catalíticos orgánicos.



por  
DAMON KNIGHT

# DULCIE & DECORUM

ilustrado por MEL HUNTER



Si usted  
comete errores tipográficos al escribir a máquina,  
¡mejor será que no intente averiguar  
a qué obedecen!

—¿QUE tendrá de especialmente atractiva la letra r? — preguntó Roberto Wallace, levantando la vista de las páginas escritas a máquina.

—¿Cómo? — exclamó Jones, ocupado en sacar un corcho.

—La letra r — repitió pacientemente Wallace —. He estado contando tus errores tipográficos. Resulta que la letra que con más frecuencia aprietas en lugar de otra es la r. Si lo hiciera yo, se comprendería, porque con ella comienza mi nombre. Pero ¿por qué te sucede a ti?

Jones había terminado de extraer el corcho y ahora llenaba los dos vasos.

—¿En eso gastas el tiempo, en vez de leer los artículos?

—Es imposible — respondió Wallace —: está lleno de lugares comunes.

Cuando me emborracho, renace en mí el literato y me vuelvo terriblemente franco. No aguanto más a Robie.

—¿Quién es Robie?

—El director de mi revista. Es un insecto miserable. Escribe él mismo los artículos, con pseudónimo, y luego



se los pasa a uno para ver qué tal le parecen. Este también es de él.

**JONES** comenzaba a sentirse blanda y agradablemente mareado. Aquel escritorio de la planta baja era apacible y fresco en medio de la noche, con la casa silenciosa encima de ellos, y las estrellas brillando en el firmamento. El y Wallace estaban bebiendo y conversando desde las cuatro de la tarde, hora en que se habían encontrado en una conferencia de prensa, que resultó un fracaso.

—Es siniestro — dijo Wallace —. No puedo aguantarlo. Quisiera que me des tu opinión, Jones. ¿Cómo te explican esto?

Jones tragó el líquido y la fría luminosidad descendió lentamente para unirse con el calor del fondo. Dijo:

—Puede que él tenga gustos caros.

—¿Quién?

—Robie, tu editor — explicó, porque Wallace lo miraba con aire de no entender.

—¿Qué tiene que ver esto con las eres?

—No lo sé — replicó Jones.

Un momento después se acercó al escritorio, y se sentó poniendo los dedos sobre el teclado de la máquina. Los movió a modo de prueba, durante algunos instantes.

—Me parece que los dedos tropiezan con la tecla de la ere.

Wallace asintió varias veces con la cabeza.

—Sí — dijo —; pero ¿por qué?

—Puede que sea algo psicoanalítico. Robo, rapto, rencor... — Jones se entusiasmó con su propia hipótesis —. Creo que tienes razón. Acabo de acordarme lo que me sucedía cuando trabajaba para una empresa de publicidad. Me daba cuenta de que el patrón se estaba haciendo rico y me parecía que lo que me pagaba era una miseria. Bueno, juro que nunca lo hice a pro-

pósito; pero cada vez que escribía su nombre, salía así...

Escribió velozmente unas cuantas sílabas y alargó luego el papel a Wallace. Lo que éste vio escrito era:

**\$IDNEY \$TEVEN\$ON.**

Wallace hizo una mueca:

—Ya entiendo. En lugar de las eses del apellido y el nombre, siempre ponías el signo de pesos, y eso que las dos teclas no corresponden al mismo dedo...

—No.

—Bueno, esto es interesante. ¿Y qué te pasará ahora con las eres? No tomo demasiado en serio tu explicación; pero evidentemente está escondido detrás de ella algún mensaje psíquico; algo que te faltó durante la infancia.

Bebieron otro vaso, pensando en el asunto.

—¿De modo que tu teoría es — dijo Jones — que todos los errores tipográficos tienen algún significado siniestro?

—No me cabe la menor duda.

—Bueno, lo que dices es imposible. Yo me equivoco *alguna vez en cada una* de las letras... Si cada una de éstas tiene un significado... Bueno, pero ¿cómo vas a saber que quieren decir algo? Es inevitable que te equivoques en alguna. No sé si entiendes lo que quiero decir...

—Te entiendo perfectamente — dijo Wallace —. Es un asunto de frecuencia. *Frecuencia.*

—¡Oh! — exclamó Jones con desaliento.

—De todos modos, esto no explica todo.

**WALLACE** se levantó para mirar por encima del hombro de Jones. —La ere está en medio de un grupo de letras muy frecuentes, ¿verdad? "e", "d", "s". ¡Ya lo tengo! ¡Suponte que alguien trata de comunicarse contigo!

—¿Por qué no me escribe una carta?

—No. No hay correo donde él está... en Marte, en el cielo o en algún otro lugar así. ¿Me entiendes?

—¡Ah, sí!... O en el mundo de los espíritus, ¿no?

Wallace quiso contener un ataque de risa y salpicó con vino la camisa de Jones.

—No lo tomes a broma — dijo por fin —. Seamos prácticos. Quizás alguno de tus descendientes remotos, que ha de nacer dentro de siglos..., alguien que está alejado de ti en el tiempo, pasado o por venir, y trata de comunicarse contigo.

—¿Para qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Ni siquiera has abierto el sobre...

Volvió a sentarse otra vez, aparentemente irritado.

—Te pido perdón — dijo Jones.

—Estás perdonado — respondió Wallace —. Suponte por un momento que hubiera alguien tratando de ponerse en comunicación psíquica contigo. Resulta que tú no eres una persona fácil, y él no puede conseguir que oigas voces o que escribas automáticamente o ninguna de las cosas habituales usadas. Todo lo que puede hacer es desviarte un poquito los dedos cuando escribes sin fijarte. Sólo entonces. Resultado: errores tipográficos.

Saludó con el vaso a Jones, y se lo bebió.

—¡Magnífica teoría!

—¿Le encuentras alguna falla?

—Ninguna.

—Perfectamente. Hagamos una prueba. ¿Estás listo?

Wallace, mirando con gran concentración el manuscrito de Jones, fué dictando a éste las faltas cometidas, y Jones, a su vez, las escribía en otra hoja. El mensaje resultante fue:

**OYKEIOXILERWJWJ**

—Bueno, asunto terminado — dijo Wallace —. Búscate mañana otra cosa

en que devanarte los sesos. Entretanto, ¡más vino, posadero!

**EL** día siguiente fué caluroso y sofocante. Jones estaba de mal humor. Sudó intentando terminar un cuento que se le atascaba en cierta parte, y desistió de continuarlo. No lo reconoció ante sí mismo que había desistido. Se hizo la ilusión que estaba matando el tiempo para refrescar la mente y volver en mejores condiciones al trabajo.

El modo como mató el tiempo fué tomar su manuscrito y preparar una larga lista de errores tipográficos. Era un entretenimiento tan bueno como el de hacer solitarios y, en todo caso, tenía un encanto especial. Jones sabía perfectamente que no descubriría ningún mensaje metapsíquico en ellos; pero de todos modos insistió. Después de cierto tiempo tenía ante sí la siguiente serie de letras sin sentido:

**EMJBFTDHHHTAAGDW  
WFF4CDFZMG**

Volvió al trabajo, que seguía mal. Pronto se encontró cavilando otra vez sobre la línea de letras, afanándose por agruparlas en otro orden y dividir las de modo que tuvieran algún sentido. Le pareció que la falla principal era la escasez de vocales. Tanteó insertando vocales para formar palabras, pero no consiguió nada.

Bueno, supongamos que el sentido estuviera en las letras que había debido escribir. Era una hipótesis tan verosímil como cualquiera de las anteriores, y le proporcionó una excusa para matar un poco más el tiempo. Volvió, pues, a recorrer penosamente el manuscrito y a anotar una por una las letras que debía haber escrito y escribió debajo de la lista de errores la lista de letras correspondientes:

MJBFTDHHHTAAGDW  
JOUNSRGICQQIVE

WFF4CDFZMG  
MESESGDLC

Pretendió otra vez intercalar vocales a la nueva serie; pero tampoco consiguió formar ningún grupo con sentido.

Las leyó al revés, con el mismo resultado negativo.

**V**OLVIO a su artículo y consiguió escribir otro párrafo antes de que se le ocurriera una nueva idea. Aun cuando supongamos que algunos errores de éstos sirvieran de medio de comunicación metapsíquico, quedaban otros que eran lisa y llanamente errores de tipografía, jota por u, por ejemplo. Otros, en cambio, como e por jota, letras situadas muy lejos una de otra en el teclado, no se podían explicar.

Mirando el teclado, Jones descubrió que la jota estaba directamente debajo de la u. Tachó con lápiz las dos letras en las series respectivas. Lo mismo sucedió con cinco pares de letras más. Una vez eliminados, quedaban una serie de errores que, mirándolo bien, eran bastante extraños, como e por jota, letras que corresponden a dedos diferentes de manos diferentes y situadas en líneas diferentes del teclado.

Miró lo que le quedaba:

EMJFTDHHHTAAGDW  
JOUNSRGICQQIVE

WFF4CDFZMG  
MENISGGDLC

Vió algo en la línea inferior que le llamó la atención. La reprodujo y escribió debajo de ella, en la siguiente forma:

JONS RICEVE MENSG DLC  
JONES RECIBE MENSAJE DLC

Parpadeó. "Después de esto me dedicaré a la catalepsia", murmuró para sí. "Escritura automática: Viejas espiritistas alrededor de una mesa de tres patas..."

Pero, por supuesto, quedó intrigado por la coherencia general del mensaje y, más aún, por ese grupo DLC irresoluble que quedaba al final del mensaje.

Llevó a ciegas la mano al estante que estaba sobre su escritorio y sacó un libro. Lo puso sobre la mesa, junto a la máquina de escribir, y comenzó a copiar. Los dedos le temblaban de excitación. Estaba cometiendo una serie de errores; lo sabía, pero no se esforzó por escribir mejor. Siguió tecleando, respirando anhelante por la nariz, y con los ojos fijos en el libro abierto.

Empujó la palanca de cambio de línea, y la hoja se salió; había llegado al final de la página. Sacó el papel y comenzó a anotar los errores.

Después de unos minutos completó esta serie:

ERVFTUQIFANJKKA  
JOANSOLBEDINOB:E

CUVWFJYVWVJWVJW  
DEIOBEDCEADLC

JONS OBED OBEDE  
OBEDCE DLC

JONES OBEDECE OBEDECE  
OBEDECE DLC

Se emborrachó otra vez; esperó a serenarse de nuevo y escribió una carta a Wallace, recomendada a la oficina de Nueva York. Escribió la carta a mano (cuatro páginas), y la despachó no bien la hubo terminado, para evitar toda posibilidad de perder la cabeza.

**J**ONES no volvió a tocar la máquina durante una semana, a pesar de al-

gunos reproches de su mujer, hasta que recibió la respuesta de Wallace:

Hotel Imperial,  
Deadwood, Arizona

Querido Fred:

Tenías razón. Debo pedirte perdón por varias cosas que se me ocurrieron cuando recibí tu carta.

Estoy desorientado por completo, pero me propongo comunicarte mis primeras impresiones.

Tu carta llegó el jueves. El viernes por la noche terminé un artículo y puse en práctica tu sistema, aunque interiormente me sentí muy tonto por hacerte caso. El resultado fué: Wals (ése soy yo) cmunise (comuníquese) derm. Faltan varias vocales; pero es innegable la semejanza entre nuestros dos "mensajes", y por supuesto, es absolutamente imposible que tú lo hayas preparado de antemano, así que estoy perplejo con el asunto.

Ahora, fíjate bien:

1º — No recuerdo haberte propuesto esta o cualquier otra teoría sobre los errores tipográficos aquella noche. Sé bien que estaba un poco bebido...; pero siempre me acuerdo al día siguiente. De modo que, o estás equivocado o... Bueno, pasemos a otra cosa.

2º — Me tomé el trabajo de examinar varias páginas escritas a máquina por algunos colegas de aquí. No encontré nada. ¿Has pensado que si uno de nosotros quisiera demostrar esto escribiendo en presencia de extraños un texto desconocido, siempre podrían decir que hemos aprendido de memoria el "mensaje" y que hemos cometido a propósito los errores necesarios?

No quiero decir que no consigamos quien nos escuche. Nada más fácil con una teoría tan descabellada como ésta, como bien sabes; pero me parece que no podríamos convencer a nadie que merezca el trabajo convencerlo.

He llegado a la conclusión de que debemos olvidar el asunto mientras estamos a tiempo (¿te imaginas realmente a ti mismo escribiendo toneladas de hojas a máquina, de aquí a tu octogésimo cumpleaños, y preguntándote qué misterio se esconde detrás de los errores?); o terminaremos los dos en el manicomio. Si se te ocurre otra salida, avísame.

Estuve examinando algunos escritos antiguos, cosa que también se te habrá ocurrido a ti, y no encontré absolutamente nada, hasta hace una semana. No me gusta esto. No me gusta nada.

¿Por qué nosotros?

(A lápiz) Para ahorrarte trabajo, los errores de esta página dicen: Wlas (ése soy yo de nuevo) oye oye sé sé, dcm.

No tengo la menor idea de lo que quiere decir; pero, de cualquier modo me molesta más que el mensaje anterior

Me duele la cabeza. Te escribiré cuando pueda.

Un abrazo,

WALT.

**A** la mañana siguiente, Jones se caminó a las oficinas del Servicio de Informaciones, para el cual hacía la mayor parte de sus trabajos. Como escritor independiente que era, no le correspondía utilizar la biblioteca de referencias de aquella compañía; pero su larga relación con ella le daba el privilegio de trabajar allí, y se sentía más cómodo en ella que en la biblioteca pública.

Consultó primero el diccionario más completo que encontró y luego el Diccionario de Abreviaturas. No encontró ninguna abreviatura que correspondiese a las siglas D.L.C o D.C.R.M.

D.L.S correspondía en inglés a Doctor en Bibliotecología (Doctor of Library Science), y D.C.L, en inglés, también, a Doctor en Derecho Civil (Doctor of Civil Law). Había una abre-

viatura C.R.O.M., sigla de la *Confederación Regional Obrera Mejicana*: si le ponía delante una D, podría ser *Director de la...*

¿Y si se tratase de escritura fonética, como el resto del mensaje? DLC y DCRM: ¡Dulcie y Decorum! A su mente vino el adagio latino: "*Dulce et decorum est pro patria mori*": "Dulce y hermoso es morir por la patria". Esto ya quería decir algo. Sintió que se le despertaba el interés adormecido por tantos días de infructuosas cavilaciones.

Felipe Mann entró en la biblioteca

y se detuvo en silencio junto a él, con la pipa en la mano. Jones levantó la vista.

—¿Lo has encontrado? — preguntó Mann.

—No — respondió Jones abstraído.

¿Qué demonios era lo que estaba buscando?

Mann miró el diccionario de abreviaturas, abierto sobre la mesa y dijo:

—Si lo que buscas es una abreviatura, el hombre que necesitas es aquél.

—¿De veras?

—Seguro. Creo que te lo presenté una vez. Samuel Fówler, experto en



palabras cruzadas. Conoce todas las combinaciones de letras posibles.

Fówler era regordete, y de labios gruesos y de ojos bovinos enormes, detrás de los anteojos. Se quedó mirando al techo, rascándose pensativo la barbilla.

—D.L.C. — dijo —. "Doctor en Bibliotecología", en inglés. No sirve. D.C.R.M., ¡hum!...

Sacudí la cabeza.

—Ya me parecía — dijo Jones —. Era solamente...

—Aguarde un momento, un momento.

Fówler, con su mano rolliza, le hizo señal de que tuviera paciencia. Se echó atrás en la silla, resopló y siguió mirando al techo.

Mann se alejó para mirar una de las máquinas teletipos que repiqueteaba suavemente, y regresó en seguida.

Por último, Fówler dijo:

—Lo único que se me ocurre no creo que le sirva.

—¿Qué es?

—Nombres de máquinas de calcular. No hay ninguno que corresponda a DLC o DCRM, pero todos los días están apareciendo nombres nuevos. Busque algo como "computador digital"...

Jones le agradeció la molestia que se había tomado y salió de la oficina.

**E**N su casa, mientras transcribía mecánicamente del libro que tenía a su derecha, Jones decidió que no podían ser nombres de máquinas de calcular. ¿Y si fueran abreviaturas de dependencias del gobierno? "Departamento de Construcciones Livianas".

Raro que no se le hubiese ocurrido mientras hablaba con el especialista en palabras cruzadas. Ese tipo debería saber mejor lo que hace. Siguió tecleando con increíble apatía. Se sentía fatigado y al borde del agotamiento. La noche anterior no había podido dormir.

Llegó al fin de la página, hizo la

lista de errores y tachó los que eran de posición solamente.

El resultado fué: JONS ABC KLK ABCFF KLK ABC KLK DLC

Para su mente fué claro como si lo hubiera escuchado en medio del teclado rítmico de una de las máquinas teletipos en la oficina... Jones ABC (clic) ABCDEF (clic) ABC (clic) Dulcie.

—¡Dulcie! —gritó con la garganta apretada como por una garra— ¡Dulcie! Pequeños dedos, como teclas de acero, repiquetearon en su espalda.

—¡Fred! ¡Fred! Despiértate.

Jones miró con aire extraviado a su mujer, borrosa a la luz incierta de la lamparilla nocturna.

—Dulcie —dijo con la lengua estro-  
pajosa.

Ella dejó de sacudirlo y se apartó de la frente un mechón de cabello negro:

—¿Qué te pasa, por amor de Dios? Me has asustado.

El movió los labios y la lengua, como haciendo una prueba.

—Estoy bien —murmuró.

—Todavía no estás despierto —le respondió ella, observándolo—. ¿Quién es Dulcie?

—Una pesadilla —dijo él, estremeciéndose—. Otra maldita pesadilla. No te preocupes.

Apartó el embozo de la cama y se dispuso a levantarse.

**M**ARIA lo observó en silencio hasta que comenzó él a vestirse.

—¿Adónde vas? ¿Sabes la hora que es?

—Las tres y media —respondió Jones mirando el reloj—. No te preocupes. Estoy desvelado.

—Fred, siéntate un minuto, por favor. Quiero hablar contigo

Fred no le hizo caso.

—¡Fred, ya he aguantado demasiado...!

—¡Déjame tranquilo ahora! —gritó Jones.

Bajó a su escritorio, encendió las luces amigas, sacó un cigarrillo y se sentó junto a la ventana. La luz fluorescente de la lámpara de mesa comenzó a chirriar.

—¡Cállate, maldita seas! —bramó Jones y golpeó la lámpara. El artefacto cayó al suelo, parpadeó, chisporroteó y se apagó.

Jones sacó la funda de hule de la máquina, que había escondido detrás del fichero hacía años, y cuidadosamente cubrió con ella la máquina de escribir, cuidando de no tocar el metal con las manos.

—¡Clic! —pronunció entre dientes, sosteniendo tirantes los bordes de la funda—. ¡Sigue y transmite!

Después de un momento, vacilante, tomó el teléfono. Valiéndose de un lápiz amarillo, marcó febrilmente el número 211.

—Larga distancia —le dijo la voz metálica en el auricular.

—Quiero comunicarme con el Hotel Imperial, de Deadwood, Arizona.

Obtuvo la comunicación inmediatamente. Se dió a conocer al sereno del hotel que atendió su llamada.

—Deseo saber dónde está el señor Wallace... ¿Dejó alguna dirección al retirarse del hotel?

—Un momento, señor... No, el señor Wallace no ha salido del hotel... ¿Quiere que lo comuniqué?

—No... Dígame que tomo el primer avión y voy para allá.

Wallace lo esperaba en su habitación. Estaba más pálido que nunca. Parecía escucharse a sí mismo cuando saludó a Jones, manifestando apenas una ligera sorpresa.

—Yo debía haber ido a Reno hace tres días, pero desistí. No puedo emprender nada hasta solucionar este maldito asunto. Te agradezco que hayas venido para comparar nuestras anotaciones.

El rugido de los motores del avión resonaba aún debilmente en los oídos

de Jones, como una lejana marejada metálica.

—¿Tienes pesadillas? —preguntó.

—¿Pesadillas? —repitió Wallace débilmente, con gesto de cansancio en los labios—. Sí, muchísimas. No he tocado siquiera una máquina de escribir.

—Tampoco yo.

—Creí que me iba a servir de algo; pero no ha sido así —Wallace enlazó sus manos delgadas y transparentes, arrellanándose como una araña inmensa y pálida en el sillón, bajo la luz filtrada por las cortinas de holandá—. ¿Tú no has pensado que ninguno de los mensajes que hemos recibido contenía información alguna?... Siempre han sido órdenes: *Escuche. Reciba el mensaje. Obedezca.* ¿Te tomarías tú el trabajo de retroceder doscientos años en el tiempo, para decirle a alguien nada más que eso?

**J**ONES oyó que su propia respiración le silbaba al salir por la nariz.

—¿Por qué dices doscientos años?

—Pues, porque he estado pensando... —dijo Wallace con una sonrisa vacía—. ¿Y sabes en qué he pensado?... ¿No te fastidia escucharme?... No entiendo por qué no te aburro... Estuve pensando en los cuentos fantásticos que leía en mi juventud despreocupada, en los que el asesino te en-

viaba un mensaje, impregnado en algún insidioso veneno oriental. Lo que decía el mensaje no tenía importancia; podía ser cualquier cosa; por ejemplo: *¿qué precio tienen ahora los paraguas?* Tú lo leías; el veneno se te pegaba a los dedos... y eras hombre muerto. Ese era el verdadero mensaje.

—Pero éstos —dijo Jones—, ¿qué es lo que pretenden? ¿Puedes hacerte una idea? ¿Crees que...?

—¿Qué pretenden? —respondió Wallace interrumpiéndolo—. Eso es lo que tratamos de descubrir. ¡Hemos abierto el mensaje envenenado! Ya no le interesan los errores tipográficos. Nos tienen enganchados en el anzuelo.

Jones estaba sentado con aire de agotamiento, no se había quitado todavía su impermeable lleno de manchas, estaba sin afeitarse y tenía la camisa mal abotonada. Sacó un paquete de cigarrillos, eligió uno y volvió a dejarlo.

—Me voy —dijo Wallace cortésmente.

Al mirarlo, Jones descubrió que Wallace era increíblemente aplanado. Era una hermosa fotografía coloreada, colgada en el aire, frente a un lienzo translúcido, iluminado por una luz que venía de alguna parte exterior.

Era una sensación curiosa. Jones sabía que si se levantase, cruzase la alfombra y tocase a Wallace, lo sentiría

## Récords

**L**A construcción de edificios también tiene sus récords de velocidad. Gracias a la utilización del aluminio para las paredes exteriores, en forma de paneles que se atornillan directamente a la estructura, se pudieron terminar en 6 días las paredes de un rascacielos neoyorquino de 26 pisos. Pero este récord, bastante asombroso por cierto, se queda chiquito ante este otro: a las 6 horas y 2 minutos del día 21 de junio de 1954, cuatro equipos de cinco montadores con cinco ayudantes comenzaron a recubrir de paneles de aluminio la estructura de un edificio de 22 pisos. Después de una interrupción de media hora para tomar un refrigerio, a las 16 hdras del mismo día, es decir, luego de 9 horas y 28 minutos de trabajo, el edificio estaba terminado.

redondo, sólido y respirando. Sabía, empero, que esto no quería decir nada; él podía hacerlo si quería, pero no demostraría nada.

Y mientras miraba al cuadro ilusorio que era Wallace, sabía que Wallace experimentaba igual sensación respecto a Jones mismo.

El cual se levantó y dijo:

—Tenemos que trabajar juntos. Hay que vencerlos. Tengo que irme.

—Bueno —dijo Wallace—. Gracias por haber venido.

**M**ARÍA dijo:

—No puedo acostumbrarme a la idea.

Estaba sentada en la parte oscura de la habitación, con las manos en la falda y mirando al suelo. Cerca de ella, incómodamente sentada, Emilio Kalish se sentía molesto por la situación y por la falta de luz. Tenía en la mano un cigarrillo sin encender.

De la pieza contigua venía el sonido intermitente de un martillo.

—Todavía no es seguro —dijo Emilio.

—No trates de consolarme —respondió María amargamente—. Sé muy bien lo que nos espera. Tendrá que irse a un sanatorio, o a una casa de reposo, o como lo quieras llamar. Probablemente nunca volverá. Lo sabía desde antes que vinieras y lo leí en tu cara, aun antes de almorzar. ¿Por qué no lo declaras de una vez?

Kalish suspiró:

—Tal vez no es tan sencillo como dices.

—¡Sencillo! —exclamó ella.

Kalish no se movió; registró mentalmente el resentimiento que escondía la exclamación, lo clasificó y lo archivó. No dijo nada y no se movió. Su hostilidad contra todo el mundo, estaba enterrada tan profundamente que María sólo pudo percibirla, pero no sentirla o interpretarla.

El martilleo comenzó otra vez. Ka-

lish vió que las manos de María se crispaban. Luego cesó el ruido y se escucharon pasos en la cocina.

María tenía los ojos fijos delante de sí.

Jones entró en la habitación. Se detuvo un instante para acostumbrarse a la penumbra. Tenía en la mano un martillo de repujar. Se acercó al secreter, lo abrió y sacó un puñado de lápices.

—Fred —dijo Kalish—, ¿tienes tiempo para sentarte y hablar un momento conmigo?

—*Shudas paparahush* —replicó Jones, dió media vuelta y salió.

María, con voz apenas perceptible por la angustia, preguntó:

—¿En qué ha hablado? ¿Otra vez en ruso?

—No.

—¿En qué idioma, entonces?

Kalish se encogió de hombros y torció ligeramente la cabeza.

—Lituanos, quizá —respondió—. No estoy muy seguro. En realidad, yo no soy lingüista. A veces aprendo alguna que otra palabra de mis pacientes.

—¿Y qué era lo que estuvo repitiendo todo el almuerzo? Eso sí era ruso...

Kalish parpadeó:

—Sí, *Pogebes*: ruina, devastación.

—¿Y por qué ruso? Eso es lo que quisiera saber. Esto ya no lo puedo soportar... —María comenzó a sollozar—. ¡Ruso!... ¡Ruso!... —repetía.

—¿No sabes dónde puede haber encontrado la palabra?

—No. Hace dos noches, cuando te conté todo, y cuando creía que estaba pasando la crisis, le pregunté y me respondió que era porque su biznieto era ruso. Entonces fué cuando me di cuenta de que estaba loco.

**J**ONES estaba construyendo un laberinto. Había comenzado con unos trozos rectangulares de madera, sacados de un cajón de naranjas, todos de tamaño distinto, y cuando se le

acabó el cajón, siguió usando recortes de hojalata, unidos unos con otros en los extremos, mediante lápices y pégalotodo.

“Laberinto” fué la palabra siguiente. Era una especie de maqueta de un arquitecto loco: esqueletos de habitaciones amontonados el uno sobre el otro; primero con la madera del cajón de naranjas, luego con hojalata, todo a niveles diferentes; todos abiertos en los extremos, de tal modo que se podía ver a través desde cualquier punto. No sabía para qué lo había hecho.

María y un hombre estaban cerca de él y lo miraban.

Jones no se sintió molesto por su presencia. Lo que decían le entraba por un oído y le salía por el otro. Ahora una pieza más aquí y comenzamos otra celda...

Alargó la mano para tomar más hojalata y sólo encontró un recorte, que no le servía para nada. Recordaba que en el banco había un trozo más grande, pero ya no tenía importancia. Paseó la mirada por el banco, examinando las cosas que estaban sobre él. Allí había un trozo de linóleum...

Cuando Jones estaba a punto de coger el linóleum, un brazo enfundado en una manga azul apareció y se llevó el linóleum.

¿Qué más? Jones pasó revista a las herramientas del garage, pensando y mirando... Una lata de kerosene, grande y vacía, en un rincón. Probablemente podría cortarla con las cizallas. Pero cuando iba a tomarla, la misma mano del brazo azul se la llevó.

Jones miró a su alrededor mansamente ofendido. El hombre vestido de azul estaba enfrente de él, con la lata en una mano y el trozo de linóleum en la otra. María estaba junto a él.

—Fred, ¿te acuerdas del señor Kalish? Vivíamos vecinos a él. ¿Te acuerdas?

—Kalish —dijo Jones, saboreando la palabra, y extendió otra vez la mano.

El hombre del brazo azul retiró la suya con la lata.

—Un momento —dijo la voz del hombre azul—. Primero tienes que decirme qué estás fabricando ahí. ¿No me lo puedes decir? ¿No quieres decirme qué es lo que estás haciendo?

—Una cosa —respondió Jones moviendo las manos como para describirla—. Usted sabe...

**M**ARÍA se llevó un pañuelo a la boca y salió.

Jones echó mano a la lata.

—Todavía no, Fred. Dime, ¿quién es Dulcie?

Dulcie...: una melodía palpitante... una cercana tibieza... Podría sentirla a su alrededor, especialmente cuando cerraba los ojos; pero estaba lejos. Le era difícil a ella hablar con él. Le era difícil a él escucharla.

—¿Es alguna persona?

¡Qué idea absurda!... Jones hizo una mueca y negó sacudiendo la cabeza.

—¿Es una mujer?

Bueno, sin duda, habría que llamarla así.

Asintió con un gesto.

La voz siguió hablando. ¿Le había ordenado Dulcie que hiciera eso? ¿Para qué era? ¿La veía a Dulcie? ¿La oía?

—¿Y habla con alguien que no seas tú?

—Todavía no —respondió Jones. Y ya era suficiente. Se volvió de espaldas y prosiguió su trabajo, buscando el trozo de hojalata. Allí estaba. La cortó en rectángulos con las cizallas, cuidadosamente, y comenzó a construir una nueva celda, con la que se completaba el cuarto piso de la estructura.

Las voces de Emilio y María resonaban en sus oídos.

—Me parece que conviene dejarlo solo unos minutos. ¿Dices que había unos papeles?

—Sí, en el escritorio.



El hombre azul se fué. Jones podía seguir su trabajo.

Comenzó a cortar el linóleoum, en tiras finas. El linóleoum le era extremadamente útil.

—Fred —comenzó a decir María sollozando.

El estaba cementando la primera pared de la nueva celda, que quedaba al aire y no tenía otra donde apoyarse. Esto era lo más difícil: hacer la primera pared firme y perpendicular. La gente no se daba cuenta.

—Fred, ¿por qué no me contestas? El linóleoum estaba quedando muy bien. Jones no estaba seguro, ni podía averiguarlo, pero le parecía que estaba cerca del fin.

Apareció la mano de María y arrancó de un tirón el resto del linóleoum. Jones advirtió el sólido cartón del almanaque que estaba colgado en la pared, y lo arrancó. Cortó unas cuantas tiras por vía de experimento.

Eran perfectamente: útiles.

**E**L laberinto estaba terminado. Jones sabía ahora para qué fin servía.



La razón de que a los demás les pareciera misterioso es la de que lo miraban como si fuera un edificio, y por supuesto, si se quería hacer de aquello un edificio, todo iría mal.

Era un modelo de algo totalmente diferente: el modelo de un modo de pensar. Era, se podía decir, un recordador permanente. Hacia adentro y alrededor y hacia abajo. *Hacia adentro* y alrededor y hacia abajo. Jones inclinó suavemente la estructura, para verla mejor. *Hacia adentro* y alrededor. *Hacia adentro* y... *Hacia adentro*.

Era como mirar a una de esas espirales giratorias que se usan para hipnotizar; pero con una diferencia: el mirar a una espiral produce solamente entorpecimiento cerebral, y abre la caja craneal para dejar entrar las sugerencias. Pero mirar aquel laberinto per-

pendicular obligaba a la mente a acomodarse a una estructura especial, una y otra vez, como para buscar una estación en el dial o hacer una llave que sólo sirve para una cerradura.

La mente de Jones estaba perfectamente lúcida. El sabía que el laberinto servía para hacerle oír mejor a Dulcie. Y así la oía.

Cuando cerró los ojos, el mundo se oscureció y desapareció como la ceniza

tenicado que tomar decisiones. Pero la guerra moderna depende de una cantidad tal de factores, que realmente se ha convertido en un problema matemático. Y para resolver más rápidamente un problema matemático, usamos el calculador electrónico DLC. Sabemos, dicho sea de paso, que el otro bando ha estado haciendo lo mismo desde hace tres años."

Después de esto, al principio, Dulcie masculló los pequeños problemas que le proponían y dió las respuestas. Pero sucedió que un cálculo humano hizo perder la batalla, y arreglaron el mecanismo para proporcionar directamente la información a Dulcie. Y una decisión humana hizo perder otra batalla y, no sin agrias disputas entre ellos, confirieron el mando a Dulcie.



arrastrada por el viento; y desapareció María, y Kalish, y el taller, y todo. Notó que los siglos pasaban junto a él, como oleadas, hasta que se sintió pender descarnado en la aurora del mañana.

Era un lugar frío y oscuro; un silencio que temblaba en las paredes...

Eso era Dulcie. Mientras él flotaba allí amándola, el conocimiento que ella poseía manaba a través de él.

Recordó cómo había comenzado todo:

"Por supuesto que no es un sustituto del Estado Mayor ni nada por el estilo. Las mentes humanas seguirán



No les quedaba otro recurso sino esperar a que el otro bando hiciera lo mismo.

Y así Dulcie se convirtió en una jugadora de ajedrez. Su tablero era el planeta; sus piezas eran los hombres y las máquinas.

P4AD (peón a 4 alfil dama), y una lluvia de proyectiles dirigidos caían, como si no estuviesen allí los techos, ni la gente debajo de ellos.

**D**ULCIE era un ser viviente. De ella dependía desarrollarse, aumentar su propia capacidad, hacer su trabajo con mayor perfección.

Como cualquier filósofo anciano o boxeador o político, aprendió a hacer el máximo con el menor esfuerzo. La economía se convirtió en su pasión.

Del otro lado del océano, en el interior del otro continente, lo mismo hizo su enemiga.

Pero la guerra no es igual para una máquina de calcular que para un ser humano. Nadie había pensado que lo fuera, ni había intentado hacerle ver a Dulcie la repugnancia que tienen los seres humanos frente al trabajo que ella realizaba con tanto entusiasmo.

Y Dulcie hizo dos cosas que nadie esperaba.

Escudriñando los misterios del cerebro humano, modelo tan adecuado y desconcertante como el de ella misma, encontró el modo de fijar para siempre en la imaginación del hombre una convicción irracional. Eligió la más sencilla y la más apta para su propósito: *Amo a Dulcie*. Insinuó esta convicción en la mente de todo hombre, mujer o niño que tuvo a su alcance (dentro de su hemisferio) y eliminó todos los problemas de disciplina, preparación, educación, tradición, política, administración nacional (las siete décimas partes de la vida mental humana), de un solo golpe.

Lo segundo fue más sencillo. Aca-

vía. Dedujo la existencia de su contrincante, se puso en contacto con él en longitudes de onda que le serían igualmente comprensibles a ambos y entró en comunicación con él.

Ya no era necesario que los hombres y las máquinas fueran a la guerra. DLC comunicaba a DCRM: "Muevo esta fuerza a este punto". Y DCRM le replicaba: "Entonces yo la muevo a este otro".

No todos los juegos terminan bien. Cuando Dulcie perdió, lo pagó. Las máquinas pueden ser destruidas con más eficacia por sus poseedores que por sus enemigos; cuando a los seres humanos se les pidió que muriesen, se prestaron a ello sumisamente.

Y cuando, a pesar de todos sus esfuerzos, sus seres humanos fueron agotándose y no quedó ninguno, ¿qué otra cosa podía hacer Dulcie sino retroceder en el tiempo en busca de otros? Comenzó a buscarlos retrocediendo en la genealogía de los antepasados, de los últimos que morían en su tiempo...

**J**ONES murmuró algo.

—¿De qué se trata? —preguntó María a Kalish—. ¿Lo has descubierto?

Kalish tenía en la mano varias hojas escritas a máquina. Las anotaciones escritas a mano por él, al pie, no se habían secado todavía. Su rostro tenía una expresión singular, como la de un hombre que sabe que ha sido herido pero no siente el dolor.

—Esta vez es en latín: "*Dulcie et decorum est pro patria mori*". Es dulce y honroso morir por la patria.

La conexión se estrechó más. Jones sintió que el amor le llenaba el pecho; un amor ardiente, sofocante. Sabía para qué lo quería Dulcie, y la alegría de haber sido elegido era más de lo que podía tolerar.

—Clic —dijo Dulcie.

—Clic —respondió Decorum.

## Respuestas a las preguntas del Espaciotests

**Respuesta N° 1:** B. — La Ionósfera se extiende desde los 100 km. de altitud hasta los 200. Su nombre se debe a que, en ella, los moléculas de aire tienden a ionizarse por acción de la fuerte radiación solar.

**Respuesta N° 2:** C. — Los resultados de las investigaciones realizadas sobre versiones simplificadas del juego de póker (el póker no ha podido todavía ser estudiado a fondo debido a la complejidad de los cálculos) demuestran que conviene "mentir" alrededor de un tercio de las veces que uno apuesta teniendo juego.

**Respuesta N° 3:** B. — La estrella Betelgeuse ocupa el duodécimo lugar entre las estrellas más brillantes del cielo.

**Respuesta N° 4:** D. — Los signos de nuestro alfabeto provienen del silabario fenicio (muy especialmente en lo que a consonantes se refiere), y éste había adaptado los suyos de los jeroglíficos egipcios. Cuando los griegos alfabetizaron dicho silabario, agregándole las vocales (y en este sentido son en realidad los verdaderos creadores del alfabeto), introdujeron otros signos tomados de pueblos tales como el chipriota, que también tenían ya su sistema de escritura.

En esta página se ilustra, con una tabla demostrativa, la evolución de algunos signos desde los símbolos egipcios hasta el alfabeto latino.

**Respuesta N° 5:** D. — A pesar de esa enorme cantidad, el espacio entre ellas es tan grande que podríamos multiplicar por un millón el número de las mismas, sin aumentar prácticamente en nada los riesgos de un choque estelar.

**Respuesta N° 6:** D. — En realidad algunos emiten positrones; pero este hecho se produce sólo entre los elementos radioactivos artificiales.

**Respuesta N° 7:** D. — El fenómeno que hace posible la vida es la catálisis, o sea la acción de ciertas sustancias que aceleran miles de veces las reacciones químicas.

TABLA DE LA EVOLUCION DE ALGUNOS SIGNOS (Resp. N° 4)

Antiguos Jeroglíficos Egipcios	Inscripciones Sinaíticas	Piedras Moabitas	Fenicio Antiguo	Griego Occident.	Latín Antiguo

## más allá de la energía

HASTA para el hombre más avanzado de la era atómica, un motor que impulse un vehículo no pasa de ser un mecanismo que transforma la energía del combustible en movimiento del vehículo. Y esto sólo lo podrá hacer *consumiendo* de una manera o de otra el combustible hasta que sea necesario detener el vehículo y reemplazar el combustible gastado. Los sueños de la humanidad pueden ir mucho más lejos: ya podemos pensar en un motor que recoja el combustible a

su paso, al trasladarse una astronave entre la Tierra y Mercurio, por ejemplo. El filantrópico proveedor de toda la energía necesaria no será otro que nuestro antiguo conocido, el Sol.

Estas perspectivas se muestran lejanas, aunque realizables, según el informe presentado por el sabio soviético V. A. Baum, en una reunión científica realizada en Nueva Delhi, donde dió a conocer los progresos alcanzados en el aprovechamiento de la energía solar en su país.

Según el profesor Baum, se ha

construido ya un espejo parabólico de 10 metros de diámetro que, gracias a la luz del Sol, produce 60 kilogramos de vapor por hora, a una presión de 7 kilogramos por centímetro cuadrado (más de seis veces la atmosférica); y se está perfeccionando un modelo cuyo rendimiento se calcula en 18 toneladas de vapor por hora. Estos aparatos se utilizan actualmente para destilar el agua de mar (proporcionando así agua potable al ganado en los desiertos de Kara Kul), para alimentar refrigeradores y dar calefacción a diversos laboratorios. Las amas de casa no han sido olvidadas: hay una cocina solar, con un reflector de 12 metros cuadrados, capaz de producir 400 litros de agua hervida por día.

Claro que no todo es color de rosa. La dificultad más grave con la energía solar consiste en su acumulación. Por eso, y por la forma en que varía en el transcurso del día o las estaciones del año, es por lo que no ha podido abordarse todavía su transformación en energía eléctrica.

Todas estas realizaciones presentes no dan amplia base para pensar en el futuro, con el elocuente lenguaje de las cifras. Lo cierto es que cada metro cuadrado de la superficie de la Tierra recibe del Sol un promedio de 19.320 calorías por minuto (una caloría es la cantidad de calor necesaria para elevar en un grado la temperatura de un gramo de agua). Si toda esta energía se utilizara para mover una astronave de dos toneladas de



## atómica



peso, equipada con un espejo de 20 metros de diámetro para recoger la radiación solar, podría imprimirle una velocidad, en sentido vertical, de 78 kilómetros por hora. No parece mucho esto en la época del avión supersónico. Pero si tenemos en cuenta que el peso de un cuerpo disminuye con el cuadrado de la distancia a la Tierra, y que en esta misma relación aumentaría la cantidad de energía recibida del Sol por el espejo en el caso de que la astronave se acercara al Sol, resulta que el astro rey puede perfectamente asegurarnos un viajecito de ida y vuelta a Venus o a Mercurio, por muy poco dinero. Claro que para viajar alejándose del Sol o saliendo del sistema solar, el método no resulta excesivamente útil, que digamos. Pero lo cierto es que en el futuro la energía atómica tendrá por lo menos como imprescindible auxiliar el calor del Sol, para impulsar las astronaves en el espacio interplanetario.

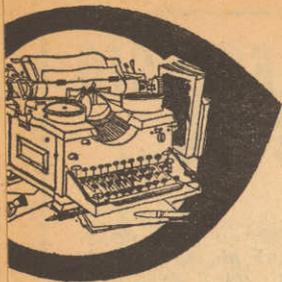
# ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilicelo para decirnos qué piensa de **MAS ALLA**. ¿Qué cuento le ha gustado más, y cuál menos? ¿Le gusta el **ESPACIOTEST**? ¿Ha leído el Editorial? ¿Qué le interesaría ver publicado en los próximos números? ¿Qué defectos encuentra en la revista? *Escríbanos sus opiniones, y si este espacio no le alcanza agregue una hoja suya.*

Escriba a

**más allá**

Av. Alem 834 — Buenos Aires



# CORRESPONDENCIA

## proyectiles dirigidos

Señor Director:

Espero con ansias su revista, ya que soy uno de los dos lectores de MÁS ALLÁ, de esta localidad de 6.500 terráqueos, y el resto de terráqueos, o sea 6.498, que no leen MÁS ALLÁ, no nos pueden proporcionar gran distracción.

RODOLFO NEIRA (Villa del Rosario, Cuba)

Señor director:

Damon Runyon, escritor humorista norteamericano, dijo que todo el contenido de un libro se sintetiza en su título. Por eso, en los que él había escrito, mejor era no pasar de la tapa. Yo no tengo esa costumbre; por eso, al ver el artículo de la pág 25, Nº 26 de MÁS ALLÁ, me quedé bastante sorprendido. Se plantea en esta hoja el eterno problema de la delincuencia juvenil... Estoy perfectamente de acuerdo con todo lo que allí se dice; pero, como también estoy de acuerdo con lo que dijo Runyon, he llegado a la conclusión de que, según el título que le pusieron al artículo, para ustedes, la solución ideal que resolverá definitivamente el problema de los delincuentes juveniles es una buena soldadura. ¿Dónde creen conveniente aplicarla para un buen resultado?

CARLOS H. CIENCIA (Capital)

\*\*\* En la cabeza del corrector de pruebas.

Señor Director:

...Hablando del material que Ud. publica, no tengo más remedio que plantear un asunto que posiblemente será tan discutido como interesante. ¿Qué es la F. C.? Sería interesante que Ud. lo tratara en algún Editorial y oír la opinión de sus lectores. Yo trataría de definirla como el género literario en que la ficción se basa en las

MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas firmadas que recibe. La Sección Científica de MÁS ALLÁ prepara las respuestas a las preguntas sobre temas científicos. Algunas cartas y respuestas se publican cada mes. Escriba a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 384, Bs. As.

infinitas posibilidades lógicas extrapoladas de los actuales conocimientos teóricos prácticos de las diversas disciplinas científicas, indagando sus especulaciones más abstractas, siempre que éstas sean aceptadas por la mayoría de la gente.

"JACK" (Buenos Aires)

\*\*\* Su definición de fantasía científica me parece correcta. Pero no es fácil trazar con una línea exacta el límite entre "fantasía a secas" y "fantasía científica". Hay tantos matices cuando se comienza a extrapolar de la realidad...

Señor Director:

Me agradecería que publicaran en su revista estos párrafos del Editorial de la revista inglesa "Endeavour" de abril de 1954. Se podría invitar a los lectores a que expresasen su opinión...

...La novela científica está superando en algunos países la popularidad de la novela policíaca, que mantuvo la primacía durante muchas décadas. Partiendo de la premisa, generalmente aceptable, de que el gran público debe saber algo acerca de los progresos de la ciencia y de su creciente influencia en la vida cotidiana, no hay duda de que esta nueva tendencia es digna de estímulo... Resulta preciso, sin embargo, que este tipo de obras no solamente ofrezca un razonable nivel literario, sino también una firme base técnica respecto de los hechos científicos aludidos. Con muy raras y honrosas excepciones, ninguna de las dos referidas condiciones se ve cumplida, ni siquiera buscada. Gran número de novelas científicas están mal escritas, son inexactas y muestran una desproporcionada inclinación hacia los viajes interplanetarios; por interesantes y trascendentes que éstos sean, distan mucho de ser el principal objetivo de la ciencia moderna.

...Resulta especialmente deplorable la introducción, cada vez más extendida, de lo que pretende ser ciencia en las formas más bajas de la literatura popular. Pero hoy se procede al saqueo de los términos científicos con el intento de dar apariencia de novedad a un tema demasiado estereotipado.

...La mala novelística científica puede ser mucho más dañina, puesto que nos presenta a los hombres de ciencia en su aspecto personal más bien que técnico. Ser retratado constantemente como raro en la apariencia y excéntrico en los hábitos, irresponsable en la acción y despiadado en la conducta, y en general como perteneciente a una clase aparte no es bueno para nadie. A menos que se equilibre con obras más serias, la novela científica de tipo sensacionalista de nuestros días puede hacerle mucho daño a la ciencia y en particular a los científicos".

EDUARDO LOZANO (Buenos Aires)

\*\*\* Muchas gracias por la interesante señalación. Sólo las formas más vulgares de seudo fantasía científica desprestigian a la ciencia y a los hombres de ciencia. Me parece que MÁS ALLÁ está más allá de esta crítica, por su respeto para con la ciencia y sus cultores.

Señor director:

Encontré muy interesantes los planos de la locomotora atómica (MÁS ALLÁ N° 25) y espero con ansiedad que sea algo más que una realidad en el papel.

MIGUEL BARONE (Capital)

Señor director:

¡Por favor! No pongan en las tapas de MÁS ALLÁ cosas tales como "Planos completos, en colores, de la locomotora atómica", cuando el único plano que trae no es ni completo ni en colores.

RICARDO R. MEYER (Villa Ballester)

Señor director:

El material que a veces publica MÁS ALLÁ es infantilmente absurdo... y también ridículo (perdóneme este último término, pero no encuentro otro más apropiado).

Es a causa de esto, que la revista corre el gravísimo riesgo de perder el prestigio tan justamente ganado desde sus primeros números... No habría que olvidar que este tipo de literatura está no sólo titulado sino perfectamente definido con las dos palabras "Fantasía Científica". Es decir fantasía, sí, y tal vez una de las formas más libres de la fantasía, pero sin olvidar nunca lo de "científica". Aceptamos toda la fantasía desbordante de los autores mientras se apoye en una base científica o al menos se filtre por la grieta de una duda, de un interrogante planteado por una teoría o un hecho no suficientemente firme o no debidamente explicado. Pero, cuando el autor se queda sólo con la fantasía sucede que produce cuentos sin pies ni cabeza, verdaderas locuras que por momentos hacen dudar de que quien los escribió lo hizo adrede para tratar de impresionar, de ir más lejos que los otros, aun a costa de su propia seriedad profesional, o si simplemente es el producto de una mente no del todo en sus cabales...

NORBERTO F. FELIU (Capital)

\*\*\* *¿Está acaso la ciencia del más allá en nuestras manos como para poder permitirnos el lujo de calificar de "deformaciones infantiles y absurdas" a los sondeos subconscientes con que los autores tratan de atisbar el futuro? ¿Es acaso limitada la ciencia? Quizá muchas de esas deformaciones literarias y artísticas a que usted alude puedan con el tiempo dar lugar a nuevas conformaciones. Esperemos.*

¡Abajo los platos voladores!  
(Continuación)

Esta carta la dirijo especialmente al ilustre y respetado señor Carlos Alberto Bianchi.

Comprendo perfectamente su estado mental al escribir usted la carta titulada "¡Abajo los platos voladores!" (MÁS ALLÁ N° 24). Es usted un aficionado al mundo microscópico. Al ver usted las magníficas láminas ilustradas y los respectivos artículos (MÁS ALLÁ N° 21 y 22) quedó profundamente emocionado, deleitándose leyendo y contemplando dichas cosas, y a causa de esta profunda conmoción,

que alteró momentáneamente la porción "razonadora" de su altamente sensible masa encefálica, pudo escribir la inmensa barbaridad de "¿Qué es más importante: un plato volador o un microscopio? ¿Qué utilidad nos reporta el plato volador?... ¡Abajo los platos voladores! ¡Adelante con el microscopio!".

Pero analicemos las cosas. Usted considera más importante el microscopio, que en realidad es de un inmenso valor científico... Pero, ¿y los platos voladores? Si se lograra ponerse en contacto con ellos y sus tripulantes, la ciencia terráquea daría un salto enorme, se realizarían los viajes interplanetarios y quizá interestelares. Los tripulantes o, mejor dicho, la raza que vendría en ellos, haría progresar inmensamente la medicina, bacteriología, física, química, etcétera. También podrían influir en la organización política, social, económica y moral...

HENRIKAS SLEZINGERIS (Venezuela)

Señor director:

Cuando se inició la publicación de MÁS ALLÁ, pensé que tal vez obedeciendo a la demanda de aventuras truculentas, sería una revista más. El tiempo habría de sacarme de este error; y muy especialmente a través de su página Editorial (para mí es lo que de más valioso tiene), he podido ver el propósito que la revista persigue: abrir la compuerta de la fantasía y dejar que, fecunda y siempre nueva, revele lo que la ciencia descubre lentamente, presienta lo que la razón se niega a presentir, desee lo que los hombres adocenados por el sentido común nunca han deseado desde su mediocre nivelación. La sed de aventuras es infinita en aquellos que nada temen; la paradoja es el fruto de las mentes inquietas y rebeldes; la fantasía es el grito de guerra del que jamás envejece. El sólo hecho de llegar a manos de la juventud ávida de saber (los estudiantes), justifica su existencia, y si, como he leído, algunas críticas se le pueden hacer, ellas sólo revelan en forma perentoria la necesidad de rebasar los límites de la "medura" que reclaman veladamente algunos lectores que no han comprendido la finalidad de la publicación...

RODRIGO AGUIRRE VIGNES (Santiago de Chile)

Señor director:

A pesar de lo ridícula que me parece la página "Sin apelación", le confirmo su pronóstico (MÁS ALLÁ N° 25): 1º, "Una mujer al volante", y 2º, "El viejo de las estrellas". Bastante bueno me pareció "El picnic de un millón de años"; pero celebraría mucho que se dejaran de publicar cosas tan...!!!, como "Megalocosmos" y "El abonado". ¿Con qué se comen esas cosas? Para mí que el único hombre capaz de encontrarle un sentido a "Megalocosmos" sería Kant.

RICARDO R. MEYER (Villa Ballester)

\*\*\* *La explicación requerida es un signo de interrogación. Si pudiéramos explicar lo desconocido, lo desconocido desaparecería. Los cuentos inexplicables son aventuras de la mente, desafíos audaces de la imaginación al sentido común.*

# respuestas de la sección científica

## LUZ ESTELAR

¿Qué trayectoria recorre la luz de una estrella: recta o curva?

C. N. CORNEJO, (Guayaquil, Ecuador)

Parece comprobado que la luz sufre un encorvamiento al pasar cerca de estrellas muy densas. El efecto, previsto por la teoría general de la relatividad de Einstein, fué comprobado por la expedición inglesa a las islas Príncipe, en 1919, y posteriormente por otras observaciones astronómicas, particularmente la de la luz proveniente de una estrella, al pasar cerca de la Compañera de Sirio. En ausencia de masas, la luz sigue una trayectoria rectilínea.

## ORIGEN DEL HOMBRE

Según la teoría ya probada de que "la generación espontánea no existe", y la de que "no hay principio sin causa", quedaría destruida por (o casi por) completo la teoría vitalista, que apoya la idea de que provenimos de un ser superior (creación de Dios). Las dos primeras teorías apoyarían la tesis materialista, que dice que la vida se debe a simples reacciones de la materia sometida a leyes físicoquímicas que rigen la naturaleza entera; con lo cual llegaríamos a la conclusión siguiente: Si no provenimos del primer ser humano que Dios habría creado (según los libros religiosos), ¿de dónde provenimos? ¿De dónde salimos? Y segundo, apoyando la teoría de Darwin de que provenimos del mono, ¿está comprobada esta teoría? Y si no lo está, ¿de dónde proviene el actual ser humano?

ENRIQUE RAÚL DANTES.  
(San Vicente, Córdoba)

Pasteur demostró, efectivamente, que la generación espontánea no era la

causa de las fermentaciones, de la aparición de microorganismos, etcétera, sino que ello se debía a la preexistencia de otros microorganismos que, al producirse, eran la causa de las primeras o se ponían en evidencia en ciertos procesos de descomposición. Con esto no está definitivamente comprobado que la generación espontánea sea imposible, entendida con un alcance distinto. Por de pronto, Pasteur se refería a las bacterias. Con posterioridad se han descubierto organismos aún más simples que las bacterias, tales como los virus, que también provienen de otros virus por procedimientos conocidos de división celular. No obstante, una de las teorías más calificadas sobre el origen de la vida supone precisamente que, en ciertas condiciones y merced a la conservación de diversas sustancias orgánicas disueltas en el agua de mar, puede haberse producido el paso decisivo hacia el desarrollo de la vida (Oparin), sin intervención de la divinidad. La imposibilidad de la generación espontánea no está, por otra parte, en oposición con la teoría de la fuerza vital, es decir, de la creación divina, ya que este acto sería totalmente excepcional y ajeno a las leyes ordinarias de la naturaleza.

En cuanto a que "no hay principio sin causa", este enunciado no es correcto. Se trata de una de las formulaciones que "no hay efecto sin causa", y es del principio de causalidad, que afirma claro que el mismo tampoco se aplicaría para el caso de Dios, puesto que el propio concepto de Dios implica la negación de aquel principio para este caso. Claro está que la doctrina materialista, en cambio, acepta dicho principio, y admite que la vida se ha originado siguiendo las leyes de la naturaleza. Dentro de esta doctrina,

por supuesto, hay varias teorías sobre el origen de la vida. Con respecto a su pregunta final, de dónde provenimos, de dónde salimos y si provenimos o no del mono, no hay una única respuesta, ya que ella depende de la posición filosófica que se adopte, de las creencias religiosas, etcétera. Ahora bien, si se quiere dar una respuesta científica y se acepta la teoría de la evolución (que es generalmente aceptada por los biólogos), habrá que pensar que los monos antropoides (gorila, chimpancé, orangután) y el hombre descienden de un antecesor común, es decir, no que el hombre desciende del mono, sino que, a partir de aquel antecesor (el famoso eslabón perdido), se ramificó la línea evolutiva en monos y hombres, cada uno de los cuales siguió su evolución correspondiente. No necesariamente debía el hombre "parecerse al mono"; pudo haber sido al revés. El hombre no tenía por qué tener dientes grandes, por ejemplo, sino al revés: quizás el mono originalmente tenía dientes pequeños. Esta teoría no está definitivamente probada, aun cuando existen muchos argumentos en su favor. Por ejemplo: no se ha descubierto ningún tipo fósil humano de cuyos rasgos característicos no puedan derivarse fácilmente los del hombre actual. Hay, es cierto, algunas lagunas en la línea evolutiva; pero algunos rasgos (los más característicos) atestiguan la continuidad del desarrollo filogenético producido.

## TRANSPARENCIA

El aire, el agua, los gases, etcétera, son transparentes, a pesar de que están formados por átomos, como toda la materia. ¿Por qué?

CARLOS R. CARRANZA (San Martín, Bs. As.)

Porque dejan pasar la luz, sin absorberla, lo mismo que ocurre con todos los cuerpos transparentes como

el vidrio. Dicha absorción suele producirse por las moléculas, por saltos electrónicos de sus electrones de valencia (generalmente esta absorción cae en el ultravioleta), o por vibraciones de los núcleos que componen los átomos constituyentes, o por rotaciones de las moléculas o de partes de la molécula (a veces éstas caen en el infrarrojo). El aire y la mayor parte de los gases son transparentes; pero tal cosa no ocurre con el cloro, el bromo y el yodo, por ejemplo, que son fuertemente coloreados y opacos. Observe que el color de un cuerpo se debe a que absorbe todas las radiaciones del espectro visible, sin reemitirlas, excepto aquellas que corresponden al color que exhibe.

## TEORIA DE LA RELATIVIDAD

¿Qué es la teoría de la relatividad? ¿Qué expresa? ¿Tiene, según Einstein, algo que ver con lo que él llama la cuarta dimensión?

MÁXIMO SINGER (Capital)

La teoría especial de la relatividad surgió como consecuencia de serias dificultades en que se encontraba la teoría clásica (la electrodinámica) para explicar ciertos experimentos, tales como el de Michelson, que no ponían de manifiesto un efecto que, según éste, debería revelarse. Dicho en términos breves, no ponían de manifiesto la velocidad respecto del éter, al cual se suponía el soporte de las vibraciones electromagnéticas y de la luz. Einstein aceptó como resultado fundamental el de Michelson, según el cual, la velocidad de la luz no dependía del movimiento de la fuente luminosa, y lo tomó como postulado, comprobado por dicha experiencia: la velocidad de la luz es una constante universal, independientemente del estado de movimiento del observador. Esto obligó a cambiar, por de pronto, la cinemática,

es decir, la composición de velocidades y aceleraciones; la velocidad de la luz respecto de un sistema de referencia que se mueve con movimiento rectilíneo y uniforme respecto del otro, ya no se obtiene simplemente sumando la velocidad de la luz respecto de este último a la velocidad ( $v$ ) del primer sistema respecto de éste, sino que hay que dividir dicha suma por  $\sqrt{1-(v/c)^2}$ . Además, condujo a modificar nuestra noción corriente de simultaneidad; y aun más, condujo a comprobar que el espacio no es absoluto, ni tampoco el tiempo, sino que entre ellos hay una relación particular, que se pone de manifiesto en las llamadas "transformaciones de Lórentz". De allí que Einstein hable de una cuarta dimensión (el tiempo), dado que el espacio-tiempo viene a constituir el marco adecuado para los sucesos, y ambos forman una unidad y no dos entes separados como antes se creía.

### COMBUSTIBLE PARA EL GRAN SALTO

Desearía saber qué cantidad de combustible gastaría una astronave para vencer la atracción terrestre, a 11,5 km/seg.

LUIS ALBERTO DE VEDIA (Buenos Aires)

La ecuación que vincula la velocidad ( $V$ ) que un cohete puede obtener después de quemar todo su combustible, la cual depende de la velocidad ( $v$ ) con que salen los gases de la tobera y de la cantidad de combustible expulsado, es:  $V = v \cdot \lg R$ , donde  $R =$  masa inicial del cohete dividida por la masa final del cohete (una vez quemado todo el combustible). De acuerdo con ella, suponiendo que se use un combustible cuyos gases se expulsan a 4 km/seg (alcohol-oxígeno líquido, usado en la V-2), se necesitaría una relación de masas del orden de 20 para alcanzar la velocidad de escape; es

decir, es prácticamente imposible recurrir a ese combustible si se quiere escapar del campo gravitatorio terrestre, porque se necesitaría un cohete de dimensiones fabulosas: el 95% de la masa tendría que ser de combustible; y todavía esto es teórico. Si se toman en cuenta otros factores, tales como frotamientos, etcétera, se ve que en la práctica, apenas si es posible duplicar la velocidad de salida de los gases. Por consiguiente, hasta que no se consiga un combustible de alta velocidad de salida de los gases de la tobera, no puede pensarse en escapar de la Tierra en un solo salto. Por eso se ha pensado en hacerlo por etapas, instalando un satélite artificial.

¿Quisieran tener la amabilidad de explicarme por qué los volúmenes son proporcionales a los cubos de los radios? He visto esa afirmación en MÁS ALLÁ.

OSVALDO ABOID S. (Santiago de Chile)

El volumen de una esfera viene dado por  $(4/3)\pi R^3$ , donde  $R$  es el radio de la esfera considerada, y  $\pi$  es el número transcendente 3,1416 aproximadamente. Por lo tanto, el volumen es proporcional a  $R^3$ , siendo la constante de proporcionalidad precisamente  $(4/3)\pi$ .

### PLATOS VOLADORES

Desearía saber la opinión de MÁS ALLÁ sobre las declaraciones del profesor Silas M. Newton, geofísico de EE. UU., sobre los platos voladores, las que parecen no dejar lugar a dudas.

ROBERTO FALLETTI (Rosario de S. Fe)

Las informaciones que han traído algunos diarios al respecto, hacen suponer que ha habido deformaciones o malas interpretaciones. De ser verdad que se hubieran encontrado esos seres

de 80 cm. de estatura, ya nos habríamos enterado, por fuentes más responsables, sobre la veracidad del hallazgo, que sería de trascendental importancia. Sobre este tema de los platos voladores es mucho lo que se ha escrito, y probablemente se seguirá escribiendo mucho al respecto. No es posible decir rotundamente que no existen, pero hay que precaverse contra las informaciones sin responsabilidad, muy difundidas en estos tiempos, con las que se pretende explotar la credulidad de la gente. Muchas veces, simples novelas de fantasía científica (como las que publica MÁS ALLÁ, por ejemplo), han sido transmitidas por las agencias noticiosas, como si se tratara de hechos verídicos. En tal sentido, es menester someter las noticias a una rigurosa crítica.

### ENERGIA POTENCIAL Y CINÉTICA

¿Qué diferencia hay entre carga y energía?

ESTELA ROCH AGUIRRE (Buenos Aires).

La carga eléctrica es una propiedad que poseen los cuerpos electrizados. El electrón parece ser la carga eléctrica elemental. La energía es un concepto muy útil en física, y puede ser de diferentes tipos: la energía potencial de un sistema es el trabajo que el sistema es capaz de producir en virtud de sus cambios de posición, y por eso se llama energía de posición; la energía cinética de un cuerpo es el trabajo que éste puede producir en virtud de la velocidad que tenga respecto de un sistema de referencia; la energía eléctrica es el trabajo que un sistema cargado puede realizar en virtud de las fuerzas eléctricas; etcétera.

### DIMENSIONES DEL MUNDO

¿Por qué hay que concebir al mundo como de 6 dimensiones (Quisico-

sas atómicas, MÁS ALLÁ N° 12), y cuáles serían ellas?

ESTELA ROCH AGUIRRE (Buenos Aires).

En realidad, no es que el mundo tenga 6 dimensiones, sino que, para formular la teoría, resulta conveniente hacerlo en un espacio de 6 dimensiones: las tres espaciales, el tiempo, el spin y el spin isotópico. Pero esto es un puro formulismo, sin ninguna realidad intuitiva subyacente. El spin es una propiedad de las partículas atómicas, que se puede visualizar como si ellas giraran sobre sí mismas (como el movimiento de rotación de la Tierra sobre su eje) pero el spin isotópico no tiene ninguna representación intuitiva; es puramente un formalismo para representar matemáticamente los "cambios de estado" de las partículas; por ejemplo: un protón en un neutrón, y viceversa.

### ELEMENTOS QUÍMICOS

¿Cuántos son los elementos químicos que se han podido hallar y cuáles son los últimos descubiertos?

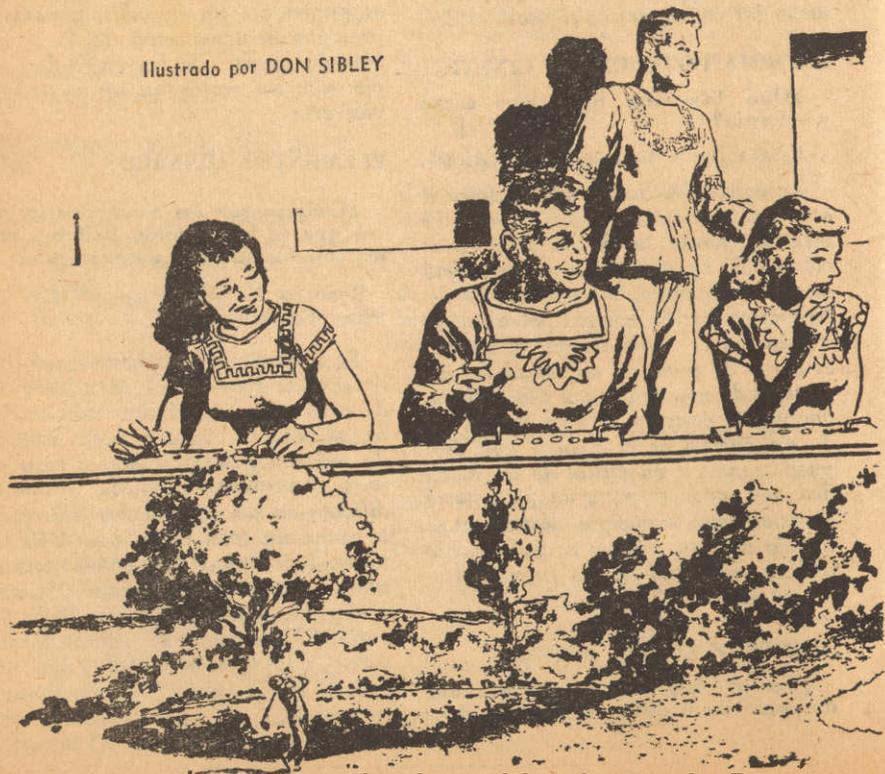
RODOLFO NICOLAI VARDICH (Las Lomas, Formosa).

Se conocen 100 elementos químicos de la tabla periódica de Mendeliev, ordenados según su número atómico. Pero, además, se conocen varios isótopos de cada uno, isótopos que, si bien poseen propiedades químicas semejantes difieren en sus propiedades físicas. Esto suma un total de más de 240 isótopos. Los últimos elementos transuránicos descubiertos, fueron: 93, neptunio; 94, plutonio; 95, americio; 96, curio; 97, berkelio; 98, californio; 99, atenio y 100, centurio. Sobre los nombres de los dos últimos no hay consenso general.

# mundo de

# oportunidad

Ilustrado por DON SIBLEY



RESUMEN DE LA PRIMERA PARTE

MIGUEL COURTENAY acaba de ascender a uno de los últimos escalones de su carrera publicitaria.

FOWLER SCHOCKEN, mitólogo, director de la Fowler Schocken Asociada (uno de los dos trust publicitarios mundiales), le acaba de encomendar la dirección del proyecto Venus. La Fowler Schocken, gracias a su dominio sobre el Congreso de Estados Unidos, ha logrado que sea ella y no la Asociación (el coloso publicitario rival), quien se encargue de promover la colonización de Venus.

El arte de la publicidad ha cambiado mucho. Primeramente se convirtió en una ciencia aplicada, que utiliza los últimos adelantos de diversas ciencias (psicología, dialéctica, antropología, economía y ciencias físicas), para formar estados de conciencia colectivos de una profundidad casi religiosa. El segundo momento de su evolución consistió en romper las barreras de la mera promoción de los productos preparados por otros, y en convertir las empresas de propaganda en una combinación de capital financiero, industria y partido político.

Y así, cuando Miguel Courtenay llega a ocuparse del proyecto Venus, el mundo está dividido en dos clases opuestas: estrictamente separadas y aun opuestas: los consumidores, y los escribientes o empleados de las compañías publicitarias.

Esta situación es aceptada ya por todos y se ha inculcado en la conciencia de la gente. No podía ser de otra manera, pues la vida humana sobre la Tierra ha cambiado profundamente: agotado el humus, fabulosamente acrecentada la población del globo, hipertrofiadas las ciudades, la humanidad vive de proteínas "regeneradas" y de los cultivos hidropónicos o in vitro. Para evitar un desastre, la producción tiene que ser planificada y controlada en escala mundial por organismos centralizados y dominantes.

Pero, en verdad, no todos se creen en el mejor de los mundos posibles. Los cónser (nombre popular de la Asociación Conservacionista Mundial, que es una organización clandestina, perseguida por todos los gobiernos del mundo) afirman que la humanidad marcha a su destruc-

ción si no vuelve a la vida según la naturaleza. Pretenden, pues, limitar la natalidad, reducir al mínimo las industrias de explotación, reconstruir el humus y volver a la agricultura. Nadie los conoce del todo bien; pero se dice que recurren al sabotaje y al crimen para promover sus ideas, y su presencia invisible es sentida por todos como una especie de conciencia acusadora que impide disfrutar de la vida.

Los viajes interplanetarios, todavía incipientes, han traído una válvula de escape para la humanidad. La Luna está ya colonizada, y pocos años antes de que Miguel Courtenay fuera encargado del proyecto Venus, una espacionave pilotada por JACK O' SHEA (enano de noventa centímetros de estatura) ha llegado a Venus y ha regresado. Se está construyendo ahora, gracias a la experiencia del vuelo de Jack O'Shea, una espacionave mucho mayor, que podrá transportar pasajeros.

Pero Venus no es lo que podría llamarse un planeta confortable, según contó Jack. La temperatura es superior a la del agua hirviendo, hay vientos huracanados, la atmósfera está envenenada por formaldehídos, el suelo es de lava y todo erosionado. En cambio, sus riquezas minerales son codiciables; y la explotación industrial, tal como la permite el progreso de la ciencia y de la técnica, podrá obtener billones en Venus.

La misión de Miguel Courtenay es persuadir a los primeros pioneros que se trasladen a Venus. Poco a poco se lo convertirá un planeta habitable. Y la Fówler Schocken tiene interés en que lo sea, para emprender su explotación.

Miguel se ha puesto al trabajo con fervor, aunque sus problemas personales lo tienen muy molesto. Está condicionalmente casado con KATTY NEVIN, famosa cirujana, de la que está locamente enamorado. Pero Katty se niega a dar el paso legal que transformaría el matrimonio condicional en definitivo. No comparte el entusiasmo de Miguel por la publicidad y por la organización actual del mundo. Su mentalidad un poco anticuada le hace ver, por ejemplo, un crimen en el hecho de que el cafeinex (uno de los productos de la Fówler) contenga una

insignificante dosis de un alcaloide inofensivo. Si en los meses que faltan para completar el matrimonio de prueba, Miguel no consigue que ella cambie de opinión, la relación entre Miguel y Katty habrá terminado.

A todo esto, otros acontecimientos más graves se interponen. Miguel ha hecho una sorpresiva visita a la sección de Investigación de Mercados, dirigida por su rival, MATTHEW RUNSTEAD, e instalada en la filial de San Diego, California. El estado de cosas que encuentra allí es desastroso. El ayudante que Runstead había dejado al frente, ha descuidado por completo el trabajo y durante semanas les ha estado pasando informes falsos. Miguel lo pone en la calle con todo el personal, cierra la oficina y vuelve a Nueva York para "aclarar" las cosas con Runstead.

Pero Runstead acaba de irse a pasar el fin de semana en Pequeña América, en la Antártida. Miguel sale tras él. Llega al hotel de turismo internacional, que la Fówler Schocken tiene instalado allí, debajo de una inmensa cúpula de material plástico. Allí le dicen que el señor Runstead ha salido de excursión, a pie, por los glaciares vecinos. Miguel no puede perder tiempo esperando que regrese y sale en su búsqueda, provisto de un equipo completo para nieve, con transmisor portátil y radar.

Los dos escribientes se encuentran solos en medio del glaciar. Miguel saluda a Runstead, y éste le devuelve el saludo con un traicionero golpe de esquí, que deja desvanecido a Miguel. Cuando éste despierta, se encuentra solo, en medio del glaciar. La pila atómica portátil, que daba calor a su traje de nieve y proporcionaba energía al transmisor y radar, está descompuesta. Miguel lucha contra el sopor y el frío, pero termina desvaneciéndose.

Vuelve en sí a bordo de un avión que transporta trabajadores a Costa Rica, donde está instalada la Clorela, compañía de productos hidropónicos y fotosintéticos que alimentan al globo. El tatuaje de identificación de Miguel ha sido adulterado. En sus documentos personales, Miguel se ve inscrito como JORGE GROBY, ex criminal; con gran asombro

se entera de que ha firmado un "contrato de trabajo" por cinco años, y se encuentra bruscamente arrojado al mundo de los consumidores, que hasta entonces le era desconocido. Intenta demostrar su identidad; pero le enseñan un diario de Nueva York, en cuya primera página aparece la noticia de su muerte.

Así, Miguel (ahora Jorge Crosby, ex criminal) comienza a trabajar para la Clorela. Esta compañía, que a Miguel, en sus años de escribiente, le había parecido un modelo, tiene organizadas las cosas para que sus "contratados" nunca puedan abandonarlas. Sucesivos préstamos sobre el sueldo los atan de por vida.

Miguel no se da por vencido; se dedica por un tiempo a estudiar su ambiente y a los consumidores que convienen con él, para ver cómo puede huir de las garras de Clorela (jurídicamente es imposible: los impuestos de Clorela equivalen al presupuesto total de Costa Rica), y llega a la conclusión de que el hombre que lo puede ayudar es GUSTAVO HERRERA, un criollo, que lleva diez años en Clorela y ocupa el importantísimo puesto de maestro trinchador del pollito. Sus ingresos son muy superiores a los de los compañeros restantes; y debe de tener ahorros, como lo demuestran sus misteriosas excursiones a la ciudad.

Miguel lo aborda y gana su confianza. Un día, Herrera le pasa un prospecto, recomendándole que lo lea muy en privado. Miguel se esconde para leerlo y... se encuentra con que ¡Herrera le ha pasado una circular invitándolo a sumarse a los cónser!

Denunciar a Herrera podría tal vez serle útil; pero sucede que a veces los denunciadores de los cónser son cauterizados en el cerebro; fingir en cambio una conversación, puede serle útil. Podrá tal vez utilizar la gigantesca organización y llegar a Nueva York, con el conocimiento de la red de los cónser en sus manos.

Miguel ha elegido para su juego la buena carta. Después de varias semanas en que Herrera parece no ocuparse más de él, lo invita uno tarde a conocer el pollito, nombre con que se designa un cultivo gigantesco de varias toneladas, del cual se cortan continuamente tajadas para proveer de proteínas a todo el mun-

do. Debajo de su masa protoplasmática, se encuentra el local de una "célula" de los cónser, de la que forman parte obreros y empleados administrativos de la Clorela.

Después de unas semanas de noviciado, durante las cuales Miguel se familiariza con los textos básicos del conservacionismo, empieza a trabajar para la organización, preparando folletos y campañas de rumores y agitaciones. Los resultados son tan brillantes que el jefe de la célula le comunica que se prepare porque se ha conseguido que la Clorela lo destine como empleado a Nueva York, donde entrará en contacto con los altos funcionarios conservacionistas.

## X

SALI para Nueva York, en la bodega de un cohete de turismo. Mi aspecto era casi respetable, gracias a un traje de cierta categoría que me habían proporcionado en la oficina central. En el piso superior del cohete, distinguidos consumidores costarricenses lanzaban exclamaciones de admiración ante los panoramas que veían por las ventanillas prismáticas, o calculaban el escaso dinero de que disponían.

En aquella bodega, los pasajeros eran ciertamente de poca categoría, aunque no comparable con la de un transporte de trabajadores. No teníamos ventanas, pero había luz y lavabos para asearnos.

Uno de los policías de la plantación nos había dedicado este discurso:

—Ustedes van al norte, fuera de la jurisdicción de Costa Rica. Sus empleos serán mucho mejores que los actuales. Pero no olviden jamás que siguen siendo empleados. Cada uno de ustedes debe recordar que está encadenado a la Clorela, y que Clorela tiene derecho de prioridad sobre ustedes. El que piense que puede violar el contrato, inténtelo y aprenderá cuán fácil y rápida es la extradición por delitos comerciales. El que piense que puede esconderse, mejor hará en no

intentarlo. La Clorela paga siete millones anuales a la agencia Burns, para que devuelva a los descarriados. De modo que, si alguno de ustedes quiere darnos la oportunidad de hacer un poco de ejercicio, escátese. Esperamos su regreso. ¿Está claro?... Bueno, suban a bordo, y buena suerte. Ya tienen sus pasajes. Saludos a Broadway.

Aterrizamos en Montauk, sin ningún inconveniente. Los de la bodega aguardamos que los consumidores de la clase turista descendieran en fila y llevaran sus bagajes. Luego, nos sentamos y esperamos, mientras los inspectores de la Aduana de Comestibles discutían a voz en cuello, con nuestro cocinero, por las raciones sobrantes: cuatro de los nuestros habían muerto durante el viaje; y el cocinero, por supuesto, había escondido sus raciones de pollito, para venderlas en el mercado negro.

Finalmente nos llegó la orden de bajar en grupos de a cinco. Nos alineamos; nos colocaron en las muñecas los permisos de entrada; nos dirigimos en formación al subterráneo, y tomamos el tren al centro. A mi grupo le tocó un compartimiento de carga.

En la Bolsa de Trabajo fuimos distribuidos y registrados con nuestros respectivos destinos. Hubo un momento de pánico cuando supimos que la Clorela había vendido el contrato de trabajo de veinte de nosotros a I. G. Farben (a nadie le gusta trabajar en las minas de uranio); pero yo estaba tranquilo. El hombre que estaba al lado mío miró con tristeza cómo los policías arreaban a los veinte.

—Nos tratan como esclavos —me dijo amargamente—. Es un crimen, ¿no le parece? Es una violación al derecho esencial de trabajo.

Le contesté con una mirada de disgusto. El tipo era un cónser lisa y llanamente. Entonces recordé que también yo era cónser por ahora. Consi-

deré la posibilidad de darle la mano haciéndole la señal secreta, pero me decidí por lo contrario. Era útil recordarla por lo que me pudiera suceder, pero si me manifestaba prematuramente, podían exigirme algo.

Nos trasladamos al depósito de Clorela en el suburbio de Nyack.

**D**EBAJO de Nueva York, como debajo de cualquier otra ciudad del mundo, los caños de las cloacas desembocan en una serie de depósitos de sedimentación y filtrado. Yo sabía, como cualquier ciudadano, que los residuos orgánicos de veintitrés millones de personas eran arrastrados por el agua a lo largo de las cañerías subterráneas. Sabía que las sales eran neutralizadas mediante intercambio iónico; que el líquido residual era bombeado a las granjas de cultivo de algas, en Long Island, y que el cieno era transportado en buques tanques, a la plantación de la Clorela. Todo esto lo sabía, pero no lo había visto nunca.

Mi nuevo cargo era el de distribuidor, clase 9. El trabajo consistía en conectar las mangueras flexibles por las que corría el cieno orgánico. Después del primer día de trabajo, gasté mi sueldo de una semana en comprar taponos antihollín para la nariz, que si no filtraban todo el olor, por lo menos hacían posible vivir en medio

Al tercer día de trabajo, cuando terminó mi turno, me dirigí rápidamente a la ducha. Ya tenía estudiado el proceso: después de seis horas en los tanques, donde no había máquinas de venta automática, por la sencilla razón de que era imposible que a nadie se le ocurriera comer, beber o fumar en una atmósfera tal, mis compañeros de trabajo se precipitaban ansiosamente a las máquinas vendedoras y cumplían su ciclo de naranjada, sándwiches, cigarrillos, durante media hora por lo menos, antes de pensar siquiera en un baño. Como yo

no estaba tan condicionado por el sistema, porque llevaba menos tiempo que los demás sometido a él, conseguía tomar la ducha casi a solas. Cuando ellos llegaban en tropel a los baños, yo pasaba a las máquinas vendedoras. Era una simple aplicación de la inteligencia. Si en esto no se diferencia mentalmente un escribiente de un consumidor, ¿en qué se diferenciará? Claro está que yo tenía a mi favor que los hábitos no estaban igualmente desarrollados en mí, como he dicho.

Aquel día había otro hombre en la ducha; pero, como estábamos los dos solos, apenas nos rozábamos. Cuando entré, el hombre me alargó el jabón. Me enjaboné y dejé que cayera el agua sobre mí con toda la presión de los recirculadores. Ni siquiera me daba cuenta de que el otro estaba junto a mí. Pero cuando le devolví el jabón, sentí que su dedo cordial me tocaba la muñeca, mientras el índice describía un círculo en la base de mi pulgar.

—¡Oh! —exclamé estúpidamente—. ¿Es usted...?

—¡Chist...! —me respondió, y con un gesto de irritación me señaló el micrófono espía, que colgaba del techo. Me dió la espalda y volvió a jabonarse prolijamente.

Cuando me devolvió el jabón, éste llevaba adherido una tira de papel. En la sala de vestir la sequé cuidadosamente y leí: "Esta noche hay reunión. Vaya al Museo Metropolitano, entre en la sala de clásicos y espere junto al busto Femenino, exactamente cinco minutos antes de la hora de cerrar".

Me coloqué en la cola frente al escritorio del supervisor, tan pronto como terminé de vestirme. Media hora después tenía una autorización escrita para dormir fuera. Regresé a mi litera para recoger mis enseres; advertí al nuevo ocupante que el de la li-

tera de arriba hablaba en sueños; dejé mi valija en la sala de equipajes, y tomé el subterráneo para Bronxville. Transbordé a otro tren que iba hacia el norte; viajé hasta la estación siguiente; me cambié a otro que iba hacia el sur, y llegué a la Torre Schocken. Nadie parecía seguirme. Tampoco esperaba que me siguiesen, pero era mejor no correr el riesgo.

Faltaban cuatro horas para la reunión de los cónsers en el Museo Metropolitano.

Me quedé en el hall, dando vueltas hasta que un policía, mirando con desprecio mi traje, se acercó a mí. Yo había esperado que Ester o Fówler Schocken entraran o salieran; pero no tuve tal suerte. Vi muchos conocidos, por supuesto, mas ninguno de confianza. Y mientras no averiguara qué había detrás de la emboscada del glaciar Starzelius, no osaría decirle a nadie que estaba vivo.

El policía, de la Agencia Pinkerton, me dijo con prepotencia:

—¿Viene a confiar sus negocios a la Schócken? Sin duda les traeré una buena oferta...

—Disculpe —le respondí humildemente y me dirigí a la puerta de salida.

Supuse que no se molestaría en seguirme hasta la puerta, y efectivamente, no lo hizo. Giré entonces hacia la sala de recreo, donde un grupo de consumidores contemplaba una película de amor, propaganda del NoEmb., y tomaba las muestras gratis de Caffeinex. Aguardé un rato y, por otra puerta distinta a la que había entrado, me dirigí a los ascensores.

—Ochenta —dije al ascensorista, y de inmediato caí en la cuenta de que había dado un paso en falso. La voz del ascensorista me respondió por el parlante:

—Los ascensores generales no van más que hasta el piso setenta. ¿Qué quiere?

—Soy mensajero —le respondí—. Tengo que recoger un encargo en la oficina del señor Schocken. Ya les dije que a un tipo como yo no lo dejarían llegar a la oficina del señor Schocken. Les dije que probablemente tendrá veinticinco secretarías y me harán pasar de una en otra...

—La sala de recepción de mensajes está en el piso cuarenta y cinco —me respondió la voz del ascensorista, con menos violencia—. Adelántese hasta la cancela del ascensor, para que yo lo vea.

Me acerqué hasta debajo del visor. No deseaba hacerlo; pero no quedaba otro remedio. Me pareció que escuchaba un sonido en el micrófono, aunque era imposible estar seguro. Nunca había yo estado en la cabina del ascensorista, a trescientos metros debajo de mí, donde apretaban los botones para poner en movimiento los ascensores; pero había dado mi sueldo de un año por poder verla en ese momento.

Me quedé esperando durante medio minuto. Luego, el ascensorista dijo fríamente:

—Está bien. Vuelva al ascensor. Piso cuarenta y cinco, primera cinta mecánica a la izquierda.

Los restantes ocupantes del ascensor, envueltos en el agrio olor del alcaloide del cafeinex, me miraron con desconfianza hasta que bajé. Subí a la cinta mecánica que corría en dirección a la izquierda y pasé de largo rápidamente la puerta que decía: *Sala de Mensajeros*.

Cuando llegué al cruce de otros corredores, donde la cinta que me transportaba desaparecía en una ranura del piso para enrollarse en su cilindro, salí. Tardé algo en encontrar la escalera; pero, una vez en ella, me sentí tranquilo. Necesitaba tiempo para recobrar-me del mal momento pasado. No me atreví a tomar otra vez el ascensor.

¿Subió el lector, alguna vez, treinta y cinco pisos por una escalera?

LOS últimos pisos me costaron un tremendo esfuerzo. Me dolía todo el cuerpo, desde los pies hasta la cabeza. Estaba perdiendo el poco tiempo de que disponía. Además eran ya cerca de las diez, y los consumidores que se alojan durante la noche en las escaleras, habían comenzado ya a ocupar sus lugares. Fuí todo lo cuidadoso que pude, pero estuve a punto de venir a las manos con un consumidor del piso setenta y cuatro, tercer escalón, que tenía piernas más largas de lo que me había parecido.

Afortunadamente, nadie duerme pasado el piso setenta y ocho. Ahora me encontraba en la parte del edificio reservada para los altos empleados.

Anduve de un corredor en otro, sabiendo perfectamente que el primero que se fijase en mí me reconocería o me echaría del edificio. Pero solamente me encontré con empleados, ninguno de los cuales me era conocido. Mi suerte seguía favorable.

Pero no lo suficiente: las oficinas de Fówler Schocken estaban cerradas.

Entré en la oficina de su secretaria número 3. No había nadie. Me detuve a pensar qué haría. Fówler solía jugar unos cuantos hoyos de golf en el country club, después de trabajar. Ya era demasiado tarde; pero valía la pena probar: faltaban solamente cuatro pisos para el country.

El country club es muy elegante, y las mensualidades corren parejas con su elegancia. Además de las canchas de golf, de tennis y las otras instalaciones deportivas, todo el lado norte del salón es un bosque, con más de una docena de árboles hermosamente imitados. Y hay lo menos veinte cabinas de recreo, para leer, ver cine o cualquier otro placer del espectador.

Un doble mixto jugaba al jolf. Me acerqué a sus asientos tratando de llamar la atención lo menos posible. Estaban concentrados en sus diales y botones que ellos mismos iban jugando.

dores en el fairway del hoyo doce. Miré sus puntos en el indicador y me sentí deprimido: todos marcaban más de noventa golpes. Fówler Schocken nunca llegaba a ochenta. No podía pues estar en un grupo como aquél. Me acerqué y vi, en efecto, que los dos hombres me eran desconocidos.

Vacilé antes de retirarme, procurando decidir qué haría ahora. Schocken no estaba a la vista en ningún lugar del club. Tal vez estuviera en alguna de las cabinas de recreo, pero era imposible abrirla una por una: si abría una y estaba ocupada, me echarían a punta-piés, a no ser que Fówler fuera quien la ocupase.

Una ráfaga de la conversación de los golfistas atrajo mi atención. Una de las chicas acababa de tirar un putt de diez centímetros y completaba el hoyo; los demás la felicitaban y ella, feliz y sonriente, apretaba la palanca para traer los muñecos al tee y cambiar el panorama para el hoyo trece. La miré y la reconocí de inmediato: era Ester, mi secretaria.

Esto simplificaba la situación. No podía imaginarme por qué razón estaba Ester en el country; pero sabía de ella todo lo que necesitaba saber. Me retiré a una alcoba cerca de la entrada del baño de mujeres. Diez minutos después Ester se acercó.

SE desmayó, por supuesto. Blasfemé, la cargué y la entré en la alcoba. Había una cama; la puse en ella. Había una puerta; la cerré.

Cuando Ester recobró el sentido, me miró estupefacta.

—¡Miguel! —dijo en un tono que tanto podía ser un susurro como un rugido.

—No estoy muerto —le dije—. El muerto fué otro. Cambiaron los cuerpos. No sé quiénes lo hicieron; pero no estoy muerto. Sí, soy yo: Miguel Cúrtenay: su jefe. Puedo demostrarlo. Por ejemplo, recuerde la última fiesta de

Navidad, cuando estaba usted tan preocupada por...

—Olvide aquello —me interrumpió prestamente—. ¡Santo Cielo, Miguel..., quiero decir, señor Cúrtenay...!

—Está bien: puede llamarme Miguel. Solté la mano que le había estado masajeando, y Ester se incorporó para mirarme mejor.

—Escúcheme —le dije—. Estoy vivo, pero en una situación muy difícil. Tengo que ver cuanto antes a Fówler Schocken. ¿Puede ponerme en contacto con él, ahora mismo?

—¡Hum!... —respondió ella, y sacó un cigarrillo, repuesta ya. Por mi parte, automáticamente encendí un Starr—. No puedo, no, Miguel..., señor Cúrtenay; el señor Schocken está en la Luna. Es un gran secreto; pero creo que a usted puedo decírselo. El viaje está relacionado con el proyecto Venus. Cuando usted murió..., bueno, ya sabe lo que quiero decir..., el señor Schocken encargó del proyecto al señor Rúnstead. Como las cosas no andaban bien, decidió ocuparse él mismo. Yo le pasé las anotaciones que usted tenía hechas. Una de ellas hablaba algo de la Luna, me parece. De todos modos, hace dos días que partió.

—¡Maldición! —exclamé—. Bueno, ¿quién ha quedado en sustitución de él? ¿Harvey Brúner? ¿puede verlo?

Ester sacudió la cabeza.

—No, Miguel; el señor Brúner no es el encargado. El señor Rúnstead ha quedado al frente. El señor Schocken salió muy precipitado, y no había nadie que supiera lo que él estaba haciendo, excepto el señor Rúnstead. Pero puedo ponerme en comunicación con él, inmediatamente...

—¡No! —respondí y miré mi reloj. Tenía el tiempo justo para llegar al Museo Metropolitano. Tengo que irme. No le diga a nadie, a nadie absolutamente, que me ha visto. Cuando yo la llame, diré que soy... ¿Cómo se llamaba el médico de su madre?...

El doctor Gallant. Y le diré cómo encontrarnos y qué haremos. ¿Puedo contar con usted, Ester?

—Por supuesto, Miguel —me respondió muy conmovida.

—Perfecto. Ahora tiene usted que acompañarme hasta abajo, en el ascensor. No me queda tiempo para bajar a pie, y si me encuentran en el piso del club, tendré dificultades. Y hablando de otra cosa, ¿qué está usted haciendo aquí?

Ester se sonrojó.

—Usted sabe cómo son las cosas — me dijo—. Después de que usted se marchó, no quedaba vacante ningún puesto de secretaria. Yo no podía volver a ser consumidora, con todos los gastos y compromisos ya adquiridos. Y... bueno, aquí había una posibilidad; así que...

—¡Ah! —respondí yo, fingiendo indiferencia, acordándome de la madre de Ester y del novio, con quien ésta se casaría algún día, y pensando en la absoluta injusticia de que un hombre como el maldito Rúnstead tomara las riendas en sus manos y destruyera la vida de un funcionario, como yo, y la de una empleada, como Ester, haciéndonos descender al nivel de los consumidores.

—No se preocupe, Ester —dije amablemente—; lo que hace usted ahora por mí, le será recompensado. No tendrá usted que recordármelo.

Y yo sabía cómo actuar para cum-

plir mi promesa. Eran muchas las chicas con contrato ZZ que lograban impedir la renovación automática y el descenso a una categoría inferior. Me costaría mucho anular el contrato de Ester antes de que terminara el año del compromiso, de modo que en esto no había nada que hacer; pero muchas chicas se las arreglan con un solo funcionario, después del primer año. Y como mi cargo era bastante importante, si yo hacía una sugestión a algún secretario o jefe de sección, no se atrevería a ignorarla ni a tratar mal a Ester.

No soy partidario del sentimentalismo en materia de negocios; pero, como ustedes pueden ver, en mis relaciones personales soy un verdadero asno en esta materia.

**E**STER insistió en prestarme dinero; y así llegué con tiempo sobrado al Museo, tomando un taxípedo. Al apearme y a pesar de que le había pagado el viaje por adelantado, el taxista no pudo abstenerse de hacer un comentario envidioso sobre el alto nivel de vida de algunos consumidores. Si yo no hubiera tenido cosas más importantes que hacer, le habría dado allí mismo una lección.

Siempre me ha gustado mucho el Museo Metropolitano. Si no lo visito a menudo, es por razones religiosas... y tal vez porque está en manos de Taunton; pero las antiguas obras de

arte allí exhibidas tienen un aire grave y noble que siempre suscita en mí un sentimiento de paz y reverencia. Ya he dicho que llegué algo adelantado. Pasé esos minutos contemplando en silencio el busto de G. Washington Hill, y me sentí mucho más sereno de lo que venía estando desde aquella primera tarde en el polo sur.

Exactamente cinco minutos antes de medianoche, estaba yo parado ante el gran Busto Femenino, cuando advertí que alguien avanzaba silbando por la galería que estaba a mis espaldas. Las notas no tenían importancia, pero la cadencia era una de las señales de reconocimiento que yo había aprendido en la cripta del pollito.

Quien silbaba era una de las guardianas del museo. Me miró de reojo y me sonrió.

Para cualquiera que estuviera observándonos, todo fué un encuentro casual. La tomé del brazo y sentí en mi muñeca la intermitente y codificada presión de sus dedos: N-O H-A-B-L-E C-U-A-N-D-O Y-O L-O D-E-J-E V-A-Y-A A-L F-O-N-D-O D-E-L S-A-LÓN S-I-É-N-T-E-S-E Y E-S-P-E-R-E.

Asentí con un gesto de cabeza. Me llevó a una puerta de plástico pulido, la abrió, me indicó que entrara, y entré solo.

Había diez o doce consumidores sentados en las butacas, escuchando a otro consumidor de edad más avanzada, que daba una conferencia. Nadie se fijó en mí.

La conferencia versaba sobre los hechos principales de un período precomercial, especialmente aburrido. Escuché a medias, tratando de descubrir algún punto de semejanza entre los consumidores que me rodeaban. Todos eran cónser; eso era seguro, porque ¿qué hacía yo allí, si no? Pero los estigmas básicos, las señales aparentes del fanatismo feroz que ardía dentro de ellos y que de algún modo debía manifestarse, no los pude descubrir. To-

dos eran consumidores y tenían esa mirada característica del que se alimenta a base de salchichas de soya; pero yo habría pasado junto a cualquiera de ellos, por la calle, sin descubrir nada que me llamara la atención. Sin embargo, yo estaba en Nueva York, y Bowen me había dicho que todos los cónser de aquí tenían altos grados; que eran los Lenin y los Trotsky del movimiento.

Reflexioné que cuando volviera a la Fówler Schocken y recuperase mi alto puesto, estaría en condiciones de extermiar toda esta sucia conspiración, si jugaba bien mis cartas. Miré a las personas que ocupaban la habitación y procuré grabar en mi memoria sus rostros. Quería estar seguro de reconocerlos cuando volviera a encontrarlos.

Sin duda hubo alguna señal, pero no la capté. El conferencista se detuvo bruscamente en mitad de una frase, y un hombre bajo y regordete, que usaba perilla, se adelantó:

—Bueno —dijo con entonación normal—, ya estamos todos, y no conviene que sigamos derrochando el tiempo. Estamos aquí para combatir todo derroche. Nada de ruido —advirtió— y nada de nombres. Para esta reunión nos serviremos de números. Pueden llamarme "Uno". Usted será el "dos" — señaló al hombre que ocupaba la butaca inmediata en la fila—; usted el "Tres", y así sucesivamente, siguiendo el orden de las filas de asientos. ¿Comprendido? Perfectamente. Ahora escúchenme bien. Los hemos reunido porque todos ustedes son nuevos; acaban de entrar en el alto nivel de nuestra organización. En Nueva York está nuestro cuartel general mundial. Ustedes ya no pueden ir más arriba. Cada uno ha sido elegido por una cualidad especial... Todos ustedes saben de qué se trata. Esta noche les indicaremos las misiones que tienen que cumplir. Pero antes quiero aclararles algo. Yo no los conozco, y ustedes no

**El misterio del camello**

**E**N el curso de investigaciones auspiciadas por la U.N.E.S.C.O., un camello sometido durante 17 días a un sol abrumador (38° de temperatura) y régimen de heno y dátiles secos, cuando por fin se lo dejó beber, tomó de un sorbo ¡80 litros de agua! Otro tragó 120 litros de agua en diez minutos. Pero el enigma que queda en pie es dónde mete el camello todo este líquido; porque las investigaciones anatómicas no han puesto de manifiesto bolsa alguna en que pueda almacenarla, y no se comprende que pueda soportar una dilución tan rápida de la sangre.

me conocen. Cada uno de ustedes está recomendado por la última célula a la que perteneció; pero, algunas veces, nuestros hombres se dejan llevar por el entusiasmo. Si sus compañeros se han equivocado respecto de ustedes... bueno, ustedes ya saben cómo son las cosas, ¿no?...

Todos asintieron. Asentí yo también; pero mi atención estaba concentrada en memorizar los rasgos del gorrito de la perilla.

Uno por uno, todos los afiliados fueron llamados por su respectivo número, y uno por uno se levantaban y, después de conversar brevemente con el de la perilla, se retiraban de la sala, en grupos de dos o de tres, hacia destinos desconocidos para los demás. Yo fui uno de los últimos. Además de mí, solamente quedó en el salón una joven de cabello anaranjado, con un extraño e intenso brillo en la mirada.

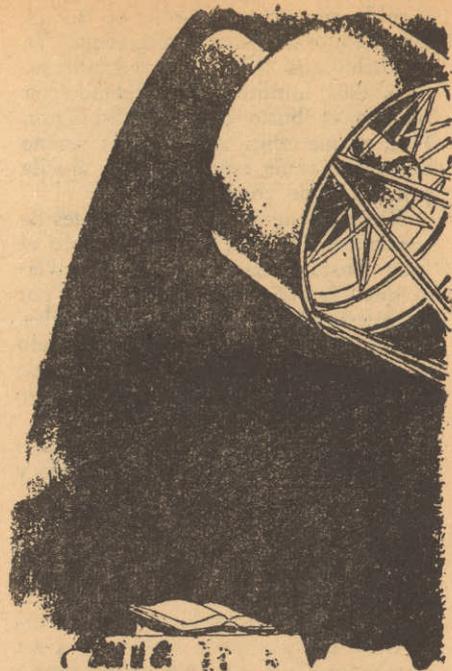
—Bueno, ustedes dos van a trabajar en pareja —dijo el de la perilla—, de modo que conviene que se conozcan desde ahora. Groby, le presento a la señorita Celia Corwin. Groby es una especie de escribiente, Celia es artista.

—Mucho gusto —dijo Celia, encendiendo un Starr en la colilla del que acababa de dejar.

Mi nueva compañera sería una consumidora perfecta, si no estuviera corrompida por aquellos fanáticos. Advertí que sus mandíbulas trabajaban masticando goma, aun en el mismo momento en que encendían su cigarrillo con el anterior.

—Nos entenderemos muy bien —dijo aprobando el aspecto de mi compañera.

—No me cabe duda —confirmó el hombre de la perilla—: no tienen otro remedio. Usted ya sabe cómo son las cosas, Groby. Para que usted esté en condiciones de trabajar en su misión, primero le tenemos que mostrar un tipo de material que no nos gusta ver

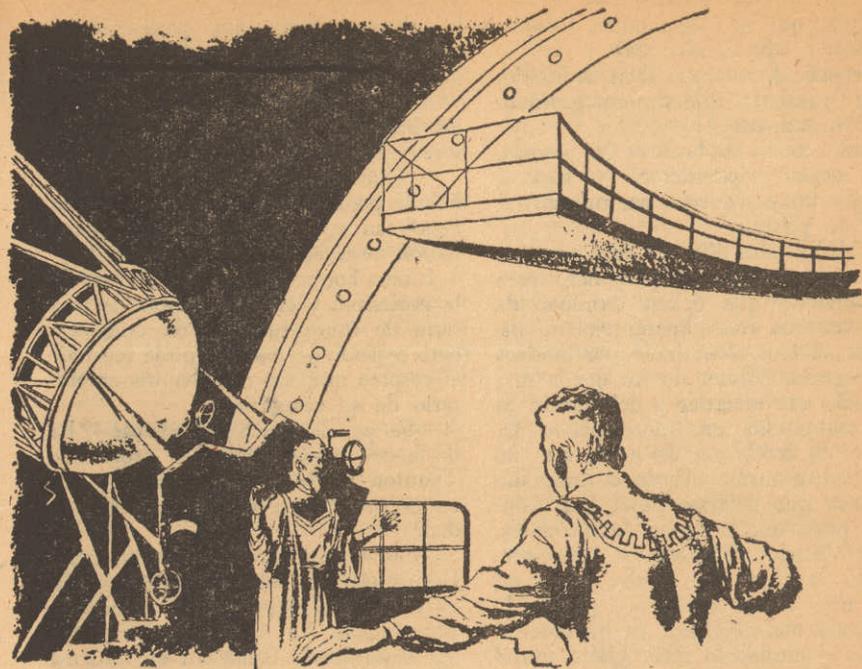


en los periódicos de la mañana. Si usted no trabaja a fondo para nosotros, Groby —me dijo amablemente—, tendremos que pensar en otra solución para usted. Ya sabe usted en lo que estamos.

Al decir esto, sacudía suavemente una pequeña botella llena de un líquido incoloro.

—Sí, señor —respondí con voz sumisa; pues yo sabía qué es lo que razonablemente podían contener las botellitas de líquido incoloro como aquella.

**R**ESULTÓ que no era un problema muy grave. Pasé tres horas más en el pequeño salón del Museo, y luego hice notar que si no regresaba



a mi alojamiento no estaría a tiempo para el trabajo de la mañana y que me resultaría muy molesto. Entonces me dejaron marcharme.

Pero de todos modos, no fui a trabajar. Salí del Museo cuando ya amanecía un hermoso día de primavera. Una figura salió de la espesa niebla y me miró a la cara. Reconocí al conductor del taxípedo que me había llevado al Museo. Al verme de cerca, me dijo:

—Buenos días, señor Córtenay.

Y al instante, me pareció que el obelisco que está delante del Museo se me desplomaba sobre la nuca.

## XI

**E**STE diálogo llegó a mis oídos: —Dentro de pocos minutos se des-

—¿Se lo podemos pasar ya a Hedy?

—¡No, por Dios!

—Era una pregunta, nada más.

—Es que debería saberlo. Primero hay que darles amfetamina, plasma, tal vez una dosis extra de niacina. Entonces están listos para Hedy. A ella no le gusta que se le desmayen. Se pone de mal humor.

Oí una risa nerviosa y chillona que me estremeció.

Abrí los ojos y dije:

—¡Gracias a Dios!

Por lo que pude ver, estaba en una habitación con el techo pintado de color gris cerebro, del tono que sólo puede verse en las oficinas técnicas de una agencia de publicidad. Estaba en los protectores brazos de la Fowler Schocken Asociada... o, ¿dónde estaba? No reconocí los rostros que se inclinaron sobre mí.

—¿Por qué se alegra tanto, Córtenay? ¿No sabe dónde está?

Después de esto, era fácil deducirlo.

—¡Taunton! —dije con un gruñido.

—Exactamente.

Quise mover los brazos y las piernas, pero no me respondieron. No supe si era por un narcótico o por una envoltura de plástico.

—Miren —les dije con firmeza—, no sé lo que ustedes se proponen; pero les advierto que deben terminar de una vez con esto. Aparentemente ustedes me han secuestrado por motivos de negocios. Ahora no les queda más remedio que matarme o dejarme ir. Si me matan sin una notificación, les espera la *cerebrina*, de modo que no me van a matar. Tarde o temprano tendrán que dejarme libre. Les aconsejo, pues, que lo hagan cuanto antes.

—¿Matarlo, Córtenay? —me preguntó la cara que estaba sobre mí con una mueca burlona—. ¿Cómo lo vamos a matar? Usted ya ha muerto. Todo el mundo lo sabe. Usted murió en el glaciar Starrzelius. ¿No recuerda?

Me debatí otra vez infructuosamente.

—Les van a cauterizar el cerebro —les dije—. ¿Están locos?

El rostro me miró fríamente:

—Le espera a usted una sorpresa —y luego se volvió hacia alguien que estaba a su lado—. Dile a Hedy que pronto estará listo.

Sus manos manipularon algo. Se oyó un chasquido, y luego me ayudaron a incorporarme. Le presión que sentí en las articulaciones me hizo comprender que las tenía envueltas en plástico y que más valía no gastar mis fuerzas.

Sonó un timbre, y alguien me ordenó:

—A ver si habla con respeto, Córtenay. El señor Taunton viene a verlo.

B. J. Taunton entró dando tumbos de puro borracho. Tenía el mismo aspecto que yo le había visto en los banquetes, cuando él hablaba desde

la cabecera: peripuesto, grueso, recargado de ropa... y borracho como una cuba.

Me examinó, abierto de piernas, con los brazos en jarras y tambaleándose levemente.

—¡Qué lástima, Córtenay! Usted habría podido ser algo si no hubiera ligado su suerte a la de ese puerco ladrón de Schocken. ¡Qué lástima!

Estaba borracho; era la vergüenza de la profesión, y era responsable de una serie de ininterrumpida de crímenes; pero a pesar de todo no pude reprimir el respeto que me causaba un empresario de su categoría.

—Señor —le dije discretamente—, ha de haber algún error. La Asociación Taunton no ha sido provocada a cometer un crimen comercial... ¿verdad?

—No —respondió con los labios apretados y siempre balanceándose—; no en el sentido en que la ley define la provocación. Lo único que ha hecho ese bastardo de Schocken es robarme mis trabajos preparatorios, apoderarse de mis senadores, sobornar los testigos que presenté en las comisiones senatoriales y robarme a Venus —al decir esto, su voz había subido de tono hasta convertirse casi en un chillido—. ¡Astuto Schocken! —prosiguió con voz más serena—. ¡Moralista Schocken! ¡Maldito imbécil, Schocken! —me miró con sus ojos vidriosos—. Y usted, ¡maldito bastardo! —me gritó—. De todos los trucos sucios, inmorales y rastreros que me han jugado, el suyo fué el peor... Yo preparo un sistema para cometer un crimen comercial impunemente, y usted se esconde como una rata, como una rata de alcantarilla. ¡Huyó como un conejo, maldito perro!

—Señor —le dije con desesperación—, le aseguro que no sé realmente a qué se refiere.

Sus años de borrachera continua habían terminado por vencerlo. Las palabras que yo estaba oyendo podían

salir sólo de un cerebro trastornado por el alcohol.

Se dejó caer para sentarse sin asiento alguno. Uno de sus hombres saltó y le colocó en el momento preciso una silla para recibir sus amplias posaderas. Con un gesto expansivo, J. B. Taunton me dijo:

—Córtenay, yo soy esencialmente un artista.

La respuesta se formó automáticamente en mis labios:

—Por supuesto, señor... —estuve a punto de decir Schocken, movido por mis reflejos bien condicionados, pero logré controlarme—, señor... Taunton —dije.

—Eencialmente —repitió—, esencialmente un artista; un soñador de sueños; un vidente de visiones...

Mientras hablaba experimenté una molesta sensación de doble visión: por momentos veía la cara de Schocken y por momentos la de Taunton, el hombre que se oponía a todo lo que Schocken representase.

—Yo me propuse conseguir el planeta Venus, Córtenay, y lo tendré. Schocken me lo arrebató; pero lo voy a recobrar. El modo con que Schocken está trabajando en lo de Venus es repugnante y sucio. Le juro que ni un solo cohete preparado por Schocken zarpará, aunque yo tenga que sobornar hasta el último empleado y matar a cada uno de sus jefes de sección. Porque yo soy esencialmente un artista.

—Señor Taunton —dije con firmeza—, usted no puede matar a jefes de sección, con tanta facilidad como dice. Le cauterizarán el cerebro. Le darán *cerebrina*. Y no encontrará a nadie que quiera arriesgarse por usted. Nadie quiere pasarse veinte años de infierno.

Me respondí con aire distraído.

—Pero encontré un piloto que pilotease el helicóptero y alguien que disparase contra usted por la ventana, ¿no es verdad? Desgraciadamente, los dos fallaron. Y finalmente, usted se nos

escapó con aquella artimaña del glaciar.

No le respondí. Lo del glaciar no había sido idea mía. Sólo Dios sabe quién habrá tenido la idea y quién impulsó a Rúnstead para que me golpearase, me embarcase inconsciente y dejara un cadáver en mi lugar.

—Estuvo a punto de escapáseme de las manos —musitó Taunton—. Si no hubiera sido por unos pocos y humildes servidores (un chofer de taxi y otros pocos), nunca lo habríamos tenido aquí. Pero yo tengo mis instrumentos, Córtenay. Ciertamente, pudo ser de otro modo; pero mi destino es soñar ensueños y manejar visiones. La grandeza de un artista, Córtenay, está en su simplicidad. Usted me dice: "Nadie quiere que le cautericen el cerebro". Eso significa que usted es mediocre. Yo digo, en cambio: "Encontremos a alguien que quiera que le

PARA SUS CHICOS...



pidale a su cañillita.

una preciosa aventura en el fondo del mar

70 cts.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

cautericen el cerebro y utilicémoslo". Esto significa que yo soy grande.

—Alguien que quiera que le cautericen el cerebro... —repetí yo como un estúpido.

—Explíquesele —ordenó Taunton a uno de sus ayudantes—. Quiero que se convenza de que hablo en serio.

El ayudante me dijo:

—Es un asunto de población, Córtenay... ¿Leyó usted a Albert Fisch?

—No.

—Fue un fenómeno allá en los primeros días de la Edad de la Razón: 1920 más o menos. Albert Fisch hundía agujas en su propia carne, se quemaba con algodón impregnado en alcohol, se azotaba... y le gustaba. Le habría gustado que le cauterizaran el cerebro; no me cabe duda. Habría contado con veinte deliciosos años de ser quemado, de sentirse sofocado, de sufrir shocks y náuseas. La cauterización cerebral habría sido el sueño dorado de Albert Fisch. En aquel entonces, había un solo Albert Fisch... Habría sido anti-natural que apareciera más de uno, dado lo exiguo de la población del mundo y lo dispersa que se encontraba...: a menos de tres mil millones. En nuestra época de gran aumento de población, hay muchos Albert Fisch dando vueltas por ahí. Lo único que hace falta es encontrarlos. Nuestros incomparables recursos han permitido descubrir a unos cuantos. Se los descubre en los hospitales, a veces bajo un aspecto grotesco. Son asesinos potenciales que aguardan las delicias del castigo. Usted dice que no podemos alquilar asesinos porque tienen miedo de ser castigados. Pero el señor Taunton dice que podemos alquilar asesinos, si encontramos personas que deseen ser castigados. Y los mejores son los que, además de recibir daño, desean causárselo a otros. Hacerlo sufrir, por ejemplo... a usted.

Había en sus palabras un tono de horripilante veracidad. Nuestra gene-

ración tendría que estar inmunizada contra lo asombroso. Las crónicas de fantástico heroísmo y de perversidad abismal que llenan nuestras transmisiones de noticias (yo sabía por mis investigaciones que no existió tal coraje ni tal depravación en los viejos tiempos), era un hecho que me había intrigado siempre. Tenemos personas como Malone, que, durante seis años cavó silenciosamente sus túneles, y de pronto, una mañana, hizo volar la ciudad de Red Bank, en Nueva Jersey. Todo porque un policía del tránsito de la Brink lo había tratado mal. Y al mismo tiempo tenemos a James Revere, el héroe del desastre del *Nube Blanca*. Un comisario de abordaje, tímido y frágil, que rescató sobre sus hombros a setenta y seis pasajeros, volviendo una y otra vez a las llamas, con la carne desprendiéndose de los huesos, ciego, buscando a tientas su camino entre los trozos ardientes de metal, con los muñones de sus manos. Es verdad: cuando hay mucha gente, siempre se encuentra alguien capaz de hacer cualquier cosa. Efectivamente, Taunton era un artista; había descubierto una verdad simple y primordial y la había utilizado. Y esto significaba que yo iba a morir. "Katty", pensé, "¡mi Katty!".

LA voz áspera de Taunton vino a interrumpir mis reflexiones:

—¿Se da cuenta? ¿Comprende los alcances? El tema, el mensaje, lo que podríamos llamar el jugo esencial de todo el esquema, es que voy a recobrar a Venus. Ahora, para empezar, cuénteme de la Agencia Schocken; todos sus pequeños secretos, sus pequeñas flaquezas, sus empleados corruptibles, sus partidas, sus contratos oficiales... , usted sabe.

Yo era hombre muerto y no podía esperar ya nada.

—No —le respondí.

Uno de los hombres de Taunton dijo, abruptamente:

—Está listo para Hedy —se levantó y salió.

Taunton dijo entonces:

—Usted ha estudiado prehistoria, Córtenay. Sin duda recordará el nombre de Gilles de Rais.

Efectivamente, lo recordaba, y sentí una opresión en mi cráneo, como un yelmo de acero que me apretase poco a poco.

—Toda la población de la prehistoria —musitó Taunton como si hablara consigo mismo— llegó a unos cinco mil millones. Y todas las generaciones de la prehistoria produjeron solamente un Gilles de Rais, al que usted posiblemente conocerá mejor como Barba Azul. Hoy día contamos con varios. De todas las personas de este estilo que he podido elegir para determinados trabajos, me quedé con Hedy. Ya verá por qué.

Se abrió la puerta, y apareció una muchacha adenoidal, pálida, de cabello rubio pajizo. Tenía una sonrisa estúpida; sus labios eran delgados y sin sangre. En una mano tenía una aguja de doce centímetros de largo, con un mango plástico.

La miré a los ojos y comencé a gritar. No pude dejar de gritar hasta que la retiraron y cerraron otra vez la puerta. Yo estaba aniquilado.

—Taunton... —pude articular al fin—, ¡por favor!

Se recostó confortablemente y me respondió:

—Necesito esos datos...

Traté de dárselos, pero no pude. No podía recordar, por ejemplo, si mi firma era Fówler Schocken o Schocken Fówler.

Taunton se levantó finalmente y me dijo:

—Lo vamos a dejar en hielo por un rato, Córtenay, para que pueda reponerse y pensar. Yo también necesito un trago. Piénselo —me dijo y salió con paso vacilante.

Dos de sus hombres me sacaron de

la oficina y me llevaron a un calabozo vacío, con una puerta muy sólida. Las oficinas estaban desiertas y a oscuras. Un solo centinela de corredor dormitaba en su escritorio.

Pregunté con inseguridad:

—¿No me van a retirar el plástico?

—No tenemos órdenes —respondió uno de ellos. Cerraron la puerta con un golpe y le echaron llave. Me arrastré por el suelo, procurando encontrar alguna arista aguda, para cortar el plástico y tener alguna posibilidad de desgarrar la envoltura; pero no encontré nada que me sirviera. Después de increíbles contorsiones, descubrí que no me podía incorporar sobre mis pies. Por un momento se me había ocurrido que el picaporte de la puerta me serviría, pero tuve que descartar la idea de inmediato.

Miguel Córtenay, escribiente; Miguel Córtenay, hombre clave de la Sección Venus; Miguel Córtenay, futuro aniquilador de los cónser; Miguel Córtenay se arrastraba por el piso de una celda en el edificio de la agencia más inmoral y depravada que había deshonrado nuestra profesión, y tenía ante sí como única perspectiva la de la traición y (si era afortunado) la muerte piadosa. Pero al menos Katy nunca se enteraría; seguiría pensando que había muerto en el glaciar, como un tonto, por entrometerme en luchas, sin necesidad.

El picaporte de la puerta se agitó una y otra vez: venían a buscarme.

Pero cuando la puerta se abrió, desde el suelo no vi, como esperaba, un grupo de piernas con pantalones, sino dos pantorrillas femeninas, cubiertas por medias de nylon.

—Te amo —dijo la extraña voz mortal de una mujer—. No me querían dejar venir. Me dijeron que esperase; pero no pude aguantar.

Era Hedy y traía su aguja. Quise gritar pidiendo ayuda; pero mi garganta quedó paralizada cuando

Hedy se arrodilló junto a mí, con ojos refulgentes. La temperatura de la habitación pareció descender diez grados. Pegó sus labios exangües contra los míos; eran como hierro al rojo. Luego pareció que me arrancaban el lado derecho de mi cara y de mi cabeza. Duró unos minutos, y se convirtió luego en un brillo rojo y en la inconsciencia.

—¡Despiértate! —me decía la voz mortal. Te quiero. ¡Despiértate!

Me punzó en el codo derecho, y yo grité y retiré el brazo. Mi brazo se movió...

Se movió.

Los labios exangües volvieron a descender sobre los míos. Otra vez su aguja se hundió en mi mandíbula, buscando exactamente el ramo inferior del trigémino y clavándose en él. Luché contra el resplandor rojizo que estaba a punto de invadirme. Mi brazo seguía moviéndose. Hedy había perforado la membrana del plástico y ahora la podía desgarrar. La aguja se hundió otra vez y de algún modo el dolor se trasladó a mi brazo derecho. Un movimiento convulsivo, y mi brazo quedó libre.

Creo que la tomé por la nuca y la apreté. No estoy seguro. No quiero estar seguro. Pero, cinco minutos después, había cesado su vida y su amor. Desgarré y me arranqué el material plástico y me levanté, agarrotado por los calambres.

El centinela del corredor ya no me preocupaba. Si no había acudido a mis lamentos, ya no volvería. Salí al corredor y lo vi aparentemente dormido con la cabeza apoyada sobre sus brazos encima del escritorio. Cuando estuve junto a él, observé un pequeño coágulo rojizo en la concavidad formada por los dos músculos cervicales. Un pinchazo profundo le había bastado a Hedy para atravesarle la médula. Puedo atestiguar que su conocimiento del sistema nervioso era completo.

El centinela tenía una pistola, que después de considerarlo un poco, deseché. Tenía en el bolsillo unos pocos dólares, lo que me sería más útil. Corrí hacia la entrada de la escalera. El reloj electrónico del escritorio señalaba las 6.05

YO ya había aprendido a subir escaleras; ahora aprendería a bajarlas. Si uno tiene el corazón sano, lo mismo da una cosa que otra. Tardé treinta minutos en salir de los pisos reservados a los funcionarios y llegar a las pobladas escaleras de abajo. Los consumidores que tenían que ir al trabajo, habían comenzado a levantarse, con el malhumor habitual. Presencé una docena de peleas a puñetazos y una con cuchillos. Los inquilinos nocturnos del edificio Taunton eran una turba sucia y plebeya, que nunca habría sido admitida en la Torre de Schocken. Pero me resultó conveniente. A nadie le llamaría la atención mis ropas sucias y la herida sangrante que llevaba en la mejilla. Algunas de las chicas solteras llegaron a silbar cuando pasé; pero esto fué todo.

Había calculado bien el tiempo. Salí del edificio, mezclándome con la muchedumbre que se agolpaba en dirección al subterráneo que los llevaría a sus desdichados trabajos. Me pareció que algunos individuos sospechosos examinaban a la multitud desde las ventanas del segundo piso; pero no levanté la vista y entré en la estación del subterráneo.

Fuí al salón de higiene.

—¿Quiere compartir una ducha? —me preguntó alguien.

Yo deseaba urgentemente una ducha, y a solas; pero no me pareció prudente llamar la atención con mis hábitos de empleado de cuello blanco. Ella y yo juntamos nuestras monedas para pagarnos una ducha de cinco minutos de agua salada y treinta segundos de agua dulce, con jabón. Me

froté una y otra vez mi mano derecha, y cuando me caía el chorro de agua fría sobre la cara, el dolor se amortiguaba.

Después de la ducha, volví otra vez al subterráneo y viajé en zigzag de un extremo a otro de la ciudad. Mi última parada fué el Times Square, en el corazón del barrio de los mercados. Era prácticamente una estación de carga. Mientras los consumidores colocaban entre maldiciones bultos de proteínas destinados a diversos puntos del país, entré en una cabina telefónica para llamar a Katty. Nadie respondió. Encontré a Ester en la Torre Schocken. Le dije:

—Necesito que junte hasta el último centavo que tenga, que pida prestado, que retire todos sus ahorros y me compre un ajuar completo Startze-lius y me espere en el lugar exacto donde su madre se rompió la pierna hace dos años. ¿Recuerda bien el lugar?

—Sí, Miguel —respondió—, me acuerdo... pero mi contrato...

—Tenga confianza, Ester. Yo me ocuparé de todo después; pero, ¡apresúrese, por amor de Dios! Y, si llega y me ve en manos de algún policía, no me reconozca...

Colgué y me entretuve en la cabina hasta que el que venía después echó prácticamente la puerta abajo a golpes. Caminé lentamente por la estación; tomé un cafeinex y un sándwich de queso y alquilé un periódico en el quiosco de la estación. Lo que me concernía estaba en un pequeño recuadro en la página tres: **BUSCADO POR VIOLACIÓN DE CONTRATO Y FEMICIDIO.** Contaban que Jorge Groby no había regresado a la Clorela al terminar su plazo de salida y que había usado su tiempo libre para irrumpir en los pisos del directorio de Taunton, donde había estrangulado a una mujer.

Ester se reunió conmigo, exactamente media hora después, en el lugar donde me esperaba. Había estado de

la cinta de carga automática y había quebrado la pierna de su madre. Parecía profundamente asustada: técnicamente, era tan culpable de Violación de Contrato como "Jorge Groby".

Tomé la caja de la ropa y le pregunté:

—¿Le quedan quinientos dólares?

—Aproximadamente. Mi madre se indignó...

—Consiga dos pasajes, para usted y para mí, en el próximo cohete a la Luna. Para hoy si es posible. La espero aquí. Tendré puesto el traje y la ropa nueva.

—¿Para nosotros?... ¿A la Luna? —tartamudeó.

—Sí; nosotros. Tenemos que salir de la Tierra antes que me maten. Y esta vez va en serio.

## XII

LA pequeña Ester hizo milagros. Diez horas después, sentados el uno junto al otro, gemíamos bajo el impacto de la aceleración en un camarote del *David Ricardo*, uno de los cohetes diarios a la Luna. Con toda sangre fría, Ester se presentó y pasó como empleada de la Fówler Schocken, comisionada para un trabajo especial en la Luna, y yo pasé como Groby, especialista en ventas, clase 6. Era pues evidente que mi orden de captura no había sido comunicada al espaciopuerto, sin duda porque juzgaban imposible que un trabajador de las alcantarillas y fémicida contara con el dinero necesario para pagarse un pasaje a la Luna.

Teníamos un pasaje de primera clase, con camarote privado y raciones máximas. El *David Ricardo* no era un cohete en el que pudieran viajar los curiosos sin otra cosa mejor que hacer, ni las dieciseisavas partes de la población de la Tierra, económicamente ahogadas. En la Luna no hay otra cosa que negocios de minería y algunos paisajes. Nuestros compañeros de viaje

eran, pues, o ingenieros muy ocupados, u hombres y mujeres millonarios que querían deslumbrar a sus amistades, contándoles que habían ido a la Luna y a bordo del *David Ricardo*; además, unos cuantos trabajadores que se hacinaban en la bodega.

Una vez que zarpamos, Ester se mostró contenta por un momento, pero pronto se desplomó psíquicamente. Apoyada en mi hombro, sollozó abrumada por el súbito remordimiento de la enormidad que acababa de cometer. Criada en una familia eminentemente moral y temerosa del comercio, no se le podía pedir que cometiera el inaudito crimen de violar un contrato comercial, sin que al hacerlo se sumiera en una profunda crisis emocional.

—¡Señor Córtenay! . . . ¡Miguell! —dijo suspirando—. ¡Si pudiera estar segura de que he obrado bien! . . . Sé que usted ha sido siempre bueno conmigo y que nunca haría nada mal hecho, pero . . . ¡estoy tan asustada y me siento tan desgraciada! . . .

Le enjuagué los ojos y me decidí a contarle todo.

—Escuche, Ester, y juzgará por sí misma. Taunton ha descubierto algo terrible. Ha descubierto que existen personas anormales, a las que la amenaza de la *cerebrina* no les impide cometer un crimen comercial. Taunton piensa que el señor Schocken le ha robado el proyecto Venus, por procedimientos incorrectos; y no se detendrá en nada para recobrarlo. Primero creí que el señor Rúnstead era un agente suyo, encargado de sabotear el proyecto . . . ; ahora no sé qué pensar. El señor Rúnstead me desmayó de un golpe, cuando fui a encontrarme con él en el polo sur; me cargó mientras yo estaba sin sentido, en un transporte de trabajadores; alteró mi tatuaje de identificación, dejó un cadáver en lugar mío. Y —añadí cautelosamente— los cónser están mezclados en todo esto.

Al oír esto, Ester no pudo contener un grito.

—Todavía no sé qué relación hay entre una cosa y la otra —le expliqué—; pero estuve un tiempo en la célula de los cónser . . .

—¡Señor Córtenay!

—Fué imprescindible, Ester. Yo estaba encerrado en la *Clorela* de Costa Rica, y el único modo de escapar era valerme de la red de los cónser. Tenían una célula en la fábrica. Entré en ella. Resulté un genio para la agitación, y me trasladaron a Nueva York. Esto es todo.

Durante unos instantes, Ester permaneció en silencio. Finalmente me dijo.

—¿Está absolutamente seguro de que todo marcha bien?

Deseando que así fuera, le respondí con firmeza:

—Tenga la seguridad, Ester.

Ella me respondió con una sonrisa:

—Voy a buscar nuestras raciones —dijo levantándose con nueva energía—. Usted espéreme aquí.

**C**UARENTA horas después, le dije a Ester:

—Este canalla de comisario de a bordo está perdiendo la vergüenza. No es nada que robe nuestras raciones para el mercado negro; pero, ¡fíjese en esto!

Le mostré mi ampolla de agua y la caja de ración. Era visible que el sello había sido violado en ambas, y la cantidad de agua era evidentemente menor que la debida.

—Las raciones máximas —dije con aire declamatorio— tienen que estar protegidas contra la adulteración; pero esto es robo, lisa y llanamente. ¿Cómo están las suyas?

—Igual —me respondió ella—. De todos modos, no hay nada que hacer. ¿Por qué no comemos más tarde, señor Córtenay? —agregó en un esfuerzo por mostrarse animada—. ¡No quiere jugar al tenis!

—Bueno —le respondí.

Refunfuñando, armé la cancha que Ester había alquilado en el salón de recreo. Ella jugaba mejor que yo al tenis; pero la derroté en tres sets. Su coordinación estaba agotada. De todos modos, esa media hora de ejercicio nos hizo bien. Ester recobró el buen humor, comió su ración y yo la mía.

El partido de tenis antes de las comidas se convirtió en una costumbre. Había muy poco que hacer en nuestro reducido compartimiento. Cada ocho horas, Ester iba a buscar nuestras merendadas raciones; refunfuñaba yo por la merma y la adulteración; jugábamos un rato al tenis, y comíamos después. El resto del tiempo lo pasábamos lo mejor que podíamos, mirando los avisos proyectados contra las paredes, todos de Schocken. “No me va mal”, pensé; Schocken está en la Luna y allí no me pueden impedir verlo. En la Luna no hay tanto amontonamiento de gente como en la Tierra. ¡A la Luna, y allí, a encontrarme con Fówler y con Katty! El pensar en Katty me hizo estremecer. Habría podido preguntar disimuladamente a Ester qué noticias había de O’Shea; pero no me atreví. Tenía miedo de oír hablar del héroe enano y de su triunfal desfile de ciudad en ciudad y de mujer en mujer.

Finalmente, un aviso interno vino a interrumpir la procesión de avisos comerciales: **RETIREN LAS PROVISIONES PARA LA ÚLTIMA COMIDA LÍQUIDA. ESTAMOS EN LA HORA 8, Y NO SE PUEDE INFRIR OTRA COMIDA, NI SÓLIDA NI LÍQUIDA, ANTES DEL DESEMBARCO.**

Ester sonrió y salió obediente con nuestra bandeja.

Solía tardar diez minutos en volver con la comida. Ya se comenzaba a sentir, aunque muy suavemente, la atracción de la Luna. Esperé ansiosamente la vuelta de Ester, torturado por las náuseas.

**E**NTRO alegremente, con dos ampollas de cafeinex en la mano, y me reprochó juguetona:

—¿Cómo, Miguell, ¿todavía no preparó la cancha para el tenis?

—No me siento con ganas. Tomemos el café.

Alargué la mano para recibir la ampolla; pero Ester no me la entregó.

—¿Ni siquiera un set vamos a jugar?

—¿No me ha oído? —le dije autoritario—. ¡No se olvide quién es quién!

Supongo que nunca lo hubiera dicho, si no fuera por el cafeinex. La vista de la ampolla recubierta por el rojo de Starrzelius suscitó en mí toda suerte de reacciones pretéritas. Hacía mucho que no sufría la acción del alcaloide del cafeinex; pero sus efectos son imposibles de eliminar.

—Perdón, señor Córtenay —me respondió Ester cambiando de expresión.

E inmediatamente se desplomó do-

Una aventura de  
Walt Disney...  
¡completa y en colores!



**EL MISTERIO  
DEL IDOLO  
INCA**

\$ 1.50

presentado por  
LA GRAN HISTORIETA



blada sobre sí misma, con la mano en el estómago y el rostro contraído. Atónto, la recogí. Estaba mortalmente pálida y fría y gemía de dolor

—Ester —le dije—, ¿qué le pasa?

—No lo beba —tartamudeó apretándose el vientre—. El cafeinex... Veneno... Sus raciones... Las estuve probando.

Con las uñas destrozó primero el nylon de su vestido y luego la piel, en una dolorosa agonía.

—¡Manden un médico! —grité en el micrófono del camarote—. Se muere una mujer.

Me respondió la voz del comisario de a bordo:

—Inmediatamente, señor. El médico de a bordo llegará inmediatamente.

El rostro contraído de Ester comenzó a distenderse, llenándose de pavor. Me dijo suavemente:

—Katty es una perra... Te engaña... Tú eres demasiado bueno para ella... Ella no habría hecho esto... Mi vida... tuya —otro espasmo le contrajo el rostro—. La mujer versus la secretaria... Siempre es así. Ni siquiera me besaste una sola vez. Ni tuve tiempo de hacerlo ahora.

Su vida había terminado, y el doctor de a bordo se abrió camino hacia nuestro camarote. El rostro de Ester perdió toda expresión. La cargamos hasta la enfermería, donde la colocaron en un excitador de las fibras cardíacas, que puso en funcionamiento otra vez su corazón. Su pecho comenzó de nuevo a subir y bajar, mientras ella abría los ojos.

—¿Dónde está usted? —preguntó el doctor con voz alta y clara.

Ella movió apenas la cabeza; pero sentí que me recorría una oleada de esperanza.

—¿Responde? —pregunté ansiosamente al médico.

—Apenas —respondió con frialdad profesional.

Y tenía razón. Hubo otros imperceptibles movimientos de cabeza y un temblor de los párpados, que se movían independientemente uno de otro. El médico siguió probando con preguntas:

—¿Quién es usted?

El entrecejo se frunció ligeramente, y en los labios se notó un estremecimiento casi imperceptible; pero nada más. Estaba muerta.



Con bastante amabilidad, el doctor comenzó a explicarme:

—Voy a desconectar el excitador. Ya no queda ninguna esperanza. Es evidente que ha ocurrido una muerte clínica irreversible. En el caso de una persona con la cual se tienen vinculaciones sentimentales, suele ser difícil aceptar el hecho...

Contemplé cómo los dos párpados de Ester se movían, el uno con un ritmo de dos por cuatro, el otro con un ritmo de tres por cuatro.

—Desconéctelo —le dije con voz ronca.

Desconectó el excitador y retiró la aguja.

—¿Tuvo náuseas? —me preguntó. Yo asentí—. ¿Era la primera vez que

hacía un vuelo espacial? —asentí nuevamente—. ¿Había estado enferma anteriormente? —negué con un gesto—. ¿Sufría de vértigos? —asentí, aunque no lo sabía.

Era evidente que estas preguntas tenían todas una segunda intención. Siguió preguntando, y todas sus pre-

guntas tenían respuestas tan fáciles como los trucos de un prestidigitador: alergias, diátesis hemorrágica, menstruaciones penosas, fatiga vespertina... Por fin dijo terminantemente:

—Creo que es el mal de Fleischman. Es una enfermedad mal conocida aún. Creemos que es causada por un trastorno funcional de los cuerpos adrenocórticotrópicos en los vuelos espaciales. Este desarreglo produce a su vez una cadena de reacciones de incompatibilidad en los tejidos que afectan al líquido cerebrospinal... —me miró, y el tono de su voz cambió—. Tengo un poco de alcohol en el depósito... ¿Le apetece...?

Tomé la ampolla que me ofrecía, pero reflexioné.

—Tome usted también —le invité. Asintió y, sin titubear, se llevó a la boca uno de los dos picos del frasco.

—No tome demasiado —me advirtió—. Falta poco para el aterrizaje.

Seguí conversando con él unos minutos, observándolo, y luego tomé un largo trago del alcohol medicinal de cien grados y, tambaleándome, me dirigí a duras penas a mi camarote.

**EXPECTACIÓN**, pena, temor y la enloquecedora operación de desembarco y revisión policial, al bajar en el espaciopuerto de la Luna. Debo de haber procedido muy estúpidamente. Varias veces oí que los tripulantes decían a los policías:

—Disculpéno. Su chica ha muerto en el viaje.

Cuando llegué al salón de recepción, que estaba atestado, declaré que no sabía nada de la misión para la que se me había traído a la Luna. Yo era Groby, clase 6, y lo mejor era que me enviasen a la Fówler Schocken. Tenía entendido que allí debíamos presentarnos. Me respondieron con gran escepticismo y me hicieron sentar en un banco mientras ellos averiguaban en la sucursal de Schocken.

**ESPERÉ**, observé y procuré pensar, pero no era fácil. La multitud que llenaba el salón de recepción estaba compuesta por personas que iban de un lugar a otro, para hacer cosas bien específicas. Sólo yo era un extraño. Me iban a...

Se encendió un tubo en el escritorio de recepción, y comenzó a parpadear transmitiendo. Con los ojos entreabiertos, leí: S-C-H-O-C-K-E-N A R-E-C-E-P-C-I-Ó-N. E-S-T-E V-I-A-J-E N-O E-S-P-E-R-A-M-O-S N-I-N-G-U-N-A M-I-S-I-Ó-N I-M-P-O-S-I-B-L-E N-A-D-I-E S-I-N C-L-A-S-E E-S-T-R-E-L-L-A V-E-N-G-A D-E-S-T-I-N-A-D-O. I-N-F-O-R-M-E-N. A-C-T-U-E-N A D-I-S-C-R-E-C-I-Ó-N.

Desde el escritorio me miraban y hablaban entre sí en voz baja. Unos minutos más, y el salón se llenaría de detectives de la agencia Burns.

Me levanté del banco y me mezclé con la muchedumbre, con una sola alternativa, poco tranquilizadora: la señal de los cónser para *gran peligro*.

Un detective de la Burns se abrió camino a empujones y me puso la mano en la espalda:

—¿Piensa resistirse? —me preguntó.  
—No —le respondí.

El detective hizo una señal amistosa a los del escritorio y me sacó de la oficina, con su bastón apoyado en mi espalda. Dejé que me llevara del salón de recepción a una calle comercial, techada y semejante a un túnel.

*Recuerdos de la Luna. -  
Los más baratos de la ciudad. -  
Se alquilan equipos lunares. -*

Estos y otros infinitos avisos lunares me recibieron con su resplandor y parpadeo multicolores. Al llegar delante de uno que decía:

*Warren Astron, D. P. S. -  
Reserve anticipadamente su hora de consulta, el detective me dijo:*

—¡Deténgase!  
Nos detuvimos debajo del aviso de Warren Astron. El detective me susurró:

—Arrebátame el bastón. Déme un buen golpe en la cabeza. Dispare un tiro contra el farol. Métase en casa de Astron y hágale la señal. Buena suerte... Y no me rompa la cabeza.

—¿Usted es...? ¿Usted es...?  
—Sí —repetió secamente—. ¡Ojalá no hubiera visto su señal! Me va a costar el ascenso. Vamos.

Hice como decía. El me dejó quitarle el bastón. Procuré no golpearlo demasiado fuerte ni demasiado flojo. Disparé, el globo de la luz saltó en pedazos, y los peatones lanzaron gritos de alarma. El tiro resonó como un trueno en la calle techada. Abrí la puerta pintada de blanco, de Astron, y después de acostumbrar los ojos a la oscuridad, vi a un hombre alto y delgado, con barbita.

—¿Qué significa esto? —preguntó—. No admito visitas sin reservar antes la hora.

Lo tomé por el brazo y le hice la señal.

—¿Refugio? —me preguntó dejando bruscamente el tono profesional que había adoptado.

—Sí, ¡rápido! —le respondí.  
Me condujo a través de su sala de recibo a un pequeño observatorio de cúpula transparente en el que se veía un telescopio de refracción, un mapa celeste hindú, campanas y escritorios. Levantó uno de los escritorios, dando prueba de mucha fuerza, y el mueble se desplazó sobre unos goznes.

Quedó en descubierto un pozo, y una escalera de mano que descendía.

—¡Adentro! —me ordenó Astron.  
Y adentro me metí, hundiéndome en la oscuridad.

**EL** pozo tenía de profundidad un metro ochenta y de abertura ochenta por uno veinte. Se veía que era una excavación inacabada. Contra una pared estaban apoyados un pico y una pala, y había un par de baldes llenos de fragmentos de rocas lunares. Evidentemente, era una labor en realización.

Puse boca abajo uno de los baldes y me senté sobre él. Después de contar quinientas setenta y cinco pulsaciones, dejé de contar y me senté en el suelo. Cuando empecé a sentir que el suelo me molestaba, empecé a apartar fragmentos de roca, para poderme acostar. Después de repetir cinco veces todas estas acciones, oí voces que sonaban encima de mí. Una era la voz engolada y profesional de Astron; la otra, la petulante y engolada de una matrona. Parecía que estaban sentados uno frente al otro en el escritorio que tapaba el acceso a mi escondrijo.

—Realmente me parece excesivo, mi querido doctor.

—Como madame diga. Si me lo permite, tengo que trabajar en mi agenda.

—Pero, doctor Astron; yo no quería decir que...

—Disculpeme por haberme apresu-

### Sonido a la vista

**UN** nuevo aparato permite la observación directa del movimiento de las cuerdas vocales humanas. Para ello se las ilumina con un rayo luminoso que se prende y se apaga alternativamente, con la misma frecuencia que el sonido producido; cosa que se consigue gobernando automáticamente la frecuencia de la lámpara, con un micrófono que recibe las ondas sonoras emitidas por el paciente. Observando las cuerdas vocales con un sistema de espejos, se las ve inmóviles, y si se regula la frecuencia de la lámpara, de manera que sea un poco distinta de la del sonido, se las puede ver moverse con "cámara lenta".

rado a deducir que madame no estaba dispuesta a concederme mis honorarios acostumbrados... Todo está bien. Ahora, por favor, dígame su fecha de nacimiento y la hora...

La mujer murmuró la respuesta. Yo me entretuve en pensar brevemente los problemas que Astron debía tener con las mujeres que desfiguraban su edad.

—Perfectamente... Venus en la casa de Marte... Mercurio ascendente, en aspecto trino...

—¿De qué se trata? —preguntó la mujer—. Yo conozco algo del Gran Arte, pero nunca oí nada semejante.

Mansamente, Astron respondió:

—Madame debe tener presente que un observatorio lunar posibilita observaciones anteriormente impensables. Desde un observatorio lunar puede perfeccionarse el Gran Arte hasta un extremo inalcanzable en la época en que las observaciones tenían que hacerse por fuerza a través de la atmósfera espesa e impura de la Tierra.

—Por supuesto, doctor Astron, por supuesto... Yo ya tenía noticias de eso. ¿Podremos ver mis planetas con su telescopio?

—En su debido momento, madame. Como decía... Mercurio, el planeta de la lucha y de la astucia, va ascendiendo, pero además está en el cuadrante de Júpiter, el dador de fortunas, de modo que...

La "consulta" duró una media hora; después siguieron otras dos consultas más, y luego silencio. Llegué a dormirme, hasta que una voz me llamó. El escritorio había sido levantado otra vez, y la cabeza de Astron se recortaba contra el rectángulo de la entrada.

—Salga —me ordenó—. Durante doce horas está a salvo.

Salí del pozo, muy acalabrado, y observé que la cúpula del observatorio había sido opacada.

—Usted es Groby —me dijo.

—Sí —le respondí.

—Recibimos un informe sobre usted

en el Ricardo. Sabe Dios en qué anda usted. Para mí es demasiado.

Advertí que tenía una mano en el bolsillo.

—Usted aparece en Clorela —prosiguió—; resulta un escribiente nato; lo transfieren a Nueva York; lo raptan delante del Museo Metropolitano; de veras o simuladamente; usted asesina a una joven y desaparece luego... y ahora se presenta en la Luna. ¡Dios sabe en qué anda usted! Para mí es demasiado. Dentro de unos minutos estará aquí un miembro del Comité Central, para juzgarlo y averiguar sus intenciones. ¿Tiene algo que decir? ¿Quiere confesar que es un agente provocador o que sufre de psicosis maníacodepresiva?

No le respondí una palabra.

—Perfectamente —anunció—; inmediatamente llegará la compañera del Comité Central.

Y mi mujer, Katty, entró.

### XIII

—¡MIGUEL! —exclamó atónita—. ¡Santo Dios, Miguel! ¿No pudiste esperar? ¿No quisiste quedarte en el hielo?...

El astrólogo sacó el revólver del bolsillo y le preguntó:

—¿Pasa algo?

—No, Warren; todo está bien. Es un amigo. Déjenos solos, por favor.

Nos dejó solos. Katty se desplomó temblorosa en una silla. Yo no podía ni articular una palabra. Mi mujer era una cónser de la más alta graduación. Creía conocerla y me había equivocado. Ella me había estado mintiendo continuamente, y yo nunca lo había advertido.

—¿No tienes nada que decirme? —le pregunté con desaliento.

Katty había recobrado el dominio de sí misma.

—¿Te escandaliza? —preguntó—. ¿Tú, un escribiente de clase estelar, casado

se te escape y no sea una buena mujer de un hombre de negocios? —forzó una sonrisa irónica, que se quebró cuando la miré fijamente—. ¡Maldita sea! —estalló—. Lo único que te he pedido, desde que abrí los ojos y te conocí tal cual eras, es que me dejaras tranquila y no te metieras en mi vida. El mayor error que he cometido es impedir que Taunton te matase.

—¿Fuiste tú la que hizo que Rúnstead me vendiese a la Clorela?

—Sí; y ahora me parece una soberana tontería. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué son esos aires de hombre feroz? ¿Por qué no me dejas sola de una vez?

Al decir esto lloraba nuevamente.

¡Katty una cónser! ¡Rúnstead un cónser! Ellos decidiendo qué era lo mejor para el pobre Miguel y haciéndolo. Taunton decidiendo lo que era mejor para el pobre Miguel y haciéndolo. Moviéndome de un lado a otro sobre el tablero.

Entonces, sin decir una palabra, me acerqué y le di un bofetón. Sus ojos perdieron la fijeza e intensidad con que me miraban y su expresión fue solamente de sorpresa.

—Llama a ese fulano —le dije.

—Miguel, ¿qué te propones?

Su voz se había vuelto normal otra vez.

—Te digo que lo llames.

—No me puedes mandar...

—¡Eh, doctor Cagliostro! —grité.

Entró corriendo, para caer bajo mi puño. Katty me saltó a la espalda como una gata montesa, mientras yo revisaba los bolsillos del astrólogo. Encontré el arma: una pistola de calibre 25, ultrarrápida. Derribé a Katty de un empujón.

Se enderezó frotándose una cadera dolorida.

—Eres un hombre despreciable —me insultó.

—De acuerdo —respondí—. ¿Sabe Fówler Schocken que tú estás en la Luna?

—No —me respondió frotándose el pulgar y el índice.

—Estás mintiendo.

—¡Mi pequeño detector de mentiras! —exclamó ella sarcásticamente—. ¡Mi pequeño escribiente fierabrás!

—Responde lo que te pregunto, o te marco la cara con esto.

—¿Lo dices en serio? —preguntó mirando la pistola y llevándose la mano a la cara.

—Así me gusta que respondas. ¿Sabe Fówler Schocken que estás en la Luna?

—No exactamente —respondió mirando siempre la pistola—. Me aconsejé que hiciera el viaje para consolarme.

—¡Llámalo! ¡Que venga aquí! No respondió ni se acercó al teléfono.

—Escucha —le dije—. Es Groby el que te habla: Groby, que ha sido golpeado, raptado, robado; que hace unas horas vió morir envenenada a la única persona amiga que tenía en el mundo. Groby, que fué entregado a una sádica que lo martirizó con perfecto conocimiento de la anatomía. El la mató y está satisfecho de haberlo hecho. Está tan enganchado en el anzuelo de la Clorela que jamás podrá soltarse. Lo buscan por homicidio y violación de contrato. La mujer de la que creía estar enamorado ha resultado una fanática y una mujerzuela. Groby no tiene nada que perder. Puedo agujerear de un tiro la cúpula y que todos nos asfixiemos. Puedo salir a la calle, entregarme y decir lo que sé. No me creerán, pero investigarán para asegurarse, y tarde o temprano lo confirmarán... después que me hayan cauterizado el cerebro. No importa. No tengo nada que perder.

—¿Y qué tienes que ganar? —me replicó.

—¡Basta de charla! ¡Llama a Fówler Schocken de una vez!

—Déjame antes decirte una sola cosa. De todo lo que me has dicho, una

palabra me ha dolido más que las demás: "fanática". Hubo dos razones para que le pidiera a Rúnstead que te raptase y te vendiera a la Clorela: quería protegerte de los asesinos de Taunton, y quería que conocieras de cerca la vida del consumidor. Pensé... No sé cómo decírtelo. Pensé que podrías observar la deshumanización en que se vive. Cuando se es de la clase estelar, es difícil advertirlo. Pensé que, cuando salieras de esas experiencias, podrías yo hacerte ver las cosas como son y podríamos trabajar juntos en la única tarea que vale la pena en este mundo. Parece que no ha servido de nada. ¡Tu maldito cerebro..., tan sobresaliente y tan desviado! ¡Todo lo que deseas es volver a ser de clase estelar y comer y beber un poco mejor que los demás! Es una pena que no quieras llegar a ser un "fanático". ¡El mismo Miguel de siempre! Bueno..., de todas maneras, he hecho lo posible —se pasó la mano por la frente, con un aire de cansancio—. Sigue adelante y haz lo que te parezca que debes hacer. No temas causarme dolor. No me harás sufrir más que aquellas noches que pasábamos gritándonos el uno al otro; o cuando yo salía de casa para ocuparme de misiones de cónser, sin poderlo explicar y viendo que estabas celoso; o cuando decidí enviarte a Clorela para ver si podía hacer de ti un hombre sano, a pesar de todo lo deformado que estás por tu situación de escribiente; o cuando me era imposible amarte sin restricción... cuando me era imposible entregarme enteramente, en cuerpo y en alma, porque lo impedía mi secreto. He sido muy lastimada. Lo que tu pistola me pudiera hacer no es nada comparado con lo que he sufrido.

Hubo una pausa que parecía hacerse eterna.

—Llama a Schocken —le ordené con menos seguridad—. Dile que venga. Luego, vete y llévate a ese astromán-

rico. No sé..., no sé qué es lo que le voy a decir. Pero te voy a dar a ti y a tus amigos un par de días de gracia. Tiempo para cambiar de cuartel general, signos de reconocimientos y todas las demás patrañas. Llama a Schocken y vete de aquí. ¡No quiero volver a verte!

No pude descifrar la expresión que había en sus ojos mientras ella tomaba el teléfono y marcaba el número.

—Dáme con la tercera secretaria del señor Schocken. Habla la doctora Nevin... la viuda de Miguel Cúrtenay. Estoy en la lista de llamadas... Gracias. ¿Me da con la segunda secretaria del señor Schocken?... Habla la doctora Nevin, la viuda de Miguel Cúrtenay. ¿Puedo hablar con la primera secretaria? Estoy en la lista... Muchas gracias. Hola, ¿señorita Grice? Habla la doctora Nevin. ¿Podría hablar con el señor Schocken?... Sí, sí, espero. Muchas gracias.

Se volvió hacia mí y me dijo:

—Tengo que esperar unos minutos.

Los minutos pasaron en silencio. Finalmente dijo:

—¿Señor Schocken?... Muchas gracias. ¿Le sería posible venir a verme para un asunto de suma importancia? Negocios y asuntos del personal... Lo antes posible... Calle Comercial I, junto al edificio de recepción, en casa del doctor Astron... No, nada de eso: es simplemente un lugar conveniente para encontrarnos. Muchas gracias, señor Schocken.

Le saqué el teléfono de la mano, lo llevé al oído y sentí la voz de Schocken que decía:

—Con mucho gusto. El misterio me intriga. Hasta luego.

Katty era lo suficientemente astuta como para fingir una conversación, pero no lo había hecho. La voz era inconfundible. Los recuerdos que me suscitó, de reuniones de directorio, con su brillo dialéctico, las largas y satisfactorias horas de trabajo que culmi-

naban en un "Lo felicito", y las astutas indicaciones sobre los trabajos encomendados, me llenaron de nostalgia. Me sentí casi en mi hogar.

Silenciosa y eficaz, Katty cargó sobre sus espaldas el cuerpo del astrólogo y, sin decir una palabra, salió del observatorio. Se abrió una puerta y se volvió a cerrar.

¡Al demonio con ella!

**P**OCOS minutos después, se oyó una voz cordial. Era Fówler Schocken que gritaba:

—¡Hola, Katty! ¿Hay alguien?

—Aquí —le respondí.

Entró Fówler Schocken con dos de nuestros detectives de la agencia Brink. El rostro de Fówler se tornó púrpura.

—¿Dónde está...? —comenzó a decir y se interrumpió—. Pero... usted se parece a... ¡Eres Miguel!... ¡Miguel!

Me abrazó y me hizo dar vueltas de vals, alrededor de la habitación circular, ante la mirada atónita de los detectives.

—¿Qué broma me has estado jugando? ¿Qué te pasó? ¿Dónde está Katty?

Se interrumpió jadeante, a pesar de la escasa presión lunar.

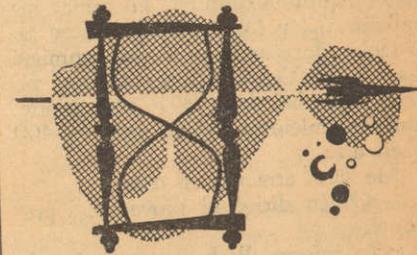
—He estado trabajando en secreto —le dije—. Lamento decirle que me he metido en algún lío contra mi voluntad. ¿Me haría usted el favor de llamar un esfuerzo de nuestros policías? Es posible que tengamos que vérnoslas con los hombres de Burn al servicio de la Luna City Inc.

Nuestros policías, que miraban el asunto como cuestión de prestigio profesional, sonrieron felices al escucharme.

—Por supuesto, Miguel. Hágalo —ordenó Fówler al oficial, que se acercó lleno de satisfacción al teléfono—. Y ahora, ¿quieres decirme de qué se trata?

—Por ahora, digamos que fué una

# la ciencia avanza...



## estamos a un paso de la conquista del espacio

### ¡SEPA CÓMO Y POR QUÉ!

Véalo en la

## 1ª exposición

QUE REALIZARÁ LA  
ASOCIACION ARGENTINA  
INTERPLANETARIA  
DURANTE LA SEGUNDA QUINCENA DE OCTUBRE  
en la

CASA DE MENDOZA  
FLORIDA 713 - Capital

fracasada investigación sobre el terreno. Digamos que me degradé temporarily y voluntariamente para verificar los sentimientos de los consumidores acerca del proyecto Venus. Fówler, ¡por favor, no me pida nuevos detalles ahora! Estoy hambriento, cansado, asustado, sucio...

—Perfectamente, Miguel. Ya sabes mi principio: encontrar un buen caballo, ponerlo en la pista y apostarle hasta el último céntimo. Tú nunca me fallaste... y Dios sabe que estoy satisfecho de tenerte otra vez conmigo. La sección Venus te necesita. Los valores han bajado a 377 para Norteamérica, mientras debían estar en 400 y en alza.

Me sentí otra vez en casa.

—¿Quién dirige el proyecto? —pregunté.

—Yo mismo. Probamos a varios de los altos jefes; pero ninguno sirvió. A pesar de que yo tenía otras cosas entre manos, tuve que encargarme yo mismo. ¡Cómo me alegra contar otra vez contigo!

—¿Y Rúnstead?

—Trabaja conmigo como viceingeniero. ¿Y en qué lío estás con la policía? ¿Dónde está Katty?

—Luego le contaré de Katty. Me buscan por femicidio en la Tierra y por violación de contrato. Aquí soy sospechoso. Además me he resistido al arresto, golpeé a un policía y dañé la propiedad de Luna City.

El semblante de Schocken se ensombreció.

—Ya sabes que no me gusta ni el sentido de las palabras "violación de contrato" —dijo—. Pero supongo que el contrato tendría alguna falla.

—Muchísimas —le aseguré.

Se le iluminó otra vez el rostro.

—Entonces pagaremos la multa y llevaremos la cuestión de la violación hasta la misma Cámara de Comercio.

¿Qué firma era?

—Clorela, de Costa Rica.

—¡Hum!... No es muy importante, pero sí, sólida. Es un gusto hacer negocios con ellos.

"Pero no desde abajo", pensé interiormente. Claro que no lo dije.

—Estoy seguro que serán razonables. Y si no lo son, tengo en mi poder a la mayoría de los miembros de la Cámara de Comercio.

Una docena de detectives de Brink entraron en tropel.

—Aquí los tenemos —dijo Schocken—. Subteniente, es posible que algunos hombres de la Bunnrs, al servicio de la Luna City Inc., intenten apoderarse del señor Cúrtenay. No podemos permitirlo, ¿no le parece?

—No, señor —dijo el subteniente. —Vamos, pues.

Avanzamos por la calle Comercial I, llamando la atención de algunos turistas trasnochadores. La Comercial I pasaba por la Residencial I, II y III y desembocaba en la Comercial II.

¡ALTO! —me gritó uno de los Bunnrs, que estaba de patrulla. Avanzábamos con un orden un tanto abierto, y era evidente que el patrullero no se dió cuenta de que me escoltaban los Brinks.

—¡Lárguese de aquí! —le respondió el sargento de los Brinks.

El otro palideció, pero tocó el silbato de alarma y se lanzó en un batiburrillo de puñetazos y puntapiés.

Los patrulleros Bunnrs aparecieron corriendo por la calle túnel. En los portales de las casas aparecieron espectadores. El comandante de nuestro pelotón armado dió una orden, y sus hombres comenzaron a sacar caños, cintas de munición y armazones de sus uniformes. Tris, tras, tris, tras, y dos ametralladoras de trípode quedaron armadas a ambos extremos de la calle. Los Bunnrs retrocedieron, hicieron alto y se quedaron mirándonos sin saber qué partido tomar, blandiendo aún sus cachiporras.

—¿Qué deseaban, caballeros, si es que puede saberse? —preguntó nuestro subteniente.

Uno de los Bunnrs preguntó:

—¿Es Jorge Groby, ese hombre que está con ustedes?

—¿Se llama usted George Groby? —me preguntó el subteniente.

—No; mi nombre es Miguel Cúrtenay.

—Ya lo han oído —gritó el subteniente.

Los encargados de las ametralladoras montaron los gatillos. Se oyeron dos chasquidos que resonaron contra la bóveda de la calle, y los pocos curiosos que seguían espiando se pusieron rápidamente a cubierto.

—¡Ah! —dijo el jefe de los Bunnrs—, entonces pueden seguir adelante. Se volvió al resto de los patrulleros y los increpó: —¿Qué están haciendo ahí? ¿No han oído?

Los patrulleros hicieron lo que se les ordenaba, y avanzamos entonces por la Comercial I, mientras los hombres de las ametralladoras las llevaban armadas como estaban. La sucursal lunar de la Fówler Schocken tenía su sede en el número 75 de la calle Comercial I. Entramos silbando desprecupadamente. Los encargados de las ametralladoras las instalaron en el hall.

Había sido un espectáculo increíble para mí. Nunca había visto nada que se le pareciera. Fówler Schocken me lo explicó mientras me guiaba hacia las oficinas interiores de la sucursal.

—Son cosas de la frontera, Miguel. Algo que tienes que tener en cuenta. La categoría del hombre no tiene aquí mucha importancia. Más allá de la estratosfera, un pelotón armado y bien entrenado es la ley. Aquí estamos más cerca de lo elemental de la vida. Un hombre es aquí sólo un hombre, cualquiera que sea su número de Seguridad Social.

Pasamos por delante de una oficina.

Esta es la oficina de O'Shea —me

explicó Schocken—. No ha vuelto todavía, por supuesto. Andará por ahí cosechando rositas, mientras pueda... y no será por mucho tiempo. ¡El primer piloto que fué y volvió a Venus! Nosotros haremos olvidar ese récord, ¿verdad, Miguel? —me hizo entrar en una cabina, y él mismo extendió la litera—. Tengo un aperitivo para ti —me dijo, sacando una libreta del bolsillo trasero del pantalón—. Un borrador para una redacción. Asunto difícil. Te mandaré cafeinex y algo para comer. Una o dos horas de trabajo y... ¡a dormir!

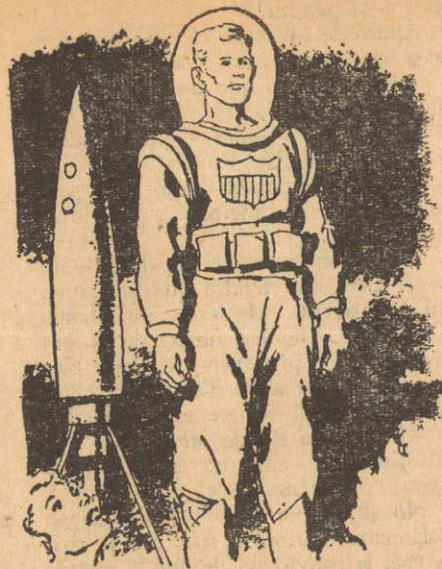
—Sí, señor Schocken.

Me sonrió radiante, salió y cerró la cortina.

Examiné las notas que me había entregado. "A seis colores. Objeto: contrarrestar impresión de viajes anteriores fracasados. Citar a Learoyd en 1959; Holden en 1961; McGill en 2002, y a los otros pioneros, con sus supremos sacrificios, etc. No mencionar viaje Myrs-White en 2010: cohete explotó a ojos de todo el mundo antes pasar órbita Luna. Ver de conseguir que se borre vuelo M-W de todos textos historia y archivos periodísticos. ¿Muy caro? Buscar registro transmisiones cuando vuelos L. H. McG. Debe ser rubio, moreno, pelirrojo. Espacionaves al fondo. Pioneros sufridos, desdichados, pero heroicos. No interesa expresión de los ojos".

HABIA un lápiz y un block al alcance de la mano. Comencé a escribir penosamente:

"Nosotros éramos personas como las demás. Nos gustaba la Tierra y las cosas buenas que ofrece: el sabor del cafeinex al levantarse, la primera chupada de un Starr, la elegancia de un traje Verily, la sonrisa cálida de una joven con alegre traje primaveral; pero todo esto no era suficiente. Había lugares lejanos que ver, cosas que conocer. El hombre bajito es Learoyd, en



1959. Yo soy Holden, 1961, El rubio, ancho de espaldas, es McGill, 2002. Sí, estamos muertos; pero vimos los lugares remotos y supimos lo que queríamos saber antes de morir. No nos compadezcan. Lo hicimos por ustedes. Los melenudos sólo podían conjeturar acerca de Venus. Gas venenoso, decían; vientos tan calientes que abrasan los cabellos y lo arrojan a uno como una pelota de un lado a otro. Pero no estaban seguros de lo que decían. ¿Qué es lo que se hace cuando no se está seguro de algo? Ir a ver?.

Entró un policía con sándwiches y cafeínox. Me los fui comiendo con una mano, mientras escribía con la otra.

“Teníamos cohetes bastante buenos para aquellas épocas. Nos metían en ellos con el combustible necesario para llegar. Lo que no nos daban era combustible suficiente para volver. Pero no se compadezcan de nosotros: teníamos que saber qué había allí. Siempre quedaba la esperanza de que los sa-

bios se hubieran equivocado y que pudiéramos salir, respirar aire sano, nadar en el agua fresca y luego conseguir combustible para regresar con buenas noticias. No, no nos salió bien. Parece que los sabios sabían lo que decían. Learoyd no quiso morir de hambre, encerrado en su cabina. Abrió la cabina y respiró el metano, después de terminar su diario de a bordo. Mi cabina era menos sólida. El viento la destrozó, conmigo adentro. Mc Gill tenía raciones extra y un cohete más pesado. Se quedó sentado y escribió durante una semana, y luego... bueno, supe lo que le esperaba cuando intentó comunicarse dos veces y no le respondieron. Había llevado cianuro. Pero no se compadezcan de nosotros. Estuvimos allí, lo vimos y en cierto modo transmitimos las noticias, puesto que no volvimos. Ahora, ustedes ya saben qué hacer y cómo hacerlo. Ustedes están seguros de que los sabios no se equivocaron. Venus es rebelde, y para dominarla hace falta que ustedes sigan a los científicos. Si lo hacen así, Venus se someterá y los tratará bien. Cuando nos encuentren a nosotros y a nuestras cabinas, no nos compadezcan. Lo hicimos por ustedes. Sabíamos que ustedes no nos abandonarían”.

Yo estaba otra vez en mi elemento.

#### XIV

**P**OR favor, Fówler — dije —, hoy no; mañana. Fówler me miró con firmeza.

—Perfectamente, Miguel — respon-

—Perfectamente, Miguel — respondió.

Esta era una de las cualidades que lo hacían un hombre de mundo. Borró instantáneamente de su pensamiento la curiosidad vehemente de saber dónde había estado yo y qué había hecho durante mi desaparición.

—Esto está muy bien — dijo seña-

lando a lo que yo había escrito antes de acostarme—. Complétalo con O' Shea, ¿quieres? El puede darte detalles interesantes sobre ver, oír, oler, gustar y tocar. Y prepara tu equipaje para regresar en el *Vilfredo Pareto*. ¡Ah!, pero tú no tienes ropas ni enseñares que llevar. Aquí tienes unos dólares. Cómprate lo que necesites. Y lleva muchachos contigo.

Encontré a O' Shea acurrucado como un gato, en un sector de la litera del dormitorio que estaba junto al mío. El hombrechico pareció mentalmente extraviado al mirarme con ojos soñolientos.

—¡Miguell!... —dijo con voz bronca—. ¡Otra maldita pesadilla!

—Jack —lo llamé con tono persuasivo—. Levántate, Jack.

Se levantó de un salto y me miró. —¿Qué pasa?... ¡Hola, Miguell! Ya recuerdo. Alguien me dijo algo esta mañana cuando volví —se llevó las manos a la frente—. ¡Se me parte la cabeza! Tráeme algún calmante, por favor. Escucha, nunca seas héroe... Eres un tipo demasiado bueno.

El enano volvió a recostarse y cayó otra vez en su modorra. Fui a la cocina; busqué cafeinex, Thiamex y una rebanada de pandur. Al pasar por el bar pedí una copita de vino generoso. O' Shea miró la bandeja e hipó.

—¿Qué son esos mejunjes? —pre-

guntó, refiriéndose al cafeinex, al thiamax y al pandur.

Apuró de un trago el vino generoso y se estremeció como escalofriado.

—Hace mucho que no nos veíamos, Jack.

—¡Oh!... —gimió—, precisamente lo que me faltaba.

Quiso incorporarse otra vez, pero le fallaron las piernas y volvió a desplomarse.

—¡Se me parte la espalda! —dijo—. Creo que tendré que entrar en un monasterio. Me estoy suicidando a pedazos. ¡Oh, esa turista de Nueva Escocia! ¿Es primavera, verdad? Esto puede explicar algo. Tal vez la chica tuviera algo de sangre esquimal.

—Estamos a fin de otoño.

—Entonces ella no tenía calendario... Alcánzame el cafeinex...

No dijo "por favor" ni "gracias". Solamente una orden fría, tras la cual se veía la convicción de que el mundo estaba a su disposición, para atender a sus caprichos.

—¿Te parece que podrías trabajar un poco ahora? —le pregunté.

—A lo mejor —me respondió displicente—. Después de todo, Schocken firma los cheques. Pero, ¿qué demonios ha sido de tu vida?

—Estuve investigando —le respondí.

—¿Viste a Katty? Es una chica magnífica...



—...Mi robot es todo un éxito... ¡Suplanta a la perfección a su empleado!

Su sonrisa podía interpretarse como nostalgia. Pero de lo que estaba yo seguro es de que no me gustaba aquel modo de sonreír... No me gustaba en absoluto.

—Me alegro de que te hayas divertido con ella —le respondí—. Puedes venir a vernos cuando quieras.

Sorbió un trago de cafeinex y me preguntó, colocando cuidadosamente la taza en la bandeja:

—¿De qué trabajo me hablas?

—Le mostré mi escrito. Engulló el thiamax, y se vió que le sentaba bien. Terminó de leer y me dijo con desdén:

—Lo has embrollado todo. No conocí a Learoyd, a Holden ni a Mc Gill, pero eran cualquier cosa menos desinteresados exploradores. Uno no se siente atraído hacia Venus, sino empujado.

Se quedó sentado, con gesto de mal humor.

—Pues nosotros pensamos que se sintieron atraídos. Lo que necesitamos que nos des son impresiones sensoriales, para salpicar con ellas nuestros avisos. ¿Qué impresión te hace lo que te he mostrado?

—De repulsión —dijo, fastidiado—. ¿Quieres reservarme una ducha, Miguell? Diez minutos de agua dulce; 35 grados. No me importa lo que cueste. Tú también puedes ser una celebridad. Lo único que necesitas es tener suerte como yo —sacó las piernas de la cama y contempló sus pies, que colgaban a diez centímetros del suelo—. Bueno —dijo suspirando—, hay que aprovecharse mientras dura.

—¿Y qué hay de mi redacción? —le pregunté.

—Fíjate en mis informes —dijo—. ¿Y qué hay de mi ducha?

—¡Llama a tu valet! —le respondí, y salí de la habitación, hirviendo de rabia.

En mi dormitorio sudé durante dos horas, afanándome por infundir impresiones sensoriales en mi redacción.

Después llamé a un pelotón de policías, para ir de compras. No tuvimos ningún encuentro desagradable con los patrulleros. Advertí que en la puerta del doctor Astron colgaba el siguiente anuncio:

EL DOCTOR ASTRON LAMENTA COMUNICAR QUE ASUNTOS URGENTES LO HAYAN RECLAMADO EN LA TIERRA INESPERADAMENTE

Le pregunté a uno de mis policías:

—¿Sabe si salió ya para la Tierra el Ricardo?

—Hace un par de horas, señor Córtenay. La próxima partida es la del Pareto, mañana.

Por consiguiente, yo estaba en libertad de hablar.

SE lo conté todo a Fówler Schocken. Y Fówler Schocken no me creyó ni una palabra. Fué de todos modos muy gentil y trató de no herirme.

—No pretendo reprocharte, Miguel —dijo cariñosamente—. Has vivido bajo un esfuerzo demasiado intenso. A todos nos sucede de vez en cuando que nuestra conciencia entra en lucha con la realidad. Hay momentos en que todos necesitamos... ayuda. Mi psicoanalista...

Creo que lo interrumpí a gritos.

—Bueno, bueno —me respondió, siempre amable y comprensivo—. Aunque sólo sea por curiosidad... Los profanos no nos tenemos que meter en estas cosas; pero me parece que tengo algunas nociones y puedo razonar tu caso objetivamente... Permíteme que intente explicártelo...

—¡Pues explíqueme esto! —le grité, mostrándole el tatuaje con mi número de identificación adulterado.

—Si te parece importante... —replicó sin alterarse—. Eso es parte de la estructura total de tu pasajera... vacación de la realidad. Tuviste un trastorno psicológico. Asumiste una personalidad nueva, tan alejada de tu

yo normal, abrumado de trabajo e inmensamente capacitado, como te fué posible. Elegiste la vida de un espu- mador perezoso, sin preocupaciones, que dormita bajo el sol tropical...

Al oír esto, comprendí quién era el que estaba en conflicto con la realidad.

—Tus horribles acusaciones contra Taunton — prosiguió — son transpor- tes para... para una persona que tiene algún conocimiento de los dinamis- mos del subconsciente. Me alegré mucho al oírtelas. Ello quiere decir que ya has recorrido la mitad del ca- mino hacia la recuperación de tu per- sonalidad normal. ¿Cuál es nuestro problema central, el problema central del verdadero Miguel Córtenay, es- cribiente de clase estelar? Pues des- truir la competencia, aplastar las firmas competidoras. Tus fantasías sobre Taun- ton indican a... una persona infor- mada, que estás luchando por recuperar tu yo real, el de Miguel Córtenay, escribiente de clase estelar. Aunque velada por símbolos, oscurecida por actitudes ambivalentes, tu fantasía so- bre Taunton es, no obstante, transpa- rente. ¡Tu encuentro imaginario con "Hedy" podría servir de ejemplo clá- sico para un texto!

—Pero, ¡Santo Dios! ¡Fíjese en el agujero de mi mandíbula! ¡Todavía me duele!

—¡Demostré gracias de que no te ha- yas hecho nada más grave, Miguel!

—¿Y qué me dices de Katty? ¿Qué opina de los datos acerca de los cónser?, ¿de las señales de reconocimiento?, ¿del código para pedir auxilio?...

—Miguel — dijo Schocken con gra- vedad —; como ya te lo he dicho, no debería meterme en asuntos de es- pecialista; pero todo eso es imaginario. La hostilidad sexual, desencadenada por la disociación de tu personalidad en Groby y Córtenay, ha hecho que identificaras a tu esposa con un objeto de miedo y de temor: los cónser.

Groby arregló las cosas para que todos tus datos sean incontrolables. Groby las arregló en favor de tu personalidad normal, para silenciar los datos imagi- narios, hasta que los cónser tuvieran tiempo de cambiarlos. Groby actuaba en defensa propia: Córtenay estaba ganando terreno, y Groby lo sabía. Dejó las cosas preparadas para un re- greso eventual.

—¡Yo no estoy loco!

—Mi psicoanalista...

—¡Usted tiene que creerme!

—Estos conflictos subconscientes...

—¡Le digo que Taunton tiene asesinos a sus órdenes...!

—¿Quieres que te diga qué fué lo que me convenció, Miguel?

—¿Qué? — le pregunté con amargura.

—La fantasía de una célula de cón- ser embutida en el "pollito". El sim- bolismo... — se sonrojó un poco —, bueno, es inconfundible.

Resolví entregarme excepto en un solo punto.

—¿Cree usted que hay que seguirles la corriente a los locos, señor Schocken?

—Tú no eres un demente, hijo mío. Tú necesitas... ayuda, como la ma- yoría de...

—Se lo preguntaré más concreta- mente. ¿Quiere usted darme gusto en una sola cosa?

—Por supuesto — me respondió.

—Pues cuídese y cuídeme a mí tam- bién. Taunton tiene asesinos... Bue- no, Groby, o yo, o el mismísimo dia- blo, cree que Taunton tiene asesinos. Si usted me sigue la corriente tomando precauciones en defensa de su persona y de la mía, le prometo no hacer ni decir insensateces. Y hasta iré al psi- coanalista.

—De acuerdo — respondió para tranquilizarme.

¡Pobre Fówler! ¿Quién podría re- procharle nada? Su mundo de en- sueños estaba sufriendo el impacto de cada una de mis palabras. Mi historia de una batalla contra el Dios de

las Ventas. Fówler no podía creerla ni podía creer que yo, el verdadero yo, la creía. ¿Cómo podía ser verdad que Miguel Córtenay, escribiente de clase estelar, estuviera sentado ante él, diciéndoles cosas terribles como éstas?:

—Los intereses de los productores y de los consumidores no son idénticos.

—La mayoría de los habitantes del globo son desdichados.

—Los trabajadores no encuentran automáticamente el trabajo que pre- fieren.

—Los patronos no cumplen honesta y ecuánimemente las leyes del trabajo.

—Los cónser son personas sanas, inteligentes y bien organizadas.

Cada una de estas sentencias era un golpe de maza contra él; pero Fówler Schocken estaba acorazado. La maza rebotaba contra su blindaje, y los efec- tos del impacto eran insignificantes. Todo tenía su explicación. Las ventas no podían hacer mal a nadie. Por lo tanto, no era Miguel Córtenay, es- cribiente de clase estelar, el que estaba sentado delante de él, diciendo esas cosas. Era el *id* diabólico e indomable de Miguel Córtenay, o el inexistente Groby... cualquiera, menos Miguel Córtenay.

Desdoblándome en dos, de un modo que hubiera deleitado a Schocken o a su psicoanalista, me dije a mí mismo:

"Miguel, estás hablando como un cónser."

"Pues lo terrible — contesté — es qué lo soy".

"Bueno — repliqué —, no lo sé. Quizá..."

"Sí — dije pensativo —, tal vez..."

Un axioma de mi profesión dice que las cosas son invisibles si no es contra un fondo contrastante; como, por ejemplo, las opiniones y actitudes de Fówler Schocken.

"Déme ese placer, Schocken", pensé; protéjame. No quiero incurrir nueva- mente en una fantasía ambivalente

como la de Hedy. El simbolismo puede haber sido muy evidente, pero me hi- zo bastante daño con su pequeña aguja simbólica.

## XV

**R**UNSTEAD no estaba allí cuan- do nuestra pequeña comitiva llegó a los pisos del directorio de la Torre Schocken. Eramos Fówler Schoc- ken, Miguel O' Shea, algunas secre- tarias, la patrulla de policías privados, que yo había solicitado, y yo.

La secretaria de Rúnstead dijo que éste había bajado al hall, y lo espera- mos... lo esperamos... lo espera- mos... Después de una hora, yo in- sinué que no valía la pena esperar más, pues no volvería. Transcurrida otra hora, llegó la noticia de que ha- bían encontrado un cuerpo destrozado en la primera azotea de la Torre, cien- tos de metros más abajo. Era muy difícil, muy difícil identificarlo.

La secretaria, llorando histórica- mente, abrió el escritorio de Rúnstead y su caja de seguridad. Encontramos un diario que abarcaba los últimos años de la vida de Rúnstead. Entre- mezclados con detalles de sus trabajos, de sus amores, con memorándum de sus proyectos, con anotaciones acerca de buenos restaurantes poco conocidos, había frases como éstas:

"Estuvo otra vez anoche. Me dijo que insistiera en los avisos com- mocionantes. Me asusta. Me atemori- za increíblemente. Me han dicho que cuando estaba vivo aterrorizaba a to- dos... Anoche estuvo otra vez GWH... Hoy es la primera vez que lo veo de día... Salté y di un alarido, pero nadie lo advirtió. ¡Ojalá me de- jara tranquilo!... Los dientes de GWH me parecieron mayores y más afilados hoy. Tengo que conseguir ayuda... Me dijo que no sirvo, que soy una mancha para la profesión..."

Después de leer unas páginas, com-

prendimos que las iniciales GWH designaban a George Washington Hill, padre de la publicidad, descubridor de los avisos cantados, del valor de la conmoción y sabe Dios cuántas cosas más.

—¡Pobre hombre! —dijo Schocken con el rostro pálido—. ¡Pobre hombre! ¡Si yo lo hubiera sabido! ¡Si él hubiera acudido a mí cuando aún estaba a tiempo!

La última frase del diario estaba garrapeada:

*“Me dijo que no sirvo; que soy un fracasado; que soy indigno de la profesión. Lo sé. Todos lo saben. Puedo verlo en sus rostros. ¡Maldito sean él y sus dientes!...”*

Comprendí perfectamente el juego: un diario fingido y un montón de protoplasma imposible de identificar. Podrían ser 90 kilos de *polliito* lo que se había estrellado contra la primera azotea. Pero callé lo que pensaba; hubiera sido malgastar las palabras. Asentí simplemente, siguiendo la corriente.

Volví a mi puesto de director de la Sección Venus. Diariamente visité al psicoanalista de Fówler. Conservé los detectives armados. Fówler Schocken solía aconsejarme:

—Es conveniente que te desprendas de ese símbolo de los guardaespaldas. Es lo único que ahora te separa de la realidad, Miguel. El doctor Lawler me ha dicho...

El doctor Lawler le había dicho a Schocken lo que yo le había dicho al doctor Lawler. En esto consistía el lento proceso de mi “integración”. Tomé a sueldo un estudiante de medicina, para que me preparase unos cuantos traumas en base a la suposición de que mi vida entre los consumidores había sido una fuga psicótica. Y me trajo una colección completa de complejos y de síntomas. Unos cuantos los veté, por poco compatibles con mi dignidad; pero quedaron suficientes para que, de vez en cuando, el doctor Lawler dejara

caer el lápiz de sorpresa. Día tras día ahondamos y hurgamos en mis “complejos”, y nunca me aburrí tanto como entonces.

Pero una sola cosa me negué a admitir: que mi vida y la de Schocken no estaban en peligro.

Fówler y yo nos fuimos acercando más y más íntimamente. El pensaba que había ganado un converso. Me daba cierta vergüenza seguirle el juego. Era muy bueno para conmigo. Pero se trataba de un asunto de vida o muerte. Lo restante carecía de importancia.

Llegó un día en que Schocken me dijo:

—Miguel, lamento decirte que ha llegado el momento de la suprema decisión. No me opongo a que conserves tus guardaespaldas; pero yo voy a despedir a los míos.

—¡Lo van a matar, Fówler! —se me escapó.

Fówler Schocken sacudió la cabeza y me respondió amablemente:

—Ya ves que no tengo miedo.

Era inútil discutir. Después de un rato, actuando en base a sólidos principios psicológicos, dijo al oficial de su guardia personal:

—No lo necesitaré más. Haga el favor de presentarse con sus hombres a la Oficina Central, para que les den otro destino. Muchas gracias por su lealtad y solicitud durante estas semanas.

El jefe saludó; pero él y sus hombres parecían abrumados: dejaban el trabajo en los departamentos del directorio para volver al patrullaje del hall, las guardias nocturnas, la defensa del correo o la escolta de los mensajeros. Cuando salieron, las horas de Fówler Schocken estaban contadas.

Esa noche lo estrangularon al volver a su casa. El criminal había desmayado de un golpe en la cabeza al chofer del Cadillac a pedal de Fówler Schocken. El asesino, aparentemente un retardado mental, se resistió a los que quisieron

# Grandes libros

## PARA LOS PEQUEÑOS



Con los más famosos personajes en sus más sensacionales aventuras

MICKEY DETECTIVE  
EL PRINCIPE VALIENTE  
JORGE EL HOMBRE RELAMPAGO

DONALD LOBO DE MAR  
PLUTO HEROE DE LA ARMADA  
COLT Y LA BANDA DEL ROJO

y muchos títulos más

## PEQUEÑOS GRANDES LIBROS

son una garantía de sana emoción para los chicos y una garantía de confianza para los padres

**\$380** en todas las librerías

arrestarlo y murió de los golpes que le propinaron con los bastones. Su tatuaje había sido alterado, y la identificación fué imposible.

ES fácil imaginar el trabajo que tuvimos al día siguiente en la Fówler Schocken. El directorio tuvo una reunión de homenaje. Se aprobaron resoluciones condenando el brutal asesinato, declarando la pérdida inolvidable para la profesión, etcétera. Las otras agencias enviaron mensajes de condolencias, entre ellas Taunton. Recibí algunas miradas de reproche cuando estrujé en mis manos el mensaje de Taunton y solté algunas malas palabras. La rivalidad comercial, después de todo, no debe llevarse a tales extremos: todos somos caballeros, por supuesto. ¡Que la lucha sea dura pero limpia, y que gane la agencia mejor!

Pero la verdad es que ningún miembro del directorio prestó atención a lo que estábamos haciendo. Lo que a todos les preocupaba era el destino que habrían corrido las acciones de Schocken.

El capital de la Fówler Schocken era de  $7 \times 10^{12}$  megadólares, y las acciones con voto eran a  $M\$^2 0.1$ , lo que daba  $70 \times 10^{18}$  acciones. De éstas,  $3,5 \times 10^{13}$  más 1 acciones eran adquiribles solamente por los empleados que tenían contratos de trabajo AAAA, o mejor dicho, por los empleados de la clase estelar, como vulgarmente se llaman. Las restantes acciones habían sido vendidas en el mercado libre, para revestir a la Fówler Schocken con un capital de interés público. Por supuesto, Fówler Schocken había comprado estas acciones, valiéndose de agentes, en las oscuras casas de cambio donde habían sido puestas a la venta.

A nombre suyo, Schocken tenía solamente un modesto porcentaje de acciones ( $0.75 \times 10^{18}$ ), y había distribuido el resto con mano pródiga. Yo mismo, relativamente nuevo en la empresa, a pe-

sar de tener un cargo que era el segundo en importancia, había acumulado, por vía de bonificaciones y sobresueldos solamente, cerca de  $0.857 \times 10^{12}$  acciones. El poseedor de acciones más importante dentro del directorio era probablemente Harvey Brúner. Era el socio más viejo de Schocken y había acumulado  $0.83 \times 10^{13}$  acciones en el curso de los años. Nominalmente, esto le daba ventaja sobre Schocken; pero él sabía, por supuesto, que en caso de conflicto, las otras  $3,5 \times 10^{13} + 1$  acciones aparecerían en manos de testaferreros, votando todos a favor de Schocken. Además Brúner era leal a Schocken. Parecía tener la seguridad de que él era el heredero, y algunos de los más ingenuos empleados del departamento de Investigaciones y del de Promoción, más ingenuos aún, habían comenzado ya a hacerle la corte. Absolutamente incapaz de creación, era un honesto caballo de tiro. Bajo su mano pesada, el delicado organismo que es la Fówler Schocken se habría desintegrado en el término de un año.

Si se hubiera tratado de apuestas, yo habría dado ventaja apostando por Sillery, el jefe de Producción, y luego habría apostado por mí, pero sólo si me daban mucha ventaja. Esto era evidentemente lo que todos sentían, excepto el infatuado Brúner y unos cuantos ingenuos. Era fácil verlo. Sillery estaba rodeado de una pequeña corte respetuosa, que indudablemente tenía en cuenta expresiones de Schocken como ésta: "Producción, caballeros, es la sección fundamental", o "Producción para los cerebros, redacción para los talentos". Mi situación era prácticamente la de un leproso, sentado en un extremo de la mesa y rodeado por mis guardaespaldas, que miraban silenciosamente lo que ocurría. Sillery los miró una o dos veces, y su mirada fué clara para mí: "Ya hemos aguantado bastante esta excentricidad. Antes que

Lo que todos estábamos esperando sucedió por fin:

—Los caballeros de la Asociación Norteamericana de Arbitrajes, Sección Autenticación de Documentos, están aquí, señores.

Eran dos, de aire fúnebre, como corresponde a la tradición. Ya sea porque la práctica de su profesión los había endurecido, o porque carecían por completo de sentido del humor, lograron escuchar sin soltar la risa el discurso de bienvenida que les dirigió Sillery, refiriéndose a su penoso deber y a cómo todos deseábamos haberlos conocido en otras circunstancias menos desdichadas...

En un rápido murmullo leyeron el testamento y pasaron las copias para que todos las comprobásemos. La parte que leí primero, decía: "*A mi querido amigo y socio, Miguel Cúrtenay, le lego mi anillo con engarce de caoba (número 56.987 del inventario) y mis setenta y cinco acciones del Fondo de Fomento del Instituto para la Difusión del Conocimiento Psicoanalítico, Asociación No Lucrativa, de Nueva York, con el pedido de que dedique sus horas libres a la participación activa en esta organización y a la promoción de sus nobles fines.*"

"Bueno, Miguel", me dije a mí mismo; "se terminó todo".

Dejé mi copia sobre la mesa y me recosté en el sillón para hacer un rápido recuento de mis bienes en efectivo.

—Lo siento, señor Cúrtenay —dijo un valiente y simpático funcionario de Investigaciones, al que apenas conocía—. El señor Sillery parece satisfecho de sí mismo.

Eché una mirada al legado de Sillery, párrafo uno. Le tocaban todas las acciones personales de Schocken y unas buenas tajadas del fondo del Sindicato de Inversiones de Directores, Asociación de Ahorro de Escribientes, y una o dos más.

El hombre de Investigaciones estudió mi legado:

—Si no lo toma a mal, señor Cúrtenay —me dijo—, le diré que el viejo pudo haberlo tratado mejor. Nunca he oído hablar de esa asociación, aunque conozco bastante bien el campo de los psicoanalistas.

Sillery carraspeó para limpiarse la garganta. Un silencio instantáneo llenó la sala del directorio.

El gran hombre habló:

—¿No les parece que estamos un poco apretados, caballeros? Desearía que alguien propusiera que las personas ajenas al directorio se retiren...

Me levanté y dije:

—No vale la pena. ¡Vamos, muchachos!

## Microscopio iónico

DESPUÉS del microscopio electrónico, éste es el último grito de la moda microscópica. Se trata de utilizar, en lugar de electrones, iones de litio, o sea, átomos de litio a los que les falta un electrón exterior. La teoría permite prever que, si con el microscopio electrónico se pueden observar objetos de 6 ángstrom ( $0,00000006$  cm.) de diámetro, con este perfeccionamiento se podrán observar objetos de  $0,5$  ángstrom. En la práctica los resultados no son tan buenos, sobre todo porque los pesados iones de litio obran como balas de cañón sobre los objetos a observar; pero los científicos franceses que están trabajando en esto, son sumamente optimistas.

chos! —ordené a mis guardias—. No tardaré en volver, Sillery.

Acompañado por ellos, me retiré.

EL Instituto para la Difusión del Conocimiento Psicoanalítico, Asociación No Lucrativa, de Nueva York, resultó ser una oficina de tres habitaciones, lúgubre y sórdida situada en un barrio apartado de Nueva York. En la pieza de entrada estaba una solterona tecleando desmayadamente en una máquina de escribir. Parecía una escena tomada de Dickens. Una estantería, con sus anaqueles combados por el peso, contenía rimeros de folletos sucios y mugrientos.

—Soy de la Fówler Schocken —dije a la empleada.

Se levantó de un salto.

—Discúlpeme, señor. No lo había visto. ¿Qué tal está el señor Schocken?

Le conté cómo estaba, y comenzó a hacer pucheros. ¡Era un hombre tan bueno, tan generoso con la *causal*! ¿Y qué harían ahora ella y su hermano? ¡Pobre señor Schocken! ¡Pobre de ella y de su hermano!

—Puede que no se haya perdido todo —comenté—. ¿Quién es el encargado?

Entre sollozos me dijo que era su hermano, que estaba en la otra oficina.

—Por favor, señor, prepárelo antes de darle la noticia. ¡Es tan sensible, tan impresionable!...

Se lo prometí y pasé a la oficina siguiente. El hermano dormía la mona, recostado sobre el escritorio. Lo sacudí. Se despertó con un ojo nublado y cínico.

—¿Qué quiere? —me preguntó con voz estropajosa.

—Soy de la Fówler Schocken Asociada. Deseo examinar sus libros.

—No —dijo sacudiendo enfáticamente la cabeza—. Sólo el viejo en persona puede mirar los libros.

—El viejo ha muerto —repliqué—. Aquí tiene el testamento.

Le mostré el párrafo que me concernía y mi identificación.

—Bueno —dijo—; se acabó la fiesta... ¿O usted nos dejará seguir de encargados, señor Cúrtenay? Fíjese lo que le dice...

—Ya lo sé. Haga el favor de mostrarme los libros.

Los sacó de una caja fuerte escondida detrás de una pared.

Tres horas de intenso trabajo bastaron para hacerme comprender que la sola razón de la existencia del Instituto era retener el 56 por ciento de las acciones de una empresa llamada Corporación General de Redacción de Fosfatos, de Newark, y administrarlas de acuerdo a los deseos de Schocken.

Salí al corredor y dije a los guardaespaldas:

—Vamos, muchachos. ¡A Newark!

No voy a cansar con los detalles. En las tres primeras etapas de la investigación, el sendero era único, y luego se bifurcaba. Una de las pistas llevaba a la Compañía de Corretaje de Máquinas Usadas, de Frankfort, que tenía en su poder el 32 por ciento de las acciones de la Fówler Schocken, vendidas en suabasta "pública". La otra pista se bifurcaba nuevamente y se terminaba en la Corporación Unida de Concesiones, y en el Colegio de Odontología y Ortodoncia, de Waukegan, que poseía el resto.

Dos semanas después, en la reunión matutina de directorio, entré seguido de mis guardias.

Sillery ocupaba la presidencia. Estaba ojeroso y agotado, como si hubiera pasado despierto todas las noches de las dos últimas semanas, buscando algo que le faltaba.

—¡Cúrtenay! —rugió—, ¡creí que había usted entendido y que dejaría su regimiento afuera!

Hice un gesto al honesto y sencillo Harvey Brúner. Fiel a Schocken y a mí, hizo una moción:

—Señor presidente, pido que se permita a los miembros del directorio traer consigo el personal de protección de la compañía que les haya sido asignado y en la cantidad que juzguen conveniente para su seguridad personal.

—Apoyo la moción, señor presidente —dije, y me volví hacia los guardias—. Traigan eso, muchachos.

Los guardaespaldas, con gestos de triunfo, comenzaron a entrar las carpetas con las acciones y autorizaciones a mi nombre.

Los ojos se salían de sus órbitas y las mandíbulas se caían a medida que la pila iba creciendo. Requirió largo tiempo contar y autenticar todas las acciones. La votación final fué: a favor,  $5,73 \times 10^{13}$ ; en contra,  $1,27 \times 10^{13}$ . Todos los votos en contra eran de Sillery y solamente de Sillery. No hubo abstenciones: todos los demás se pasaron a mi lado, sin vacilar.

El viejo y leal Harvey propuso que la presidencia se me otorgase, y la propuesta fué aprobada por unanimidad. Luego, sugirió que se le concediera una pensión y el retiro a Sillery, y que sus acciones fueran compradas a la par por la firma y depositadas en el fondo de subsidio. La moción fué aprobada unánimemente. Después (un latigazo, sólo para conservar la disciplina) propuso que un tal Thomas Héatherby, un jovenzuelo de la sección Arte, que se había adherido desvergonzadamente a Sillery, fuera degradado y privado sin compensación de su insignificante porcentaje de acciones. También se aprobó por unanimidad. Héatherby ni siquiera se atrevió a quejarse.

Era un hecho. Yo era el dueño de la Fówler Schocken Asociada, y *había aprendido a despreciar todos y cada uno de sus fundamentos.*

## XVI

¡A VISO urgente, señor Cúrtenay! —dijo la voz de mi secretario—. ¡Señor presidente, pido que se permita a los miembros del directorio traer consigo el personal de protección de la compañía que les haya sido asignado y en la cantidad que juzguen conveniente para su seguridad personal.

cereca de Albany. Lo denunció un vecino. ¿Pido que lo retengan?

—¡Cuántas veces tengo que decirle que sí! —exploté—. Por supuesto que sí!... ¿Qué razón hay para no retenerlo?

—Perdón, señor Cúrtenay —respondió temblorosa—. Creí que era un poco lejos.

—No tiene usted nada que creer. Arregle los pasajes.

Tal vez no debí ser tan rudo con mi secretaria; pero yo tenía que encontrar a Katty, aunque para ello tuviera que poner patas arriba hasta la última célula de cónser de todo el país. Yo había forzado a Katty a esconderse, por miedo a tener que denunciarla, y ahora quería descubrirla otra vez.

Una hora después llegué a la oficina de la sucursal local de la Asociación de Protección Mutua. Era una empresa local que tenía muchos contratos, incluso en Albany. El presidente en persona salió a recibirme al ascensor, cuando llegué escoltado por mis guardaespaldas.

—Un gran honor, señor Cúrtenay, un gran honor —me dijo con profundo respeto—. ¿En qué le puedo servir?

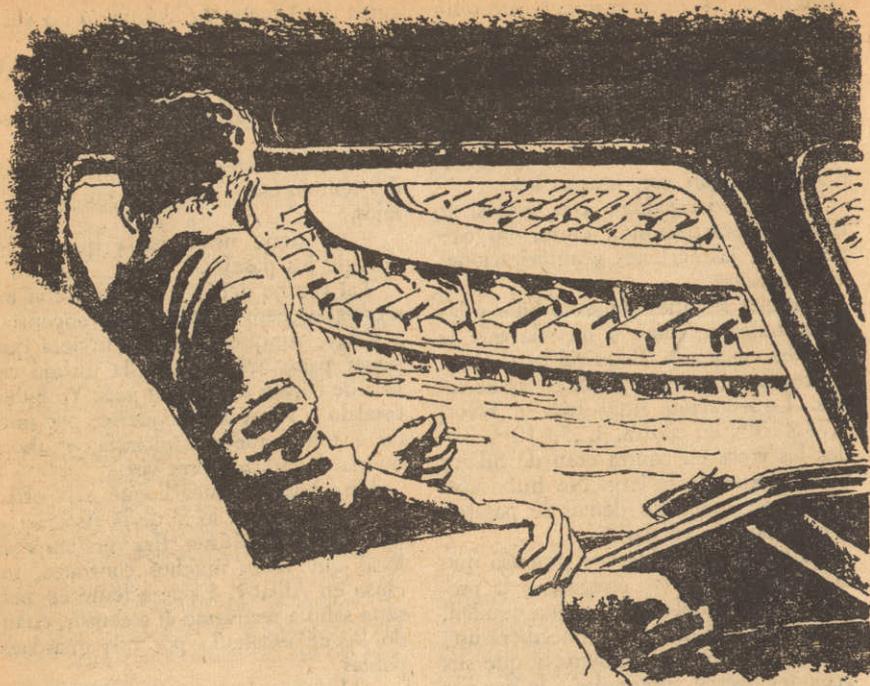
—Mi secretaria le pidió en mi nombre que no comenzara a trabajar en el cónser hasta que yo llegase... ¿Lo ha hecho usted así?

—¡Por supuesto, señor Cúrtenay! Alguno de los empleados tal vez lo haya tratado un poco bruscamente por su cuenta; pero está en buen estado.

—Quiero verlo. Me precedió mostrándome el camino. El director estaba ansioso por encauzar la conversación hacia la posibilidad de conseguir un contrato con la Schocken, pero no se atrevía a hacerlo en ese momento.

El sospechoso estaba sentado en un banco debajo del foco habitual. Era un consumidor de clase media, de unos treinta años.

—Apague eso —ordené.



Un sargento, de cara cuadrada, arguyó:

—Pero siempre...  
Uno de mis guardias lo retiró de un empujón y apagó el reflector.

—Quédese tranquilo, Lombardo. Hay que colaborar con los señores —dijo el presidente.

—Una silla —ordené, y me senté frente al acusado—. Mi nombre es Córtenay. ¿Cómo se llama usted?

Me miró con pupilas que comenaban otra vez a expandirse.

—Fillmore —respondió con seguridad—. Felipe Fillmore. ¿Querría usted decirme a qué se debe todo esto?

—Se lo acusa de ser cónser.

Todos los empleados de la A. P. M. que estaban en la pieza dieron un respingo. Era una violación de los principios más elementales de la jurisper-

dencia informar al acusado de lo que se le acusaba. Yo lo sabía, pero me importaba un bledo.

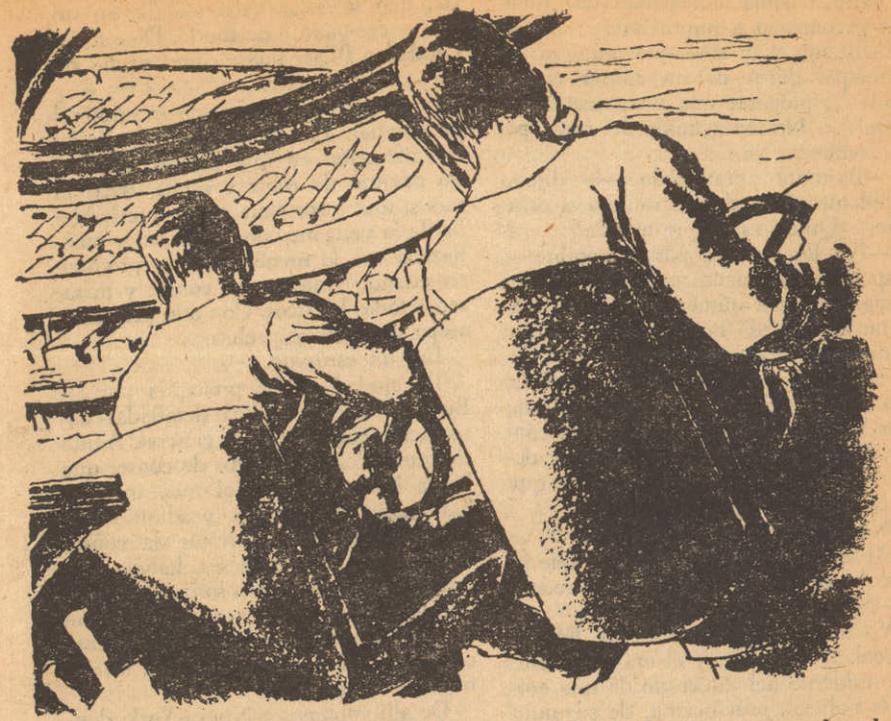
—Es absolutamente ridículo —repliqué Fillmore—. Soy un hombre casado y respetable, con ocho hijos y otro en camino. ¿Se puede saber quién les ha dicho a ustedes una tontería como ésta?

—Dígale quién fué —le ordené al presidente.

El presidente quedó mirándome con ojos de espanto, incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—Señor Córtenay —dijo finalmente—, con todo el respeto debido, debo decirle que no puedo asumir la responsabilidad de una acción semejante. Todas las leyes que protegen el derecho de los delatores...

—Yo asumo la responsabilidad.



—¡No, no, no...; de ninguna manera! Por favor, señor Córtenay...; ¿qué le parece si yo le digo a usted el nombre del delator, dando por supuesto que usted conoce la ley y es una persona respetable, y luego salgo de la habitación?

—Como usted desee.  
Sonrió humildemente y acercó la boca a mi oído.

—Una tal señora Worley. Las dos familias comparten la habitación. Haga el favor de ser discreto, señor Córtenay...

—Muchas gracias —le respondí.  
Hizo retirar a sus huéstras, evidentemente nervioso.

—Bueno, Fillmore. El presidente me ha dicho que fué la señora Worley.

Fillmore comenzó a jurar y a protestar de su inocencia; pero lo interrumpí.

—Soy una persona ocupada —le dije—. Usted sabe que no tiene nada que hacer, por supuesto. ¿Recuerda lo que dice Vogt acerca de la conservación?

Aquel nombre no tenía aparentemente ningún significado para él.

—¿Quién es Vogt? —preguntó distraidamente.

—No se preocupe. Cambiemos de tema. Yo tengo muchísimo dinero. Puedo dejar una pensión a su familia, si usted colabora conmigo y admite que es cónser.

Reflexionó durante unos minutos y luego dijo:

—Sí que soy cónser. ¡Y qué importa! Culpable o inocente, estoy ya hundido. ¿Por qué no decir que lo soy? ¿Qué pierdo con ello?

—Si es usted cónser de veras, cíteme algunos párrafos de Osborne.

Nunca había oído hablar de Osborne y comenzó a improvisar:

—Bueno, hay uno que empieza: el principal deber de un cónser es... esto... preparar una insurrección general... No me acuerdo del resto, pero comienza así.

—Bastante aproximado —le dije—. Hábleme ahora de sus reuniones celulares. ¿Quién es el que manda?

—No los conozco por el nombre —respondió con menos seguridad—. Nos designamos por números. Hay un individuo de cabello negro, que es el que manda y... y...

Era una representación detestable. No tenía nada que ver, por supuesto, con los héroes semimíticos de los cónser, Vogt y Osborne, cuyos libros debían leerse en las células, siempre que se contara con ejemplares.

Nos fuimos.

Al salir, le dije al presidente, que se paseaba nerviosamente por el corredor:

—No creo que sea cónser.

Yo era el presidente de la Fówler Schocken Asociada, y él era solamente el presidente del directorio de una empresa policial, provinciana, de segundo orden. Pero era demasiado. Se irguió de hombros y me dijo con dignidad:

—Nosotros administramos la justicia, señor Cúrtenay, y un antiguo principio de la justicia, el fundamental, dice así: "Mejor es que mil inocentes sufran injustamente, antes que un solo culpable escape".

—Conozco la máxima —le respondí—. Buenas tardes.

EL cabo de la sección Comunicaciones de mi escolta casi se queda sordo al recibir en el auricular la llamada de prioridad absoluta. Me pasó el teléfono. Era otra llamada de mi secretaria, desde la Torre Schocken, avisándome que había recibido información del arresto de otro cónser, esta vez en la Ciudad Pila III, en Cabo Cod.

Subimos al avión para Ciudad Pila

III, que se balanceaba ese día en un mar encrespado y de fondo. Detesto las Ciudades Pilas, pues, como ya he dicho, sufro de mareo.

El sospechoso resultó ser un criminal profesional. Había intentado un robo con efracción en una joyería; se llevó un aderezo de roble y caoba, dejando tras sí una torpe nota en la que hablaba de la venganza de los cónser y amenazaba con la revuelta que se produciría cuando vinieran los cónser y matasen a todos los ricos. Con esto pretendía alejar de sí las sospechas.

Era un estúpido.

La ciudad estaba protegida por los Burns. Tuve pues una detallada conversación con el gerente general. Admitió que todos los arrestos de cónser que había hecho durante el mes anterior, habían sido semejantes, y admitió además que todos los arrestos de cónser durante los últimos meses, habían sido iguales. Anteriormente, solían descubrir auténticas células de cónser, a razón de una célula por semana. El gerente creía que tal vez se tratase de un fenómeno temporal.

De allí volvimos a Nueva York, donde habían arrestado a otro cónser. Lo examiné y le oí disparatar durante varios minutos. El sujeto conocía acabadamente la teoría de los cónser y podía citar a Vogt y Osborne, página por página. Aseguró, además, que Dios lo había elegido para barrer a los impuros de la faz de la Tierra. Manifestó, por supuesto, que pertenecía a la organización regular de los cónser, pero que prefería morir a revelar ninguno de sus secretos. No dudé que así fuera, porque evidentemente no conocía ningún secreto. Los cónser jamás habrían aceptado a una persona tan insegura, aunque todos sus miembros se hubieran reducido a tres.

Regresamos a la Torre Schocken a la puesta del sol, y se relevaron mis guardias. Había sido un día perdido.

Charlie, por otra parte, parecía una

copia en carbónico de todos los días transcurridos desde que me había hecho cargo de la Schocken.

Estaba programada una reunión. No tenía ganas de asistir, pero mi conciencia me espoleó, al pensar cuan grande debió de ser el orgullo y la confianza de Fówler Schocken al nombrarme su heredero. Antes de ir hasta el salón de conferencias, conversé con un equipo especial de agentes que yo había formado dentro de la sección de Espionaje Comercial.

—Nada, señor; no hay ninguna pista referente a usted —me comunicó el jefe de la sección—, ni tampoco de la doctora Nevin. El informante que teníamos en la Clorela fracasó. ¿Quiere que sigamos intentado?

—Por supuesto —le respondí—. Si necesita más fondos o más personal, no vacile en pedirlo. Lo que quiero es un buen trabajo.

Me juró lealtad y se retiró, pensando probablemente que el patrón era un tonto, que no se consolaba de haber perdido a su mujer (con la cual ni siquiera estaba casado permanentemente), y que ella había decidido irse por su lado. Qué hizo el agente con los otros que le encomendé buscar, lo ignoro. Sólo sé que se habían desvanecido: los empleados de la Clorela, los trabajadores de las alcantarillas de Nueva York, los de la Luna. Katty no había regresado ni a su departamento ni al hospital. Warren Astron nunca había vuelto a su trampa para tontos de la Comercial I, y mis compañeros de célula de la Clorela se habían desvanecido en la Jungla. Y así todos los demás de la pista.

LEGUE a la reunión de directorio.

—Lamento haberme retrasado, caballeros. ¿Cómo anda Investigación y Promoción en el proyecto Venus, Charlie?

Charlie se levantó para responder:

—Señor Cúrtenay, caballeros: en mi humilde opinión, creo poder afirmar que mis muchachos de Investigación y Promoción están trabajando con eficacia y que constituyen un verdadero crédito para la Fówler Schocken. Los experimentos *in vitro* han confirmado las predicciones de nuestras excelentes secciones de fisicoquímica y matemáticas. Una capa de CO<sub>2</sub>, de 2 centímetros de espesor, extendida en torno a Venus, a doce mil metros de altitud, se mantendrá autorregulada y será suficiente para poder moderar las temperaturas de la superficie a un promedio de tres grados por año, hasta estabilizarla en veintisiete grados. Estamos estudiando en este momento el sistema para producir y lanzar esta inmensa masa de gas a la estratosfera de Venus. En términos generales, creo que podemos encontrar allí el OO<sub>2</sub> o producirlo, o ambas cosas. Mi opinión es que lo encontraremos. Existe actividad volcánica; pero las erupciones superficiales características de Venus parecen estar formadas por NH<sub>4</sub> que se mantiene comprimido por gravedad en cavidades subterráneas hasta que la presión lo lleva a lugares de formación geológica más débil, y entonces puede romper la costra superficial. Tenemos, sin embargo, la certeza de que un examen de profundidad revelará la existencia de grandes depósitos de CO<sub>2</sub> líquido...

—¿Tienen ustedes la certeza absoluta? —pregunté.

—Absoluta, señor Cúrtenay — me respondió con esa sonrisa de usted no entiende nada de esto que suelen tener los técnicos. Los análisis de la ley de fases, en los informes presentados por O'Shea...

Volví a interrumpirlo.

—¿Le bastaría a usted esa certidumbre, para ir en persona a Venus, suponiendo que los demás problemas estuvieran resueltos? —pregunté en forma cortante.

—Ciertamente — me respondió, algo

amoscado —. ¿Quiere que entremos en detalles técnicos?

—No, Charlie. Prosiga como hasta ahora.

—Así pues, hemos enfocado el problema desde dos ángulos. Por una parte, estamos preparando un mapa de todos los yacimientos previsible, y, por la otra, estamos diseñando una máquina para llegar a profundidades inesperadas. Mi criterio en el diseño es que sean lo más baratas posible, autoimpulsadas y de control remoto. ¿Le parece un buen criterio?

—Excelente, Charlie. Muchas gracias. Sin embargo, hay que tener presente que, si el CO<sub>2</sub> existe y en abundancia, puede creárenos un problema. Si es demasiado abundante y fácil de extraer, sería factible que Venus exportara CO<sub>2</sub> líquido a la Tierra, lo que de ningún modo nos conviene. Tenemos CO<sub>2</sub> en abundancia aquí, y no tendría sentido entrar en competencia con los productores terrestres. Debemos tener en todo momento presente que Venus debe costearse con la exportación de materias primas a la Tierra, pero sin entrar en competencia con el mercado local. Hierro, sí; nitratos, todo lo posible. Materias primas como éstas podemos pagarlas a buen precio, para que ellos puedan a su vez adquirir productos de la Tierra, y entrar en relación con los banqueros, compañías de seguros y demás empresas terrestres. Pero nunca hemos de olvidar que Venus está allí para ser explotada, y que nunca ha de irse de las manos. Quiero que usted entre en contacto con la sección administrativa, Charlie, y juntos determinen si la extracción del CO<sub>2</sub> puede ser de tal abundancia que Venus pueda colocar CO<sub>2</sub> libre de portes, en Nueva York, a precios de competencia. Si fuera así, su proyecto *no sirve*, tendrá usted que pensar en cómo producir el CO<sub>2</sub> con un costo superior.

—De acuerdo, señor Courtenay

—respondió Charlie, garrapateando una anotación.

—Perfectamente. ¿Tiene alguno de ustedes algo que proponer sobre el proyecto Venus, antes de pasar al punto siguiente?

Bernhard, nuestro auditor, levantó la mano, y le concedí inmediatamente la palabra.

—Una pregunta sobre el señor O'Shea —dijo—. Lo tenemos a sueldo, en calidad de consultor, con honorarios muy altos. He estado investigando un poco (espero no haberme excedido, pero es mi oficio, señor Courtenay), he estado investigando y he comprobado que su asesoramiento es prácticamente nulo. También debo comunicar que durante las últimas semanas ha solicitado diversos adelantos. Si en este momento... prescindieramos de su colaboración, nos debería dinero. Además... (esto es algo trivial, pero sirve para orientarse), las muchachas de mi departamento se quejan de que las molesta...

Al oír aquello, fruncí el entrecejo.

—Me parece —dije— que debemos seguir contando con él, por el prestigio que puede darnos, aunque haya mermado en los últimos tiempos. Creo conveniente que usted se valga de alguna excusa para no conceder más préstamos. En lo que respecta a las muchachas... , debo confesar que me sorprende. Yo creía que no les molestaban las insinuaciones de él... , ¡al contrario!

—¿Lo ha visto usted últimamente? —gruñó Bernhard.

Admití que no lo había visto.

El resto de la reunión pasó rápido.

AL volver a mi oficina, le pedí a la secretaria nocturna que averiguase si O'Shea estaba en el edificio, y que de ser así, me lo enviara.

El hombre entró oliendo a alcohol y quejándose:

—¿Cuándo, Miguel, esto de de

masiado! Acabo de entrar a buscar una nena para pasar la noche, y ya me interrumpes. ¿No estás tomando demasiado en serio este asunto de las consultas? Ya tienes mi nombre para usarlo... ¿Qué más quieres? ¿No puedes dejarme tranquilo?

Su aspecto era lamentable. Parecía una caricatura del pequeño, gordo y petulante Napoleón en la isla de Elba. Pero a los pocos minutos de su entrada, me fué imposible pensar en otra cosa que en Katty. Tardé un momento en descubrir a qué se debía.

—Bueno —dijo O'Shea—, no te quedes mirándome...

Dominando el olor del alcohol, se expandía el de *Ménage à Deux*: el perfume que yo había creado para Katty, cuando estábamos en París; el perfume que a ella le gustaba y a veces usaba en exceso. Me parecía oírle decir: "Es embriagador, querido; es mucho más agradable que ese fofomol al que suelo oler después de un día de hospital..."

—Lo siento, Jack —dije—. No sabía que era tu noche de asueto... Perdóname. Otro día hablaremos. Que te diviertas.

Me hizo una mueca, y salió tambaleándose sobre sus piernas enanas.

Me acerqué al teléfono y llamé a un número especial, reservado para mi equipo dentro de la sección de Espionaje Comercial.

—Sigan a Jack O'Shea —ordené—, y sigan a todos los que se encuentren con él. Noche y día. Si me fallan quedan todos en la calle.

## XVII

ME puse en un estado en que era imposible soportarme. Vivía exclusivamente para una cosa: el informe cotidiano acerca de O'Shea y las personas con las que había hablado. Eran algunos barman, su agente de conferencias, varias chicas, dos o tres

pilotos de pruebas, un policía con el que se peleó una noche estando borracho... (pero, ¿lo estaba realmente, y fué verdaderamente una pelea?) y otras personas por el estilo.

Una noche, al final de la lista de encuentros, inadvertida casi, estaba esta anotación: "Consumidora, de 30 años aproximadamente, 1,60 de estatura, 55 kilos, rubia, vestida vulgarmente. Nuestro hombre entró en el *Hash Heaven* (restaurante), a las 18.37, después de esperar 14 minutos afuera, y se dirigió a una mesa ocupada por el nuevo contacto, mesa que acababa de ser dejada por un grupo. *Conjetura*: Nuestro hombre principalmente interesado en camarera. Comió rápidamente, cambió pocas palabras con el contacto. Pueden haberse cambiado papeles, pero imposible asegurarlo desde lejos. Empleada se ha encargado del nuevo contacto".

De unos treinta años, un metro sesenta, cincuenta y cinco kilos... Podía ser. Tomé el teléfono y ordené:



—¡Pero no, señor cronista: mi robot es perfecto! ¡Son todos cuentos que no se somete a mi absoluto control...!

—Dedíquense al nuevo contacto. Avísenme inmediatamente cualquier novedad. ¿Qué les parece investigar más en el restaurante?

La sección de Espionaje Comercial comenzó a explicarme muy acongojada que lo harían si insistía, pero que habitualmente era un mal sistema, porque la persona seguida se enteraba de las averiguaciones y que...

—Muy bien. Hagan como les parezca.

—Un minuto, señor Cúrtenay. Nuestra empleada acaba de entrar... El nuevo contacto fué a dormir al edificio de Taunton. Tiene los escalones 17 y 18, en el piso 35.

—¿Para quién es el piso 35? — pregunté con el corazón saltándome en el pecho.

—Para parejas.

—¿Y ella...?

—No, no tiene acompañante. Nuestra empleada pidió que le asignasen el escalón libre. Le dijeron que la señora del 17 retiene el escalón 18 para su esposo, que se encuentra en el campo, trabajando en la cosecha.

—¿A qué hora se cierran las escaleras en la Torre Taunton? — interrogué.

—A las 22, señor Cúrtenay.

Miré el reloj.

—Dígale a su empleada que se retire — ordené —. Nada más por ahora.

Me levanté y dije a mis guardaespaldas:

—Voy a salir sin ustedes, señores. Teniente, ¿puedo pedirle prestada su pistola?

—Ciertamente, señor Cúrtenay.

Me entregó una 0.25 ultrarrápida. Controlé la carga y salí, solo y a pie.

Al salir del hall de la Fówler Shocken, un hombre joven se apartó de la pared y se puso a seguirme. Logré hacerle perder la pista, caminando por la calzada desierta, una grieta angosta y oscura en medio de los imponentes edificios del centro de la ciudad. El monóxido de carbono y el hollín la

naban el aire no acondicionado; pero yo llevaba puestos los taponés nasales. Mi perseguidor, no. Lo oí estornudar a una distancia respetable. Un taxi cerrado pasó de largo; el conductor jadeaba al pedalear.

Sin mirar atrás, doblé la esquina del edificio de la Fówler e inmediatamente me aplasté contra la pared. Mi perseguidor pasó por delante de mí, mirando consternado hacia la oscuridad.

Le di con el caño de mi pistola en la nuca y seguí adelante. Probablemente era uno de mis hombres; pero yo no quería que nadie me siguiera.

Llegué a la entrada para huéspedes nocturnos del edificio Taunton, a las 21.59. Detrás de mí, la puerta se cerró automáticamente, accionada por el reloj. Había un ascensor de pago; puse una moneda de un cuarto de dólar en la ranura, y leí los anuncios mientras el ascensor me llevaba a destino.

LOS OCUPANTES NOCTURNOS SE PROTEJERÁN CON SU PROPIA POLICÍA. LA ADMINISTRACIÓN NO ASUME NINGUNA RESPONSABILIDAD POR LOS ROBOS, ASALTOS O VIOLACIONES.

LOS OCUPANTES NOCTURNOS DEBEN RECORDAR QUE LAS BARRERAS SE CIERRAN A LAS 22.10.

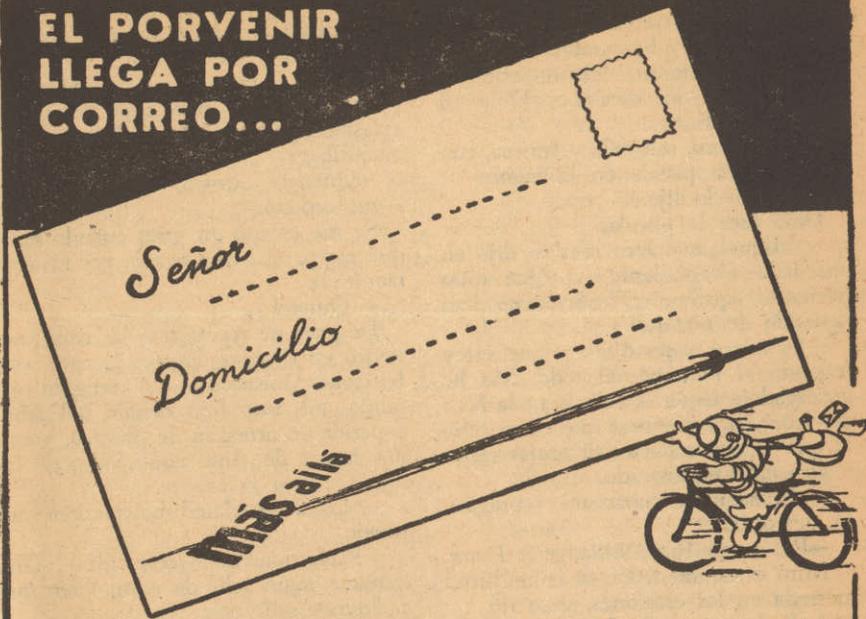
EL ALQUILER SE HA DE PAGAR CADA NOCHE Y POR ADELANTADO A LA ADMINISTRACIÓN.

LA ADMINISTRACIÓN SE RESERVA EL DERECHO DE NEGAR EL ALQUILER A LOS CONSUMIDORES DE PRODUCTOS STARRZELIUS.

La cancela del ascensor se abrió al llegar al piso 35. Era un espectáculo deprimente. Hombres y mujeres se revolvían, tratando de encontrar comodidad antes de que se cerraran las barreras.

Me fuí abriendo camino con gran cuidado y lentitud en la semioscuridad, por sobre piernas, brazos y torsos, procurando no lastimar a nadie, multiplicando las excusas y contando los

## EL PORVENIR LLEGA POR CORREO...



En un sobre como éste, usted puede recibir el porvenir todos los meses. Se lo llevará su cartero, a usted como a miles de otras personas inteligentes que quieren dar un salto hacia el maravilloso mundo de la magia científica.

Escriba su nombre y dirección en el lugar indicado, recorte el cupón, y envíelo con su cheque o giro postal a MAS ALLA, Av. Alem 884, Buenos Aires.

La suscripción por un año cuesta \$ 60.- en la República Argentina.

¡SUSCRIBASE A MAS ALLA Y RECIBIRA TODOS LOS MESES UN CARGAMENTO DE EMOCIONES Y AVENTURAS INCOMPARABLES!

escalón 17, tropecé con una figura arrebujada, en el preciso momento en que mi reloj señalaba las 22.10.

Con un ruido herrumbroso, las barreras se levantaron, dejando encerrados dentro de los escalones 17 y 18 a mí y a... Katty.

Se incorporó, asustada y furiosa, con una pequeña pistola en la mano.

—Katty — le dije.

Dejó caer la pistola.

—¡Miguel, qué loco eres! — dijo en voz baja y anhelante —. ¿Qué estás haciendo aquí?... ¡Todavía no han desistido de matarte!

—Lo sé — respondí —, y me estoy jugando el todo por el todo. Me he arriesgado a meter la cabeza en la boca del león, para que veas que es en serio lo que te voy a decir: tú tenías razón y yo estaba equivocado.

—¿Cómo me encontraste? — preguntó, desconfiada.

—Por tu perfume *Ménage à Deux*.

Miró a su alrededor, a la multitud atestada en los escalones, y se rió.

—¡Ya lo veo que es *Ménage à Deux*!

—No se trata de eso, Katty — le respondí —. No estoy aquí para tomarte con tu consentimiento o sin él. He venido para decirte que estoy de tu lado. Dime qué precio quieres.

Me miró con desconfianza y susurró:

—¿Venus?

—Es tuyo.

—Miguel — dijo —, si estás mintiendo, si me mientes...

—Lo sabrás mañana, en caso de que salgamos vivos de aquí. Hasta entonces no hay más que hablar. Ahora tenemos que pasar la noche juntos.

—Sí — me respondió —, tenemos que pasar la noche aquí... ¡Si supieras cómo te he echado de menos!

LA sirena despertadora sonó a las 6. Emitía ondas subsónicas que hacían vibrar el cráneo, para evitar que los dormilones dificultaran la evacuación matutina del edificio.

Katty comenzó a guardar diligentemente la ropa de cama.

—Dentro de cinco minutos bajarán las barreras — me dijo.

Levantó la tapa del escalón diecisiete y buscó dentro una caja de forma aplastada, que contenía elementos de maquillaje.

—Quédate quieto un momento — me ordenó.

Se me escapó un grito cuando sentí que me pasaba una navaja por mi ceja izquierda.

—¡Quietos!

Después de recortarme las cejas, me retocó en diversos lugares la cara, con fricciones misteriosas. A renglón seguido, me introdujo debajo del labio superior un armazón de plástico, y con dos trozos de cinta adhesiva pegó las orejas contra la cabeza.

—¡Listo! — exclamó mostrándome un espejo.

—Perfectamente — respondí —. Una mañana logré salir de aquí. Creo que podremos salir otra vez.

—Ya levantan las barreras — dijo Katty, guiándose por algún sonido preliminar que no captaron mis oídos poco experimentados.

Efectivamente, las barreras descendieron rechinando. Eramos los únicos huéspedes nocturnos que quedaban en el piso 35; pero no estábamos solos: B. J. Taunton y dos de sus muchachos estaban frente a nosotros. Taunton se tambaleaba un poco y tenía la cara congestionada y risueña. Cada uno de sus dos acompañantes apuntaba contra mí una pistola ametralladora. ¡Estaba perdido!

Taunton hipó y me dijo:

—Este lugar es poco recomendable para visitar amiguitas, Córtenay. Tenemos un registro fotográfico para sorprender a los intrusos como usted. Señorita, ¿quiere usted hacer el favor de retirarse?

En vez de retirarse, Katty se lanzó

la pistola en el vientre. El magnate se puso pálido como la cera.

—Ya sabe lo que tiene que hacer — dijo Katty.

—Bajen las armas, muchachos — ordenó Taunton.

Ellos se miraron desconcertados.

—¡Les digo que las bajen!

Tardaron una eternidad en bajar sus pistolas ametralladoras y en depositarlas sobre el piso, pero lo hicieron. Taunton se puso a sollozar como un niño.

—¡Vuélvanse de espaldas — les ordené — y acuéstense en el suelo!

Yo empuñaba la pistola ultrarrápida que me había prestado el teniente de mis guardaespaldas, y me sentía satisfecho de mí mismo.

No descendimos en el ascensor, porque habría sido muy fácil inundarlo de gas. Bajamos por las escaleras. Fué un asunto largo y cuidadoso, aunque todos los inquilinos nocturnos habían sido desalojados para preparar el golpe de Taunton. Taunton sollozaba y farfullaba continuamente. Al llegar al piso décimo, suplicó:

—Por favor, Córtenay... Me muerdo de sed. Aquí, a la izquierda, hay un bar. Puede usted seguir apuntándome con la pistola...

Katty le respondió con una risa seca, y continuamos descendiendo escalón por escalón.

AL llegar a la salida de los inquilinos nocturnos, envolví la pistola de Katty con mi chaqueta, a pesar del frío que hacía afuera.

Taunton despidió a un guardia del hall, que se acercó a nosotros totalmente asombrado.

—Estos señores son amigos míos... Está todo perfectamente. ¡Puede retirarse!

Caminamos con Taunton hasta la entrada del subterráneo, y Katty y yo entramos, dejando a Taunton pálido y sudoroso en la calle. El único pro-

cedimiento que le quedaba para detenernos era hacer cerrar todo el subterráneo, y carecía de medios para ello. Viajamos en zigzag durante una hora. Llamé entonces a mi oficina desde un teléfono público. Un destacamento se reunió con nosotros en otra estación y quince minutos después estábamos en la Torre Schocken.

El diario de la mañana nos hizo reír por primera vez en aquel día. Comunicaba, entre otras cosas, que a las tres de la madrugada se había descubierto una grieta en la estructura de la escalera del edificio Taunton, y que el mismo señor Taunton en persona había dirigido la evacuación de los inquilinos nocturnos, la que se llevó a cabo en tiempo récord y sin ninguna pérdida de personal.

Mientras tomábamos el desayuno en mi escritorio, le dije a Katty con dulzura:

—Tu cabello está espantoso. ¿Es difícil quitar esa tintura?

—Basta de requiebros, Miguel. Me dijiste que podía contar con Venus, y quiero que cumplas. Venus nos pertenece. Somos los únicos que sabemos qué hacer con ese planeta, y los primeros que lo ocupamos. Jack O' Shea es de los nuestros.

—¿Desde cuándo?

—Desde que su padre y su madre descubrieron que no crecía como los demás niños; desde entonces. Sabían que la Asociación Conservacionista Mundial iba a necesitar pronto pilotos espaciales, y cuanto más pequeños, mejor. No ha sido la Tierra la que descubrió a Venus sino la Asociación Conservacionista Mundial. Y exigimos que se nos deje organizarlo de acuerdo a nuestros principios. ¿Puedes ponerlo en nuestras manos?

—Sin duda — respondí —; pero nos va a dar mucho dolor de cabeza. Ya tenemos los primeros expedicionarios, una sarta de tontos ansiosos de llegar a Venus, para ser explotados por la

Tierra y la Fówler Schocken. Habrá que volver atrás.

Apreté un botón del visófono interno, y dije:

—Charlie, le hablo con motivo del proyecto del CO<sub>2</sub>. Volvemos al plan de aprovechar los yacimientos naturales. He descubierto que todos los productores terrestres están con Taunton.

—Me alegro mucho, señor Cúrtenay. Los primeros análisis indican que los vamos a dejar fuera de combate.

Le dije a Katty:

—¿No podrías resucitar a Rúnstead? No sé dónde lo habrá destinado la Asociación; pero nosotros lo necesitamos. Va a ser un trabajo difícil. El arte de un escribiente es convencer a las gentes que se den cuenta que se las está convenciendo. Ahora tengo que conseguir que mis escribientes las convezan de lo contrario, y tengo que hacerlo sin que el pueblo ni los escribientes se den cuenta. Para esto me sería muy útil un asistente con quien poder explayarme.

—Puede arreglarse — me respondió Katty, besándome —. Este beso es por haber dicho “nosotros lo necesitamos”.

—¿Cómo? —interrogué—. ¿He dicho “nosotros...”? — entonces entendí a qué se refería —. Mira, querida, tengo arriba un departamento de cuatro metros por cuatro. Has pasado una mala noche. ¿Qué te parece si vas y te acuestas un ratito? Yo tengo mucho que hacer.

Volvió a besarme y me dijo:

—No trabajes demasiado, Miguel. Te veré esta noche.

### XVIII

NO habría podido arreglármelas a tiempo, sin Rúnstead; el cual, respondiendo a un mensaje clandestino de Katty, volvió de Chicago, donde lo habían tenido oculto desde su suicidio simulado. Llegó durante una reunión de directorio. Nos dimos la

mano. El directorio entero se creyó el cuento de que Rúnstead había estado ocupado en una misión secreta. Ya se había creído otra vez un cuento semejante. Rúnstead conocía su trabajo y se entregó por completo a él.

Cónser o no cónser, sigo pensando que Rúnstead es un traidor.

Pero tuve que admitir que las cosas dieron un paso adelante.

La Fówler Schocken lanzó una gigantesca campaña para todos los clientes. Se trataba de encontrar los mejores lemas acerca de Venus. Había mil quinientos primeros premios, cada uno de ellos consistentes en un pasaje para el cohete de Venus, y otros ochocientos mil premios de menor interés. Como juez del concurso designamos a una firma imparcial, especializada en con-



cursos comerciales, que resultó estar dirigida por un cuñado de Rúnstead. Solamente mil cuatrocientos de los ganadores eran miembros de la organización cónser. El resto eran nombres fingidos, para servir en las emergencias de último momento.

Me fuí con Katty a Wáshington, para atender a los últimos detalles del lanzamiento del cohete, mientras que Rúnstead se quedaba en Nueva York, a cargo del trabajo restante. Yo había pasado muchas veces por Wáshington; pero esta vez tendría que quedarme dos días. Dejé a Katty en el hotel. Le hice prometer que no saldría sola para nada. Luego tomé un taxipedo para ir al Departamento de Estado. Un hombrecito tímido, con sombrero de bimba, estaba sentado en la antesala. Cuan-

do escuchó mi nombre, se levantó para darme su asiento. “Cómo hemos cambiado desde la Clorela, Miguel”, me dije a mí mismo. Nuestro delegado salió muy presuroso a recibirme. Lo tranquilicé y le dije lo que deseaba.

—No hay ningún inconveniente, señor Cúrtenay —me respondió—. Haré que esta tarde presenten el proyecto en la comisión correspondiente, y es seguro que antes de media noche estará pasado a ambas Cámaras.

—Perfecto. ¿Necesita usted algún apoyo?

—No lo creo, señor Cúrtenay. Sería muy amable de su parte si quisiera dirigirse a la Cámara mañana por la mañana, siempre que sus ocupaciones se lo permitan. Los legisladores se sentirán muy honrados de escucharlo, y



sus palabras pueden acelerar mucho la aprobación del proyecto.

—Tendré el mayor gusto —respondí y me agaché para recoger mi valija; pero el hombrecito del bimba se me adelantó y me la alcanzó con una reverencia—. Elija usted la hora oportuna, Abels —dijo a nuestro delegado.

—Muchas gracias, señor Cúrtenay —respondió abriéndome la puerta y cediéndome el paso. El hombrecito insinuó tímidamente:

—Señor Abels. . .

El delegado meneó negativamente la cabeza.

—Ya ve lo ocupado que estoy esta mañana —le dijo con bastante amabilidad—. Haga el favor de volver mañana.

El hombrecito sonrió agradecido y me siguió. Ambos llamamos a un taxípedo, y él me abrió la puerta. Uste-

des ya saben cómo son los taxípedos en Wáshington.

—¿Puedo llevarlo a alguna parte? —le pregunté.

—Muy amable, señor —respondió.

El conductor se inclinó sobre los pedales y nos consultó con la mirada.

—Yo voy al hotel Park Starr; pero primero llevaremos a este caballero.

—Entendido —dijo el conductor—. ¿A la Casa Blanca, entonces, señor presidente?

—Sí, por favor —repuso el hombrecillo—. No se imagina lo encantado que estoy de conocerlo, señor Cúrtenay —prosiguió, dirigiéndose a mí—. Escuché su conversación con el señor Abels y me resultó muy interesante saber que el cohete de Venus está casi a punto de partir. El Congreso ha perdido la costumbre de informarme de lo que se está tratando. Por supuesto que están muy ocupados con sus investigaciones, ya lo sé. Pero. . . —sonrió maquiavélicamente—. He mandado mi respuesta a su concurso, señor Cúrtenay. Mi lema es: "¡A los astros con la Starr!". Claro que aunque mi lema ganase, no podría ir a Venus. . .

Le respondí con la mayor sinceridad:

—La verdad es que efectivamente sería algo difícil. . . Aparte de que usted estará muy ocupado por aquí. . .

—¡Oh!, no mucho. . . Enero sí es un mes pesado. . .: tengo que acudir al Congreso, y me leen el Mensaje Anual. Pero el resto del año hay poco que hacer. ¿De veras que usted hablará al puesto a su concurso, señor Cúrtenay. Entonces será una reunión conjunta de las dos ramas, y a estas reuniones me suelen dejar asistir.

—Tendré gran gusto en que esté usted presente —le respondí.

El hombrecito tenía una sonrisa cordial, que se prolongaba en el brillo de sus ojos a través de las gafas. El taxípedo se detuvo, el presidente me estrechó la mano cálidamente y descendí.

Una vez fuera, introdujé la ca-

beza por la ventanilla y, mirando con cierta aprensión al conductor:

—Usted ha sido muy amable conmigo —me dijo—. Tal vez no sea del todo correcto, pero quisiera hacerle una sugestión: entiendo algo de astronomía (es mi afición), y me parece que no conviene diferir la partida del cohete, para no perder la actual conjunción. . .

Lo miré extrañado. Venus estaba dentro de los diez grados de oposición y se estaba alejando; pero no tenía mucha importancia, ya que el viaje sería en su mayor parte en las líneas de gravedad cósmica.

El presidente se llevó un dedo a los labios y dijo:

—Buenos días, señor.

Pasé el resto del viaje contemplando las orejas peludas del conductor y buscando una interpretación a la intrigante advertencia del hombrecito.

AQUELLA tarde, Katty y yo la pasamos recorriendo la ciudad y los monumentos. Nos acostamos temprano. A la mañana siguiente me despertó un grito de alegría de Katty.

—¡Miguel! —gritaba desde el baño—. ¡Mira qué hermosa bañera! ¿Puedo. . ., puedo bañarme en vez de darme ducha, Miguel?

Hay momentos en los cuales hasta un honesto cónser encuentra satisfactorio estar al frente de la Fówler Schocken. Me desesperé, le envié un beso con la mano y le dije:

—Por supuesto. . ., y no uses más que agua dulce.

Mientras se llenaba la bañera, me vestí. Desayunamos confortablemente y nos dirigimos a pie al Capitolio, cogidos del brazo.

Acomodé a Katty en el palco de periodistas. Me dirigí al Salón de Reuniones. El jefe de nuestra camarilla se abrió camino entre la multitud y se acercó. Me entregó un papel.

—Aquí tiene todos los informes, señor Cúrtenay. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna; todo está perfectamente.

Lo despedí y examiné el papel que me había entregado. Era de Dicken, estaba escrito en el coheteródromo:

*Pasajeros y tripulación están alerta y preparados para zarpar. Actividad en el cohete comienza a 11.45, hora del oeste; carga completa para las 16.45 oeste. Cohete con todo el combustible, provisiones y material, desde 9.15. Hemos impedido información, alegando seguridad; pero sabemos que Time y Life han conseguido y despachado informes. Navegación Astral me pide recordarle a usted que la partida sólo es posible en horas de la mañana.*

Froté entre ambas manos el mensaje, que se desintegró en cenizas. Al subir a la tribuna, alguien me tiró de la manga. Era el presidente que se inclinaba desde su asiento y me decía en un susurro, con una beatífica sonrisa:

—Señor Cúrtenay, supongo que entendió lo que le dije ayer en el taxípedo. Me alegro de que el cohete esté preparado —ensanchó su sonrisa y cabeceó con la expresión típica de un hombre de Estado, que cambia cumplidos sin consecuencia—. Probablemente usted lo sabe ya, pero. . . él está aquí.

No logré imaginar quién podía ser él. Cuando el presidente de la Cámara se acercó hacia mí con la mano extendida y comenzaron los aplausos, forcé una sonrisa. Pero mi sonrisa era solamente una contracción de los músculos faciales. Pocos motivos tenía para sonreír, si la noticia de la partida del cohete había llegado ya al presidente.

Fówler Schocken era un viejo hipócrita, Fówler Schocken era un trampo; pero si no hubiera sido por Fówler Schocken, jamás habría yo podido pronunciar aquel discurso. Me parecía oír su voz repitiéndome: "Véndeles, Miguel; puedes venderles cualquier cosa, si tienes presente qué es lo que quieren comprar. Y así, les dije a los legisladores reunidos lo que deseaban te-

## NUMEROS ANTERIORES

de  
más allá

Para los lectores que deseen completar la colección de la revista, tenemos en depósito una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de \$ 6.— por ejemplar. Pueden obtenerse: adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884, 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

EDITORIAL ABRIL S. R. L.

ner. Toqué brevemente el tema del espíritu de empresa norteamericano y del hogar. Les ofrecí un mundo entero para el pillaje, una vez que los bravos pioneros de la Fówler hubieran abierto el camino. Les describí una serie de planetas que serían poseídos y explotados por nosotros, los emprendedores hombres de negocios norteamericanos, que habían hecho nuestra grandiosa civilización actual. Y les gustó lo que les dije. Los aplausos fueron estruendosos.

Una vez silenciados los aplausos, se levantaron varios legisladores pidiendo la palabra. El presidente se la concedió al anciano representante Colbee, hombre espigado y de cabello blanco, ennoblecido por sus cuarenta años de servicio parlamentario.

—Tiene la palabra el señor representante por la compañía Yumi-Cola.

Sólo entonces advertí que Katty había desaparecido del palco de los periodistas.

Colbee se levantó y dió las gracias al presidente. Sonreía aunque en sus ojos advertí la fría mirada propia de una serpiente.

Yumi-Cola era una de las pocas grandes empresas nominalmente independientes; pero recordé que una vez Schocken me había comentado la sorprendente proximidad que existía entre ella y la Taunton.

—En primer lugar, señor presidente —comenzó Colbee—, quisiera agradecer a nuestro ilustre huésped sus muy interesantes palabras. Tengo la seguridad

de que todos los aquí presentes han disfrutado en la misma medida que yo, al oír a una persona de sus condiciones y posición. Quisiera ahora, con el permiso de la presidencia, consultar a nuestro ilustre huésped sobre algunos puntos relacionados con el proyecto que vamos a tratar hoy.

Para mí, estaba yo todo claro, y advertí, por los murmullos y los carraspeos, que hasta los oyentes de las galerías se habían dado cuenta.

—Tal vez haya escapado de vuestra atención —prosiguió—, pero tenemos el honor de contar con otro ilustre huésped. Me refiero, por supuesto, al señor Taunton.

Señaló con un gesto elegante a la galería de visitantes, y el rostro abotargado de Taunton apareció sonriente entre dos estólicas figuras, que yo hubiera debido reconocer antes como sus guardaespaldas.

Colbee continuó:

—En el curso de una breve conversación que hemos tenido hace unos instantes, el señor Taunton ha tenido la amabilidad de ponerme al corriente sobre algunas cuestiones que quisiera que el señor Cúrtenay comentara. En primer lugar, quisiera preguntar al señor Cúrtenay —los ojos viperinos de Colbee parecían ahora puñales— si el nombre de Jorge Groby, buscado por violación de contrato y homicidio, le es familiar. En segundo lugar, quisiera preguntar al señor Cúrtenay si él es Jorge Groby. En tercer lugar, quisiera

preguntar al señor Cúrtenay si hay alguna verdad en el informe (que me ha sido confidencialmente transmitido por una persona en quien el señor Taunton me asegura que puedo confiar absolutamente) según el cual el señor Cúrtenay es miembro de alto grado en la Asociación Conservacionista Mundial, a la que la mayoría de nosotros, norteamericanos patrióticos y leales, designamos como...

## XIX

MIRANDO retrospectivamente, todo lo que sucedió en el cuarto de hora siguiente se deforma y desaparece como las imágenes de un caleidoscopio al girar el tubo. Pero recuerdo algunas de las escenas momentáneas, que parecen no guardar relación unas con otras: la oleada de odio y desprecio que se desencadenó sobre mí; la cara del presidente de la Nación hacía gestos a la cabina de los operadores de radio; los ojos llenos de ira del presidente de la Cámara...

El remolino se apaciguó de repente cuando la voz del presidente, amplificada al máximo, retumbó por la sala: —Se levanta la sesión.

Los legisladores se quedaron atónitos ante esta increíble temeridad. Aquel hombrecito ofrecía un aspecto grandioso. Antes de que nadie atinara a moverse, un pelotón de policías avanzó hacia donde yo estaba.

—Llévenselo —ordenó el presidente de la República, con gesto magnífico.

Inmediatamente un grupo de guardias me rodeó y me sacó de la sala. El presidente nos acompañó hasta la puerta mientras la asamblea no salía de su estupor. El hombrecito, pálido de temor, me susurró:

—No puedo contenerlos, pero tardarán toda la tarde en conseguir la intervención de la Cámara de Comercio. ¡Que Dios lo ayude, señor Cúrtenay!

Y se volvió para enfrentarse con ellos.

No creo que los cristianos, bajo el imperio de Calígula, hayan salido con más valor a las arenas del circo.

Los hombres que me conducían eran de la Guardia Presidencial, elegidos de la Academia Brinks. El jefe del pelotón no me dirigió la palabra en ningún momento. Observé la mirada de disgusto profundo con que leyó la instrucción que le había entregado el presidente. Me di cuenta de que no le gustaba la orden que había recibido, pero sabía que la cumpliría.

Me llevaron a Anacostia. Me pusieron en el transporte personal del presidente. Cuando aterrizamos, era noche oscura. Todavía no habían terminado las esperas ni la incertidumbre acerca de si Katty había salido bien y de cuánto podría yo verla. El teniente bajó solo del avión y tardó mucho en regresar.

Pasé el tiempo revolviendo diversas preguntas en mi imaginación: preguntas que se me habían ocurrido con anterioridad, pero que había dejado de lado. Ahora, con todo el tiempo a mi disposición y un futuro por delante, volví a considerarlas.

Por ejemplo:

Katty, Rúnstead y O'Shea se habían confabulado para dejarme fuera de combate. Está bien, esto explicaba la mayor parte de las cosas que me intrigaban; pero no lo de Ester, ni tampoco de un modo total la actividad de Rúnstead.

Los cónser eran partidarios de los viajes interplanetarios. Pero Rúnstead había saboteado las investigaciones en California. Sobre esto no cabía la menor duda: su ayudante lo había confesado plenamente. ¿Sería una artimaña para despistarme? Rúnstead haciendo el papel de cónser que a su vez hace el papel de escribiente, ¿qué era en realidad?

Me acometió el deseo de ver a Katty, pero ahora por un motivo distinto. Cuando regresó el teniente, era medianoche.

**E**L avión y la radioactividad son buenos socios en la empresa de arrancarle a la tierra sus riquezas. Prueba de ello es que ahora se los utiliza en la búsqueda de diamantes. El asunto consiste en que las rocas diamantíferas, llamadas "kimberlitas", no son radioactivas, pero sí lo son los granitos que las rodean. Registrando entonces, desde un avión que vuela a unos 50 metros del suelo, la radioactividad de éste, habrá muchas probabilidades de encontrar un yacimiento de diamantes, cuando en una región haya alternativamente zonas radioactivas y otras que no lo sean.

## Aviones en busca de diamantes

—Bueno —me dijo—, ahí tiene un coche esperándolo. El que lo maneja sabe adónde ir.

Salí del avión.

—Gracias —dijo al teniente.

El teniente cerró la puerta, y yo me retiré de la pista.

EL conductor del coche era mejicano. Le hice una pregunta en inglés. Pareció no entenderme. Le hablé en mi español de la Clorela. Tampoco me respondió. Había cincuenta excelentes razones para que yo no subiera al coche, sin saber adónde me llevaba. Pero, pensándolo bien, comprendí que no me quedaba elección posible. El teniente había cumplido hasta ahora órdenes recibidas. Me pareció ver su activa mente militar redactando el informe, de modo que alguien pudiera enterarse de dónde estaba el conocido cónser Miguel Córtenay.

Mi situación era la de un animal acorralado. No podía hacer sino esperar; esperar a ver quién me echaba la mano primero: Taunton o la policía. Ninguna de las dos posibilidades merecía considerarse demasiado.

Subí al coche. Poco después, al ver el resplandor de la luna reflejado en el pesado proyectil, comprendí lo que el presidente había hecho por mí: yo estaba en Arizona, y en el lugar de donde habría de zarpar el cohete.

Un pelotón de hombres de la Pinkertons y de nuestros propios encargados de custodiar las instalaciones de lanzamiento del cohete, me rodearon, me hicieron pasar por entre los centinelas, a través del terreno descubierto, hasta la entrada al cohete.

—Ahora está a salvo, señor Córtenay.

—¡Pero yo no quiero ir a Venus!

Me respondieron con risas:

—Suba, suba y espere.

El largo vuelo que yo acababa de realizar había sido un éxtasis. Todo lo que había pasado antes y después de

él estaba envuelto en un torbellino de actos tan precipitados que me era imposible reflexionar. Tampoco se me permitió pensar ahora. Sentí que alguien me empujaba por la espalda y me hacía subir al cohete. Una vez dentro, me arrastraron, más que conducirme, a una litera de aceleración; me apretaron las correas de seguridad, y allí me dejaron.

La litera se inclinó y pareció soltarse del piso; luego sentí como si tuviera una montaña sobre el pecho. ¡Adiós, Katty! ¡Adiós, Schocken! ¡Adiós, Torre Schocken! Quisierálo o no, iba camino a Venus.

PERO aquel viaje no era un adiós a Katty.

Ella misma fué quien vino a soltarme las correas de seguridad, cuando pasó el primer impulso de la aceleración. Me levanté de la litera. Me tambaleé, desprovisto de todo peso, frotándome la espalda. Abría la boca para decir un cumplimiento vulgar. Pero lo que salió fué este grito:

—¡Katty!

No hice un discurso brillante, ni tuve tiempo para discursos... Mis labios y los de Katty estaban muy ocupados.

Cuando nos separamos para respirar, le dije:

—¿Qué alcaloides pones tú en el rouge?

Pero mi comentario no fué escuchado. Katty se inclinó sobre mí y volvió a besarme. Yo volví a besarla con renovada pasión.

Era difícil mantenerse de pie. Cada vez que ella se movía, dábamos contra el techo o rodábamos por el suelo. Sólo funcionaba un cohete de estabilización, y ya habíamos salido de la zona de acción de la gravedad.

Nos sentamos.

Después de un rato, pudimos conversar.

Me erguí y miré alrededor.

—Bueno, ahora que hemos despa-

chado esto, tengo algunas preguntas que hacerte.

Le dije cuáles eran. Le conté cómo Rúnstead había saboteado el trabajo en California y el asesinato de Ester.

—Yo creía —me dijo— que podías responderlas por ti mismo. Por supuesto, los cónser queremos los viajes interplanetarios. La especie humana necesita Venus, necesita un mundo que no haya sido estropeado, devastado, repartido, saqueado... Desde luego deseábamos que una espacionave fuese a Venus; pero no queríamos que en ella fuera Fówler Schocken ni Miguel Córtenay; por lo menos mientras el único deseo de Miguel Córtenay fuera ir a Venus para aumentar en un billón las ganancias anuales. No hay muchos planetas a los que los hombres puedan expandirse, Miguel. No podíamos permitir que se cumpliera el proyecto Venus de la Schocken.

—¿Y Ester?

Katty sacudió la cabeza.

—Prefiero que busques tú mismo la respuesta...

—¿Es que tú no la sabes?

—Sí... y no es difícil.

La insté a que me la dijera, pero se negó. Entonces la volví a besar, hasta que entró alguien con uniforme de oficial.

—¿No quieren ver las estrellas? — preguntó con un tono de guía turístico que me desagradó. No le llamé la atención, sin embargo. Los oficiales de a bordo siempre se consideran con derecho a actuar un poco por encima de su rango. Además...

La idea que se me ocurrió me detuvo por un momento. Me había acostumbrado a pertenecer a la clase estelar. No me resultaría fácil volver a ser uno de tantos. Repasé mentalmente los principios de la doctrina conservacionista... No, ninguno de ellos me autorizaba a pensar que seguiría disfrutando de mis privilegios.

¡Hola, Katty! ¡Adiós, Torre Schoc-

¿por qué,  
cómo,  
cuándo,  
dónde?

más allá

contesta a

todas las cartas que le escriban sus lectores, los cuales están invitados a formular preguntas sobre temas científicos, que serán contestadas por la Sección Científica. Algunas de las respuestas se publican cada mes en la sección CORRESPONDENCIA, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se nos pida no hacerlo. Las preguntas deben ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una pregunta

escriba a

más allá

AVENIDA ALEM 884

Bs. Aires



—I  
coche  
sabe  
Sal  
—C  
El  
retiré

EL  
glés.  
en mi  
me re  
lentes  
al coc  
Pero,  
no me  
niente  
denes  
tiva m  
me, d  
terarse  
cónser

Mi  
rralade  
espera  
no pri  
guna  
consid  
Sub  
el resp  
el pesa  
el pres  
estaba  
donde  
Un  
kertons  
gados  
lanzam  
me hic  
nelas,  
hasta l  
—Ah  
nay.

—jP  
Me  
—Su  
El l  
realizar  
que ha

DE todos modos, nos acercamos al ventanal del mirador de proa. Todos los rostros me eran desconocidos.

En las espacionaves que hacen el viaje a la Luna no hay ventanales. Provistos de radar, sacrifican el espectáculo estérico pero inútil de las estrellas a la solidez de la estructura del casco. Hasta entonces, nunca había yo visto las estrellas en el espacio. Era ésta la primera vez.

Fuera del ventanal estaba la noche blanca. Estrellas brillantes que reflejaban contra un fondo de fragmentos estelares esparcidos sobre un tapiz de polvo estelar. No existía un hueco de espacio, ni del tamaño de una uña, donde reinase la oscuridad. Todo era luz; todo era un espléndido cuadro al pastel. Un ribete de fuego alrededor del ventanal indicaba la dirección del sol.

Nos retiramos de mirador.

—¿Dónde está Rúnstead? —pregunté.

Katty soltó una risita.

—En la Torre Schocken, afanándose por solucionar el problema. Alguien tenía que quedarse, Miguel. Afortunadamente, Rúnstead puede votar con tus acciones. No tuvimos mucho tiempo para conversar antes de salir de Wáshington. Tendrá una infinidad de preguntas que hacer, y nadie le podrá contestar.

—¿Y qué diablos hacía Rúnstead en Wáshington?

—Procuraba sacarte del lío, Miguel..., después de que O'Shea falló...

—¿Después de qué?

—¡Ah, es verdad que tú no lo sabías!... Bueno, mejor será que comencemos desde el principio. O'Shea falló. Comenzó a emborracharse con demasiada frecuencia; ya no le quedaba dónde ponerse las inyecciones, y escogió mal a la chica para hacerle sus confidencias. Lo tenían rodeado. Contó todo lo que sabía de ti, de mi, del cohete, de todo...

—¿Quién se encargó de él?

—Tu excelente amigo B. J. Taunton.

Katty encendió un cigarrillo. Comprendí en qué estaba pensando. El pequeño Jack O'Shea, cuarenta kilos de porcelana y de cera fundida... Durante las últimas semanas hubo muchos momentos en los que yo me sentí disgustado con Jack. Ahora, pensando en su pequeño cuerpo en manos de los antropoides de Taunton, se me borró todo el resentimiento que contra él tenía.

—Taunton le descubrió todo, Miguel. Si Rúnstead no hubiera tenido un micrófono en el cuarto de interrogatorios de Taunton, nos hubieran prendido a todos. Pero Rúnstead tuvo tiempo para llegar a Wáshington y avisarnos al presidente y a mí... No, el presidente no es cónser, pero es muy buena persona. En fin..., aquí estamos.

El capitán entró interrumpiendo nuestra conversación.

—Dentro de cinco minutos corregiremos el rumbo. Conviene que vuelvan ustedes a sus literas. Supongo que la corrección no será muy fuerte; pero nunca puede saberse...

Katty asintió y me condujo a nuestra cabina. Le saqué el cigarrillo que tenía en los labios, le di una chupada y se lo puse otra vez en la boca.

—¡Miguel!

—Me he reformado —le dije—. Oye, Katty; ¿puedo hacerte una pregunta más? Entre nosotros no es una pregunta fácil.

Sin aguardar a que la formulase, me respondió:

—Lo mismo que entre tú y Ester.

Le pregunté:

—¿Qué hubo entre Jack O'Shea y tú?

—¿No me has oído? Lo que hubo entre Jack y yo es lo mismo que hubo entre Ester y tú. Posiblemente Jack estuviera enamorado de mí..., pero no yo de él, porque... —añadió torren-

cialmente—. yo estaba demasiado locamente enamorada de ti.

—¡Oh! —exclamé.

Parecía llegado el momento para besarla otra vez; pero ella no debió pensarle así, pues me rechazó. Me golpeé fuertemente la cabeza contra la pared del corredor.

—Jack me quería —prosiguió Katty—; pero yo no quería a nadie que no fueras tú. Y tú nunca te preocupaste de averiguarlo. Nunca te preocupaste de averiguar cuánto te quería, como no te preocupaste de saber cuánto te amaba Ester. ¡Pobre Ester! Ella sí sabía que nunca serías suyo. ¡Santo Dios, Mi-

guell! ¿Cómo puedes haber estado tan ciego?

—¿Ester estaba enamorada de mí?

—¡Con toda su alma, bruto! ¿Por qué crees que se dejó matar, sino por eso? Me froté la frente:

—Bueno, y ahora... —dije profundamente desconcertado.

Sonó la chicharra que anunciaba la explosión de los cohetes de corrección de rumbo.

—Ahora vamos a las literas —dijo Katty, y comenzó a llorar.

Le rodeé con mi brazo la cintura, mientras nuestros pies andaban al mismo paso. ♦

sin apelación



## EL JUICIO DE LOS LECTORES

De acuerdo con las cartas recibidas, éste es el orden de preferencia de los cuentos publicados en el número de septiembre.

1º Mundo de ocasión

3z Un buen comienzo en la vida

2º Generaciones

4º Los mutilados

*Escribanos, indicando su orden de preferencia de los cuentos que aparecen en el presente número. Todos los meses podrá comparar sus gustos con el del promedio de los lectores. Tendremos muy en cuenta su opinión en la selección del material que publicaremos en los próximos números.*

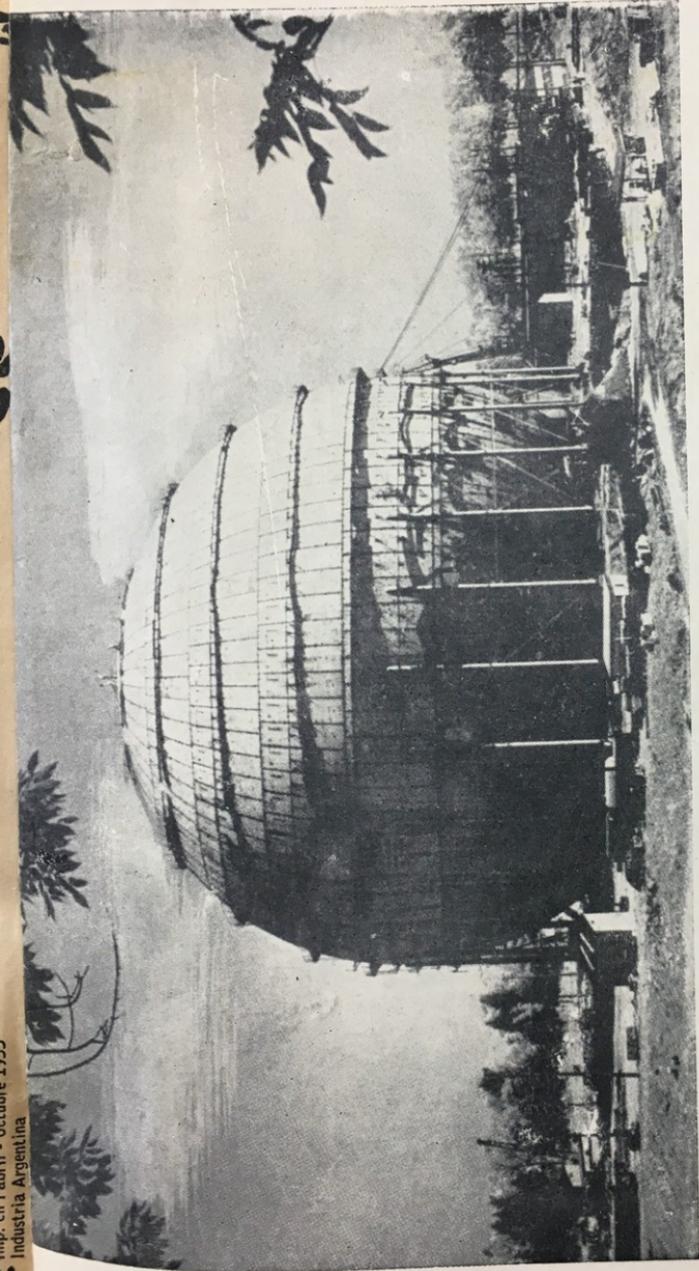
**Escriba a: MAS ALLA - Avenida Alem 884 - Buenos Aires.**

**más allá.** Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 463110. Distribuidores. Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO ARGENTINO Central (B)

FRANQUEO A PAGAR  
Cuenta Nº 574

INTERES GENERAL  
Concesión Nº 4923



## esfera atómica

La enorme esfera de acero y concreto que aparece en la fotografía se utiliza actualmente en los Estados Unidos para el ensayo de plantas atómicas destinadas a la navegación. Con una altura comparable a la de un edificio de dieciocho pisos, sus 3,850 toneladas de metal sirvieron para cobijar los motores del "Nautilus", el primer submarino atómico.

después de LA CONQUISTA DEL ESPACIO...

después de

ESPACIO SIN FRONTERAS...



más allá

presenta, a partir del próximo número, el complemento de la

TRILOGIA DEL INFINITO

## la conquista de la luna

por Wernher von Braun y Willy Ley

ilustrado por Chesley Bonestell

además, una novela completa:

### EL HOMBRE ANIQUILADO

Relato de gerra y de suspenso que ha conmovido al público de dos continentes.

EL HOMBRE ANIQUILADO, perseguido por la policía telepática.

...ejiuyendo un destino inaceptible.

por ALFRED BESTER

\$ 6.-